

P.D.
JAMES

CUBRIRLE EL ROSTRO



ebookmundo.com

La enorme y respetable casa de los Maxie, en la campiña inglesa, parecía el lugar ideal para que la joven Sally Jupp pudiera trabajar como criada y criar a su hijo, pero un horrible crimen acabaría pronto con sus ilusiones. Afortunadamente, el superintendente Adam Dalgliesh, detective y poeta, se encargaría del caso...



P. D. James

Cubridle el rostro

Adam Dalgliesh - 1

ePub r1.0

Hechadelluvia 10.07.14

Título original: *Cover Her Face*

P. D. James, 1962

Traducción: María Eugenia Ciocchini
Suárez

Editor digital: Hechadelluvia
ePub base r1.1



Capítulo I

1

EXACTAMENTE tres meses antes del asesinato en Martingale, la señora Maxie tuvo invitados a cenar. Años más tarde, cuando el juicio no era más que un escándalo casi olvidado y los titulares amarilleaban en los periódicos que forraban cajones de

alacenas, la señora Maxie recordó esa noche de primavera como la primera escena de una tragedia. La memoria, selectiva y perversa, revistió lo que había sido una cena común y corriente con un aura ominosa e inquietante. Retrospectivamente, se convirtió en una reunión ritual bajo un mismo techo de víctima y sospechosos, en el preludio escenificado de un asesinato. En realidad, no todos los sospechosos habían estado presentes. Felix Hearne, por ejemplo, no estuvo en Martingale ese fin de semana. Sin embargo, en su memoria, él también estaba sentado a la mesa de la señora Maxie, observando

con ojos divertidos, sardónicos, los escarceos iniciales de los actores.

En aquel momento, claro, la reunión fue a la vez común y más bien aburrida. Tres de los invitados, el doctor Epps, el vicario y la señorita Liddell, directora del Hogar St. Mary para Jóvenes, habían cenado juntos demasiadas veces como para esperar novedad o estímulo de su compañía. Catherine Bowers estaba extrañamente silenciosa y Stephen Maxie y su hermana, Deborah Riscoe, ocultaban con obvia dificultad su irritación por el hecho de que el primer fin de semana en más de un mes en que Stephen no tenía que ir al hospital

coincidiera con una reunión. La señora Maxie acababa de emplear a una de las madres solteras de la señorita Liddell como criada y la joven estaba sirviendo la mesa por primera vez. Pero el ambiente de incomodidad que pesaba sobre la comida no podía deberse, indudablemente, a la presencia ocasional de Sally Jupp, que colocaba las fuentes delante de la señora Maxie y retiraba los platos con una destreza eficiente que la señorita Liddell observaba con una aprobación complacida.

Es probable que por lo menos uno de los invitados se sintiera

completamente a gusto. Bernard Hinks, el vicario de Chadfleet, era soltero, y todo lo que no fuera uno de los platos nutritivos pero desabridos presentados por su hermana, que le llevaba la casa (ella misma nunca sentía la tentación de salir de la vicaría para cenar), era un alivio que dejaba poco lugar para las sutilezas de los intercambios sociales. Era un hombre tranquilo, de cara dulce, que aparentaba más de sus cincuenta y cuatro años, y era conocido por su vaguedad y timidez, salvo en lo que hiciera a puntos de doctrina. La teología era su interés intelectual principal, casi único, y si sus feligreses no siempre

podían comprender sus sermones, les satisfacía considerar ese hecho como prueba segura de la erudición de su vicario. Sin embargo, había consenso en el pueblo en cuanto a que se podía obtener de la vicaría tanto consejo como ayuda y que, si los primeros eran a veces un tanto confusos, por lo general se podía confiar en la segunda.

Para el doctor Charles Epps la cena significaba una comida de primera clase, un par de mujeres encantadoras con las que conversar y un interludio reparador en medio de las trivialidades de su actividad como médico rural. Era un viudo que llevaba treinta años en

Chadfleet y conocía a la mayoría de sus pacientes lo suficiente como para predecir con exactitud si iban a vivir o a morir. Creía que era poco lo que cualquier médico podía hacer para alterar ese destino, que había sabiduría en saber cuándo morir causando la menor molestia a los demás y la menor angustia a uno mismo, y que gran parte del progreso de la medicina sólo prolongaba la vida por unos meses de incomodidades para mayor fama del médico. Pese a eso, era menos estúpido y más hábil de lo que Stephen Maxie le reconocía y pocos de sus pacientes enfrentaban lo inevitable antes de su

hora. Había atendido a la señora Maxie en el nacimiento de sus dos hijos y era médico y amigo de su esposo en la medida en que la mente absorta de Simon Maxie pudiera, a esas alturas, reconocer o apreciar la amistad. Ahora estaba sentado a la mesa de los Maxie y se llevaba a la boca trozos de *soufflé* de pollo con el aire de un hombre que se ha ganado su cena y no tiene la menor intención de verse afectado por los estados de ánimo de los demás.

—¿Así que has acogido a Sally Jupp y a su bebé, Eleanor? —al doctor Epps nunca le molestaba afirmar lo obvio—. Lindas personitas los dos. Te debe

resultar bastante agradable tener de nuevo un bebé en la casa.

—Esperemos que Martha esté de acuerdo contigo —dijo la señora Maxie secamente—. Claro que necesita ayuda desesperadamente, pero es muy conservadora. Puede que la situación le afecte más de lo que dice.

—Ya se le pasará. Los escrúpulos morales no duran mucho cuando se trata de otro par de manos para ayudar en el fregadero de la cocina —el doctor Epps desechó la conciencia de Martha Bultitaft con un movimiento de su brazo regordete—. De todos modos dentro de poco el bebé la tendrá comiendo de su

mano. Jimmy es una criatura atrayente, quienquiera que haya sido su padre.

Llegado este momento, la señorita Liddell sintió que la voz de la experiencia debía hacerse oír.

—Doctor, no creo que debamos hablar de los problemas de estos niños tan a la ligera. Naturalmente debemos demostrar caridad cristiana —aquí la señorita Liddell se inclinó ligeramente hacia el vicario como reconociendo la presencia de otro experto y pidiendo disculpas por la intromisión en su campo—, pero no puedo dejar de sentir que la sociedad como un todo se está volviendo demasiado indulgente con

estas chicas. Las pautas morales del país seguirán bajando si a estos niños se les presta más consideración que a los nacidos del matrimonio. ¡Y ya está pasando! Hay muchas madres pobres, respetables, que no son objeto de la preocupación y cuidados que se derrocha en algunas de estas chicas.

Miró en torno de la mesa, se sonrojó y empezó a comer de nuevo enérgicamente. Y bueno, ¿qué importaba si todos parecían sorprendidos? Era algo que debía decirse. Le correspondía a ella. Le echó una mirada al vicario como recabando su apoyo, pero el señor Hinks, después de haberla mirado con

extrañeza por un momento, seguía dedicado por entero a su cena. La señorita Liddell, privada de un aliado, pensó con irritación que el querido vicario era realmente un poco ávido en lo que respecta a su comida.

De repente escuchó hablar a Stephen Maxie:

—Esos niños, con toda seguridad, no difieren en nada de los demás, excepto en el hecho de que les debemos más. Tampoco puedo ver que sus madres sean tan extraordinarias. Después de todo, ¿cuánta gente sigue en la práctica el código moral por cuya infracción desprecian a estas chicas?

—Doctor Maxie, le aseguro que mucha —la señorita Liddell, por la naturaleza de su tarea, no estaba acostumbrada a encontrar oposición por parte de los jóvenes. Stephen Maxie podía ser un joven cirujano en ascenso pero eso no le convertía en un experto en muchachas descarriadas—. Me sentiría horrorizada si pensara que algo de las formas de comportarse de las que tengo que enterarme en mi trabajo fuera realmente representativa de la juventud moderna.

—Bueno, en mi carácter de representante de la juventud moderna, puede creermelo que no es tan poco usual

como para que podamos darnos el gusto de despreciar a aquéllas que han sido descubiertas. Esta chica me parece perfectamente normal y decente.

—Tiene un carácter tranquilo y refinado. Y una muy buena educación. ¡Hizo la escuela secundaria! Jamás hubiera soñado en recomendársela a su madre si no fuera un tipo de chica muy superior a lo que son las de St. Mary. En realidad es una huérfana, criada por una tía. Pero espero que no permitan que eso provoque su compasión. Lo que le corresponde hacer a Sally es trabajar duro y sacar el mayor provecho de esta oportunidad. El pasado quedó atrás y

mejor olvidarlo.

—Debe ser difícil olvidar el pasado cuando a uno le ha dejado un recordatorio tan tangible —dijo Deborah Riscoe.

El doctor Epps, molesto por una conversación que estaba provocando malhumor y, probablemente, una peor digestión, se apresuró a contribuir con su palabra tranquilizadora. Desgraciadamente, el resultado fue prolongar el disenso.

—Es una buena madre y una bonita joven. Probablemente conocerá a algún muchacho y llegará a casarse. Lo mejor que puede pasar, por otra parte. No

puedo decir que me guste esta relación madre-soltera-con-hijo. Llegan a estar demasiado dedicados el uno al otro y a veces termina por ser un desastre desde el punto de vista psicológico. En ocasiones pienso, una herejía tremenda, señorita Liddell, ya lo sé, que lo mejor sería lograr que esos bebés fueran adoptados, desde el primer momento, por un buen hogar.

—El niño es responsabilidad de la madre —sentenció la señorita Liddell—. Es su deber conservarlo y cuidarlo.

—¿Durante dieciséis años y sin la ayuda del padre?

—Naturalmente siempre que se

puede iniciamos una acción de filiación, doctor Maxie. Desgraciadamente, Sally ha sido muy obstinada y no quiere decirnos el nombre del padre, de modo que no podemos ayudarla.

—En estos días unos pocos chelines no duran mucho —Stephen Maxie parecía perversamente decidido a mantener vivo el tema—. Y me imagino que Sally ni siquiera recibe la asignación estatal por hijo.

—Éste es un país cristiano, mi querido hermano, y se supone que el precio del pecado es la muerte, y no ocho chelines del bolsillo del contribuyente.

Deborah habló en un susurro, pero la señorita Liddell la oyó y sintió que había querido que la oyera. A la señora Maxie aparentemente le pareció que había llegado el momento de intervenir. Al menos dos de sus invitados pensaron que hubiera debido hacerlo antes. No era característica de la señora Maxie dejar que algo escapara a su control.

—Como quiero llamar a Sally —dijo—, quizá sería mejor que cambiáramos de tema. Me temo que les voy a resultar muy poco agradable al preguntarles por la kermés de la iglesia. Ya sé que parece como si los hubiese hecho venir aquí engañados, pero lo

cierto es que tendríamos que ir pensando en las fechas posibles.

Éste era un tema sobre el cual todos sus huéspedes podían hablar lo que quisieran sin ningún peligro. Para cuando entró Sally, la conversación era tan aburrida, amigable y distendida como incluso Catherine Bowers podía desear.

La señorita Liddell observaba a Sally Jupp mientras se movía alrededor de la mesa. Era como si la conversación anterior la hubiera llevado a ver a la chica claramente por primera vez. Sally era muy delgada. El pelo abundante, de un rubio rojizo, recogido bajo la cofia

parecía una carga demasiado pesada para un cuello tan delgado. Sus brazos infantiles eran largos, los codos resaltaban bajo la piel enrojecida. Su boca ancha ahora estaba disciplinada, sus ojos verdes fijos recatadamente en su tarea. De repente, la señorita Liddell se vio sacudida por un espasmo irracional de afecto. Sally realmente lo estaba haciendo muy bien, ¡realmente muy bien! Levantó la vista para atraer su atención y dirigirle una sonrisa de aprobación y de aliento. De repente sus ojos se encontraron. Durante dos segundos enteros se miraron. Luego la señorita Liddell se sonrojó y bajó la

mirada. ¡Seguramente debía haberse equivocado! ¡Seguramente Sally nunca se atrevería a mirarla de esa manera! Confundida y horrorizada, trató de analizar el efecto extraordinario de ese breve contacto visual. Aun antes de que sus propios rasgos hubiesen asumido su máscara señorial de encomio, había leído en los ojos de la chica, no la gratitud sumisa de la Sally del Hogar St. Mary, sino un divertido desdén, un algo de conspiratorio y una aversión que casi daba miedo por su intensidad. Luego los ojos verdes volvieron a bajarse y Sally se convirtió de nuevo en Sally la sumisa, la discreta, la favorita y más favorecida

entre las descarriadas de la señorita Liddell. Pero el momento dejó su huella. La señorita Liddell se sintió súbitamente enferma de aprensión. Había recomendado a Sally sin reservas. Todo era, aparentemente, tan satisfactorio. La chica era de un tipo muy superior. Demasiado buena, en realidad, para ese trabajo en Martingale. La decisión se había tomado. Ya era demasiado tarde para poner en duda su prudencia. Lo peor que podía ocurrir era el retorno ignominioso de Sally al St. Mary. La señorita Liddell se dio cuenta, por primera vez, de que la entrada de su favorita a Martingale quizá creara

complicaciones. No se podía esperar de ella que pudiese llegar a prever la magnitud de esas complicaciones, ni que éstas fuesen a culminar en una muerte violenta.

Catherine Bowers, que se quedaba en Martingale durante el fin de semana, había hablado poco durante la cena. Como persona justa por naturaleza, estaba un poco espantada al encontrar que sus simpatías estaban del lado de la señorita Liddell. Claro que resultaba muy generoso y galante de parte de Stephen defender la causa de Sally y otras como ella, pero Catherine se sentía tan irritada como cuando sus amigas no

enfermeras hablaban de la nobleza de su profesión. Estaba muy bien tener ideas románticas, pero eran una compensación muy pequeña para aquéllos que trabajaban entre cuñas y delincuentes. Estaba tentada de decirlo, pero la presencia de Deborah al otro lado de la mesa la mantuvo en silencio. La cena, como los acontecimientos sociales de poco éxito, pareció durar el triple de lo normal. Catherine pensó que nunca había visto a una familia demorarse tanto tiempo con su café, nunca los hombres habían tardado tanto en hacer su aparición. Pero por fin concluyó. La señorita Liddell había vuelto al St.

Mary, insinuando que se encontraba más tranquila si no se dejaba a la señorita Pollack sola a cargo de todo por mucho tiempo. El señor Hinks murmuró algo sobre los últimos retoques al sermón de mañana y se desvaneció como un tenue fantasma en el aire primaveral. Los Maxie y el doctor Epps estaban gozando alegremente del fuego en el salón y hablando de música. No era el tema que Catherine hubiera elegido. Hasta hubiera sido preferible ver televisión, pero en Martingale el único aparato estaba en el cuarto de estar de Martha. Si tenía que haber una conversación, Catherine rogaba que se limitara a la medicina. El

doctor Epps podría decir con toda naturalidad: «Claro que usted es enfermera, señorita Bowers, qué agradable para Stephen tener a alguien que comparte sus intereses». Y luego los tres se pondrían a charlar mientras Deborah, para variar, se quedaría sentada en un silencio ineficaz y terminaría por comprender que los hombres llegan a cansarse de las mujeres lindas e inútiles por bien vestidas que estén, y que lo que Stephen necesitaba era alguien que comprendiera su trabajo, alguien que pudiera conversar con sus amigos de un modo inteligente y bien informado. Era un

sueño agradable y, como todos los sueños, no tenía relación alguna con la realidad. Catherine estaba sentada con las manos tendidas frente al fuego de leña y trataba de parecer cómoda mientras los otros hablaban sobre un compositor llamado, inexplicablemente, Peter Warlock, de quien nunca había oído hablar excepto en algún sentido histórico vago y olvidado. Por cierto que Deborah afirmó no entenderlo pero, como de costumbre, consiguió que su ignorancia resultara divertida. Sus esfuerzos para lograr que Catherine entrara en la conversación preguntándole por la señora Bowers

impresionaban a Catherine como una prueba de condescendencia, no de buenos modales. La llegada de la nueva criada con un mensaje para el doctor Epps fue un alivio. Una de sus pacientes en una granja alejada había comenzado con sus dolores de parto. El doctor se levantó a desgana de su sillón, se sacudió como un perro desgreñado y pidió disculpas. Catherine hizo una última tentativa:

—¿Un caso interesante, doctor? —preguntó con vivacidad.

—No, Dios mío, no, señorita Bowers —el doctor Epps miraba inciertamente a su alrededor en busca de

su maletín—. Ya tiene tres. Una mujercita agradable, sin embargo, y le gusta que yo esté presente. ¡Dios sabrá por qué! Podría parirlos por su cuenta sin que se le moviera un pelo. Bueno, hasta pronto, Eleanor, y gracias por una cena excelente. Tenía la intención de subir a ver a Simon antes de irme, pero si puedo vendré mañana. Supongo que necesitarán una nueva receta para el Sommeil. La traeré conmigo.

Saludó afablemente con la cabeza a los presentes y salió arrastrando los pies, junto con la señora Maxie, hacia el vestíbulo. Pronto escucharon su coche rugiendo por el camino de entrada. Era

un automovilista entusiasta y le encantaban los coches pequeños y veloces, de los que sólo podía salir con dificultad, y en los que parecía un viejo oso travieso de parranda.

—Bueno —dijo Deborah cuando dejó de oírse el ruido del escape—, ya está. Y ahora qué les parece si nos acercamos hasta los establos para preguntarle a Bocock acerca de los caballos. Si es que Catherine tiene ganas de dar un paseo.

Catherine estaba muy ansiosa por caminar pero no con Deborah. Realmente, pensó, era increíble cómo Deborah no podía o no quería ver que

ella y Stephen querían estar a solas. Pero si Stephen no se lo hacía entender, a ella no le correspondía hacerlo. Cuanto antes estuviese casado y lejos de toda su parentela femenina, mejor para él. «Le chupan la sangre», pensó Catherine, que se había encontrado con ese tipo de mujeres en sus incursiones en la narrativa moderna. Deborah, felizmente inconsciente de estas tendencias al vampirismo, encabezó la marcha y salieron por la puerta ventana abierta para atravesar el prado.

00Los establos, que en un tiempo habían

sido de los Maxie y eran ahora propiedad del señor Samuel Bocock, estaban sólo a unos doscientos metros de la casa, al otro extremo del prado. El viejo Bocock estaba allí, lustrando arreos a la luz de un farol y silbando entre dientes. Era un hombre pequeño y moreno con cara de gnomo, de ojos oblicuos y ancho de boca, cuyo placer al ver a Stephen fue evidente. Todos entraron a ver los tres caballos con los que Bocock trataba de establecer su pequeño negocio. «Realmente», pensó Catherine, «resultaban ridículas las fiestas que les hacía Deborah frotando la nariz contra sus caras y susurrándoles

cariñosamente como si fueran humanos. Instinto maternal frustrado», pensó antipáticamente. «Le haría bien gastar algo de esa energía en la sala de niños. Aunque no es que fuera a resultar muy útil». Ella, por su parte, quería que volvieran a la casa. El establo estaba escrupulosamente limpio, pero no había forma de disimular el fuerte olor de los caballos después del ejercicio y, por algún motivo, Catherine lo encontraba perturbador. En un momento dado, la mano delgada y bronceada de Stephen estuvo cerca de la de ella, apoyada sobre el cuello del animal. El impulso de tocar esa mano, acariciarla, hasta de

llevarla a sus labios, fue tan fuerte por un instante que tuvo que cerrar los ojos. Y entonces, en la oscuridad, vinieron a su recuerdo otras imágenes, vergonzosamente placenteras, de esa misma mano rodeando a medias su pecho, aún más oscura contra su blancura, moviéndose lenta y amorosamente presagio del deleite. Salió vacilante al aire del crepúsculo y oyó a sus espaldas el discurso lento y titubeante de Bocock y las voces ansiosas de los Maxie contestándole a un tiempo. En ese momento conoció de nuevo uno de esos instantes devastadores de pánico que le

sobrevenían desde que comenzó a amar a Stephen. Venían sin previo aviso, y todo su sentido común y fuerza de voluntad resultaban impotentes contra ellos. Eran momentos en que todo parecía irreal y podía sentir, casi físicamente, la arena deslizarse bajo sus sueños. Toda su desdicha e incertidumbre se centraba en Deborah. Deborah era el enemigo. Deborah, la que había estado casada, que había tenido por lo menos su oportunidad de ser feliz. Deborah, la que era guapa, egoísta e inútil. Al escuchar las voces a sus espaldas en la oscuridad creciente, Catherine se sintió enferma de odio.

Para cuando hubieron regresado a Martingale ya se sentía repuesta y el manto negro se había levantado. Había vuelto a su estado normal de confianza y aplomo. Se acostó temprano; con la seguridad que le daba su estado de ánimo actual, casi podía creer que él vendría a ella. Se dijo que sería imposible en la casa de su padre, un acto de locura por parte de él, un intolerable abuso de la hospitalidad por la suya. Pero esperó en la oscuridad. Después de un rato escuchó pasos en la escalera: los de él y Deborah. Hermano y hermana se reían suavemente juntos.

Ni siquiera hicieron una pausa cuando pasaron delante de su puerta.

2

ARRIBA, en el dormitorio de techo bajo pintado de blanco que había sido suyo desde la infancia, Stephen se estiró sobre su cama.

—Estoy cansado —dijo.

—Yo también —Deborah bostezó y se sentó sobre la cama al lado de él—. Fue una cena bastante tétrica. Desearía que mamá no los hubiera invitado.

—Son todos tan hipócritas.

—No lo pueden remediar. Fueron

educados así. Aparte de eso no creo que Epps y el señor Hinks tengan mucho de malo.

—Supongo que me porté como un tonto —dijo Stephen.

—Bueno, estuviste bastante vehemente. Algo así como sir Galahad lanzándose a la defensa de la doncella ultrajada, salvo que probablemente había pecado más de lo que se había pecado en su contra.

—No te gusta, ¿no es cierto? —preguntó Stephen.

—Querido mío, no se me ha ocurrido pensar en eso. Sólo trabaja aquí. Sé que eso suena muy reaccionario

para tus ideas progresistas, pero no tiene intención de serlo. Es simplemente que ella no me interesa en ningún sentido, y yo a ella tampoco, me imagino.

—Siento pena por ella —había un dejo de truculencia en la voz de Stephen.

—Eso fue bastante obvio en la cena —dijo secamente Deborah.

—Fue su maldita suficiencia lo que me cansó. Y esa mujer, la Liddell. Es ridículo poner a una solterona a cargo de un hogar como el St. Mary.

—No veo por qué. Puede ser un poco limitada, pero es bondadosa y concienzuda. Además diría que el St. Mary ya ha sufrido un exceso de

experiencia sexual.

—¡Oh, santo cielo, no te pongas chistosa Deborah!

—Y bueno, ¿qué esperas que haga? Sólo nos vemos una vez cada quince días. Es un poco duro tener que enfrentarse con una de las cenas de compromiso de mamá y verse obligada a ver a Catherine y a la señorita Liddell riéndose en secreto de ti porque pensaban que habías perdido la cabeza por una sirvienta bonita. Ésa es la clase de vulgaridad con la que Liddell se deleitaría especialmente. Mañana todo el pueblo sabrá cada palabra de lo que se dijo.

—Si pensaron eso deben estar locas. Apenas he visto a la chica. No creo que todavía haya hablado con ella. ¡La idea misma es ridícula!

—Eso es lo que quería decir, querido, por amor al cielo, controla tus instintos de cruzado mientras estés en casa. Hubiera pensado que podrías haber sublimado tu conciencia social en el hospital sin necesidad de traerla a casa. Resulta incómodo convivir con ella, especialmente para aquéllos que no la tienen.

—Hoy ando un poco nervioso. No estoy seguro de saber qué hacer.

Era típico de Deborah saber

inmediatamente qué quería decir.

—¿Es bastante aburrida, no es cierto? ¿Por qué no terminas con la aventura elegantemente? Porque presupongo que hay una aventura que terminar.

—Sabes muy bien que la hay, o la hubo. ¿Pero cómo?

—A mí nunca me ha resultado especialmente difícil. El arte está en hacer creer a la otra persona que es ella la que te ha plantado. Después de unas semanas hasta yo misma lo creo.

—¿Y si no entran en el juego?

—Han muerto hombres y se los han comido los gusanos, pero no de amor.

A Stephen le habría gustado preguntar cuándo, y si se podía, convencer a Felix Hearne de que era él quien la había plantado. Pensó que en éste como en otros asuntos, Deborah mostraba una dureza que a él le faltaba.

—Supongo que soy un cobarde para estas cosas —dijo—. Nunca me es fácil sacarme de encima a la gente, ni siquiera a los pelmazos en las fiestas.

—No —contestó su hermana—. Ése es tu problema. Demasiado débil y demasiado susceptible. Deberías casarte. A mamá realmente le gustaría. Alguien con dinero, si pudieras encontrarla. No demasiado, claro, sólo

maravillosamente rica.

—No hay duda. ¿Pero quién?

—¿Quién, en efecto?

De repente, Deborah pareció perder interés en el tema. Se levantó de la cama y fue a apoyarse en el antepecho de la ventana. Stephen observó su perfil, tan parecido al suyo y sin embargo tan misteriosamente diferente, recortado contra la negrura de la noche. Las venas y las arterias del día que ya moría se extendían sobre el horizonte. Desde el jardín le llegaban todos los intensos e infinitamente dulces efluvios de una noche de primavera inglesa. Echado allí en esa oscuridad fresca, cerró los ojos y

se entregó a la paz de Martingale. En momentos como éste comprendía perfectamente por qué su madre y Deborah hacían planes y proyectos para conservarle su herencia. Era el primero de la familia Maxie que había estudiado medicina. Había hecho lo que quería y la familia lo había aceptado. Pudo haber elegido algo aún menos lucrativo, aunque era difícil imaginar qué. Con el tiempo, si sobrevivía al esfuerzo, a los imprevistos y a la competencia despiadada, podía llegar a ser médico de cabecera. Hasta quizá le fuera lo suficientemente bien como para sostener él solo a Martingale. Mientras tanto

ellas se las arreglarían como pudiesen haciendo pequeñas economías en el manejo de la casa, cuidando de no privarlo de comodidades, disminuirían las donaciones a instituciones de caridad, dedicarían más tiempo al cuidado del jardín para ahorrar los tres chelines por hora que le pagaban al viejo Purvis y emplearían a jóvenes inexpertas para ayudar a Martha. Nada de todo eso podía molestarle demasiado y todo estaba destinado a asegurar que él, Stephen Maxie, sucediera a su padre tal como Simon Maxie había sucedido al suyo. ¡Si tan sólo hubiese podido gozar de Martingale por su belleza y su paz sin

estar encadenado a la propiedad por ese lazo de responsabilidad y culpa!

Se escucharon los pasos lentos y cuidadosos de alguien que subía la escalera y luego un golpe en la puerta. Era Martha con la bebida caliente de la noche. Ya en su infancia, la vieja Nannie había decidido que un vaso de leche caliente antes de dormir ayudaría a terminar con las pesadillas aterradoras e inexplicables que, durante un breve período, tuvieron él y Deborah. Con el tiempo las pesadillas cedieron su lugar a los temores más tangibles de la

adolescencia, pero la bebida caliente se había convertido en un hábito de la familia. Martha, como antes su hermana, estaba convencida de que era el único talismán efectivo contra los peligros, reales o imaginarios, de la noche. Ahora depositó la pequeña bandeja con todo cuidado. En ella estaban la taza azul de Wedgwood de Deborah y la vieja taza de la coronación de Jorge V que el abuelo Maxie había comprado para Stephen.

—También traje su Ovaltine^[1], señorita Deborah —dijo Martha—. Pensé que la encontraría aquí —lo dijo en voz baja como si formaran parte de

una conspiración.

Stephen se preguntó si habría adivinado que habían estado hablando de Catherine. Esto se parecía mucho a cuando la vieja y tranquilizadora Nannie llegaba con las bebidas calientes para la noche dispuesta a quedarse y conversar. Pero sin embargo, no era exactamente lo mismo. La devoción de Martha era más locuaz, más cohibida y menos aceptable. Era un remedo de una emoción que para él había sido tan simple y necesaria como el aire que respiraba. Al recordarlo también pensó que Martha necesitaba un elogio de vez en cuando.

—La cena estuvo muy buena, Martha

—le dijo.

Deborah había vuelto de la ventana y rodeaba la taza humeante con sus manos delgadas de uñas rojas.

—Es una pena que la conversación no haya estado a la altura de la comida. La señorita Liddell nos dio una conferencia sobre las consecuencias sociales de la ilegitimidad. ¿Qué piensas de Sally, Martha?

Stephen se dio cuenta de que era una pregunta imprudente. No era propio de Deborah haberla hecho.

—Parece muy discreta —concedió Martha—, pero claro que es poco tiempo. La señorita Liddell habló muy

bien de ella.

—Según la señorita Liddell —dijo Deborah—, Sally es un modelo de todas las virtudes salvo una, y aun eso no fue sino un desliz de la naturaleza, que no supo reconocer a una alumna de escuela secundaria en la oscuridad.

A Stephen le chocó la repentina amargura en la voz de su hermana.

—No sé si tanta educación es algo bueno para una criada, señorita Deborah —Martha logró con esto transmitir que ella se había arreglado perfectamente bien sin tenerla—. Lo único que espero es que se dé cuenta de la suerte que tiene. La señora hasta le ha prestado

nuestra cuna, ésa en la que durmieron ustedes dos.

—Bueno, ahora no la usamos — Stephen trató de que su voz no delatara la irritación que sentía.

¡Sin duda ya se había hablado bastante de Sally Jupp! Pero Martha no estaba dispuesta a captar la advertencia. Era como si ella personalmente hubiese sido profanada, y no tan sólo la cuna de la familia.

—Siempre hemos cuidado esa cuna, doctor Stephen. Debía conservarse para los nietos.

—¡Maldición! —exclamó Deborah. Se secó la bebida que se le había

derramado sobre los dedos y colocó la taza en la bandeja—. No hay que contar los nietos antes de que hayan nacido. A mí hay que considerarme fuera de la partida y Stephen no está comprometido ni entra en sus planes. Probablemente acabará por elegir una enfermera robusta y eficiente que preferirá comprar una cuna propia, higiénica y nueva, en la calle Oxford. Gracias por la bebida, Martha querida.

Pese a la sonrisa, fue una despedida. Se dieron las últimas «buenas noches» y los mismos pasos cuidadosos bajaron la escalera. Cuando se hubieron apagado, Stephen dijo:

—Pobre vieja Martha. Le damos demasiado por sentado y este trabajo de criada para todo servicio se está volviendo muy pesado para ella. Supongo que deberíamos pensar en darle una pensión.

—¿Con qué? —Deborah estaba de nuevo de pie contra la ventana.

—Por lo menos ahora tiene quien le ayude —contemporizó Stephen.

—Siempre que Sally no resulte más un problema que una ayuda. De acuerdo con lo que dijo la señorita Liddell, el niño es extraordinariamente bueno. Pero eso se dice de cualquier bebé que no llore a gritos dos noches de cada tres. Y

además está la colada. Sally no puede ser una gran ayuda para Martha si tiene que pasar la mitad de la mañana lavando pañales.

—Se supone que otras madres lavan pañales —dijo Stephen— y sin embargo se hacen tiempo para otros trabajos. Esa chica me gusta y creo que puede ser una ayuda para Martha si se le da la oportunidad.

—Por lo menos tuvo en ti un paladín muy decidido, Stephen. Es una lástima que casi seguramente estarás a salvo en el hospital cuando empiecen los problemas.

—¿Qué problemas, por el amor de

Dios? ¿Qué os pasa a todos vosotros?
¿Por qué demonios tienes que presumir
que la chica creará problemas?

Deborah se dirigió hacia la puerta.

—Porque —dijo—, ya está
causando problemas, ¿no es así? Buenas
noches.

Capítulo II

1

PESE a este comienzo tan poco alentador, las primeras semanas de Sally Jupp en Martingale fueron un éxito. No se sabía si ella pensaba lo mismo. Nadie se lo preguntó. Todo el pueblo la consideró una chica muy afortunada. Si, como suele ocurrir tan a

menudo con quien recibe un favor, estaba menos agradecida de lo debido, lograba ocultar sus sentimientos tras una fachada de tal docilidad, deferencia y voluntad de aprender que la mayoría de la gente se sintió muy satisfecha de aceptarla como verdadera. No engañó a Martha Bultitaft y es probable que no hubiera engañado a los Maxie si se hubiesen detenido a pensarlo. Pero estaban demasiado preocupados por sus problemas personales y demasiado aliviados ante el repentino aligeramiento de las cargas domésticas como para prever posibles complicaciones.

Martha tuvo que admitir que al

principio el bebé no daba casi trabajo. Lo atribuyó a la excelente preparación dada por la señorita Liddell, ya que ella no podía concebir que las jóvenes descarriadas pudieran ser buenas madres. James era una criatura plácida que durante sus dos primeros meses en Martingale se contentó con que lo alimentaran a las horas debidas sin anunciar su hambre de forma demasiado ruidosa, y dormía luego con una satisfacción lechosa. Esto no podía durar eternamente. Con el comienzo de lo que Sally llamaba «alimentación mixta», Martha agregó diversas quejas importantes a su lista. Parecía que la

cocina nunca se vería libre de Sally y sus exigencias. Jimmy estaba entrando rápidamente en esa fase de la infancia en la que las comidas cesan de ser una necesidad placentera para convertirse en una oportunidad para ejercer el poder. Cuidadosamente acomodado en su silla alta, arqueaba su robusta espalda en un orgasmo de resistencia, borboteando leche y cereal a través de los labios cerrados en un rechazo extático antes de capitular repentinamente con una inocencia encantadora y sumisa. Sally se reía a carcajadas de él, lo abrazaba en un remolino de caricias, lo amaba y lo mimaba sin importarle un comino las

críticas masculladas por Martha. Sentado allí con su cabeza de rizos apretados, su naricita picuda casi escondida por las mejillas regordetas, rojas y duras como manzanas, parecía dominar la cocina de Martha como un autoritario César en miniatura desde su trono. Sally había empezado a pasar más tiempo con su hijo y Martha la veía a menudo por la mañana con la cabeza radiante inclinada sobre el cochecito del cual de pronto emergía una pierna o un brazo gordezuelo, indicando que los largos períodos de sueño de Jimmy eran cosa del pasado. Resultaba indudable que sus exigencias irían en aumento.

Hasta entonces Sally se había arreglado para estar al día con las tareas que le correspondían y para conciliar las exigencias de su hijo con las de Martha. Si la tensión comenzaba a traslucirse, sólo Stephen lo notó con cierto reparo en sus visitas quincenales a la casa. Cada tanto la señora Maxie le preguntaba a Sally si el trabajo no le resultaba excesivo y se contentaba con quedar satisfecha con la respuesta que recibía. Deborah no lo notó o, por lo menos, no dijo nada. De todos modos, era difícil saber si Sally estaba exhausta. Su cara naturalmente pálida bajo su abundante cabellera, y sus

brazos delgados y de apariencia endeble le daban un aspecto de fragilidad que, al menos Martha, encontraba sumamente engañoso. «Dura como una nuez y astuta como un carro de monos» era la opinión de Martha.

La primavera maduró lentamente y se convirtió en verano. Las hayas estallaron en brotes agudos de un verde brillante y extendieron una cuadrícula de sombra sobre el camino de entrada. El vicario celebró la Pascua a su gusto y con sólo los reproches y los desagradados habituales entre su congregación a propósito de la decoración de la iglesia. En el Hogar St. Mary, la señorita

Pollack sufrió una racha de insomnio para la cual el doctor Epps le recetó unos comprimidos especiales, y dos de las residentes en la casa convinieron el casamiento con los padres, poco atractivos pero al parecer arrepentidos, de sus bebés. En su lugar, la señorita Liddell recibió a otras dos madres pecadoras. Sam Bock, publicitó sus establos en Chadfleet New Town y se sorprendió ante el número de chicos y chicas que, con pantalones de montar que no les quedaban bien y guantes de un amarillo brillante, estaban dispuestos a pagar siete chelines con seis peniques la hora para pasear por el pueblo bajo su

tutela. Simon Maxie yacía en su cama estrecha, ni mejor ni peor. Los atardeceres se alargaron y llegaron las rosas. El jardín de Martingale estaba impregnado de su perfume. Mientras Deborah las cortaba para la casa, tenía la sensación de que el jardín, y también Martingale, estaban a la espera de algo. La casa nunca se veía más hermosa que en el verano, pero este año se sentía una atmósfera de expectativa, casi de presagio, ajena a su imperturbable serenidad usual. Al llevar las rosas a la casa, Deborah se liberó de esta fantasía morbosa con la reflexión irónica de que el acontecimiento más ominoso que

ahora se cernía sobre Martingale era la kermés anual de la iglesia. Cuando las palabras «esperando una muerte» le vinieron repentinamente a la mente, se dijo con firmeza que su padre no había empeorado, hasta podría considerársele un poco mejor, y que la casa no podía saberlo. Reconoció que su amor por Martingale no era del todo racional. A veces trataba de moderar ese amor hablando de «cuando tengamos que vender», como si el sonido mismo de las palabras pudiesen obrar a la vez como advertencia y talismán.

La kermés de la iglesia de St. Cedd había tenido lugar en los terrenos de

Martingale cada mes de julio desde los días del bisabuelo de Stephen. La organizaba la comisión, compuesta por el vicario, la señora Maxie, el doctor Epps y la señorita Liddell. Sus obligaciones administrativas nunca resultaban arduas ya que la kermés, lo mismo que la iglesia que ayudaba a sostener, se mantenían virtualmente sin cambios año tras año, un símbolo de inmutabilidad en medio del caos. Pero la comisión se tomaba sus responsabilidades en serio y se reunían con frecuencia en Martingale en junio y a principios de julio para tomar té en el jardín y aprobar resoluciones que habían

aprobado el año anterior con idénticas palabras y en el mismo agradable ambiente. El único miembro de la comisión que en ocasiones se sentía genuinamente preocupado por la kermés era el vicario. Con su modo de ser benévolo prefería percibir lo mejor en todos y adjudicar buenas intenciones dondequiera fuese posible. Se incluía a sí mismo en esta apreciación al haber descubierto tempranamente en el ejercicio de su ministerio que la caridad es una política al mismo tiempo que una virtud. Pero una vez al año el señor Hinks se veía frente a ciertos hechos desagradables relativos a su iglesia. Le

preocupaba su elitismo, su impacto negativo sobre la agitada periferia de Chadfleet New Town y la sospecha de que era una fuerza social más que espiritual en la vida del pueblo. Una vez había sugerido que la kermés debería cerrarse, y no sólo comenzar, con una plegaria y un himno, pero el único miembro de la comisión que apoyó esta sorprendente innovación fue la señora Maxie, cuya objeción principal contra la kermés era que parecía no terminar nunca.

Este año la señora Maxie sintió que le alegraría contar con la ayuda voluntariosa de Sally. Había gente

suficiente para ocuparse de la fiesta en sí, aunque algunos estuvieran dispuestos a disfrutarla lo más posible con un mínimo de trabajo, pero las responsabilidades no terminaban con la organización con éxito de la jornada. La mayoría de los miembros de la comisión esperarían ser invitados a cenar en Martingale, y Catherine Bowers había escrito para decir que el sábado de la kermés era uno de sus días libres y si no sería un atrevimiento demasiado grande invitarse a sí misma para lo que describía como «uno de sus fines de semana perfectos alejados del ruido y la suciedad de esta espantosa ciudad».

Esta carta no era la primera de su tipo. Catherine siempre estaba mucho más ansiosa por ver a los chicos de lo que éstos estaban por ver a Catherine. En cierto modo esto venía a ser lo mejor. Sería una pareja inadecuada en todo sentido para Stephen, por más que la pobre Katie quisiera ver a su única hija bien casada. Ella misma se había casado, como se dijo, por debajo de su condición. Christian Bowers fue un artista con más talento que dinero y no tuvo más pretensión que la de ser un genio. La señora Maxie lo había visto una vez y no le había gustado pero, a diferencia de su esposa, creía que era en

verdad un artista. Había comprado uno de sus primeros cuadros para Martingale, un desnudo recostado que ahora colgaba en su dormitorio y le proporcionaba un placer sereno que ninguna cantidad de hospitalidad intermitente brindada a la hija del pintor podía compensar adecuadamente. Para la señora Maxie era un recordatorio material de la insensatez de un matrimonio imprudente. Pero porque el placer que le producía era aún fresco y real, y porque en un tiempo había sido compañera de escuela de Katie Bowers y daba importancia a las obligaciones resultantes de viejas relaciones

sentimentales, sentía que Catherine debía ser bienvenida en Martingale como su propia invitada, si no de sus hijos.

Había otras cosas que eran ligeramente preocupantes. La señora Maxie no creía en tomar demasiado en cuenta lo que otras personas a veces describen como «atmósfera». Conservaba su serenidad enfrentando con un sentido común aplastante aquellas dificultades demasiado evidentes como para ignorarlas y pasando por alto a las demás.

Pero en Martingale estaban ocurriendo cosas que resultaba difícil

pasar por alto. Algunas, claro, eran de esperar. La señora Maxie, pese a su insensibilidad, no podía dejar de darse cuenta de que Martha y Sally eran compañeras de cocina difícilmente compatibles y que forzosamente a Martha la situación le tenía que resultar difícil por un tiempo. Lo que no había previsto era que a medida que pasaban las semanas se volviera progresivamente más difícil. Después de una serie de criadas inexpertas e ignorantes, que habían llegado a Martingale porque el servicio doméstico les ofrecía la única posibilidad de empleo, Sally parecía un modelo de

inteligencia, aptitud y refinamiento. Se podía impartir órdenes con la confiada certidumbre de que serían cumplidas, cuando antes, incluso la reiteración constante y concienzuda sólo había llevado a tener que admitir que era más fácil hacer el trabajo uno mismo.

Una sensación de ocio casi como la de antes de la guerra habría vuelto a Martingale a no ser por los cuidados más gravosos que ahora requería Simon Maxie. El doctor Epps ya les había avisado de que no podrían seguir así por mucho tiempo. Pronto sería necesario instalar una enfermera permanente o trasladar al enfermo a un hospital. La

señora Maxie rechazaba las dos alternativas. La primera sería cara, molesta y posiblemente se prolongaría indefinidamente. La segunda significaría que Simon Maxie moriría en manos de extraños y no en su propia casa. La familia no podía darse el lujo de un hospital privado o una habitación particular. Significaría una cama en el hospital local para casos crónicos, con aire de cuartel, repleto y falto de personal.

—¿No dejarás que me saquen de aquí, verdad Eleanor? —le había susurrado Simon Maxie antes de haber llegado a esta etapa final de su

enfermedad.

—Claro que no —le había contestado ella.

Él se había dormido entonces, tranquilo con una promesa que ambos sabían no era una garantía dada a la ligera. Era una lástima que Martha tuviera tan poca memoria y no recordara la recarga de trabajo que precedió a la llegada de Sally. El nuevo régimen le había dado tiempo y energías para criticar lo que al principio había encontrado sumamente fácil de aceptar. Pero por el momento no se había manifestado abiertamente. Había insinuaciones veladas pero ninguna

queja específica. «No hay duda de que en la cocina la tensión debe estar creciendo», pensó la señora Maxie, «y después de la kermés posiblemente habrá que ocuparse de ella». Pero no tenía ninguna prisa. Sólo faltaba una semana para la kermés, y la preocupación principal era lograr que se llevara a cabo con éxito.

2

EL jueves anterior a la kermés Deborah pasó la mañana en Londres haciendo unas compras, almorzó con Felix Hearne en su club y por la tarde fueron juntos a un cine de la calle Baker a ver una reposición de Hitchcock.

Este agradable programa se completó con el té de la tarde en un restaurante de Mayfair que tiene conceptos anticuados acerca de lo que constituye una comida adecuada para la

tarde. Colmada de emparedados de pepino y pastelitos caseros de chocolate, Deborah pensó que la tarde realmente había sido un éxito, aunque no lo suficientemente intelectual para el gusto de Felix. Pero la había soportado bien. El no ser amantes tenía sus ventajas. Si se tratara de una aventura les habría parecido necesario pasar la tarde juntos en su casa de Greenwich ya que tenían la oportunidad, y una unión irregular impone convenciones tan rígidas e imperativas como las del matrimonio. Y si bien hacer el amor hubiera sido sin duda bastante agradable, la camaradería cómoda y

poco exigente de que habían gozado era más de su gusto.

No quería enamorarse de nuevo. Meses de desdicha y desesperación aniquiladores la habían curado de esa particular insensatez. Se había casado joven y Edward Riscoe murió de poliomielitis menos de un año después. Pero un matrimonio basado en el compañerismo, gustos compatibles y el intercambio satisfactorio de placer sexual le parecía una base razonable para la vida y una que podía lograrse sin un exceso de perturbación emocional. Felix, sospechaba, estaba lo suficientemente enamorado de ella como

para ser interesante sin resultar aburrido y sólo esporádicamente sentía la tentación de considerar seriamente la esperada propuesta de matrimonio. Sin embargo, comenzaba a parecerle ligeramente extraño que la propuesta no se concretara. No se trataba, ella lo sabía, de que no le gustaran las mujeres. Era cierto que la mayoría de sus amigos comunes le consideraban un soltero por naturaleza, excéntrico, un tanto pedante y siempre entretenido. Podrían haber sido menos considerados, pero estaba el hecho ineludible de que no se podía pasar por alto su hoja de servicios durante la guerra. No puede ser un

afeminado o un payaso un hombre que tiene condecoraciones tanto francesas como británicas por su actuación en el movimiento de la Resistencia. Era uno de aquellos cuyo coraje físico, la más respetada y fascinante de las virtudes, había sido puesto a prueba en las celdas de castigo de la Gestapo y nunca más podía ser cuestionado. Ahora ya no estaba tan de moda pensar en esas cosas, pero aún no se habían olvidado del todo. Cualquiera podía tratar de adivinar lo que esos meses en Francia le habían hecho a Felix Hearne, pero se le toleraban sus excentricidades y presumiblemente él las disfrutaba. A

Deborah le gustaba mucho porque era inteligente y entretenido y el chismoso más divertido que conocía. Tenía el mismo interés que una mujer por las cosas pequeñas de la vida y una preocupación natural por las minucias de las relaciones humanas. Nada le resultaba demasiado insignificante, y ahora estaba sentado escuchando con todo el aspecto de una divertida simpatía el informe de Deborah sobre Martingale.

—Así que ya ves, es una gozada volver a tener algo de tiempo libre, pero no creo que dure. Con el tiempo, Martha va a conseguir que se vaya. Y en

realidad no la culpo. Sally no le gusta, ni a mí tampoco.

—¿Por qué? ¿Anda detrás de Stephen?

—Felix, no seas vulgar. Podrías concederme el beneficio de una razón más sutil que ésta. En realidad, sin embargo, sí parece haberlo impresionado y creo que es algo deliberado. Le pide su consejo sobre el bebé siempre que él está en casa, pese a que he tratado de señalarle que se supone que es un cirujano y no un pediatra. Y la vieja Martha, pobre, no puede expresar ni una palabra de crítica sin que corra a su defensa. Lo verás con

tus propios ojos cuando vengas el sábado.

—¿Quién más estará además de esa intrigante Sally Jupp?

—Stephen, naturalmente. Y Catherine Bowers. La conociste la última vez que estuviste en Martingale.

—Es cierto. Con ojos medio saltones pero una figura agradable y más inteligencia de la que tú o Stephen estabais dispuestos a concederle.

—Si te impresionó tanto —replicó Deborah suavemente—, puedes demostrar tu admiración este fin de semana y darle un respiro a Stephen. En un tiempo estuvo bastante prendado de

ella y ahora se le pega como una lapa y lo aburre espantosamente.

—¡Qué increíblemente despiadadas son las mujeres lindas con las poco agraciadas! Y por «bastante prendado de ella» supongo que quieres decir que la sedujo. Bueno, eso en general trae complicaciones, y tendrá que encontrar una salida como lo han hecho antes hombres mejores. Pero iré. Me encanta Martingale y aprecio la buena comida. Por otra parte tengo un presentimiento de que el fin de semana va a resultar interesante. Una casa llena de gente que no simpatiza entre sí está destinada a ser explosiva.

—¡Oh, pero la cosa no es tan espantosa!

—Le anda muy cerca. Yo no le gusto a Stephen. Nunca se ha preocupado por ocultarlo. Catherine Bowers no te gusta. Tú no le gustas a ella y probablemente me incluirá en ese sentimiento. Sally Jupp no os gusta ni a Martha ni a ti, y ella, pobre chica, es probable que os deteste a todos vosotros. Y esa criatura patética, la señorita Liddell, estará allí, y a tu madre no le gusta. Será una perfecta orgía de emoción reprimida.

—No es necesario que vengas. En realidad, pienso que sería mejor que no lo hicieras.

—Pero, Deborah, tu madre ya me ha invitado y acepté. Le escribí la semana pasada en mi agradable estilo formal, y ahora lo voy a anotar en mi librito negro para dejarlo establecido más allá de toda duda.

Inclinó su cabeza rubia y brillante sobre su agenda. Su cara, con la piel pálida que volvía casi imperceptible la línea del nacimiento del pelo, estaba vuelta hacia otro lado. Observó lo ralas que eran las cejas sobre esa frente descolorida, y los intrincados pliegues y arrugas alrededor de los ojos. Deborah pensó que una vez debió haber tenido manos hermosas, antes que la Gestapo

se dedicara a ellas. Las uñas nunca volvieron a crecer del todo. Trató de imaginarse a esas manos moviéndose por las complejidades de un arma, enredadas en las cuerdas de un paracaídas, apretadas en señal de desafío o de sufrimiento. Pero no fue posible. No parecía haber ningún punto de contacto entre aquel Felix que aparentemente una vez había conocido una causa por la que valía la pena sufrir y el superficial, mundano, sardónico Felix Hearne de Hearne & Illingworth, editores, así como no lo había entre la chica que se había casado con Edward Riscoe y la mujer que ella era hoy.

Súbitamente Deborah sintió de nuevo la *malaise* familiar de nostalgia y pesar. Con este estado de ánimo observó a Felix mientras escribía debajo de la fecha del sábado con su letra apretada y minuciosa como si estuviera concertando una cita con la muerte.

3

DESPUÉS del té, Deborah decidió hacerle una visita a Stephen, en parte para evitar el gentío de la hora punta pero más que nada porque pocas veces dejaba de pasar por el Hospital de St. Luke cuando iba a Londres. Invitó a Felix a acompañarla, pero éste se excusó aduciendo que el olor a desinfectante lo descomponía, y la dejó en un taxi con expresiones formales de agradecimiento por su compañía. Era

puntilloso en esas cuestiones. Deborah luchó contra la sospecha poco halagüeña de que se había cansado de su conversación y se sentía aliviado al verla alejarse cómoda y velozmente, y se concentró en el placer de ver a Stephen. Fue tanto más desconcertante encontrarse con que no estaba en el hospital. Además era inusual. Colley, el conserje del vestíbulo, le explicó que el señor Maxie había recibido una llamada telefónica y había salido para encontrarse con alguien dejando dicho que no tardaría. El señor Donwell lo sustituía. Pero el señor Maxie seguramente no tardaría mucho. Llevaba

casi una hora fuera. ¿La señora Riscoe quizá querría ir a la sala de los residentes? Deborah se quedó charlando unos minutos con Colley, que le agradaba, y luego tomó el ascensor hasta el cuarto piso. El señor Donwell, un joven archivista, tímido y con granos, masculló un saludo y huyó rápidamente hacia las salas dejando a Deborah a solas con cuatro sillones sucios, un montón desordenado de revistas médicas y los restos a medio retirar del té de los residentes. Parece que una vez más les había tocado brazo de gitano y, como de costumbre, alguien había usado su plato como cenicero. Deborah

comenzó a apilar la vajilla pero, comprendiendo que era una actividad un tanto carente de sentido ya que no sabía qué hacer con ella, tomó uno de los periódicos y se acercó a la ventana donde podía repartir su interés entre aguardar a Stephen y hojear los artículos médicos más llamativos o comprensibles. La ventana dejaba ver la entrada principal del hospital calle arriba. A lo lejos podía discernir la curva brillante del río y las torres de Westminster. El rugido incesante del tránsito estaba amortiguado, un fondo discreto para los ruidos ocasionales del hospital, el sonido metálico de las

puertas de los ascensores, el sonar de los teléfonos, rápidas pisadas por el pasillo. En la entrada ayudaban a una anciana a subir a una ambulancia. Desde una altura de cuatro pisos las figuras aparecían extrañamente achatadas. La puerta de la ambulancia se cerró sin un sonido y se alejó silenciosamente. De pronto los vio. Primero distinguió a Stephen, pero la cabeza encendida de un dorado rojizo casi a la altura de su hombro era inconfundible. Se detuvieron en la esquina del edificio. Parecían hablar. La cabeza oscura estaba inclinada hacia la dorada. Un momento después vio que se daban la mano y

Sally se volvió en un destello de sol y se alejó con paso rápido sin echar ni una mirada atrás. A Deborah no se le escapó nada. Sally tenía puesto su traje gris. Era de confección pero le quedaba bien y destacaba la brillante cascada de pelo, ahora libre del freno de la cofia y las horquillas.

Era lista, pensó Deborah. Lista por saber que hay que vestirse con sencillez si se quiere llevar el pelo suelto así. Lista por evitar los verdes por los que la mayoría de las pelirrojas tienen predilección. Lista por haber dicho «adiós» fuera del hospital y haber resistido la segura invitación a una cena

de hospital con sus inevitables oportunidades para situaciones molestas o arrepentimientos. Después Deborah se sorprendería de haber notado tan nítidamente lo que vestía Sally. Era como si la viera por primera vez a través de los ojos de Stephen, y al verla se asustara. Pareció pasar mucho tiempo antes de que oyera el zumbido del ascensor y sus pasos rápidos por el pasillo. Entonces estuvo a su lado. No se alejó de la ventana para que supiera en seguida que ella lo había visto. Sintió que no podría soportarlo si él no se lo decía y era más fácil de esa manera. Ella no sabía qué era lo que esperaba,

pero cuando él habló fue una sorpresa:

—¿Has visto esto antes? —preguntó.

En su palma extendida había una bolsita tosca hecha con un pañuelo de hombre con las esquinas anudadas. Deshizo uno de los nudos, dio una pequeña sacudida y dejó caer tres o cuatro de los pequeños comprimidos. Su color marrón grisáceo era inconfundible.

—¿No son algunos de los comprimidos de papá? —parecía como si la estuviera acusando de algo—. ¿De dónde los has sacado?

—Sally los encontró y me los trajo hasta aquí. Me imagino que nos habrás visto por la ventana.

—¿Qué hizo con el bebé? —la pregunta tonta y fuera de lugar ya estaba hecha antes de que tuviera tiempo de pensar.

—¿El bebé? Ah, Jimmy, no sé. Supongo que Sally lo dejó con alguien en el pueblo, o con mamá o con Martha. Vino a traerme esto y me llamó desde la calle Liverpool para pedirme que me encontrara con ella. Los encontró en la cama de papá.

—¿Pero cómo, en su cama?

—Entre el cubre-colchón y el colchón. Por el costado. Tenía la sábana bajera arrugada y estaba estirando y ajustando la tela impermeable cuando

notó un bulto pequeño en la esquina del colchón bajo la cubierta ajustada. Encontró esto. Papá debe haber estado juntándolos durante varias semanas, quizá meses. Puedo adivinar por qué.

—¿Sabe que ella los encontró?

—Sally cree que no. Estaba de costado con la cara vuelta para el otro lado mientras ella se ocupaba de la sábana. Simplemente se metió el pañuelo con los comprimidos en el bolsillo y siguió adelante como si no hubiese pasado nada. Claro que pueden haber estado allí mucho tiempo, hace dieciocho meses o más que toma Sommeil, y puede haberse olvidado de

ellos. Puede haber perdido la fuerza necesaria para llegar a ellos y usarlos. No sabemos qué pasa por su mente. El asunto es que no nos hemos molestado siquiera por averiguarlo. Salvo Sally.

—Pero, Stephen, eso no es cierto. Sí que lo hemos intentado. Nos sentamos con él y lo cuidamos y tratamos de hacerle sentir que estamos allí. Pero no hace más que estar acostado, sin moverse, sin hablar, sin parecer siquiera ya reparar en la gente. No es realmente papá. No hay ningún contacto entre nosotros. Lo he intentado, juro que lo he hecho, pero no hay nada que hacer. No puede haber tenido realmente la

intención de tomar esos comprimidos. No puedo imaginar cómo siquiera se las arregló para juntarlos, para planearlo todo.

—Cuando te toca a ti darle sus comprimidos ¿le observas mientras los traga?

—No, en realidad no. Sabes cómo solía odiar que lo ayudáramos demasiado. Ahora no creo que le importe, pero todavía le damos los comprimidos y luego llenamos el vaso y se lo llevamos a los labios si parece quererlo. Debe haber escondido esto hace meses. No creo que ahora pudiera hacerlo, no sin que Martha lo supiese.

Es la que más se ocupa de moverlo y de los cuidados más pesados.

—Bueno, parece que consiguió engañar a Martha. Pero, Deborah, por Dios, debí haberlo adivinado, debí haberlo sabido. Y me llamo a mí mismo médico. Éste es el tipo de cosa que me hace sentir un carpintero especializado, lo suficientemente competente como para trincar a los pacientes siempre y cuando no se espere que me preocupe por ellos como personas. Sally por lo menos lo trató como un ser humano.

Por un momento Deborah sintió la tentación de señalar que ella, como su madre y Martha, por lo menos se las

estaban arreglando para mantener a Simon Maxie cómodo, limpio y alimentado a un costo nada pequeño, y que era difícil ver en qué Sally había hecho más. Pero si Stephen quería entregarse al remordimiento era poco lo que se ganaría impidiéndoselo. En general después se sentía mejor, aunque otra gente se sintiera peor. Le observó en silencio mientras revolvía en el cajón del escritorio donde encontró un frasco que parecía haber contenido aspirina alguna vez; contó cuidadosamente los comprimidos (había diez) mientras los metía en el frasco al que le puso una etiqueta con el nombre de la droga y la

dosis. Eran los actos casi automáticos de un hombre entrenado para guardar los remedios debidamente etiquetados. La mente de Deborah estaba llena de preguntas que no se atrevía a hacer. «¿Por qué Sally recurrió a ti y no a mamá? ¿Encontró realmente esos comprimidos o fue sólo un truco conveniente para verte a solas? Pero debió encontrarlos. Nadie podría inventar una historia como ésa. Pobre papá. ¿Qué ha estado diciendo Sally? ¿Por qué debería preocuparme tanto por esto, por Sally? La odio porque tiene un hijo y yo no. Por fin lo he dicho, pero admitirlo no lo hace más llevadero. Esa

bolsa hecha con un pañuelo. Le debe haber llevado horas atarla. Parecía algo hecho por una criatura. Pobre papá. Era tan alto cuando yo era una niña. ¿Es que realmente le tenía miedo? Dios mío, por favor ayúdame a sentir piedad. Quiero sentir pena por él. ¿Qué estará pensando Sally ahora? ¿Qué le dijo Stephen?»

Él volvió de su escritorio y le alargó el frasco.

—Creo que sería mejor que llevaras esto a casa. Colócalo en el botiquín de su cuarto. No le digas nada a mamá todavía, ni al doctor Epps. Pienso que sería más prudente que le suspendiéramos los comprimidos a

papá. Te conseguiré una receta preparada en el dispensario antes de que te vayas, es el mismo tipo de droga sólo que en solución. Dadle una cucharada sopera disuelta en agua por la noche. Sería mejor que te encargaras tú misma. A Martha dile sólo que he suspendido los comprimidos. ¿Cuándo lo verá de nuevo el doctor Epps?

—Vendrá con la señorita Liddell a ver a mamá después de cenar. Supongo que puede subir entonces. Pero no creo que pregunte por los comprimidos. Hace ya tanto que los toma. Simplemente le avisamos cuando se está terminando el frasco y nos da una nueva receta.

—¿Sabes cuántos comprimidos hay ahora en la casa?

—Hay un frasco nuevo con el sello sin romper. Lo íbamos a empezar esta noche.

—Entonces déjalo en el botiquín y dale la medicina. Podré hablar con Epps sobre esto cuando lo vea el sábado. Llegaré mañana por la noche tarde. Será mejor que vengas conmigo ahora al dispensario y lo más sensato sería volver a casa ya mismo. Avisaré por teléfono a Martha para que te guarde algo para cenar.

—Sí, Stephen.

Deborah no lamentó perder su

comida. Todo el placer del día se había evaporado. Era hora de ir volviendo a casa.

—Y preferiría que no le dijeras nada sobre esto a Sally.

—No tenía la menor intención de hacerlo. Sólo espero que sea capaz de una discreción similar. No queremos que la historia corra por todo el pueblo.

—Deborah, eso es algo injusto de decir, y ni siquiera lo crees. No podrías encontrar a nadie más prudente que Sally. Fue muy sensata acerca de esto. Y bastante dulce.

—Estoy segura de que lo fue.

—Naturalmente, estaba preocupada

por ello. Le tiene mucho afecto a papá.

—Parece estar extendiendo su afecto a ti.

—¿Qué demonios quieres decir?

—Me estaba preguntando por qué no le habló a mamá sobre los comprimidos, o a mí.

—No has hecho mucho para estimularla a que confíe en ti, ¿no es cierto?

—¿Qué demonios esperas que haga? ¿Tenerle la mano? No estoy particularmente interesada en ella en tanto haga su trabajo con eficiencia. No me gusta, y no espero gustarle a ella.

—No es cierto que no te guste —

dijo Stephen—. La odias.

—¿Se quejó de la forma en que ha sido tratada?

—Claro que no. Sé sensata, Deb. No es tu forma de ser.

«¿No?», pensó Deborah. «¿Cómo sabes cómo soy?». Pero captó en las últimas palabras de Stephen una súplica de paz y le tendió la mano, diciendo:

—Lo lamento. No se qué me pasa últimamente. Estoy segura de que Sally hizo lo que creyó mejor. De todos modos no vale la pena pelearse por esto. ¿Quieres que mañana te espere levantada? Felix no puede venir hasta el sábado por la mañana, pero a Catherine

se la espera para cenar.

—No te molestes. Quizá tenga que tomar el último autobús. Pero saldré a caballo contigo antes del desayuno si quieres despertarme.

El sentido de esta propuesta formal en lugar de la rutina felizmente establecida no se le escapó a Deborah. Sólo se había tendido un puente precario sobre el abismo abierto entre ellos. Sintió que Stephen también tenía conciencia con inquietud del hielo que se agrietaba bajo sus pies. Nunca desde la muerte de Edward Riscoe se había sentido distanciada de Stephen; nunca desde entonces había tenido tanta

necesidad de él.

CERCA ya de las siete y media Martha oyó el ruido que había estado esperando, el chirrido de las ruedas de un cochecito en el camino de entrada. Jimmy gimoteaba suavemente y era obvio que sólo lo persuadía de no llorar a gritos el movimiento sedante del cochecito y las suaves y tranquilizadoras palabras de su madre. Pronto vio pasar la cabeza de Sally por la ventana de la cocina, el cochecito entró al fregadero y,

casi de inmediato, madre e hijo aparecieron en la cocina. La madre tenía un aire de emoción reprimida. Parecía a la vez nerviosa y satisfecha de sí misma. A Martha no le pareció que una tarde de pasear a Jimmy por el bosque podía dar cuenta de ese aspecto de placer reservado y triunfal.

—Llegas tarde —dijo—. Diría que el niño está muerto de hambre, pobrecito.

—Bueno, no tendrá que esperar mucho más, ¿no es cierto mi amor? Supongo que no habrá leche hervida, ¿o sí?

—No estoy aquí para atenderte,

Sally, por favor recuérdalo. Si quieres leche debes hervirla tú misma. Sabes muy bien a qué hora había que alimentar al niño.

No volvieron a hablar mientras Sally hervía la leche y trataba, sin mucho éxito, de enfriarla rápidamente mientras sostenía a Jimmy con un brazo. Sólo cuando Sally estuvo lista para llevarse arriba a la criatura le habló Martha.

—Sally —dijo—, ¿sacaste algo de la cama del señor cuando la hiciste esta mañana? ¿Algo que le pertenece? ¡Quiero la verdad ahora!

—Por su tono es evidente que sabe que sí. ¿Me quiere decir que usted sabía

que tenía escondidos esos comprimidos?
¿Y no dijo nada?

—Claro que lo sabía. Me he ocupado de él durante años, ¿no es cierto? ¿Quién más sabría lo que hace, lo que siente? Me imagino que pensaste que él los tomaría. Bueno, no tienes por qué preocuparte por eso. ¿Es cosa tuya a fin de cuentas? Si tuvieras que estar ahí acostada, año tras año, quizá quisieras saber que tienes algo, unos pocos comprimidos tal vez, que acabarían con todo el dolor y el cansancio. Algo de lo que nadie más estaba enterado hasta que una putita estúpida, de la que no se podía esperar nada mejor, huroneando,

los encontró. Fuiste muy astuta, ¿no? ¡Pero no los hubiera tomado! Es un caballero. Eso tampoco lo podrías entender. Pero puedes devolverme esos comprimidos. Y si mencionas una sola palabra de esto a alguien o pones la mano sobre cualquier otra cosa del señor, haré que te echen. A ti y a ese mocoso. ¡Ya encontraré una manera, no te preocupes!

Alargó la mano hacia Sally. En ningún momento había alzado la voz pero su tranquila autoridad era más temible que la ira, y había un toque de histeria en la voz de la chica cuando respondió.

—Me temo que no tiene suerte. No tengo los comprimidos. Se los llevé a Stephen esta tarde. ¡Sí, a Stephen! Y ahora que he escuchado sus tonterías me alegro de haberlo hecho. ¡Me gustaría verle la cara a Stephen si le dijera que usted lo supo todo el tiempo! ¡La querida y fiel vieja Martha! ¡Tan consagrada a la familia! ¡No le importa un pito ninguno de ellos, vieja hipócrita, excepto su querido amo! ¡Lástima que no pueda verse! Lavándolo, acariciándole la cara, arrullándolo como si fuera su bebé. A veces me reiría si no fuera tan penoso. ¡Es indecente! ¡Suerte para él que está medio gagá! Ser manoseado por

usted haría vomitar a cualquier hombre normal.

Se echó el chico sobre la cadera y Martha oyó cerrarse la puerta detrás de ella.

Martha se tambaleó hasta el fregadero y lo aferró con manos temblorosas. Sintió una revulsión física que le provocó arcadas, pero su cuerpo no encontró alivio en el vómito. Se llevó una mano a la frente en un gesto estereotipado de desesperación. Al mirarse los dedos, vio que estaban mojados de sudor. Mientras luchaba por controlarse, le golpeaba en el cerebro el eco de esa voz aguda e infantil. «Ser

manoseado por usted haría vomitar a cualquier hombre normal... ser manoseado por usted... manoseado». Cuando su cuerpo dejó de temblar, la náusea cedió su lugar al odio. La mente dio solaz a su sufrimiento con dulces imágenes de venganza. Se abandonó a fantasías de Sally desacreditada, Sally y su hijo desterrados de Martingale, Sally desenmascarada como lo que era, mentirosa, malvada y perversa. Y como todo es posible, Sally muerta.

Capítulo III

1

EL veleidoso tiempo de verano que en las últimas semanas había ofrecido una muestra de cada condición climática conocida en el país con la sola excepción de la nieve, se había estabilizado en la cálida normalidad gris adecuada a la época del año. Había una

posibilidad de que la fiesta pudiera tener lugar si no con sol al menos sin lluvia. Mientras se ponía sus pantalones de montar para la cabalgata matutina con Stephen, Deborah alcanzaba a ver desde su ventana la marquesina roja y blanca y, dispersos por el césped, los armazones de una media docena de puestos a medio montar que esperaban su ornamentación final de crespones y banderas británicas. Más allá, en el terreno de la casa, ya habían cercado una pista para los juegos de los chicos y la exhibición de bailes. Un coche antiguo con un altavoz encima estaba aparcado bajo uno de los olmos en el extremo del jardín, y varios tramos

de cable enrollados en los senderos y colgados entre los árboles daban testimonio de los esfuerzos de los radioaficionados locales por instalar un sistema de altavoces para la música y los anuncios. Después de un buen descanso nocturno, Deborah estaba en condiciones de inspeccionar estos preparativos con estoicismo. Sabía por experiencia que para cuando la fiesta hubiese terminado, sus ojos se encontrarían con un espectáculo muy diferente. Por más cuidadosa que fuera la gente (y muchos de ellos sólo empezaban a pasarlo bien cuando estaban rodeados de los desperdicios

habituales de paquetes de cigarrillos y cáscaras de frutas) se requeriría por lo menos una semana de trabajo para que el jardín perdiera su aspecto de belleza devastada. Ya las ristras de banderolas colgadas de lado a lado en los senderos verdes daban a la vegetación un aire de frivolidad incongruente, y el disgusto de los grajos parecía estallar en recriminaciones más ruidosas de lo habitual.

En la fantasía favorita de Catherine sobre la kermés de Martingale, ella pasaba la tarde ayudando a Stephen con los caballos, el interesado, deferente y reflexivo centro de un grupo de

lugareños de Chadfleet. Catherine tenía nociones pintorescas aunque anticuadas sobre el lugar y la importancia de los Maxie en la comunidad. Este alegre volar de la imaginación se desvaneció ante la decisión de la señora Maxie de que sus dos huéspedes debían ayudar donde más se los necesitara. Para Catherine esto significaba claramente que debía quedarse con Deborah en el puesto de los elefantes blancos. Pasada la primera desilusión, le sorprendió lo agradable de esta experiencia. Por la mañana se dedicó a ordenar, examinar y poner precio al conjunto heterogéneo del que todavía no se habían ocupado.

Deborah tenía un conocimiento sorprendente, nacido de su larga experiencia, del origen de la mayoría de su mercancía, de lo que valía cada artículo y de quién era probable que lo comprara. Sir Reynold Price había contribuido con un amplio gabán hirsuto con forro impermeable desmontable que apartaron de inmediato para que el doctor Epps lo viera en privado. Era justo lo que necesitaba para las visitas de invierno en su coche abierto y después de todo, nadie se fija en lo que uno se pone cuando conduce. Había un sombrero viejo de fieltro del doctor del que su criada por horas intentaba

deshacerse todos los años sin más resultado que verlo llegar de vuelta traído por su enfurecido dueño. Estaba marcado con seis peniques y expuesto en un lugar destacado. Había jerseys tejidos a mano de estilo y tonalidad llamativos, pequeños objetos de bronce y de porcelana sacados de las repisas de chimeneas del pueblo, atados de libros y revistas, y una colección fascinante de grabados con marcos pesados, con títulos apropiados grabados con letra muy fina sobre lámina de cobre. Estaban *La primera carta de amor*, *El tesoro de papá*, un par muy ornamentado llamados *La pelea* y *Reconciliación*, y varios

mostrando soldados ya sea dándoles un beso de despedida a sus esposas o gozando los placeres más castos del reencuentro. Deborah profetizó que a los clientes les encantarían y afirmó que ya los marcos solos valían media corona.

Para la una los preparativos estaban terminados y la familia tuvo tiempo para un almuerzo rápido servido por Sally. Catherine recordó que por la mañana había habido algún problema con Martha porque la chica se había quedado dormida. Aparentemente había tenido que apurarse para compensar el tiempo perdido porque estaba enrojecida y, pensó Catherine, ocultaba

cierta agitación bajo una apariencia de dócil eficiencia. Pero la comida transcurrió alegremente porque por el momento el grupo estaba unido por una preocupación común y una actividad compartida. A las dos, el obispo y su esposa ya habían llegado y la comisión salió por las puertas de vidrio del salón para instalarse un tanto incómodos en el círculo de sillas que los aguardaba, y así la kermés tuvo su comienzo formal. Pese a que el obispo era viejo y jubilado no estaba senil, y su breve discurso fue un modelo de sencillez y elegancia. A medida que la hermosa vieja voz le llegaba por el prado, Catherine pensó

por primera vez en la iglesia con interés y afecto. Allí estaba la pila bautismal normanda ante la que ella y Stephen asistirían al bautismo de sus hijos. En esas naves se conmemoraba a los antepasados de él. Allí estaban frente a frente las figuras arrodilladas de un Stephen Maxie del siglo dieciséis y de Deborah, su esposa, inmortalizados para siempre en piedra con las manos unidas en oración. Allí estaban los bustos seculares y floridos de los Maxie del siglo dieciocho y las sencillas placas que informaban brevemente sobre hijos muertos en Gallipoli o en el Marne. Catherine había pensado a menudo que

estaba bien que los obsequios de la familia a la iglesia se hubieran vuelto paulatinamente menos extravagantes, desde que la iglesia de St. Cedd y St. Mary de Chadfleet era ya más un lugar público de culto que un mausoleo particular para los huesos de los Maxie. Pero hoy, en un estado de ánimo de confianza y alborozo, podía pensar en toda la familia, vivos y muertos, sin espíritu de crítica y hasta un retablo barroco habría parecido apropiado.

Deborah ocupó su lugar junto con Catherine detrás del mostrador y los

clientes empezaron a acercarse y a buscar gangas cautelosamente. Era en realidad uno de los puestos más populares y el negocio resultaba movido. El doctor Epps vino temprano por su sombrero y fue fácil convencerlo de comprar el gabán de sir Reynold por una libra. La ropa y los zapatos se vendían rápidamente (por lo general a las mismas personas que Deborah había predicho), y Catherine estaba ocupada dando el cambio y reabasteciendo el puesto con la gran caja de refuerzos que tenían debajo del mostrador. A lo largo de la tarde pequeños grupos de gente continuaron entrando por el portón del

camino de acceso, los niños con caras estiradas en sonrisas artificiales y fijas para beneficio de un fotógrafo que había prometido un premio para «el niño más feliz» que entrara en el jardín durante la tarde. El altavoz superó las más locas expectativas; vertía una mezcla de marchas de Sousa y vales de Strauss, anuncios sobre tés y competiciones y la advertencia ocasional de usar las papeleras y mantener limpio el jardín. La señorita Liddell y la señorita Pollack, ayudadas por las menos agraciadas, mayores y más de fiar de sus chicas descarriadas, iban y venían entre St. Mary y la kermés, obedeciendo a

llamados de la conciencia o del deber. Su puesto era de lejos el más caro, y la exhibición de ropa interior hecha a mano adolecía de un desgraciado compromiso entre la belleza y el decoro. El vicario, con su suave pelo blanco humedecido por el esfuerzo, sonreía radiante y feliz a su rebaño, que por una vez estaba en paz con el mundo y los unos con los otros. Sir Reynold llegó tarde, hablador, condescendiente y generoso. Desde el prado donde se serviría el té llegaba el sonido de serias recomendaciones mientras la señora Cope y la señora Nelson, con la ayuda de la clase de varones de la escuela dominical, se

afanaban con mesas de bridge, sillas del ayuntamiento y una variedad de manteles que, eventualmente, tendrían que volver todos a manos de sus dueños. Felix Hearne parecía divertirse con las funciones que realizaba por cuenta propia. Apareció una o dos veces para ayudar a Deborah o a Catherine pero anunció que lo pasaba mucho mejor con la señorita Liddell y la señorita Pollack. Stephen vino una vez a averiguar cómo andaba el negocio. Para ser alguien que solía referirse a la kermés como «la maldición de los Maxie», parecía bastante feliz. Poco después de las cuatro, Deborah fue a la casa para ver si

su padre necesitaba algo y Catherine quedó a cargo. Deborah volvió en más o menos media hora y sugirió que podían ir a procurarse un té. Se servía en la más grande de las dos carpas y los que llegaban tarde, le previno Deborah, por lo general se encontraban con una bebida aguada y los pasteles menos atrayentes. Felix Hearne, que se había detenido en el puesto para charlar y emitir su juicio sobre la mercancía que quedaba, fue reclutado sin más para ocupar sus lugares, y Deborah y Catherine fueron a la casa a lavarse. Habitualmente uno se encontraba con una o dos personas que atravesaban el

vestíbulo porque creían que era un atajo, o porque no eran del pueblo y pensaban que el precio de la entrada incluía una visita gratis de la casa. A Deborah no parecía preocuparle.

—Allí está Bob Gillings, nuestro agente de policía local, cuidando las cosas del salón —señaló—. Y el comedor está cerrado con llave. Esto sucede siempre. Hasta ahora nadie se ha llevado nada. Entraremos por la puerta sur y usaremos el baño pequeño. Será más rápido.

De todos modos a ambas les resultó desconcertante que un hombre pasara apresuradamente a su lado en la escalera

de atrás con una apresurada disculpa. Se detuvieron y Deborah lo interpeló:

—¿Busca a alguien? Ésta es una casa particular.

Él se volvió y las miró nerviosamente; era un hombre delgado, de pelo algo encanecido que dejaba al descubierto una frente alta y despejada, y una boca delgada con la que sonrió de forma propiciatoria.

—Oh, lo lamento. No me di cuenta. Por favor, discúlpennme. Estaba buscando el retrete —dijo con una voz poco atractiva.

—Si se refiere al lavabo —dijo Deborah secamente—, hay uno en el

jardín. A mí me pareció que estaba adecuadamente señalado.

Él se sonrojó, balbuceó una disculpa y se fue.

—¡Qué conejo asustado! Supongo que no hacía nada malo. Pero desearía que se quedaran afuera.

Catherine decidió en su fuero interno que cuando fuera la dueña de Martingale se tomarían medidas para que así lo hicieran.

La carpa del té estaba llena de gente y el ruido confuso de la vajilla, el parloteo de las voces y el silbido de la tetera se

oían sobre un fondo de música que llegaba amortiguada a través de la lona. Las mesas habían sido decoradas por los chicos de la escuela como parte del concurso para el mejor arreglo de flores silvestres. Cada mesa tenía su frasco de mermelada etiquetado y la cosecha de amapolas, collejas, acederas y rosas silvestre, revividas después de horas de estar apretadas por manos calientes. Tenían una belleza delicada y natural, aunque el perfume de las flores se perdía en el olor a pasto pisoteado, lona caliente y comida. La concentración de ruido era tan grande que un corte repentino en el bullicio de voces le

pareció a Catherine como si se hubiese producido un silencio total. Sólo después se dio cuenta de que no todos habían dejado de hablar, y de que no todas las cabezas se habían vuelto hacia el lugar por donde Sally había entrado a la carpa con un vestido blanco de escote cuadrado bajo y falda tableada arremolinada idéntico al que llevaba Deborah, con una ancha faja verde que era una réplica de la que ceñía la cintura de Deborah, y con aretes verdes que resplandecían a cada lado de sus mejillas sonrojadas. Catherine sintió enrojecer sus propias mejillas y no pudo evitar una rápida mirada interrogante a

Deborah. No fue la única. Desde más y más mesas las caras se volvían hacia ellas. Del otro extremo de la carpa donde algunas de las chicas de la señorita Liddell disfrutaban de un té temprano bajo la supervisión de la señorita Pollack, hubo unas risitas rápidamente reprimidas. Alguien dijo en voz baja, pero no lo bastante baja, «¡La buena de Sal!». Sólo Deborah parecía indiferente. Sin echar una segunda mirada a Sally caminó hasta el mostrador de tablas sobre caballetes y pidió té para dos, una bandeja de pan con mantequilla y otra de pasteles. La señora Purdy echó el té en las tazas

apresuradamente y Catherine siguió a Deborah a una de las mesas desocupadas aferrando la bandeja de pasteles y tristemente consciente de que era ella la que parecía una tonta.

—¿Cómo se atreve? —musitó con la cara ardiente inclinada sobre su taza—. Es un insulto deliberado.

Deborah se encogió ligeramente de hombros.

—Oh, no sé. ¿Qué importa? Supongo que la pobre se está dando un gusto con su gesto y a mí no me hace ningún daño.

—¿Dónde consiguió el vestido?

—Pienso que en el mismo lugar que yo. La etiqueta está dentro. No es un

modelo exclusivo ni nada por el estilo. Cualquiera que se tomase el trabajo de buscarlo podría comprárselo.

—No pudo haber sabido que te lo ibas a poner hoy.

—Cualquier otra ocasión hubiera servido igual, supongo. ¿Tienes que seguir con el tema?

—No comprendo cómo lo tomas con tanta calma. Yo no lo haría.

—¿Que esperas que haga? ¿Ir a arrancárselo? Hay un límite al entretenimiento gratis que puede esperar el pueblo.

—Me pregunto qué dirá Stephen —dijo Catherine.

Deborah pareció sorprendida.

—No creo que ni siquiera se dé cuenta, excepto para pensar que le queda muy bien. Es un vestido más para ella que para mí. ¿Te apetecen los pasteles o prefieres tratar de conseguir unos emparedados?

Catherine, privada de seguir la conversación, prosiguió con el té.

2

A tarde siguió avanzando. Después de la escena en la carpa del té, la fiesta perdió su atractivo para Catherine y el puesto de venta no fue sino una tarea pesada. Vendieron todo antes de las cinco tal como había predicho Deborah, y Catherine quedó libre para ofrecer su ayuda con los paseos en pony. Llegó a la pista a tiempo para ver a Stephen alzando a Jimmy, que gritaba de alegría, para colocarlo en la silla delante de su

madre. El sol, atenuado ya con el final del día, brillaba a través del pelo del chico y lo convertía en fuego. La cabellera resplandeciente de Sally cayó hacia adelante cuando se inclinó para susurrarle algo a Stephen. Catherine escuchó la risa con que él le respondió. Fue un instante que nunca habría de olvidar. Volvió al prado y trató de recobrar algo de la confianza y alegría con que había empezado el día. Pero no lo consiguió. Después de deambular por ahí en una búsqueda vaga de algo en que ocupar la mente, decidió subir a su cuarto y recostarse antes de la cena. No vio a la señora Maxie ni a Martha dentro

de la casa. Era de suponer que se estarían ocupando de Simon Maxie o de la cena fría con la que terminaría el día. A través de su ventana pudo, eso sí, ver que el doctor Epps seguía dormitando junto a sus dardos y su caza del tesoro, aunque ya había pasado la parte de trabajo más pesado de la tarde. Pronto serían anunciados, premiados y aclamados los ganadores de los concursos y una columna poco densa pero constante ya iba saliendo del parque camino a la parada del autobús.

Fuera de ese momento en la pista, Catherine no había vuelto a ver a Sally y cuando se hubo lavado y cambiado e iba

hacia el comedor se encontró con Martha en la escalera y se enteró por ella de que Sally y Jimmy todavía no habían entrado. La mesa del comedor estaba dispuesta con carnes frías, ensaladas y fuentes de frutas frescas. Todos, salvo Stephen, estaban reunidos allí, el doctor Epps, conversador y jovial como siempre, se ocupaba de las botellas de sidra. Felix Hearne disponía los vasos. La señorita Liddell ayudaba a Deborah a terminar de poner la mesa. Sus pequeños chillidos de fastidio cuando no podía encontrar lo que buscaba y sus empujones inútiles a las servilletas eran sintomáticos de una

inquietud que excedía lo normal. La señora Maxie estaba de pie de espaldas mirando en el espejo de encima de la chimenea. Cuando se volvió, las arrugas y el cansancio de su cara impresionaron a Catherine.

—¿Stephen no está contigo? —le preguntó.

—No. No le he visto desde que estaba con los caballos. Estuve en mi habitación.

—Es probable que haya acompañado a Bocock a su casa para ayudarlo con el establo. O quizá se esté cambiando. No creo que debamos esperarlo.

—¿Dónde esta Sally? —preguntó Deborah.

—Aparentemente no está en casa. Martha me ha dicho que Jimmy está en su cuna de modo que debe de haber entrado y vuelto a salir.

La señora Maxie habló con calma. Si se trataba de una crisis doméstica era evidente que la consideraba relativamente menor y que no justificaba más comentarios delante de sus huéspedes. Felix Hearne le echó una mirada y sintió un hormigueo de anticipación y de mal presagio que lo sobresaltó. Parecía una reacción demasiado excesiva ante una situación

tan común. Al mirar a Catherine Bowers, sintió que compartía su inquietud. Todos estaban un poco cansados. Salvo por la charla intrascendente y exasperante de la señorita Liddell, tenían poco que decir. Había esa sensación de anticlímax que sigue a la mayoría de los acontecimientos largamente planificados. Éste había terminado y, sin embargo, todavía estaba demasiado presente como para permitirles relajarse. El sol brillante de la tarde había dado paso al bochorno. Ahora no corría brisa y hacía más calor que nunca.

Cuando Sally apareció en la puerta se volvieron hacia ella como aguijoneados por una urgencia común. Ella se recostó contra los paneles de madera tallada, el tableado blanco de su vestido desplegado sobre su sombría oscuridad como el ala de una paloma. En esta luz extraña y tormentosa su pelo ardía contra la madera. Estaba muy pálida pero sonreía. Stephen estaba a su lado.

La señora Maxie tuvo conciencia de un momento extraño en el que cada una de las personas presentes parecieron ser conscientes por separado de Sally, y en el cual, sin embargo, se unieron

silenciosamente, como en tensión para hacer frente a un desafío común. En un esfuerzo por restablecer la normalidad dijo despreocupadamente:

—Me alegra que hayas llegado, Stephen. Sally, será mejor que vuelvas a ponerte tu uniforme y ayudes a Martha.

La sonrisita reservada de la muchacha estalló en una carcajada. Le llevó un segundo recobrar el suficiente control como para responder con una voz que sonó casi obsequiosa en su respeto burlón.

—¿Le parece que sería apropiado, señora, para la joven a quien su hijo le ha pedido que se case con él?

3

SIMON Maxie pasó una noche que no fue ni mejor ni peor que otras. Es dudoso que algún otro bajo su techo fuera tan afortunado. Su mujer cumplió su vigilia en el sofá cama del vestidor y oyó sonar las horas mientras la aguja luminosa al lado de la cama avanzaba a saltos hacia el inevitable día. Volvió a revivir la escena en el salón tantas veces que ahora parecía no haber un segundo que no recordara con claridad, ningún

matiz de voz o emoción que hubiera perdido. Podía recordar cada palabra del ataque histérico de la señorita Liddell y el torrente perverso y medio enloquecido de denuestos que la réplica de Sally había provocado.

—No hable de lo que ha hecho por mí. ¿Es que alguna vez le importé realmente, vieja hipócrita hambrienta de sexo? Agradezca que sé callarme. Podría contarle algunas cosas de usted a todo el pueblo.

Después de esto se retiró dejando que el grupo disfrutara su cena con el poco

apetito que pudieran juntar o simular. La señorita Liddell se esforzó muy poco. Hubo un momento en el que la señora Maxie vio que una lágrima corría por su mejilla y se conmovió al pensar que el sufrimiento de la señorita Liddell era genuino, que había hecho todo lo posible por Sally y había gozado sinceramente con su progreso y felicidad.

El doctor Epps había masticado su comida en un silencio desacostumbrado, señal segura de que mandíbulas y cerebro trabajaban a un tiempo. Stephen no había seguido a Sally sino que había ocupado su asiento al lado de su hermana. Ante el quedo «¿Es cierto,

Stephen?» de su madre había contestado simplemente, «Por supuesto». No hizo ninguna otra alusión al tema, y hermano y hermana habían permanecido juntos durante la cena, comiendo poco pero presentando un frente unido ante la congoja de la señorita Liddell y las miradas irónicas de Felix Hearne. Éste, pensó la señora Maxie, era el único miembro del grupo que había disfrutado de su comida. Estaba casi segura de que el preludio había agudizado su apetito. Ella sabía que Stephen nunca le había gustado y este compromiso, si se mantenía, probablemente sería para él una fuente de diversión y al mismo

tiempo aumentaría sus posibilidades con Deborah. Nadie podría imaginar a Deborah quedándose en Martingale una vez casado Stephen. La señora Maxie se dio cuenta de que podía recordar con una nitidez desagradable la cara inclinada de Catherine teñida de un rubor impropio por el dolor o el resentimiento, y el modo tranquilo con que Felix Hearne había conseguido que al menos hiciera un esfuerzo decoroso para ocultarlo. Podía ser muy divertido cuando quería tomarse la molestia, y anoche se había esforzado al máximo. Sorprendentemente, para cuando terminó la cena había logrado hacerlos reír. ¿Era

posible que hiciera sólo siete horas de eso?

El tictac de los minutos que pasaban sonaba anormalmente fuerte en la oscuridad. Esa noche había llovido con fuerza pero ya había cesado. A las cinco de la mañana le pareció oír moverse a su marido y fue a verlo, pero aún yacía en ese estupor rígido que llamaban sueño. Stephen le había cambiado el somnífero. Le estaban dando un jarabe en vez del comprimido usual, pero parecía tener el mismo efecto. Volvió a la cama pero no durmió. A las seis se

levantó, se puso la bata, y llenó y enchufó la pava eléctrica para su té de la mañana. Por fin había llegado el día con sus problemas.

Fue un alivio para ella cuando sintió un golpe en la puerta y Catherine se deslizó adentro, todavía en pijama y bata. Por un momento la señora Maxie tuvo un intenso temor de que Catherine hubiese venido para hablar, de que los sucesos de la noche anterior tuviesen que ser comentados, evaluados, lamentados y revividos. Había pasado la mayor parte de la noche haciendo planes que no podía ni quería compartir con Catherine. Pero se sintió

inexplicablemente feliz al ver a otro ser humano. Se dio cuenta de que a la muchacha se la veía muy pálida. Era evidente que alguien más había dormido muy poco. Catherine le confió que la lluvia no la había dejado dormir y que se había despertado temprano con un fuerte dolor de cabeza. Ahora no le ocurría a menudo, pero cuando los tenía eran malos. ¿Tenía la señora Maxie una aspirina? Prefería la soluble, pero cualquier otra serviría. La señora Maxie pensó que el dolor de cabeza podía ser una excusa para una charla confidencial sobre la cuestión Sally-Stephen, pero después de mirarle de nuevo los ojos

cargados decidió que el dolor era real. Era evidente que Catherine no estaba en condiciones de maquinar nada. La señora Maxie la invitó a que cogiera la aspirina del botiquín y colocó otra taza en la bandeja. Catherine no era la compañera que hubiese elegido, pero al menos la muchacha parecía dispuesta a tomar su té en silencio.

Estaban sentadas juntas frente a la estufa eléctrica cuando llegó Martha; su porte y su tono denotaban un difícil compromiso entre la indignación y la inquietud.

—Se trata de Sally, señora —dijo—. Supongo que se ha vuelto a quedar

dormida. No contestó cuando la llamé, y cuando traté de abrir la puerta, me encontré con que había puesto el cerrojo. No puedo entrar. Señora, realmente no sé a qué está jugando.

La señora Maxie dejó su taza en el plato y observó con indiferencia y una suerte de sorpresa que la mano no le temblaba. La inminencia del mal hizo presa de ella y tuvo que demorarse un segundo antes de poder confiar en su voz. Pero cuando las palabras llegaron, ni Catherine ni Martha parecieron percibir cambio alguno en ella.

—¿Golpeó realmente fuerte? —
inquirió.

Martha titubeó. La señora Maxie sabía lo que eso significaba. Martha había preferido no golpear muy fuerte. Convenía a sus propósitos dejar que a Sally se le quedaran pegadas las sábanas. Después de su noche entrecortada, a la señora Maxie esta mezquindad le pareció casi insoportable.

—Sería mejor que probara de nuevo —dijo secamente—. Como todos nosotros, Sally tuvo ayer un día muy pesado. La gente no se queda dormida sin motivo.

Catherine abrió la boca como para hacer algún comentario, lo pensó mejor,

e inclinó la cabeza sobre su taza. No habían pasado dos minutos y Martha ya estaba de vuelta. Esta vez no cabía duda. La inquietud superaba a la irritación y en su voz había algo muy cercano al pánico.

—No puedo conseguir que me oiga. El bebé está despierto. Gimotea ahí dentro. ¡No puedo conseguir que Sally me oiga!

La señora Maxie no recordaba haber llegado a la puerta del cuarto de Sally. Estaba tan segura, más allá de toda posible duda, de que la puerta debía estar abierta, que golpeó y tironeó sin resultado por varios segundos antes de

que su mente pudiera aceptar la verdad. La puerta tenía corrido el cerrojo por dentro. El ruido de los golpes había despertado del todo a Jimmy y su gimoteo matutino inicial estaba alcanzando ahora un *crescendo* de chillidos de miedo. La señora Maxie podía escuchar el traqueteo de los barrotes de su cuna y lo imaginaba arrebuñado en su ropa de dormir irguiéndose para llamar a gritos a su madre. Sintió que un sudor frío empezaba a correrle por la frente. Hizo lo imposible para contenerse y no golpear enloquecida de pánico la rígida madera. Martha gemía ahora, y fue

Catherine la que puso una mano firme y tranquilizante sobre el hombro de la señora Maxie.

—No se preocupe demasiado. Haré que venga su hijo.

«¿Por qué no dice Stephen?», pensó la señora Maxie de manera un tanto inconexa. «Stephen es mi hijo».

Al instante estuvo con ellas. Los golpes en la puerta debían haberlo despertado porque Catherine no podía haber tenido tiempo de llamarlo. Stephen habló con tranquilidad.

—Tendremos que entrar por la ventana. Bastará con la escalera que está en el cobertizo. Voy a llamar a Hearne.

Partió y el pequeño grupo de mujeres esperó en silencio. El tiempo pasó lentamente.

—No puede menos que tomarles algún tiempo —dijo Catherine para tranquilizarlas—. Pero no pueden tardar mucho. Estoy segura de que no le ha pasado nada. Probablemente sigue durmiendo.

Deborah se quedó mirándola.

—¿Con todo el ruido que hace Jimmy? Apuesto a que no está ahí. Se ha ido.

—¿Pero por qué habría de irse? —preguntó Catherine—. ¿Y cómo se entiende la puerta cerrada?

—Conociendo a Sally supongo que quiso hacer algo fuera de lo común y salió por la ventana. Parece tener una tendencia a lo espectacular aunque no esté presente para disfrutarlo. Aquí estamos todos temblando de aprensión, mientras Stephen y Felix andan por ahí arrastrando escaleras y toda la casa está patas arriba. Todo muy satisfactorio para su fantasía.

—Pero no hubiera dejado al bebé —dijo Catherine de repente—. Ninguna madre lo haría.

—Aparentemente ésta sí lo ha hecho —contestó secamente Deborah.

Pero su madre notó que no hizo nada

por alejarse del grupo.

Los gritos de Jimmy ya habían alcanzado un punto culminante que ahogaba cualquier ruido que pudieran hacer los hombres con la escalera o al tratar de entrar por la ventana. El primer sonido que se escuchó en la habitación fue el rápido ruido de la cerradura. Felix estaba de pie en el vano de la puerta. Al ver su rostro Martha gritó, un agudo chillido animal de terror. La señora Maxie sintió, más que escuchó, el ruido sordo de sus pasos que retrocedían. Las demás mujeres hicieron a un lado el brazo de Felix que pretendía cerrarles el paso y se adelantaron en

silencio, como unidas por una urgencia común, hacia donde yacía Sally. La ventana estaba abierta y la almohada de la cama salpicada de lluvia. Sobre la almohada la cabellera de Sally estaba desplegada como una malla dorada. Sus ojos estaban cerrados pero no dormía. De la apretada comisura de la boca había corrido un hilo de sangre ahora seco como un tajo negro. A cada lado del cuello había un cardenal donde las manos de su asesino habían oprimido hasta quitarle la vida.

Capítulo IV

1

BONITO lugar, señor —dijo el sargento de detectives Martin cuando el coche de policía se detuvo frente a Martingale—. Hay una gran diferencia con nuestro último trabajo.

Había satisfacción en su voz porque era un hombre de campo por nacimiento

e inclinación, y a menudo se le escuchaba quejarse de la propensión de los asesinos a cometer sus crímenes en ciudades superpobladas y casas de vecindad insalubres. Olfateó el aire con gusto y bendijo las razones de política o de prudencia, cualesquiera que fueran, que habían llevado al jefe de policía del condado a hacer intervenir a Scotland Yard. Se había rumoreado que el jefe de la policía conocía personalmente a las personas implicadas y que por eso, sumado al asunto sin resolver en la periferia del condado, había considerado aconsejable pasar a otras manos este problema sin más dilación.

Esto le venía muy bien al sargento de detectives Martin. El trabajo era el trabajo dondequiera se hiciera, pero un hombre tenía derecho a sus preferencias.

El inspector en jefe de detectives Adam Dalgleish no contestó sino que salió ágilmente del coche y dio un paso atrás por un momento para observar la casa. Era una típica casa solariega isabelina, sencilla pero claramente formal en cuanto a diseño. Los amplios miradores de dos pisos con sus ventanas con maineles y montantes estaban emplazados simétricamente a ambos lados del porche central cuadrado. Encima del alero había un pesado

escudo de armas esculpido. El tejado se inclinaba hacia una pequeña balaustrada abierta de piedra, también esculpida con símbolos en relieve, y las seis grandes chimeneas Tudor se erguían osadamente contra un cielo de verano. Hacia el oeste se curvaba la pared de una habitación que Dalglish supuso había sido agregada en una fecha posterior, probablemente durante el siglo pasado. Las puertas ventana eran de vidrio laminado y se abrían al jardín. Por un momento vio una cara en una de ellas, pero luego desapareció. Alguien estaba esperando su llegada. Por el oeste un muro de piedra gris partía de la esquina

de la casa en una amplia curva hacia la entrada al jardín y se perdía detrás de los arbustos y las altas hayas. Por este lado los árboles llegaban hasta muy cerca de la casa. Por encima del muro y semi oculta por un mosaico de hojas podía apenas ver la punta de una escalera apoyada contra una ventana voladiza. Presumiblemente ése era el cuarto de la chica muerta. Su ama difícilmente podría haber elegido uno mejor ubicado para facilitar una entrada ilícita. Había dos vehículos aparcados junto al porche, un coche de la policía con un hombre uniformado sentado impasible al volante, y un furgón

funerario. Su conductor, recostado contra el respaldo del asiento y la gorra con visera echada hacia adelante, no se dio por enterado de la llegada de Dalglish, mientras que su compañero se limitó a levantar la vista con indiferencia antes de volver a su periódico dominical.

El superintendente local estaba esperando en el vestíbulo. Se conocían ligeramente como era de esperar de dos hombres destacados de la misma profesión, pero ninguno de ellos había deseado nunca tener una relación más estrecha. No fue un momento cómodo. Manning se encontraba en la necesidad

de explicar exactamente por qué su superior había considerado aconsejable hacer intervenir a Scotland Yard. Dalglish respondía adecuadamente. Dos reporteros estaban sentados junto a la puerta con el aire de perros a los que se les ha prometido un hueso si se portan bien y se han resignado a tener paciencia. La casa estaba muy silenciosa y olía levemente a rosas. Después del calor tórrido del coche, el aire resultó tan frío que Dalglish tuvo un estremecimiento involuntario.

—La familia está reunida en el salón —dijo Manning—. He dejado un sargento con ellos. ¿Quiere verlos

ahora?

—No, primero veré el cuerpo. Los vivos pueden esperar.

El superintendente Manning tomó la delantera por la amplia escalera cuadrada, hablándoles mientras avanzaba.

—Adelanté algo antes de saber que iban a hacer intervenir a la Oficina Central. Probablemente le han puesto al corriente de lo esencial. La víctima es la criada. Madre soltera de veintidós años. Estrangulada. El cuerpo lo descubrió la familia aproximadamente a las 7.15 de esta mañana. La puerta del dormitorio de la chica tenía echado el cerrojo. La

salida, y probablemente también la entrada, fue por la ventana. Encontrará pruebas de ello en el caño de la chimenea y en la pared. Parece como si hubiera caído el último metro y medio aproximadamente. Se la vio con vida por última vez anoche a las 22.30 cuando subía para acostarse con su bebida para la noche. No llegó a terminarla. La taza está en la mesilla de noche. Al principio pensé que el trabajo lo había hecho alguien de fuera casi con seguridad. Ayer tuvieron una kermés y cualquiera podría haber entrado en la propiedad. Dentro de la casa incluso. Pero hay dos o tres aspectos extraños.

—¿La bebida, por ejemplo? — preguntó Dalgliesh.

Ya habían llegado al rellano y estaban yendo hacia el ala oeste de la casa. Manning le miró curiosamente.

—Sí. El chocolate. Puede haber sido narcotizado. Hay algo que falta. El señor Simon Maxie es un inválido. De su botiquín falta un frasco de somníferos.

—¿Hay rastros de narcóticos en el cuerpo?

—El médico de la policía está con ella ahora. Pero lo dudo. Me pareció un caso claro de estrangulamiento. Probablemente tengamos la respuesta con la autopsia.

—Lo podría haber tomado ella misma —dijo Dalglish—. ¿Hay algún motivo obvio?

Manning vaciló.

—Es posible. Todavía no tengo ninguno de los detalles pero he oído chismes.

—Ah, chismes.

—Una tal señorita Liddell vino esta mañana a llevarse al hijo de la chica. Anoche cenó aquí. Menuda comida debe haber sido, según su relato. Aparentemente, Stephen Maxie se había declarado a Sally Jupp. Para la familia eso podría considerarse un motivo, supongo.

—Dadas las circunstancias pienso que para mí sí podría.

El dormitorio era de paredes blancas y estaba lleno de luz. Después de la penumbra del vestíbulo y de los pasillos bordeados por un maderaje de roble, esta habitación impresionaba con la luminosidad artificial de un escenario. El cadáver era lo más irreal de todo, una actriz de segunda categoría tratando sin éxito de simular la muerte. Sus ojos estaban casi cerrados, pero su cara tenía esa expresión de vaga sorpresa que a menudo había observado en las caras de los muertos. Dos dientes delanteros pequeños y muy blancos

estaban apretados contra el labio inferior, dando un aspecto de conejo a una cara que en vida, sintió, debió haber sido llamativa, quizás hasta hermosa. Una aureola de cabello fulguraba sobre la almohada en un desafío incongruente a la muerte. Su mano lo sintió ligeramente húmedo. Casi se sorprendió de que su brillo no se hubiera escurrido junto con la vida de su cuerpo. Se quedó de pie inmóvil mirándola. En momentos como este nunca tenía un sentimiento de compasión y ni siquiera de ira, aunque eso podría venir más tarde y habría que resistirlo. Le gustaba fijarse la imagen del cuerpo asesinado firmemente en la

mente. Se había vuelto una costumbre a partir de su primer caso importante siete años atrás, cuando observó el cadáver apaleado de una prostituta del barrio del Soho con silenciosa decisión y pensó: «Eso es. Éste es mi trabajo».

El fotógrafo había terminado su tarea con el cuerpo antes de que el médico de la policía comenzara su examen. Ahora estaba sacando unas últimas fotos de la habitación y la ventana antes de guardar su equipo. El encargado de tomar las huellas dactilares también había acabado con Sally y concentrado en su mundo privado de espirales y compuestos, se movía con discreta

eficiencia del pomo de la puerta a la cerradura, de la taza de chocolate a la cómoda, de la cama al marco de la ventana, antes de subirse pesadamente a la escalera para trabajar en el caño de la chimenea y en la escalera misma. El doctor Feltman, el médico de la policía, con una calvicie incipiente, corpulento y deliberadamente jovial, como si estuviera bajo una compulsión constante de demostrar su imperturbabilidad profesional frente a la muerte, volvía a colocar sus instrumentos en un estuche negro. Dalglish ya se había encontrado con él antes y sabía que era un médico de primera que nunca había aprendido a

reconocer dónde terminaba su trabajo y comenzaba el del detective. Esperó a que Dalglish se apartara del cuerpo antes de hablar.

—Ya estamos listos para llevárnosla, si no tiene inconveniente. Desde el punto de vista médico parece bastante sencillo. Estrangulación manual por una persona diestra colocada delante de ella. Murió rápidamente, posiblemente por inhibición del vago. Podré decirle algo más después de la autopsia. No hay signos de violencia sexual, pero eso no significa que el sexo no fuera el motivo. Me imagino que no hay nada como encontrarse con un

cadáver entre las manos para que se le vayan a uno las ganas. Cuando lo pesquen se encontrarán con la misma vieja historia de siempre: «La agarré del cuello para asustarla y perdió el conocimiento». Parece que entró por la ventana. Podrán encontrar huellas digitales en ese caño de chimenea pero dudo que el suelo les sirva de mucho. Debajo hay una especie de patio. Nada de una bonita tierra blanda con un par de útiles marcas de suelas. De todos modos, anoche llovió bastante fuerte, lo que no es ninguna ayuda. Bueno, voy a buscar a los de la camilla si su hombre ya ha terminado. Feo asunto para un

domingo por la mañana.

Se fue y Dalglish revisó la habitación. Era amplia y escasamente amueblada, pero la impresión general que daba era la de ser soleada y confortable. Pensó que probablemente antes había sido el cuarto de los juguetes. El hogar anticuado en la pared norte estaba rodeado por un pesado guardafuego de malla detrás del cual se había instalado una estufa eléctrica. A ambos lados del hogar había profundos nichos provistos de estanterías y armarios bajos. Se veían dos ventanas. La ventana voladiza más pequeña contra la que estaba apoyada la escalera se

encontraba en la pared oeste y miraba sobre el patio hacia los viejos establos. La más grande abarcaba casi todo el largo de la pared sur y ofrecía una vista panorámica de los prados y jardines. Aquí el vidrio era antiguo y montado irregularmente con medallones. Sólo las ventanas superiores con maineles podían abrirse.

La cama individual pintada de color crema estaba en ángulo recto con la ventana más pequeña y tenía una silla a un lado y una mesilla de noche con una lámpara al otro. La cuna del niño estaba en el rincón opuesto semi oculta por un biombo. Era el tipo de biombo que

Dalglish recordaba de su propia niñez, compuesto de docenas de ilustraciones y postales de colores pegadas formando un diseño y barnizadas. Frente al hogar había una alfombra y una silla baja. Contra la pared un armario sencillo y una cómoda.

La habitación tenía un carácter extrañamente anónimo. La íntima atmósfera fecunda de casi cualquier cuarto de infantes compuesta de un vago olor a talco, jabón para bebés y ropa secada al calor. Pero la muchacha misma había impreso poco de su personalidad a su entorno. No existía ese desorden femenino que en parte

había esperado encontrar. Sus pocas pertenencias personales estaban cuidadosamente ordenadas pero no revelaban nada. Era, básicamente, nada más que el cuarto de un niño con una cama sencilla para su madre. Los pocos libros en los estantes eran obras de divulgación sobre el cuidado de los bebés. La media docena de revistas eran de aquellas dedicadas a los intereses de las madres y amas de casa antes que a las preocupaciones más románticas y variadas de las jóvenes que trabajan. Cogió una del estante y la hojeó. De entre sus páginas cayó un sobre con un sello venezolano. Estaba dirigido a:

Sr. D. Pullen
Rose Cottage, Nessingford-
road,
Little Chadfleet, Essex,
Inglaterra.

En el reverso había tres fechas garabateadas en lápiz: miércoles 18, lunes 23, lunes 30.

Rondando de la estantería de libros a la cómoda sacó cada cajón y revisó sistemáticamente su contenido con dedos expertos. Estaban perfectamente ordenados. El cajón de arriba sólo contenía ropa de bebé. La mayoría tejida a mano, todas las prendas bien lavadas y

cuidadas. El segundo estaba repleto de ropa interior de la muchacha pulcramente ordenada en pilas. Fue en el tercer y último cajón donde se encontraba la sorpresa.

—¿Qué piensa de esto? —le preguntó a Martin.

El sargento se acercó a su superior con una rapidez silenciosa desconcertante en una persona de su físico y levantó una de las prendas en su enorme mano.

—Parece hecha a mano, señor. La debe de haber bordado ella misma. El cajón está casi repleto. A mí me parece un ajuar.

—Efectivamente, me parece que de eso se trata. Y no sólo prendas de vestir, también hay manteles, toallas de mano, fundas para almohadones —las revisó mientras hablaba—. Es un pequeño ajuar bastante conmovedor, Martin. Meses de trabajo fervoroso cuidadosamente doblado en papel de seda con bolsitas de lavanda. Pobrecita. ¿Cree usted que esto estaba destinado al deleite de Stephen Maxie? No llego a imaginarme estos coquetos mantelillos usados en Martingale.

Martin tomó una de las prendas y la estudió con aires de conocedor.

—No puede haber estado pensando

en él cuando hacía esto. Según él, sólo se le declaró ayer, y esto le debe haber llevado meses de trabajo. Lo sé porque mi madre acostumbraba hacer este tipo de labor. Se hace punto de ojal siguiendo el dibujo y después se recorta la parte interior. Lo llaman Richelieu o algo así. Queda muy lindo, si a usted le gustan ese tipo de cosas —añadió en consideración a la evidente falta de entusiasmo de su jefe.

Observó pensativo el bordado con una aprobación nostálgica antes de devolverlo al cajón.

Dalglish se acercó a la ventana voladiza. El ancho antepecho tenía unos

noventa centímetros de altura. Estaba salpicado ahora con los brillantes fragmentos de vidrio de una colección de animales en miniatura. Un pingüino yacía de costado, sin alas. Un frágil perro salchicha se había partido en dos. Un gato siamés de ojos sorprendentemente azules era el único superviviente del astillado holocausto.

Las dos secciones mayores y centrales de la ventana se abrían hacia afuera con un pestillo, y el caño de la chimenea, bordeando una ventana similar situada aproximadamente un metro ochenta más abajo, descendía en línea recta hasta el patio enlosado de

debajo. Para una persona medianamente ágil no podía ser un descenso difícil. Hasta el ascenso resultaría posible. Se dio cuenta nuevamente de hasta qué punto estaría a salvo de miradas indiscretas una entrada o salida por allí. A su derecha, el gran muro de ladrillos, semi oculto por las ramas sobresalientes de las hayas, se extendía en una curva hacia el camino de entrada. Directamente frente a la ventana, y a unos treinta metros, estaban los viejos establos con su bonito torreón del reloj. Su refugio abierto era el único lugar desde el cual podía observarse la ventana. A la izquierda sólo se veía un

pequeño sector del prado. Alguien parecía haber estado revolviéndolo. Una pequeña parte estaba rodeada por un cordel y allí el pasto había sido macheteado o cortado. Aun desde la ventana Dalglish alcanzó a ver los terrones de césped levantados y las manchas de tierra marrón debajo. El superintendente Manning se le había acercado por detrás y contestó su pregunta no formulada.

—Ésa es la caza del tesoro del doctor Epps. Durante los últimos veinte años la ha organizado en el mismo sitio. Ayer se hizo aquí la kermés de la iglesia. Ya se ha quitado la mayor parte

de los adornos de papel, al vicario le gusta que el lugar quede en orden antes del domingo, pero lleva un día o dos borrar todos los rastros.

Dalglish recordó que el superintendente era casi un vecino.

—¿Estuvo aquí? —preguntó.

—Este año no. Durante la última semana he estado de servicio casi todo el tiempo. Todavía tenemos que dejar aclarado lo de esa muerte en el límite del condado. No falta mucho, pero me ha tenido bastante ocupado. Mi mujer y yo solíamos acercarnos hasta aquí una vez al año para la kermés, pero eso era antes de la guerra. Entonces era otra

cosa. Ahora creo que no nos molestaríamos en venir. Así y todo aún consiguen bastante gente. Alguien puede haber conocido a la chica y averiguado por ella dónde dormía. Va a costar mucho trabajo verificar todos sus movimientos durante la tarde y la noche de ayer —su tono daba a entender que estaba muy satisfecho de no tener que ocuparse de este asunto.

Dalglish no elaboraba teorías antes de disponer de los hechos. Pero los hechos que había reunido hasta ahora no apoyaban esa cómoda tesis de un fortuito intruso desconocido. No se habían encontrado señales de una

tentativa de ataque sexual, ni tampoco de robo. Tenía una mente muy abierta sobre el tema de esa puerta cerrada por dentro. Hay que reconocer que esa mañana, a las siete, toda la familia Maxie había estado del lado correcto de ella, pero presumiblemente eran tan capaces como cualquiera de bajar por caños de chimeneas o descender escaleras.

El cuerpo había sido retirado, un bulto tosco y rígido en una camilla, cubierto con una sábana blanca, destinado al cuchillo del patólogo y al frasco del analista del laboratorio. Manning los había dejado para telefonear a su oficina. Dalglish y

Martin continuaron su paciente registro de la casa. Junto a la habitación de Sally había un cuarto de baño antiguo, la honda bañera encajonada en caoba y una pared entera cubierta por un enorme armario para la caldera con estanterías de listones. Las otras tres paredes estaban empapeladas con un elegante diseño floral descolorido por el tiempo, y una moqueta vieja pero aún no gastada, cubría el suelo de pared a pared. La habitación no ofrecía escondite alguno. Pasando la puerta, desde el rellano descendía un tramo curvo de escalera recubierta de droguete hasta el pasillo entablado que llevaba

por un lado a las dependencias de la cocina y por el otro al vestíbulo principal. Justo al pie de estas escaleras se encontraba la pesada puerta sur. Estaba entreabierta, y Dalglish y Martin dejaron la frescura de Martingale para pasar al calor pesado del día. En alguna parte las campanas de una iglesia llamaban a la misa del domingo. El sonido llegó clara y dulcemente a través de los árboles trayéndole a Martin un recuerdo de infancia de domingos en el campo y a Dalglish un recordatorio de que quedaba mucho por hacer y se iba yendo la mañana.

—Vamos a echarle una mirada a la

vieja cuadra de los establos y al muro oeste bajo su ventana. Después tengo bastante interés en la cocina. Y luego nos dedicaremos a los interrogatorios. Tengo el presentimiento de que la persona que buscamos durmió bajo este techo anoche.

2

EN el salón, los Maxie junto con sus dos huéspedes y Martha Bultitaft aguardaban a ser interrogados, discretamente vigilados por un sargento de detectives que se había aposentado en una pequeña silla junto a la puerta donde permanecía sentado con una aparente indiferencia imperturbable, dando la impresión de sentirse mucho más cómodo que los dueños de casa. Las personas bajo su vigilancia tenían

sus propios y variados motivos para preguntarse cuánto tiempo duraría la espera, pero ninguno quería revelar ansiedad averiguándolo. Se les había dicho que el inspector en jefe de detectives Dalglish de Scotland Yard había llegado y que en breve estaría con ellos. Con qué brevedad, eso nadie estaba dispuesto a preguntarlo. Felix y Deborah aún vestían ropa de montar. Los demás se habían vestido apresuradamente. Todos habían desayunado poco y ahora estaban sentados y esperando. Como hubiera parecido una muestra de insensibilidad ponerse a leer, chocante tocar el piano,

poco prudente hablar acerca del crimen, y forzado tocar otro tema, permanecían sentados en un silencio casi ininterrumpido. Felix Hearne y Deborah estaban en el sofá aunque un poco apartados y de tanto en tanto él se inclinaba para susurrarle algo al oído. Stephen Maxie se había apostado en una de las ventanas y, de pie, daba la espalda a la habitación. Era una postura que, como Felix Hearne percibió con cinismo, le permitía mantener oculta la cara y mostrar un pesar no expresado con la parte de atrás de su cabeza inclinada. Cuatro de los observadores, al menos, tenían mucho interés en saber

si el pesar era real. Eleanor Maxie, sentada serenamente en una silla alejada de los demás, estaba atontada por el dolor o ensimismada en sus pensamientos. Su cara se veía muy pálida, pero el instante de pánico que le había cogido frente a la puerta de Sally ya estaba superado. Su hija notó que por lo menos ella se había preocupado por vestirse como correspondía y ofrecía a su familia e invitados una apariencia casi normal. Martha Bultitaft también se sentó un poco aparte, incómoda en el borde de su silla y echándole de tanto en tanto miradas iracundas al sargento al que, evidentemente, consideraba

responsable de su embarazo por tener que estar sentada junto con la familia y para colmo en el salón, cuando había trabajo que hacer. Ella, la más trastornada y aterrada con el hallazgo de la mañana, ahora parecía considerar todo el incordio como una ofensa personal, y permanecía sentada envuelta en un hosco resentimiento. Catherine Bowers era la que presentaba la mayor apariencia de tranquilidad. Había sacado una pequeña libreta de su bolso de mano y, a intervalos, escribía en ella como si refrescara su memoria de los acontecimientos de la mañana. Esa fachada de naturalidad y eficiencia no

engañó a nadie, pero todos le envidiaron la ocasión de dar tan buena imagen. Permanecían sentados en un aislamiento esencial y repensaban sus propios pensamientos. La señora Maxie mantenía los ojos fijos en las manos fuertes entrelazadas en su regazo pero tenía la mente concentrada en su hijo.

«Se sobrepondrá, los jóvenes siempre lo hacen. Gracias a Dios que Simon nunca lo sabrá. Va a ser difícil arreglarnos para cuidarlo sin Sally. Supongo que uno no debería pensar en eso. Pobre chica. Puede haber huellas digitales en ese cerrojo. La policía ya habrá pensado en eso. A menos que haya

usado guantes. Hoy en día todos sabemos acerca de los guantes. Me pregunto cuántos llegaron a ella a través de esa ventana. Supongo que tendría que haber pensado en eso, ¿pero cómo? Después de todo tenía el niño con ella. ¿Qué harán con Jimmy? Una madre asesinada y un padre que ya nunca llegará a conocer. Ése es un secreto que se guardó. Uno de tantos, probablemente. Nunca se llega a conocer a la gente. ¿Qué es lo que sé acerca de Felix? Podría resultar peligroso. También el inspector en jefe. Martha tendría que estarse ocupando del almuerzo. Es decir, si es que alguien

quiere almorzar. ¿Dónde comerán los policías? Es de suponer que querrán usar nuestras habitaciones solamente hoy. La enfermera llegará a las doce, así que tendré que ir con Simon entonces. Supongo que podría ir ahora si lo pidiera. Deborah está tensa. Como todos. Si al menos pudiéramos no perder la cabeza».

«Tendría que tenerle menos aversión ahora que está muerta», pensaba Deborah, «pero no puedo. Siempre creó problemas. Disfrutaría viéndonos así, sudando en primera fila. Quizá pueda hacerlo. No debo ponerme morbosa. Me gustaría que pudiésemos hablar sobre

esto. Podríamos haber callado lo de Stephen y Sally si Epps y la señorita Liddell no hubieran venido a cenar. Y Catherine, claro. Siempre hay que considerar a Catherine. Ella sí que va a disfrutar esto. Felix sabe que Sally estaba narcotizada. Bueno, si es cierto, la droga estaba en mi taza. Que piensen de eso lo que quieran».

«No pueden tardar mucho más», pensaba Feliz Hearne, «La cuestión es no perder los estribos. Se va a tratar de policías ingleses, policías ingleses extremadamente corteses haciendo preguntas estrictamente de acuerdo con las normas establecidas por los jueces.

El miedo es difícil de ocultar. Me imagino la cara de Dalglish si me decidiera a explicarlo. Inspector, discúlpeme si doy la impresión de tenerle pánico. La reacción es puramente automática, una jugarreta del sistema nervioso. Tengo aversión a los interrogatorios formales, y más todavía a las sesiones informales cuidadosamente montadas. Tuve alguna experiencia de eso en Francia. Me he recuperado completamente de sus efectos, comprende, excepto por este pequeño legado. Tiendo a perder los estribos. No es más que puro, simple y maldito miedo. Estoy seguro de que

usted lo comprenderá, Herr inspector. Sus preguntas son tan razonables. Es una desgracia que yo desconfíe de las preguntas razonables. No debemos exagerar esto está claro. Es una incapacidad menor. Uno pasa una parte relativamente pequeña de su vida siendo interrogado por la policía. Me libré de una buena. Hasta me dejaron algunas de mis uñas. Sólo estoy tratando de explicarle que me puede resultar difícil darle las respuestas que usted espera».

Stephen se dio la vuelta.

—¿Qué les parece si llamamos a un abogado? —preguntó repentinamente—. ¿No deberíamos hacer venir a Jephson?

Su madre alzó la vista de la silenciosa contemplación de sus manos entrelazadas.

—Mathew Jephson está paseando en coche por algún lugar de Europa. Lionel está en Londres. Podríamos avisarle si crees que es necesario.

Su voz tenía un matiz de interrogación. Deborah dijo impulsivamente:

—¡No, mamá! No a Lionel Jephson. Es el pelmazo más pomposo del mundo. Esperemos a que nos arresten antes de alentarle a que venga hasta aquí a darse aires. Además no es un abogado penalista. Sólo entiende de

fideicomisos, declaraciones juradas y documentos. Esto lo escandalizaría hasta el fondo de su alma honorable. No serviría de nada.

—¿Y qué hay de usted, Hearne? —preguntó Stephen.

—Me puedo arreglar sin ayuda, gracias.

—Tendríamos que pedirle disculpas por mezclarle en esto —dijo Stephen con una formalidad afectada—. Es desagradable para usted y puede resultarle inoportuno. No sé cuándo podrá estar de vuelta en Londres.

Felix pensó que esas disculpas más bien correspondía dárselas a Catherine

Bowers. Aparentemente, Stephen estaba decidido a ignorar a la joven. ¿Es que este joven estúpido y arrogante pensaba seriamente que esta muerte no era más que algo desagradable e inoportuno? Miró hacia la señora Maxie mientras respondía:

—Me sentiré muy feliz de permanecer aquí, voluntaria o involuntariamente, si puedo ser de alguna utilidad.

Catherine estaba añadiendo sus entusiastas afirmaciones en el mismo sentido cuando el sargento silencioso, súbitamente revivido, se cuadró en un solo movimiento. La puerta se abrió y

entraron tres policías de civil. Al superintendente Manning ya lo conocían. Rápidamente presentó a sus acompañantes como el inspector en jefe de detectives Adam Dalgliesh y el sargento de detectives George Martin. Cinco pares de ojos se volvieron simultáneamente hacia el más alto de los desconocidos con miradas de temor, apreciación o abierta curiosidad.

Catherine Bowers pensó: «Alto, moreno y buen mozo. No lo que yo esperaba. Realmente una cara muy interesante».

Stephen Maxie pensó: «Un tipo con aire arrogante. Se tomó su tiempo antes

de venir. Me imagino que la idea es ablandarnos. O si no, ha estado husmeando por la casa. Éste es el fin de la intimidad».

Felix Hearne pensó: «Bueno, aquí está. Adam Dalglish, he oído hablar de él. Implacable, poco ortodoxo, siempre trabajando en contra del reloj. Supongo que tiene sus propias compulsiones particulares. Por lo menos nos han considerado adversarios dignos de lo más selecto».

Eleanor Maxie pensó: «Dónde he visto antes esa cabeza. Claro. Ese Durero. ¿Fue en Munich? *Retrato de un desconocido*. Por qué es que uno

siempre espera que los oficiales de policía usen bombines y gabardinas».

Durante el intercambio de presentaciones y cortesías Deborah lo miró fijamente como si lo viera a través de una red de cabello dorado rojizo. Cuando habló lo hizo con una voz extrañamente profunda, reposada e inexpresiva:

—El superintendente Manning me ha dado a entender que el pequeño despacho contiguo ha sido puesto a mi disposición. Espero que no resulte necesario monopolizarlo ni a él ni a ustedes por mucho tiempo. Quisiera verlos por separado, por favor, y en este

orden.

—Ven a verme a mi estudio a las nueve, a las nueve y cinco, a las nueve y diez... —le susurró Felix a Deborah.

No sabía si buscaba alivio para sí o para ella, pero no le respondió ninguna sonrisa. Dalglish dejó que su mirada recorriera brevemente el grupo.

—El señor Stephen Maxie, la señorita Bowers, la señora Maxie, la señora Riscoe, el señor Hearne y la señora Bultitaft. Los que esperen tengan a bien quedarse aquí. Si alguno de ustedes tiene necesidad de dejar la habitación hay una policía femenina y un agente afuera en el vestíbulo que pueden

acompañarlos. Esta vigilancia será menos rigurosa en cuanto todos hayan sido entrevistados. ¿Me haría el favor de venir conmigo, señor Maxie?

3

STEPHEN Maxie tomó la iniciativa.

—Creo que sería mejor que empezara por hacerle saber que la señorita Jupp y yo estábamos comprometidos para casarnos. Le pedí su mano ayer al anochecer. No es ningún secreto. No puedo tener nada que ver con su muerte y podría no haberme molestado en mencionárselo si no fuera porque ella lo dio a conocer delante de la chismosa mayor del pueblo, de modo

que usted probablemente se enteraría bastante pronto.

Dalglish, que ya se había enterado y no estaba en modo alguno convencido de que el pedido de mano no tuviera nada que ver con el asesinato, agradeció gravemente al señor Maxie por su franqueza y le expresó formales condolencias por la muerte de su prometida. El muchacho levantó la cabeza y le dirigió una repentina mirada directa.

—No siento que tenga derecho alguno a aceptar condolencias. Ni siquiera puedo sentirme afligido. Supongo que lo sentiré cuando se me

haya borrado un poco el impacto. Nos comprometimos tan sólo ayer y hoy está muerta. Aún no resulta creíble.

—¿Su madre sabía de este compromiso?

—Sí. Toda la familia lo sabía, salvo mi padre.

—¿La señora Maxie lo aprobaba?

—¿No sería mejor que eso se lo preguntara a ella?

—Quizá sí. ¿Cuáles eran sus relaciones con la señorita Jupp antes de la noche de ayer, doctor Maxie?

—Si usted está preguntando si éramos amantes la respuesta es no. Sentía pena por ella. La admiraba y me

atraía. No tengo la menor idea acerca de lo que pensaba de mí.

—Sin embargo, ¿había aceptado su propuesta de matrimonio?

—No explícitamente. Les dijo a mi madre y a sus invitados que yo había pedido su mano de modo que naturalmente di por sentado que tenía la intención de aceptarme. De no ser así no hubiera tenido sentido dar la noticia.

Dalglish podía pensar en muchas razones por las que la chica hubiese dado la noticia, pero no estaba dispuesto a comentarlas. En cambio, instó a su testigo a que diera su propia versión de los hechos recientes desde el momento

en que los comprimidos faltantes de Sommeil fueron introducidos por vez primera en la casa.

—¿De modo que piensa que estaba narcotizada, inspector? Le conté al superintendente lo de los comprimidos cuando llegó. Con toda seguridad estaban en el botiquín de mi padre esta mañana temprano. La señorita Bowers los vio cuando fue a buscar una aspirina. Ahora no están allí. El único Sommeil que hay en el botiquín está ahora en un envoltorio sellado. El frasco ha desaparecido.

—Sin duda lo encontraremos, doctor Maxie. La autopsia nos hará saber si la

señorita Jupp estaba o no narcotizada y, en caso afirmativo, qué cantidad ingirió. Es casi seguro que hay algo además del chocolate en esa taza junto a la cama. Claro que pudo haberlo puesto ella misma.

—¿Y si no lo hizo, inspector, quién fue? La droga podía no estar destinada a Sally. La taza que estaba junto a la cama era el de mi hermana. Cada uno de nosotros tiene una propia y son todas diferentes. Si el Sommeil estaba destinado para Sally debe haber sido echado en la bebida después de que lo llevara a su habitación.

—Si las tazas son tan diferentes es

curioso que la señorita Jupp haya cogido la que no le correspondía. Ése es un error poco probable, ¿no?

—Puede no haber sido un error —dijo Stephen secamente.

Dalglish no le pidió que lo aclarara sino que escuchó en silencio mientras su testigo describía la visita de Sally al hospital de St. Luke el jueves pasado, lo ocurrido en la kermés de la iglesia, el súbito impulso que le había llevado a la propuesta matrimonial y el hallazgo del cuerpo de su prometida. Su relato fue fáctico, conciso y casi carente de emoción. Cuando describió la escena en el dormitorio de Sally su voz sonó casi

clínicamente objetiva. O tenía un enorme control de sí mismo o había previsto esta entrevista y se había preparado por adelantado para no revelar en momento alguno miedo o remordimiento.

—Fui con Felix Hearne a buscar la escalera. Él estaba vestido pero yo todavía llevaba mi bata. De camino al cobertizo que está frente a la ventana de Sally perdí una de mis pantuflas, así que él llegó antes y cogió la escalera. Siempre se guarda allí. Para cuando le alcancé ya la había sacado y preguntaba adónde había que llevarla. Le indiqué en dirección a la ventana de Sally. Transportamos la escalera entre los dos

aunque es muy liviana. Una persona sola podría manejarla, aunque no sé si se tratará de una mujer. La apoyamos contra la pared y Hearne subió primero mientras yo la sostenía. Le seguí inmediatamente. La ventana estaba abierta pero con las cortinas corridas. Como ya ha visto, la cama está en ángulo recto con la ventana con la cabecera en esa dirección. Hay un antepecho ancho en la parte en la que la ventana sobresale y aparentemente Sally tenía allí una colección de pequeños animales de vidrio en miniatura. Vi que estaban desparramados y la mayoría rotos. Hearne fue hasta la puerta y corrió

el cerrojo. Me quedé parado mirando a Sally. La ropa de cama le cubría hasta el mentón, pero me di cuenta en seguida de que estaba muerta. A esas alturas el resto de la familia estaba alrededor de la cama, y cuando la descubrí pudimos ver lo que había pasado. Estaba acostada de espaldas, no la movimos, y tenía un aire muy sereno. Pero usted sabe qué aspecto tenía. La vio.

—Sé lo que yo vi —dijo Dalglish—. Ahora estoy preguntando qué es lo que vio usted.

El joven le miró con extrañeza y luego cerró los ojos por un segundo antes de responder. Habló con una voz

apagada y sin expresión, como si repitiera una lección aprendida de memoria.

—Había un hilo de sangre en la comisura de su boca. Los ojos estaban casi cerrados. Había una marca bastante clara de un pulgar bajo la mandíbula inferior derecha, sobre el asta del cartílago tiroides, y señales menos claras de huellas de dedos sobre el lado izquierdo del cuello a lo largo del cartílago tiroides. Era un caso evidente de estrangulación manual llevada a cabo con la mano derecha y desde una posición frontal. Se debe haber usado bastante fuerza, pero pensé que la

muerte podía haberse debido a la inhibición del vago y puede haber sido muy súbita. Encontré pocos de los signos clásicos de asfixia. Pero sin duda obtendrá todos los datos de la autopsia.

—Creo que van a concordar con su opinión. ¿Pudo hacerse alguna idea de la hora de la muerte?

—Había algo de *rigor mortis* en la mandíbula y en los músculos del cuello. No sé si se había difundido más allá de eso. Estoy describiendo los signos que percibí casi de manera subconsciente. En esas circunstancias no puede esperar un informe *post mortem* completo.

El sargento Martin, con la cabeza

inclinada sobre su libreta, detectó infaliblemente la primera señal cercana a la histeria y pensó: «Pobre diablo. El viejo puede ser bastante cruel. Sin embargo, hasta ahora ha aguantado bastante bien. Demasiado bien para un hombre que acaba de descubrir el cadáver de su chica. Si es que era su chica».

—A su debido tiempo tendré el informe completo de la autopsia —dijo Dalglish con tranquilidad—. Me interesaba su estimación de la hora del deceso.

—Pese a la lluvia era una noche bastante calurosa. Diría que no menos

de cinco horas ni más de ocho.

—¿Mató usted a Sally Jupp, doctor?

—No.

—¿Sabe quién lo hizo?

—No.

—¿Cuales fueron sus movimientos a partir del momento en que terminó de cenar la noche del sábado hasta que la señorita Bowers lo llamó esta mañana con la noticia de que la puerta de Sally Jupp estaba cerrada con cerrojo?

—Tomamos el café en el salón. A eso de las nueve mi madre sugirió que comenzáramos a contar el dinero. Estaba en la caja de seguridad, aquí en el despacho. Pensé que estarían más a

gusto sin mí y me sentía inquieto, así que salí a dar una vuelta. Le dije a mi madre que podía demorarme y le pedí que me dejara abierta la puerta sur. No tenía un rumbo fijo en mente, pero en cuanto salí de la casa sentí que me gustaría ver a Sam Bocock. Vive solo en la cabaña que está en el extremo más alejado del prado de la casa. Caminé a través del jardín y por el prado hasta su cabaña y me quedé allí con él hasta bastante tarde. No puedo recordar exactamente a qué hora me fui, pero quizás él pueda ayudar. Pienso que fue justo después de las once. Caminé de vuelta solo, entré en la casa por la puerta sur, corrí el cerrojo y

me fui a la cama. Eso es todo.

—¿Volvió directamente a su casa?

Dalglish no dejó de notar la vacilación casi imperceptible.

—Sí.

—¿Eso significa que hubiese estado de vuelta a qué hora?

—Desde la cabaña de Bocock son cinco minutos a pie pero yo no tenía prisa. Supongo que habré estado de vuelta y en la cama hacia las once y media.

—Es una lástima que no pueda ser preciso respecto de la hora, doctor Maxie. También es desde todo punto de vista sorprendente si se toma en cuenta

que en su mesa de noche tiene un pequeño reloj de esfera luminosa.

—Puede que lo tenga. Eso no quiere decir que siempre tome nota de las horas en que me duermo o me levanto.

—Usted pasó más o menos dos horas con el señor Bocock. ¿De qué hablaron?

—Principalmente de caballos y de música. Tiene un tocadiscos bastante bueno. Escuchamos su nuevo disco, Klemperer dirigiendo la *Heroica*, para ser preciso.

—¿Tiene la costumbre de visitar al señor Bocock y pasar la tarde con él?

—¿Costumbre? Bocock fue mozo de

cuadra de mi abuelo. Es mi amigo. ¿Acaso no visita a sus amigos cuando siente ganas, inspector, o es que no tiene ninguno?

Era el primer arranque de mal genio. El rostro de Dalglish no mostró emoción alguna, ni siquiera satisfacción. Empujó un pequeño cuadrado de papel a través de la mesa. Sobre él había tres diminutas astillas de vidrio.

—Estas fueron encontradas en las dependencias que están frente a la habitación de la señorita Jupp, donde dice usted que normalmente se guarda la escalera. ¿Sabe qué son?

Stephen Maxie se inclinó hacia

delante y estudió esta prueba sin interés visible.

—Obviamente son astillas de vidrio. Más no le puedo decir. Me imagino que podrían ser parte de un vidrio de reloj roto.

—O parte de los animales de vidrio destrozados de la habitación de la señorita Jupp.

—Presumiblemente.

—Veo que tiene un pequeño trozo de esparadrapo sobre su nudillo derecho. ¿Qué pasó?

—Me hice un ligero raspón cuando regresaba a casa anoche, con la corteza de un árbol. Al menos ésa es la

explicación más probable. No recuerdo lo que ocurrió y sólo vi la sangre cuando llegué a mi habitación. Le puse el esparadrapo antes de acostarme y normalmente ya me lo hubiera quitado. El rasguño no era nada serio, pero tengo que cuidar mis manos.

—¿Puedo verlo, por favor?

Maxie se adelantó y colocó la mano, con la palma hacia abajo, sobre el escritorio. Dalglish notó que no temblaba. Tomó una esquina del esparadrapo y lo arrancó.

Juntos inspeccionaron el nudillo descolorido que había debajo. Maxie aún no mostraba signos de ansiedad,

sino que estudiaba su mano con el aire de un experto que condesciende a inspeccionar un objeto al que casi no vale la pena dedicarle su atención. Tomó el parche desechado, lo dobló cuidadosamente y lo arrojó con precisión al cesto de los papeles.

—Esto a mí me parece un corte —dijo Dalglish—. O, claro, podría ser un rasguño producido por una uña.

—Sí, claro, podría ser —asintió su sospechoso con tranquilidad—. Pero si lo fuera, ¿no esperaría encontrar sangre y piel bajo la uña que hizo el rasguño? Lamento no poder recordar cómo ocurrió —le miró de nuevo y añadió—.

Ciertamente parece un pequeño corte, pero es ridículamente pequeño. Dentro de dos días no será visible. ¿Está seguro de que no quiere fotografiarlo?

—No, gracias —dijo Dalglish—. Hemos tenido algo bastante más importante que fotografiar allá arriba.

Le produjo una considerable satisfacción observar el efecto de sus palabras. Mientras estuviera a cargo de este caso ninguno de sus sospechosos debería pensar que podían refugiarse en mundos privados de indiferencia o cinismo del espanto de lo que había yacido en la cama del piso de arriba. Esperó un momento y prosiguió

despiadadamente.

—Quiero dejar algo perfectamente claro respecto de la puerta sur. Lleva directamente al tramo de escalera que sube hasta el antiguo cuarto de los niños. Puede decirse entonces que la señorita Jupp dormía en una parte de la casa que tenía su entrada propia. De hecho, casi un apartamento independiente. Una vez que las dependencias de la cocina quedaban cerradas por la noche podía dejar entrar un visitante por esa puerta con poco riesgo de ser descubierta. Si la puerta quedaba sin cerrojo, un visitante podía tener acceso a su puerta con una razonable facilidad. Ahora bien, usted

dice que se le había dejado la puerta sur sin cerrojo desde las nueve, cuando terminó de cenar, hasta poco después de las once cuando volvió de la cabaña del señor Bocock. ¿Es correcto afirmar que en ese lapso cualquiera podría haber tenido acceso a la casa por la puerta sur?

—Sí. Supongo que sí.

—Señor Maxie, ¿seguramente usted sabe con certeza si eso es o no posible?

—Sí, podrían haberlo hecho. Como probablemente haya observado, la puerta tiene dos pesados cerrojos del lado de dentro y una cerradura incrustada. Hace años que no usamos la

cerradura. Supongo que las llaves estarán en algún lado. Mi madre podría saberlo. Normalmente mantenemos la puerta cerrada durante el día y echamos el cerrojo a la noche. Durante el invierno, por lo general, está todo el tiempo con cerrojo y apenas se usa. Hay otra puerta que lleva a las dependencias de la cocina. No ponemos demasiado cuidado en echar la llave, pero aquí nunca hemos tenido problemas. Aunque cerráramos las puertas bien, la casa no sería a prueba de ladrones. Cualquiera podría entrar por las puertas ventana del salón. Les echamos la llave pero sería fácil romper el vidrio. Nunca ha

parecido que valiera la pena preocuparse demasiado por cuestiones de seguridad.

—¿Y, además de esta puerta siempre abierta, había una escalera muy a mano en la vieja cuadra de los establos?

Stephen Maxie se encogió ligeramente de hombros.

—Hay que guardarla en algún sitio. No guardamos las escaleras bajo llave por si a alguien se le ocurre la idea de entrar por las ventanas.

—Todavía no tenemos ninguna evidencia de que alguien lo hizo. Esa puerta me sigue interesando. ¿Estaría dispuesto a jurar que estaba sin cerrojo

cuando volvió de la cabaña del señor Bocock?

—Naturalmente. ¿Si no cómo podría haber entrado?

Dalglish dijo rápidamente:

—¿Usted se da cuenta de la importancia de determinar a qué hora finalmente echó el cerrojo a esa puerta?

—Naturalmente.

—Le voy a preguntar una vez más a qué hora le echó el cerrojo, y le aconsejo que piense con mucho detenimiento antes de contestar.

Stephen Maxie le miró a los ojos y dijo casi al descuido:

—Según mi reloj fue a las doce

treinta y tres. No podía dormir y a las doce y media súbitamente recordé que no había cerrado. Así que me levanté y lo hice. No vi a nadie ni escuché nada y volví directamente a mi cuarto. No hay duda de que fui muy negligente, pero si hay alguna ley que castigue el olvidarse de cerrar la casa querría que me lo dijeran.

—¿De modo que a las doce y treinta y tres le echó el cerrojo a la puerta sur?

—Sí —contestó Stephen Maxie con tranquilidad—. A los treinta y tres minutos pasada la medianoche.

EN el caso de Catherine Bowers, Dalgliesh se encontró con un testigo ideal para cualquier policía, serena, meticulosa y segura. Había entrado con gran aplomo, sin mostrar signo alguno de nerviosismo ni de dolor. A Dalgliesh no le gustó. Sabía que era propenso a estas antipatías personales y hacía tiempo que había aprendido tanto a ocultarlas como a evaluarlas. Pero tenía razón al suponer que era una

observadora precisa. Había sido rápida para observar las reacciones de la gente así como para registrar la secuencia de los acontecimientos. Fue por Catherine Bowers que Dalglish se enteró de lo conmocionados que habían quedado los Maxie por el anuncio de Sally, lo triunfalmente que la chica había dado la noticia entre carcajadas, y qué efecto inusitado le habían producido a la señorita Liddell las observaciones que le había dirigido. Además, la señorita Bowers estaba perfectamente dispuesta a hablar de sus propios sentimientos.

—Naturalmente fue un golpe terrible cuando Sally nos dio sus nuevas, pero

puedo ver muy bien cómo ocurrió. No hay persona más buena que el doctor Maxie. Tiene demasiada conciencia social, como siempre le digo, y la chica simplemente se aprovechó de eso. Yo sé que no puede haberla amado realmente. Nunca me lo mencionó y me lo hubiera dicho a mí antes que a nadie. Si realmente se hubieran querido el uno al otro podría haber estado seguro de que lo comprendería y le dejaría en libertad.

—¿Quiere decir que estaban comprometidos para casarse?

A Dalglish le resultó difícil que su voz no trasluciera sorpresa. Sólo hacía falta una prometida más para que el caso

se volviera increíble.

—No se trataba exactamente de un compromiso, inspector. Ni anillos ni nada por el estilo. Pero hemos sido amigos íntimos por tanto tiempo que se daba más bien por supuesto... supongo que se podría decir que había un entendimiento. Pero no había planes definidos. El doctor Maxie tiene un camino largo que recorrer antes de poder pensar en casarse. Y hay que tener en cuenta la enfermedad de su padre.

—¿De modo que, en realidad, no estaba comprometida para casarse con él?

Enfrentada con una pregunta tan

tajante, Catherine admitió que era así, pero con una ligera sonrisa de complacencia que daba a entender que sólo era cuestión de tiempo.

—¿Cuando llegó a Martingale este fin de semana, notó algo que le resultara extraño?

—Bueno, el viernes por la noche se me hizo bastante tarde. No llegué hasta justo antes de la cena. El doctor Maxie llegó entrada la noche y el señor Hearne llegó el sábado por la mañana, de modo que sólo estábamos para cenar la señora Maxie, Deborah y yo. Pensé que parecían preocupadas. No me gusta tener que decirlo, pero me temo que

Sally Jupp era una chiquilla intrigante. Servía la mesa y su actitud no me gustó en absoluto.

Dalgliesh siguió preguntándole pero, hasta donde pudo llegar a juzgar, esa «actitud» no consistía más que en una ligera sacudida de cabeza cuando Deborah le dirigió la palabra y el descuido de no llamar a la señora Maxie «Señora». Pero no desechó el testimonio de Catherine como carente de valor. Era probable que ni la señora Maxie ni su hija hubieran estado enteramente ignorantes del peligro existente entre de ellas.

Cambió de rumbo y la hizo repasar

cuidadosamente los acontecimientos del domingo por la mañana. Describió cómo se había despertado con dolor de cabeza después de pasar una mala noche y había ido en busca de una aspirina. La señora Maxie le había dicho que cogiera una. Fue entonces cuando se fijó en el frasco de Sommeil. Al principio había confundido los comprimidos con aspirinas, pero inmediatamente se dio cuenta de que eran demasiado pequeños y de otro color. Además, el frasco tenía etiqueta. No había reparado en cuántos comprimidos de Sommeil había en el frasco, pero estaba absolutamente segura de que el frasco estaba en el botiquín a

las siete de esa mañana e igualmente segura de que ya no estaba allí cuando ella y Stephen Maxie lo habían buscado después del hallazgo del cuerpo de Sally Jupp. El único Sommeil que había entonces en el botiquín era un paquete sin abrir y sellado. Dalglish le pidió que describiera el hallazgo del cuerpo y se sorprendió de la imagen vívida que logró dar.

—Cuando Martha vino a decirle a la señora Maxie que Sally no se había levantado al principio pensamos que simplemente se había quedado dormida otra vez. Luego Martha volvió para decir que su puerta estaba cerrada y que

Jimmy lloraba, de modo que fuimos a ver qué pasaba. No hay duda alguna de que la puerta estaba cerrada con cerrojo. Como usted sabe, el doctor Maxie y el señor Hearne entraron por la ventana y escuché a uno de ellos descorrer el cerrojo. Creo que debe haber sido el señor Hearne porque él abrió la puerta. Stephen estaba parado cerca de la cama mirando a Sally. El señor Hearne dijo: «Me temo que está muerta». Alguien gritó. Era Martha, creo, pero no me di la vuelta para fijarme. Dije: «¡No puede ser! ¡Anoche estaba perfectamente bien!» Para entonces nos habíamos acercado a la cama y Stephen le había

bajado la sábana del rostro. Antes de eso le llegaba hasta el mentón y estaba cuidadosamente doblada. Pensé que parecía como si alguien la hubiera arropado para que pasara la noche confortablemente. En cuanto vimos las marcas en su cuello supimos lo que había ocurrido. La señora Maxie cerró los ojos por un momento. Pensé que iba a desmayarse de modo que me acerqué a ella. Pero consiguió mantenerse erguida y se quedó al pie de la cama aferrada a la barandilla. Temblaba violentamente, tanto que toda la cama se sacudía. Como habrá visto, no es más que una cama liviana de una sola plaza y el

movimiento hacía que el cuerpo saltara muy suavemente hacia arriba y abajo. Stephen dijo muy fuerte: «Cubridle el rostro», pero el señor Hearne le recordó que era mejor que no tocáramos nada más hasta que llegara la policía. El señor Hearne era el más sereno de todos nosotros, pensé, pero supongo que está habituado a la muerte violenta. Parecía más interesado que conmovido. Se inclinó sobre Sally y levantó uno de sus párpados. Stephen dijo con aspereza: «Yo no me preocuparía, Hearne. Está bien muerta». El señor Hearne contestó: «No se trata de eso. Estoy pensando en por qué no ofreció resistencia».

Entonces mojó el meñique en la taza de chocolate sobre la mesilla de noche. Estaba llena hasta un poco más de la mitad y se había formado una película en la parte de arriba. Ésta se le pegó al dedo y se lo limpió con el borde de la taza antes de llevarse el dedo a la boca. Todos estábamos mirándolo como si fuera a mostrarnos algo maravilloso. Pensé que la señora Maxie parecía... bueno, algo esperanzada. Casi como un niño en una fiesta. Stephen dijo «Bueno, ¿de qué se trata?» El señor Hearne se encogió de hombros: «Eso lo tendrá que decir el analista. Pienso que ha sido narcotizada». En ese instante Deborah

dio una especie de grito ahogado y se tambaleó hacia la puerta. Estaba tremendamente pálida y obviamente iba a vomitar. Traté de llegar a ella pero el señor Hearne dijo muy bruscamente: «Está bien. Yo me encargo de ella». La guió fuera de la habitación y creo que fueron al cuarto de baño del servicio que está al lado. No me sorprendí. Podría haber supuesto que a Deborah le fallaría el ánimo así. Eso dejó a la señora Maxie y a Stephen en la habitación conmigo. Sugerí que la señora Maxie buscara una llave para poder dejar cerrada la habitación y ella contestó: «Claro. Creo que es lo que

suele hacerse en estos casos. ¿Y no deberíamos llamar a la policía? El teléfono del vestidor sería lo más conveniente». Supongo que quería decir que sería lo más privado. Recuerdo que pensé: «Si hablamos desde el vestidor las criadas no podrán oír», olvidándome de que «las criadas» significaba Sally y que Sally no volvería a oír nunca nada.

—¿Quiere decir que la señorita Jupp tenía la costumbre de escuchar las conversaciones de los demás? — interrumpió el inspector.

—Ciertamente siempre tuve esa impresión, inspector. Pero siempre pensé que era astuta. Nunca pareció

sentir el menor agradecimiento por todo lo que la familia había hecho por ella. Naturalmente, odiaba a la señora Riscoe. Cualquiera se daba cuenta. ¿Me imagino que le habrán contado el asunto del vestido copiado?

Dalglish se manifestó interesado por este título intrigante y se vio recompensado con una descripción gráfica del incidente y de las reacciones que había provocado.

—Así que puede ver la clase de chica que era. La señora Riscoe aparentó tomarlo con calma, pero me di cuenta de lo que sentía. Hubiera matado a Sally.

Catherine tiró de la falda para cubrir sus rodillas con una complaciente falsa modestia. O era una muy buena actriz o no era consciente de su error. Dalgliesh prosiguió el interrogatorio con la impresión de que quizá tenía enfrente a una personalidad más compleja de lo que había creído al principio.

—¿Quiere, por favor, decirme qué ocurrió cuando la señora Maxie, su hijo y usted llegaron al vestidor?

—Ya llegaba a eso, inspector. Yo había levantado a Jimmy de su cuna y todavía lo tenía en mis brazos. Me parecía horrible que hubiese estado solo en esa habitación con su madre muerta.

Cuando irrumpimos todos dejó de llorar y pienso que por un momento ninguno de nosotros se acordó de él. Entonces, súbitamente, me fijé en él. Había conseguido erguirse agarrándose de los barrotes de la cuna y ahí estaba balanceándose con el pañal mojado por los tobillos y una mirada de interés en el rostro. Por supuesto, y gracias a Dios, es demasiado pequeño para comprender, y supongo que simplemente se preguntaba qué estábamos haciendo todos nosotros alrededor de la cama de su madre. Se había tranquilizado del todo y vino a mí encantado. Lo llevé conmigo al vestidor. Cuando llegamos, el doctor Maxie fue

directamente al botiquín. Dijo: «¡No está!». Le pregunté a qué se refería y me habló del Sommeil que faltaba. Fue la primera vez que escuché hablar del asunto. Pude decirle que el frasco había estado allí cuando fui a buscar la aspirina esa mañana. Mientras hablábamos, la señora Maxie fue hasta el cuarto de su marido. Estuvo allí sólo un minuto y cuando volvió dijo: «Está bien. Duerme. ¿Ya llamasteis a la policía?». Stephen fue hasta el teléfono y yo dije que me llevaría a Jimmy conmigo mientras me vestía y luego le daría su desayuno. Nadie respondió de modo que me dirigí a la puerta. Justo

antes de salir me volví. Stephen tenía la mano sobre el auricular y de repente su madre colocó la mano sobre la suya y le escuché decir: «Espera. Hay algo que debo saber». Stephen contestó: «No necesitas preguntar. No sé nada de todo esto. Lo juro». La señora Maxie dio un pequeño suspiro y se llevó la mano a los ojos. Luego Stephen levantó el auricular y yo dejé la habitación.

Hizo una pausa y levantó la vista hacia Dalglish como esperando o solicitando alguna observación.

—Gracias —dijo él gravemente—. Por favor, prosiga.

—Realmente no hay mucho más para

decir, inspector. Llevé a Jimmy a mi habitación, y en el camino cogí un pañal limpio del baño pequeño. La señora Riscoe y el señor Hearne todavía estaban allí. Se había descompuesto y él estaba ayudándola a lavarse la cara. Me pareció que no les agradó mucho verme. Dije: «Cuando te sientas mejor me imagino que a tu madre le vendría bien algo de compañía. Yo me estoy ocupando de Jimmy». Ninguno de los dos contestó. Encontré los pañales en el armario de la caldera, fui a mi cuarto y cambié a Jimmy. Después lo dejé jugar sobre mi cama mientras me vestía. Eso no llevó más que unos diez minutos. Lo

llevé a la cocina y le di un huevo pasado por agua con pan y bizcochos y algo de leche tibia. Se portó muy bien todo el tiempo. Martha estaba en la cocina preparando el desayuno, pero no nos hablamos. Me sorprendió encontrar también allí al señor Hearne. Estaba haciendo café. Supongo que la señora Riscoe acompañaba a su madre. El señor Hearne tampoco parecía tener ganas de conversar. Creo que estaba molesto conmigo por lo que le dije a la señora Riscoe. Como usted probablemente ya se haya dado cuenta, para él ella no puede hacer nada malo. Bueno, como no parecían tener interés

en hablar sobre lo que debía hacerse, decidí hacerme cargo y fui al vestíbulo con Jimmy y llamé por teléfono a la señorita Liddell. Le conté lo que había ocurrido y le pedí que viniera a buscar al bebé hasta que las cosas se arreglaran. Llegó en taxi en quince minutos aproximadamente y, para entonces, el doctor Epps y la policía ya se habían presentado. Lo demás usted ya lo conoce.

—Ha sido una narración muy clara y útil, señorita Bowers. Tiene usted la ventaja de ser una observadora experta, pero no todos los observadores expertos pueden presentar sus hechos en una

secuencia lógica. No la retendré mucho más. Sólo quiero volver atrás a la primera parte de la noche. Hasta ahora me ha descrito muy claramente los acontecimientos de la tarde-noche de ayer y de esta mañana. Lo que quería dejar sentado ahora es la secuencia de los hechos a partir de las diez. Según creo, a esa hora todavía estaba en el despacho con la señora Maxie, el doctor Epps y la señorita Liddell. Por favor, ¿podría retomar a partir de ese momento?

Por primera vez Dalglish percibió una cierta vacilación en la respuesta de su sospechosa. Hasta ahora había

respondido a su interrogatorio con una fluidez natural que lo había impresionado como demasiado espontánea para estar ocultando algo. Podía creer que, hasta ese momento, a Catherine Bowers la entrevista no le había resultado desagradable. Resultaba difícil conciliar un discurso tan desinhibido con una conciencia culpable. Ahora, sin embargo, sintió la repentina retirada de la confianza, la ligera tensión para enfrentar un inoportuno cambio de énfasis. Confirmó que la señorita Liddell y el doctor Epps habían dejado el despacho para volver a sus casas alrededor de las diez y media.

La señora Maxie los había acompañado hasta la puerta y luego había vuelto adonde estaba Catherine. Juntas habían ordenado los papeles y guardado el dinero en la caja fuerte. La señora Maxie no mencionó haber visto a Sally. Ninguna de las dos habló acerca de ella. Después de guardar el dinero bajo llave fueron a la cocina. Martha se había ido a acostar, pero había dejado sobre la cocina una cacerola con leche y una bandeja de plata con tazas sobre la mesa de la cocina. Catherine recordó haber notado que faltaba la taza de Wedgwood de la señora Riscoe y le resultó extraño que el señor Hearne y la señora Riscoe

pudiesen haber entrado del jardín sin que nadie lo supiera. Ni se le ocurrió que Sally pudiese haber cogido la taza aunque, por supuesto, uno podía darse cuenta de que era justo el tipo de cosa que podría hacer. La taza del doctor Maxie estaba allí, junto con una de vidrio con su soporte que pertenecía a la señora Maxie y dos tazas grandes con platillos para los huéspedes. Sobre la mesa había una azucarera y dos latas de bebidas para preparar con leche. No había chocolate. La señora Maxie y Catherine habían recogido sus bebidas y habían subido con ellas hasta el vestidor del señor Maxie, donde su esposa

pasaría la noche. Catherine la ayudó a hacer la cama del inválido y luego se detuvo frente al fuego del vestidor a beber su Ovaltine. Se había ofrecido a quedarse en vela por un tiempo con la señora Maxie, pero la oferta no fue aceptada. Después de una hora aproximadamente se había retirado para ir a su propio dormitorio. Dormía en el lado de la casa opuesto al del dormitorio de Sally. No había visto a nadie en el trayecto a su habitación. Después de desvestirse había ido al cuarto de baño en bata y estuvo de vuelta en su cuarto alrededor de las once y cuarto. Mientras cerraba la puerta le

pareció haber escuchado a la señora Riscoe y al señor Hearne subiendo las escaleras, pero no podía asegurarlo. Hasta ese momento no había visto u oído nada de Sally.

En este punto, Catherine se detuvo y Dalglish esperó pacientemente, pero su interés se avivó. En el rincón, el sargento Martín dio la vuelta a una página de su libreta con un silencio experimentado y echó una rápida mirada de reojo a su jefe. A menos que estuviese muy equivocado, al viejo le cosquilleaban los dedos.

—Sí, señorita Bowers —la apremió Dalglish inexorablemente.

Su testigo prosiguió valientemente.

—Me temo que esta parte le pueda resultar bastante extraña, pero en ese momento todo parecía perfectamente natural. Como puede comprender, la escena anterior a la cena había sido un gran golpe para mí. No podía creer que Stephen y esta chica estuviesen comprometidos. Después de todo, no fue él quien dio la noticia, y no pienso ni por un momento que realmente se le hubiera declarado. La cena había sido una comida espantosa como puede imaginarse, y después todos se habían seguido comportando como si nada hubiera pasado. Naturalmente, los

Maxie nunca dejan traslucir sus sentimientos, pero la señora Riscoe se fue con el señor Hearne y no me cabe ninguna duda de que hablaron largo y tendido sobre el asunto y sobre qué podía hacerse. Pero a mí nadie me dijo nada pese a que, en cierto sentido, yo era la persona más afectada. Pensé que la señora Maxie podría haberlo discutido conmigo después de que los otros dos invitados hubiesen partido, pero comprendí que no tenía intención de hacerlo. Cuando llegué a mi habitación me di cuenta de que si yo no hacía nada, ningún otro lo haría. No podía soportar pasar toda la noche allí

acostada con esa incertidumbre. Sentía que no tenía más remedio que averiguar la verdad. Lo más natural parecía ser preguntarle a Sally. Pensé que si pudiéramos tener una conversación privada, ella y yo, podría poner en claro todo el asunto. Sabía que era tarde pero me parecía que era la única oportunidad. Había estado acostada allí en la oscuridad por algún tiempo, pero cuando me decidí, encendí la lámpara de la mesilla de noche y miré mi reloj. Indicaba que faltaban tres minutos para la medianoche. En el estado de ánimo en que estaba no me pareció tan tarde. Me puse la bata, tomé mi linterna de bolsillo

y me dirigí a la habitación de Sally. Su puerta estaba cerrada con llave pero podía ver que la luz estaba encendida porque se la percibía por el ojo de la cerradura. Golpeé la puerta y la llamé suavemente. Como habrá visto, la puerta es muy gruesa, pero debió haberme oído porque lo primero que escuché fue el sonido del cerrojo que se cerraba y la luz del ojo de la cerradura se oscureció súbitamente cuando se paró frente a ella. Golpeé y llamé una vez más, pero era evidente que no me iba a dejar entrar, de modo que me di la vuelta y retorné hacia mi habitación. Estaba de camino cuando de repente pensé que debía ver a

Stephen. No podía afrontar el volverme a la cama con la misma incertidumbre. Pensé que tal vez podía querer confiarse a mí, pero no le agradaba la idea de venir a verme. Así que me volví de la puerta de mi dormitorio y fui hasta el suyo. La luz no estaba encendida, por lo tanto llamé suavemente y entré. Sentía que si al menos podía verlo todo estaría bien.

—¿Y lo estuvo? —preguntó Dalgliesh.

Esta vez el aire de competencia jovial había desaparecido. El dolor repentino en esos ojos poco atractivos era inconfundible.

—No estaba allí, inspector. La cama estaba abierta, lista para que se acostase, pero él no estaba allí —hizo un repentino esfuerzo por volver a su actitud anterior y le dirigió una sonrisa tan artificial que fue patética—. Por supuesto ahora sé que Stephen había ido a ver a Bocock, pero en el momento resultó muy decepcionante.

—Debe haberlo sido —asintió gravemente Dalgliesh.

5

LA señora Maxie se sentó tranquila y serenamente, le ofreció todas las facilidades que requiriera y sólo expresó el deseo de que la investigación pudiera llevarse a cabo sin molestar a su esposo que estaba gravemente enfermo e incapaz de comprender lo que había sucedido. Observándola a través del escritorio Dalglish veía lo que podía llegar a ser la hija dentro de unos treinta años. Las manos fuertes, competentes,

enjoyadas, reposaban inertes en su regazo. Aun a esa distancia podía ver cuánto se parecían a las de su hijo. Con un mayor interés observó que las uñas, como las uñas de los dedos del cirujano, estaban cortadas muy cortas. No pudo detectar ningún signo de nerviosismo. Más bien parecía personificar la aceptación apacible de una molestia inevitable. Sintió que no se trataba de que se hubiera disciplinado para la paciencia. Aquí había una verdadera serenidad basada en algún tipo de estabilidad central que necesitaría de algo más que la investigación de un asesinato para verse alterada. Contestó

sus preguntas con una consideración deliberada. Era como si estuviera asignando su propio valor a cada palabra. Pero no había nada nuevo en lo que relató. Corroboró el testimonio de Catherine Bowers sobre el descubrimiento del cuerpo, y su informe sobre lo ocurrido el día anterior coincidió con los ya recibidos. Después de la partida de la señorita Liddell y del doctor Epps a eso de las diez y media, había cerrado con llave la casa, a excepción de la puerta ventana del salón y la puerta trasera. La señorita Bowers había estado con ella. Juntas habían recogido sus respectivas tazas de leche

de la cocina —sólo había quedado la de su hijo sobre la bandeja entonces— y juntas habían subido a acostarse. Pasó la noche mitad durmiendo y mitad vigilando a su esposo. No había oído ni visto nada extraño. Nadie se le había acercado hasta la llegada tempranera de la señorita Bowers para pedirle una aspirina. No había sabido nada de los comprimidos encontrados, según decían, en la cama de su marido, y la historia le resultaba muy difícil de creer. Según su opinión, era imposible que él pudiera haber escondido nada en su colchón sin que lo encontrara la señora Bultitaft. Su hijo no le había contado nada sobre el

incidente, pero le mencionó que le había dado un remedio en vez de los comprimidos. Esto no le había sorprendido. Pensó que estaba probando algún nuevo preparado del hospital y estaba segura de que no habría recetado nada sin la aprobación del doctor Epps.

Su serenidad sólo se vio alterada por las preguntas pacientes y escudriñadoras sobre el compromiso de su hijo. Aun entonces fue la irritación antes que el miedo lo que endureció su voz. Dalglish presintió que las suaves disculpas con las que generalmente precedía a las preguntas incómodas estarían aquí fuera de lugar, resultarían

más ofensivas que las preguntas mismas. Inquirió bruscamente:

—Señora, ¿cuál fue su actitud ante este compromiso de la señorita Jupp y su hijo?

—Ciertamente no duró el tiempo suficiente como para ser honrado con ese nombre. Y me sorprende que se tome la molestia de preguntar, inspector. Debe saber que yo estaría enérgicamente en contra.

«Bueno, eso fue bastante franco», pensó Dalglish. «¿Pero qué otra cosa podía ella decir? Realmente no podríamos creer que a ella le gustara».

—¿Aunque el afecto por su hijo

pudiese haber sido sincero?

—Le estoy haciendo el cumplido de asumir que lo era. ¿Qué diferencia hay? Aun así hubiera estado en contra. No tenían nada en común. Habría tenido que mantener el hijo de otro hombre. Habría estorbado su carrera y dentro de un año se hubiesen odiado. Estos casamientos estilo rey Cophetua pocas veces resultan. ¿Cómo podrían hacerlo? A ninguna chica de carácter le gusta pensar que se la trata con condescendencia, y Sally tenía mucho carácter aunque prefería no mostrarlo. Además, no veo con qué medios contaban para casarse. Stephen tiene muy poco dinero propio.

Naturalmente que estaba en contra de este así llamado compromiso. ¿Usted querría un casamiento como ése para su hijo?

Por un segundo increíble Dalglish pensó que ella lo sabía. Era un argumento común, casi banal que cualquier madre en esas circunstancias podría haber usado sin pensarlo. Era imposible que imaginara la fuerza que tenía. Se preguntó qué diría si él contestara: «No tengo ningún hijo. Mi propio hijo y su madre murieron tres horas después de su nacimiento. No tengo hijo alguno que pueda casarse con alguien, conveniente o inconveniente».

Podía imaginársela frunciendo el entrecejo con un fastidio refinado por incomodarla en semejante momento con un dolor privado a la vez tan antiguo, tan íntimo, tan sin conexión con el tema en cuestión. Contestó rápidamente:

—No, a mí tampoco me gustaría. Lamento haber ocupado tanto de su tiempo con lo que a usted le parecerá que no le concierne a nadie más que a usted misma. Pero debe darse cuenta de su importancia.

—Naturalmente. Desde su punto de vista le da un motivo a mucha gente, a mí en particular. Pero uno no mata para evitar una situación socialmente

embarazosa. Debo admitir que iba a hacer todo lo posible para evitar que se casaran. Pensaba hablar con Stephen al día siguiente. No tengo duda alguna de que hubiéramos podido hacer algo por Sally sin necesidad de recibirla dentro de la familia. Tiene que haber un límite a lo que esta gente espera.

La repentina amargura de su última frase hasta sacó al sargento Martin del automatismo rutinario de su tomado de notas. Pero si la señora Maxie comprendió que había hablado de más no agravó su error agregando algo. Mientras la observaba, Dalglish pensó cuánto se parecía a un cuadro, un

anuncio en acuarela para loción o jabón de tocador. Hasta el bol de flores bajo colocado sobre el escritorio entre ellos resaltaba su serena dignidad, como si hubiera sido puesto por la mano sagaz de un fotógrafo comercial. «Retrato de una dama inglesa en su hogar», pensó, y se preguntó qué opinaría de ella el superintendente en jefe y, si llegaba el caso, qué opinaría de ella un jurado. Aun para su mente, acostumbrada a encontrar la maldad en lugares tanto extraños como encumbrados, resultaba difícil conciliar a la señora Maxie con el asesinato. Pero sus últimas palabras habían sido reveladoras.

Decidió dejar a un lado el asunto del matrimonio por el momento y concentrarse en otros aspectos de la investigación. Nuevamente repasó el relato de la preparación de las bebidas calientes para la noche. No podía haber confusión alguna sobre la propiedad de las distintas tazas. La azul de Wedgwood encontrada junto a Sally pertenecía a Deborah Riscoe. La leche para las bebidas se colocaba sobre la cocina. Era una cocina de combustible sólido con tapas pesadas para cada uno de los hornillos. La cacerola con leche se dejaba sobre una de estas tapas donde no podía haber peligro de que hirviese y

se derramase. Cualquiera de la familia que quisiese hervir la leche transfería la cacerola al hornillo y luego la reponía sobre la tapa. Sobre la bandeja sólo se colocaban las tazas de la familia y las tazas para sus invitados. No podía decir qué tomaban generalmente por la noche Sally o la señora Bultitaft, pero ciertamente, ninguno de los de la familia tomaba chocolate. No les gustaba el chocolate.

—En conclusión llegamos a esto, ¿no es cierto? —dijo Dalglish—. Si, como ahora estoy suponiendo, la autopsia demuestra que la señorita Jupp estaba narcotizada y el análisis del

chocolate muestra que la droga estaba en su bebida de anoche, entonces nos encontramos con dos posibilidades. Podría haber tomado la droga ella misma, quizá por la simple razón de querer dormir bien después de la agitación del día. O alguna otra persona la narcotizó por una razón que debemos descubrir pero no es tan difícil de adivinar. La señorita Jupp, por lo que sabemos, era una joven sana. Si este crimen fue premeditado, su asesino debe haber considerado la forma en que él (o ella) podía entrar en la habitación y matar a la chica haciendo el menor ruido posible. Narcotizarla es la respuesta

obvia. Esto presupone que el asesino conoce la rutina de las bebidas nocturnas de Martingale y sabía dónde se guardan los medicamentos. ¿Supongo que un miembro de su familia o un huésped estaría familiarizado con su rutina doméstica?

—Entonces con seguridad sabría que la taza de Wedgwood pertenecía a mi hija. ¿Está convencido, inspector, de que la droga estaba destinada a Sally?

—No del todo. Pero estoy convencido de que el asesino no confundió el cuello de Sally con el de la señora Riscoe. Supongamos por el momento que la droga estaba destinada a

la señorita Jupp. Puede haber sido colocada en la cacerola de leche, en la taza de Wedgwood misma antes o después de que se preparase la bebida, en la lata de chocolate, o en el azúcar. Usted y la señorita Bowers prepararon sus bebidas con leche de la misma cacerola y les pusieron azúcar de la azucarera sobre la mesa sin sufrir ninguna consecuencia. No creo que la droga fuera colocada en la taza vacía. Era de un color pardusco y se vería fácilmente contra el azul de la porcelana. Esto nos deja con dos posibilidades. O bien se desmenuzó en el chocolate seco, o fue disuelta en la

bebida caliente en algún momento después de que la señorita Jupp la preparara pero antes de que la tomara.

—No creo que eso último sea posible, inspector. La señora Bultitaft siempre deja la leche al calor a las diez. A eso de las diez y veinticinco vimos a Sally subiendo a su cuarto con la taza.

—¿Qué quiere decir con vimos, señora Maxie?

—El doctor Epps, la señorita Liddell y yo la vimos. Yo había subido con la señorita Liddell para ir a buscar su abrigo. Cuando volvimos al vestíbulo se nos unió el doctor Epps que salía del despacho. Mientras estábamos allí

juntos, Sally apareció viniendo del sector de la cocina y subió por la escalera principal llevando la taza azul de Wedgwood sobre su platillo. Vestía pijama y una bata. Los tres la vimos pero ninguno habló. La señorita Liddell y el doctor Epps se fueron en seguida.

—¿Era habitual que la señorita Jupp usara esa escalera?

—No. La trasera lleva más directamente de la cocina a su habitación. Creo que estaba tratando de tener algún tipo de gesto.

—¿Pese a que no podía haber sabido que se encontraría con alguien en el vestíbulo?

—No. No sé cómo podría haberlo sabido.

—Usted dice que notó que la señorita Jupp llevaba la taza de la señora Riscoe. ¿Se lo mencionó a alguno de sus dos invitados o le hizo alguna recriminación a la señorita Jupp?

La señora Maxie sonrió ligeramente. Por segunda vez dejó asomar las garras, delicadamente.

—¡Inspector, qué ideas anticuadas tiene! ¿Esperaba que se la hubiese arrancado de la mano para incomodidad de mis invitados y satisfacción de la misma Sally? Qué mundo excitante y agotador debe ser el suyo.

Dalgliesh prosiguió su interrogatorio sin que lo desviara esta suave ironía. Pero le interesó saber que se podía provocar a su testigo.

—¿Qué ocurrió después de que se fueron la señorita Liddell y el doctor Epps?

—Me uní a la señorita Bowers en el despacho donde ordenamos los papeles y guardamos las bolsas de dinero bajo llave en la caja fuerte. Luego fuimos a la cocina y preparamos nuestras bebidas. Yo tome leche caliente y la señorita Bowers se preparó Ovaltine. Le gusta tomarlo muy dulce y le puso azúcar del azucarero que estaba allí dispuesto.

Llevamos nuestras bebidas al vestidor, junto al dormitorio de mi marido donde paso la noche cuando me toca cuidarlo. La señorita Bowers me ayudó a rehacer la cama de mi marido. Supongo que pasamos unos veinte minutos juntas. Luego dijo «buenas noches» y se fue.

—¿Habiendo tomado su Ovaltine?

—Sí. Estaba demasiado caliente como para tomarlo en seguida pero se sentó y lo terminó antes de dejarme.

—¿Fue hasta el botiquín mientras estuvo con usted?

—No. Ninguna de las dos lo hicimos. Más temprano mi hijo le había dado a su padre algo para hacerlo

dormir y parecía estar dormitando. No había nada que hacer por él, salvo ver que su cama quedara lo más confortable posible. Me alegraba la ayuda de la señorita Bowers. Es una enfermera profesional, y juntas pudimos arreglar la cama sin incomodarlo.

—¿Cuáles eran las relaciones de la señorita Bowers con el doctor Maxie?

—Por lo que yo sé, la señorita Bowers es una amiga de mis dos hijos. Es la clase de pregunta que sería mejor hacerles a ellos dos y a ella.

—¿Ella y su hijo no están comprometidos para casarse, hasta donde usted sepa?

—No sé nada sobre sus asuntos personales. Lo hubiera considerado poco probable.

—Muchas gracias —dijo Dalglish—. Ahora veré a la señora Riscoe, si usted quiere tener la bondad de hacerla venir.

Se levantó para abrir la puerta a la señora Maxie, pero ella no se movió. Dijo:

—Aún creo que la misma Sally tomó esa droga. No hay una alternativa razonable. Pero si otra persona se la administró, entonces estoy de acuerdo con usted en que debe haber sido colocada en el polvo de chocolate.

Discúlpeme, ¿pero ustedes no estarían en condiciones de saberlo después de un análisis de la lata y su contenido?

—Podríamos haberlo estado —contestó Dalglish gravemente—. Pero la lata vacía se encontró en el cubo de basura. Había sido lavada. Falta la cubierta interna de papel. Probablemente fue quemada en el fuego de la cocina. Alguien se estaba asegurando doblemente.

—Una señora muy tranquila, señor —dijo el sargento Martín cuando la señora Maxie se hubo ido. Y agregó con un humor poco usual—. Estaba allí sentada como un candidato del partido

liberal esperando el resultado de las elecciones.

—Sí —asintió fríamente Dalglish—. Pero completamente confiada en la organización del partido. Bien, vamos a escuchar lo que los demás tienen para contarnos.

6

ERA una habitación muy diferente de la de la última vez, pensó Felix, pero esa habitación también había sido silenciosa y pacífica. Había tenido cuadros y un pesado escritorio de caoba no muy diferente a éste ante el que se sentaba Dalglish. También había flores, un ramillete pequeño en un bol apenas más grande que una taza de té. Todo en esa habitación había tenido un aire doméstico y confortable, hasta el

hombre detrás del escritorio con sus blancas manos regordetas, los ojos sonrientes detrás de sus gruesas gafas. La habitación había conservado ese aspecto. Era sorprendente la cantidad de procedimientos que existían para extraer la verdad que no implicaban el derramamiento de sangre, eran deliberadamente limpios y no requerían demasiados instrumentos. Con un esfuerzo hizo a un lado los recuerdos y se obligó a mirar la figura sentada al escritorio. Las manos cruzadas eran más delgadas, los ojos oscuros y menos amables. Sólo había otra persona en la habitación y era, también, un policía

inglés. Esto era Martingale. Esto era Inglaterra.

Hasta ahora no había ido del todo mal. Deborah había estado ausente por media hora. Cuando volvió caminó hasta su asiento sin mirarlo y él, igualmente silencioso, se levantó y siguió al policía uniformado hasta el despacho. Se alegraba de haber resistido el deseo de tomar un trago antes de su interrogatorio y de haber rechazado el cigarrillo ofrecido por Dalglish. ¡Ése era un truco viejo! ¡No lo iban a pillar de esa manera! No iba a ofrecerles su nerviosismo en bandeja de plata. Si conseguía dominarse todo iría bien.

El hombre paciente sentado detrás del escritorio miró sus notas.

—Gracias. Hasta ahora eso está claro. ¿Podríamos ahora retroceder un poco? Después del café usted fue con la señora Riscoe a ayudar a lavar las cosas de la cena. A eso de las nueve y media ambos retornaron a esta habitación donde la señora Maxie, la señorita Liddell, la señorita Bowers y el doctor Epps estaban contando el dinero recaudado en la kermés. Les dijo que usted y la señora Riscoe iban a salir y dijo «Buenas noches» a la señorita Liddell y al doctor Epps quienes, probablemente, habrían dejado

Martingale para cuando ustedes regresaran. La señora Maxie dijo que les dejaría abierta una de las puertas ventana del salón y les pidió que le echaran llave cuando hubieran entrado. ¿Este arreglo fue escuchado por todos los que se encontraban en ese momento en la habitación?

—Que yo sepa, sí. Nadie hizo ningún comentario y, como estaban ocupados contando dinero, dudo que le hayan prestado atención.

—Me sorprende que la puerta del salón fuera dejada sin pasador para ustedes cuando la puerta trasera también estaba abierta. ¿No es un Stubbs el que

está colgado detrás suyo? En esta casa hay muchas cosas valiosas fáciles de llevar.

Felix no volvió la cabeza.

—¡El policía culto! Pensaba que sólo existían en las novelas policíacas. ¡Mis felicitaciones! Pero los Maxie no anuncian sus posesiones. Por parte del pueblo no hay ningún peligro. La gente ha estado entrando y saliendo de esta casa bastante libremente durante los últimos trescientos años. Aquí el cierre con llave es bastante caprichoso, salvo en el caso de la puerta principal. Cada noche, como un ritual, le echan el cerrojo y la atrancan Stephen Maxie o su

hermana, casi como si tuviera algún significado esotérico. Fuera de eso no son muy cuidadosos. En eso, como en otros asuntos, parecen confiar en nuestra maravillosa policía.

—¡Bien! Salió al jardín con la señora Riscoe alrededor de las nueve y media y caminaron juntos. ¿De qué hablaron, señor Hearne?

—Le pedí a la señora Riscoe que se casara conmigo. Dentro de dos meses voy a nuestra oficina en Canadá y pensé que sería agradable combinar los negocios con una luna de miel.

—¿Y la señora Riscoe aceptó?

—Es encantador de su parte

mostrarse interesado, inspector, pero me temo que debo desilusionarle. Por inexplicable que deba resultarle, la señora Riscoe no mostró ningún entusiasmo.

El recuerdo le inundó con una ola de emoción. La oscuridad, el perfume empalagoso de las rosas, los besos duros, urgentes, que en ella eran la expresión de algún impulso apremiante pero, sintió él, no de pasión. Y después el cansancio triste en su voz. «¿Matrimonio, Felix? ¿No se ha hablado ya bastante de matrimonio en esta familia? ¡Dios, cómo deseo que ella estuviera muerta!». Supo entonces que

había caído en el error de hablar demasiado pronto. Tanto el momento como el lugar habían sido equivocados. ¿También las palabras habían sido equivocadas? ¿Qué era exactamente lo que ella quería?

La voz de Dalglish le devolvió al presente:

—¿Cuánto tiempo se quedaron en el jardín, señor?

—Sería galante pretender que el tiempo dejó de existir. En el interés de su investigación, sin embargo, admitiré que entramos por la puerta ventana del salón a las diez y cuarenta y cinco. El reloj de carillón de la repisa de la

chimenea dio los tres cuartos mientras cerraba y echaba el cerrojo a la puerta.

—Ese reloj está siempre adelantado cinco minutos, señor. ¿Podría continuar, por favor?

—Entonces volvimos a las diez y cuarenta. No me fijé en mi reloj. La señora Riscoe me ofreció un whisky, que rechacé. También rechacé una bebida con leche y ella fue a la cocina a prepararse la suya. Unos minutos después volvió y dijo que había cambiado de idea. También dijo que, aparentemente, su hermano todavía estaba afuera. Hablamos un poco y convenimos encontrarnos para salir a

cabalgar a la mañana siguiente a las siete. Luego nos fuimos a dormir. Yo pasé una noche razonablemente buena. Y hasta donde yo sé, la señora Riscoe también. Me había vestido y la estaba esperando en el vestíbulo cuando escuché a Stephen Maxie llamarme. Quería mi ayuda con la escalera. El resto ya lo sabe.

—¿Mató usted a Sally Jupp, señor Hearne?

—No, que yo sepa.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Simplemente que supongo que podría haberlo hecho en un estado de amnesia, pero no es una suposición

práctica.

—Creo que podemos dejar a un lado esa posibilidad. La señorita Jupp fue muerta por alguien que sabía lo que, él o ella, estaba haciendo. ¿Tiene alguna idea de quién?

—¿Espera que tome esa pregunta en serio?

—Espero que tome todas mis preguntas en serio. Esta joven madre fue asesinada. Me propongo averiguar quién la mató sin malgastar demasiado de mi tiempo ni del de ninguna otra persona y espero que coopere conmigo.

—No tengo la menor idea de quién la mató y no sé si, de tenerla, se lo diría.

No tengo su pasión evidente por la justicia abstracta. Sin embargo, estoy dispuesto a cooperar hasta el punto de señalar algunos hechos que, con su entusiasmo por los interrogatorios prolongados de sus sospechosos, puede posiblemente haber pasado por alto. Alguien había entrado por la ventana de esa chica. Tenía animales de vidrio sobre el antepecho y habían sido desparramados. La ventana estaba abierta y su cabello húmedo. Anoche llovió desde las doce y media hasta las tres. Deduzco que estaba muerta antes de las doce y media o hubiese cerrado la ventana. El niño no se despertó hasta

que llegó su hora habitual. Entonces, presumiblemente, el visitante hizo poco ruido. No es probable que haya habido una disputa violenta. Me imagino que la misma Sally dejó entrar a su visitante por la ventana. Probablemente usó la escalera. Ella sabría dónde se guardaba. Tal vez lo había citado. En cuanto al porqué, su opinión vale tanto como la mía. Yo no la conocía pero, de algún modo, nunca me impresionó como de una fuerte sexualidad o promiscua. El hombre probablemente estaba enamorado de ella y, cuando le habló de su propósito de casarse con Stephen Maxie, la mató en un acceso súbito de

celos o de ira. No puedo creer que se trate de un crimen premeditado. Sally había cerrado la puerta con llave para asegurarse de no ser molestados y el hombre salió por la ventana sin quitar la llave. Puede no haberse dado cuenta de que estaba con cerrojo. De lo contrario, probablemente lo hubiera descorrido y efectuado su salida con más cuidado. Esa puerta con cerrojo debe ser una gran decepción para usted, inspector. Ni siquiera usted puede imaginarse a alguien de la familia subiendo y bajando una escalera para entrar y salir de su propia casa. Sé lo excitado que debe estar con el compromiso Maxie-Jupp,

pero no necesita que yo le señale que, si tuviésemos que cometer asesinatos para romper un compromiso inoportuno, la tasa de mortalidad entre las mujeres sería muy alta.

A medida que iba hablando, Felix supo que era un error. El miedo le había hecho caer en la trampa de la locuacidad, al igual que en el enojo. El sargento de policía le observaba con la mirada resignada y ligeramente compadecida de quien ha visto a demasiados hombres ponerse en ridículo como para sorprenderse, pero que, sin embargo, desearía que no lo hicieran. Dalglish habló suavemente:

—Creí que había pasado una buena noche. Sin embargo notó que llovió desde las doce y media hasta las tres.

—Para mí fue una buena noche.

—¿Entonces sufre de insomnio?
¿Qué toma?

—Whisky. Pero muy pocas veces en casa ajena.

—Antes describió cómo se descubrió el cuerpo y cómo fue al cuarto de baño contiguo con la señora Riscoe mientras el doctor Maxie telefoneaba a la policía. Al cabo de un rato la señora Riscoe le dejó para ir junto con su madre. ¿Qué hizo usted después de eso?

—Pensé que sería mejor ir a ver si

la señora Bultitaft estaba bien. No me imaginaba que nadie se sintiera con ganas de desayunar, pero era obvio que íbamos a necesitar abundante café caliente, y sería una buena idea que hubiera emparedados. Parecía aturdida y repetía continuamente que Sally debió haberse matado. Le señalé lo más suavemente posible que era anatómicamente imposible, y eso pareció perturbarla más. Me echó una mirada curiosa como si fuera un extraño y luego rompió a sollozar fuertemente. Para cuando conseguí calmarla, la señorita Bowers ya había llegado con la criatura y se ocupaba con obvia

eficiencia de su desayuno. Martha se recompuso y nos dedicamos al café y al desayuno del señor Maxie. A esas alturas la policía había llegado y se nos dijo que esperaríamos en el salón.

—¿Cuando la señora Bultitaft se echó a llorar, fue ésa la primera señal de dolor que había mostrado?

—¿Dolor? —la pausa fue casi imperceptible—. Obviamente estaba muy conmovida, como todos nosotros.

—Gracias, señor. Esto ha sido de mucha ayuda. Haré que pasen a máquina su declaración y luego le pediré que la lea y, si está de acuerdo con ella, la

firme. Si hay algo más que quiera decirme habrá muchas oportunidades. Andaré por aquí. Ya que vuelve al salón, ¿quiere preguntarle a la señora Bultitaft si puede venir ahora?

Fue una orden, no un pedido. Cuando llegó a la puerta oyó hablar nuevamente a la voz tranquila:

—No será apenas una sorpresa para usted enterarse de que su relato de los hechos coincide casi exactamente con el de la señora Riscoe. Con una excepción. La señora Riscoe dice que usted pasó casi toda la noche en la habitación de ella, no en la suya. Dice, concretamente, que durmieron juntos.

Felix se detuvo un instante mirando la puerta y luego se volvió hacia el hombre sentado al escritorio.

—Eso fue muy dulce por parte de la señora Riscoe, pero a mí me complica las cosas, ¿no es cierto? Me temo, inspector, que tendrá que decidir cuál de los dos está mintiendo.

—Gracias —dijo Dalglish—. Ya lo he hecho.

DALGLIESH se había encontrado a estas alturas con una buena cantidad de Marthas y nunca había pensado que fueran personas complicadas. Estaban ocupadas con el bienestar del cuerpo, la preparación de la comida, el sinfín de trabajos humildes que alguien debe llevar a cabo antes de que la vida intelectual pueda realizarse. Sus propias modestas necesidades emocionales encontraban su satisfacción

en el servicio. Eran leales, trabajadoras y resultaban buenos testigos porque carecían a la vez de la imaginación y la práctica necesarias para mentir con éxito. Podían ser un estorbo si se decidían a proteger a quienes se habían ganado su lealtad, pero éste era un peligro manifiesto que podía preverse. No esperaba dificultad alguna con Martha. Fue con un sentimiento de irritación que Dalglish se dio cuenta de que alguien había estado hablando con ella. Sería correcta, sería respetuosa, pero cualquier información que extrajese la obtendría por la vía difícil. Martha había sido preparada y no era

difícil adivinar por quién. Avanzó con paciencia.

—De modo que usted cocina y ayuda a atender al señor Maxie. Debe ser una carga pesada. ¿Usted le sugirió a la señora Maxie que empleara a Sally Jupp?

—No.

—¿Sabe quién lo hizo?

Martha calló por varios segundos, como preguntándose si podría arriesgar una indiscreción.

—Puede haber sido la señorita Liddell. Se le puede haber ocurrido a la misma señora. No lo sé.

—Pero me imagino que la señora lo

habló con usted antes de emplear a la chica.

—Me habló acerca de Sally. Era a la señora a quien le correspondía decidir.

Dalglish comenzó a encontrar irritante este servilismo, pero su voz no cambió. Nunca se supo que hubiese perdido la paciencia con un testigo.

—¿La señora Maxie había empleado antes alguna vez a una madre soltera?

—A nadie se le hubiera ocurrido en los viejos tiempos. Todas nuestras muchachas vinieron con recomendaciones excelentes.

—Así que ésta fue una empresa nueva. ¿Le parece que fue un éxito?

Usted es quien más tuvo que ver con la señorita Jupp. ¿Qué clase de chica era?

Martha no contestó.

—¿Usted estaba satisfecha con la forma en que trabajaba?

—Estaba bastante satisfecha. Al principio, por lo menos.

—¿Qué le hizo cambiar de opinión? ¿Qué se levantaba tarde? —los ojos de párpados pesados y obstinados giraron súbitamente de lado a lado.

—Hay cosas peores que quedarse en la cama.

—¿Por ejemplo?

—Empezó a volverse impertinente.

—Eso le debe haber resultado

molesto a usted. Me pregunto qué habrá hecho que Sally se volviera impertinente.

—Las chicas son así. Empiezan muy tranquilas y después comienzan a actuar como si fueran la dueña de casa.

—Supóngase que Sally Jupp hubiese empezado a pensar que podría ser la dueña aquí algún día.

—Entonces estaba loca.

—Pero el doctor Maxie le propuso matrimonio la noche del sábado.

—No sé nada de eso. El doctor Maxie no podría haberse casado con Sally Jupp.

—Alguien parece haberse asegurado

de eso, ¿no es cierto? ¿Tiene alguna idea de quién?

Martha no contestó. No había, efectivamente, nada que decir. Si Sally Jupp realmente había sido asesinada por ese motivo, el círculo de sospechosos no era muy grande. Dalglish comenzó a hacerle repasar con tediosa meticulosidad los acontecimientos de la tarde y la noche del sábado. Poco podía decir de la kermés. Aparentemente no había participado en ella, salvo una vuelta por el jardín antes de darle al señor Maxie su cena y acomodarlo para la noche. Cuando volvió a la cocina, era evidente que Sally le había dado a

Jimmy su té y le había llevado arriba para bañarlo porque el cochecito estaba en el fregadero y la bandeja y la taza del niño estaban en la pileta. La muchacha no apareció y Martha no había perdido el tiempo en buscarla. La familia se había servido sola la cena que era comida fría, y la señora Maxie no la había hecho venir. Después la señora Riscoe y el señor Hearne habían ido a la cocina para ayudar a lavar los platos. No preguntaron si Sally había vuelto. Nadie la mencionó. Hablaron más que nada de la kermés. El señor Hearne se había reído y bromeado con la señora Riscoe mientras lavaban. Era un señor

muy divertido. No habían ayudado a preparar las bebidas calientes. Eso se hacía más tarde. La lata de chocolate estaba en un aparador con las demás provisiones. Y ni la señora Riscoe ni el señor Hearne se habían acercado al aparador. Ella se había quedado en la cocina todo el tiempo que estuvieron allí.

Cuando se fueron vio la televisión durante media hora. No, no se había preocupado por Sally. La chica volvería cuando le viniera en gana. A eso de las nueve menos cinco Martha había puesto una cacerola con leche a calentar despacio al lado de la cocina. Esto se

hacía en Martingale la mayoría de las noches para que ella pudiera acostarse temprano. Había colocado las tazas en una bandeja. Había tazas grandes y platillos dispuestos para cualquier huésped que quisiera una bebida caliente por la noche. Sally sabía muy bien que la taza azul pertenecía a la señora Riscoe. Todos en Martingale lo sabían. Después de ocuparse de la leche caliente, Martha se acostó. Estaba en la cama antes de las diez y media y no había escuchado nada anormal en toda la noche. Por la mañana había ido a despertar a Sally y había encontrado la puerta cerrada. Fue a decírselo a la

señora. El resto él ya lo sabía.

Llevó más de cuarenta minutos extraer esta información nada notable, pero Dalglish no mostró ningún signo de impaciencia. Ahora llegaron al hallazgo en sí mismo del cuerpo. Era importante descubrir hasta qué punto el relato de Martha coincidía con el de Catherine Bowers. Si coincidía, entonces al menos una de sus teorías provisionales podía resultar acertada. El relato coincidió. Pacientemente siguió adelante y preguntó por el Sommeil faltante. Pero aquí tuvo menos éxito. Martha Bultitaft no creía que Sally hubiese encontrado comprimidos en la

cama de su amo.

—A Sally le gustaba hacer creer que se ocupaba del amo. A veces hacía un turno por la noche si la señora estaba muy cansada. Pero a él no le gustaba que estuviera con él nadie que no fuera yo. Me encargo de todas las tareas pesadas. Si hubo algo escondido en la cama yo lo habría encontrado.

Había sido su discurso más extenso. Dalglish sintió que había en ella convencimiento. Finalmente le preguntó por la lata de chocolate vacía. Aquí, de nuevo, habló tranquilamente pero con una certeza serena. Había encontrado la lata vacía sobre la mesa de la cocina

cuando bajó a preparar el té por la mañana temprano. Había quemado el papel de adentro, lavado la lata, y luego la había dejado en el cubo de basura. ¿Por qué la había lavado antes? Porque a la señora no le gustaba que se echaran al cubo latas pegajosas o grasosas. La de chocolate no estaba grasosa, naturalmente, pero eso no importaba. En Martingale se lavaban todas las latas usadas. ¿Y por qué había quemado el papel de dentro? Bueno, no podía limpiar el interior de la lata con el forro dentro, ¿no es cierto? La lata estaba vacía, de modo que la enjuagó y la tiró. Su tono sugería que ninguna persona

razonable podría haber hecho otra cosa.

Realmente, Dalglish no veía cómo su historia podía ser eficazmente puesta en tela de juicio. Se le cayó el alma a los pies ante la idea de interrogar a la señora Maxie sobre el método habitual de disponer de las latas usadas de la familia. Pero, una vez más, sospechó que Martha había sido aleccionada. Estaba empezando a ver el esbozo de una trama. La infinita paciencia de la última hora bien había valido la pena.

Capítulo V

1

EL asilo St. Mary estaba aproximadamente a una milla de la parte central del pueblo, un edificio feo de ladrillo colorado con una multiplicidad de gabletes y torrecillas, retirado del camino principal tras un discreto escudo de arbustos de laurel. El

camino de grava de la entrada llevaba a una puerta principal cuyo gastado llamador relucía gracias a constantes lustrados. Cortinas de tul blancas como la nieve en cada una de las ventanas. Unos escalones bajos de piedra a un costado de la casa descendían a un jardín cuadrado donde estaban apiñados varios cochecitos de bebé. Una criada de cofia y delantal los hizo entrar, probablemente una de las madres, pensó Dalglish, y los hizo pasar a una pequeña habitación a la izquierda del vestíbulo. Parecía no estar segura de qué hacer y no pudo captar el nombre de Dalglish pese a que se lo repitió dos

veces. Unos grandes ojos le miraban sin comprender a través de las gafas con montura de acero mientras vacilaba desdichada en el vano de la puerta.

—No se preocupe —dijo Dalglish bondadosamente—, sólo haga saber a la señorita Liddell que hay dos policías de Martingale para verla. Ella sabrá de qué se trata.

—Por favor, tengo que tomar el nombre. Me están preparando para ser criada —vacilaba con una persistencia desesperada, desgarrada entre el temor a la reprobación de la señorita Liddell y la turbación de estar en la misma habitación con dos hombres

desconocidos, y ambos policías además. Dalglish le entregó su tarjeta—. Sólo dele esto entonces. Será aún más apropiado y correcto. Y no se preocupe. Será una muy buena criada. En estos días son más apreciadas que los rubíes, sabe usted.

—No si van cargadas con un hijo ilegítimo —dijo el sargento Martin mientras la figura menuda desaparecía por la puerta con lo que podría haber sido un «Gracias» susurrado.

—Es curioso encontrar aquí a una muchachita tan poco agraciada como ésa, señor. Un poco lela por la forma de actuar. Alguien se aprovechó de ella, me

imagino.

—Es el tipo de persona de la que se aprovechan desde el día en que nace.

—Muy asustada, además, ¿no es cierto? ¿Supongo que esta señorita Liddell tratará bien a las chicas, señor?

—Muy bien, me imagino, según su propio criterio. Es fácil ponerse sentimental acerca de su trabajo, pero tiene que vérselas con un grupo bastante variado. Lo que se requiere aquí es esperanza, fe y caridad ilimitadas. En otras palabras, se necesita una santa y no podemos esperar que la señorita Liddell alcance ese nivel.

—Sí, señor —dijo el sargento

Martin.

Pensándolo mejor sintió que: «No, señor» hubiera sido más apropiado. Inconsciente de haber pronunciado heterodoxia alguna, Dalglish se paseó lentamente por la habitación. Era confortable pero no ostentosa y, pensó, estaba amueblada con muchos de los efectos personales de la señorita Liddell. Toda la madera relucía por lo lustrada. La espineta y la mesa de palo rosa daban la impresión de poder resultar calientes al tacto por el vigor y la energía empleadas en ellas. La única ventana grande que miraba al jardín tenía una cortina floreada de cretona

ahora corrida contra el sol. La alfombra, pese a mostrar señales de edad, no era del tipo provisto por organismos oficiales por más buena voluntad y espíritu cívico que tuvieran. La habitación era tan de la señorita Liddell en espíritu como si ella hubiera sido la dueña de la casa. A lo largo de las paredes había fotografías de bebés. Bebés acostados desnudos sobre alfombras, sus cabezas alzadas hacia la cámara con un aire absurdo e indefenso. Bebés sonriendo desdentados en cochecitos y cunas. Bebés vestidos con lanas en brazos de sus madres. Hasta había uno o dos alzados torpemente en

brazos por un hombre incómodo. Presumiblemente estos eran los afortunados, los que por fin habían logrado un padre oficial. Encima de un pequeño escritorio de caoba había un grabado enmarcado de una mujer sentada a una rueca con una placa en la base del marco. «Otorgado por la Comisión de Chadfleet y del Distrito para el Bienestar Moral a la señorita Alice Liddell en conmemoración de veinte años de servicios consagrados como directora del Hogar St. Mary». Dalglish y Martin la observaron juntos.

—No creo que llamaría a esto justamente un hogar —dijo el sargento.

Dalgliesh miró de nuevo los muebles, los legados esmeradamente cuidados de la infancia de la señorita Liddell.

—Bien podría serlo para una mujer soltera de la edad de la señorita Liddell. Ha hecho de este lugar su hogar por más de veinte años. Podría llegar muy lejos para evitar que se la forzara a dejarlo.

La entrada de la dama impidió que el sargento Martin respondiera. La señorita Liddell siempre estaba más cómoda en su propio terreno. Les dio la mano con aplomo y se disculpó por hacerlos esperar. Al observarla, Dalgliesh dedujo que había dedicado

ese tiempo a empolvase la cara y componer su mente. Evidentemente estaba resuelta a considerar esta visita, en la medida de lo posible, como de carácter social y los invitó a sentarse con todo el encanto poco espontáneo de una anfitriona inexperta. Dalgliesh declinó su ofrecimiento de té, evitando cuidadosamente la mirada de reproche de su sargento. Martin sudaba copiosamente. Su propia opinión era que se podía ser excesivamente puntilloso con un posible sospechoso y que una buena taza de té en un día caluroso jamás había obstruido la justicia.

—Trataremos de no demorarla

demasiado, señorita Liddell. Como estoy seguro de que usted ya se ha dado cuenta, estoy investigando la muerte de Sally Jupp. Tengo entendido que usted cenó en Martingale ayer por la noche. También estuvo en la kermés por la tarde y, naturalmente, conoció a la señorita Jupp mientras estuvo con usted aquí en St. Mary. Hay una o dos cuestiones que espero que usted pueda explicar.

La señorita Liddell se sobresaltó por el uso de su última palabra. Cuando el sargento Martin sacó su libreta con algo parecido a la resignación, Dalglish notó que en seguida la mujer se

humedecía los labios a la vez que la casi imperceptible tensión de sus manos le demostró que se había puesto en guardia.

—Claro, cualquier cosa que quiera preguntar, inspector. ¿Es inspector, no es cierto? Naturalmente conocía a Sally muy bien y todo esto me resulta un golpe espantoso. Lo mismo que a todas nosotras. Pero me temo que no es probable que pueda serle de mucha ayuda. No soy muy hábil en eso de observar y recordar cosas, le diré. A veces resulta una desventaja, pero no todos podemos ser detectives, ¿no es cierto?

La risa nerviosa era un tanto aguda como para ser natural. «Sí que la tenemos asustada», pensó el sargento Martin. «Podría haber algo aquí después de todo».

—Quizá podríamos empezar con Sally Jupp misma —dijo Dalglish suavemente—. Tengo entendido que vivió aquí durante los últimos cinco meses de su embarazo y volvió con ustedes al dejar el hospital después del nacimiento. Permaneció aquí hasta que comenzó su trabajo en Martingale, lo que ocurrió cuando el bebé tenía cuatro meses. Hasta ese momento ayudaba aquí en las tareas de la casa. Debe haber

llegado a conocerla muy bien durante este tiempo. ¿Ella le gustaba, señorita Liddell?

—¿Gustarme? —la mujer rió nerviosamente— ¿No es esa una pregunta un tanto extraña, inspector?

—¿Lo es? ¿En qué sentido?

Hizo un esfuerzo por ocultar su turbación y por hacerle a la pregunta el cumplido de pensarla cuidadosamente.

—Casi no sé qué decir. Si me hubiera hecho esa pregunta hace una semana no habría dudado en decirle que Sally era una excelente trabajadora y una chica muy meritoria que estaba haciendo lo posible por reparar su falta.

Pero ahora, claro, no puedo evitar preguntarme si no estaba equivocada acerca de ella, si a fin de cuentas era realmente sincera —habló con el pesar de un experto cuyo criterio hasta entonces infalible ha sido finalmente encontrado erróneo—. Supongo que ahora nunca sabremos si era sincera o no.

—Por sincera supongo que quiere decir si era sincera en su afecto por el señor Stephen Maxie.

La señorita Liddell sacudió su cabeza con tristeza.

—Las apariencias estaban en contra. Nunca en mi vida me había sentido tan

escandalizada, inspector, nunca. Está claro que no tenía ningún derecho a aceptarle, no importa lo que sintiera por él. Parecía realmente triunfante cuando se detuvo en esa puerta y nos lo dijo. Él estaba espantosamente turbado, claro, y se puso blanco como el papel. Fue un momento horrible para la pobre señora Maxie. Me temo que siempre me culparé por lo que ocurrió. Yo recomendé a Sally en Martingale, usted sabe. Parecía una oportunidad tan maravillosa en todo sentido para ella. Y ahora esto.

—¿Entonces, usted cree que la muerte de Sally Jupp es el resultado directo de su compromiso con el señor

Maxie?

—Bueno, así parece, ¿no es cierto?

—Estoy de acuerdo en que su muerte fue altamente conveniente para cualquiera que tuviera un motivo para desaprobare el matrimonio. La familia Maxie, por ejemplo.

La cara de la señorita Liddell se inflamó.

—Pero eso es ridículo, inspector. Es una cosa tremenda de decir. Tremenda. Naturalmente usted no conoce a la familia como nosotros, pero debe creermé si le digo que la suposición es completamente fantástica. ¡No puede haber pensado que quise decir eso! Para

mí está perfectamente claro lo que ocurrió. Sally habrá estado jugando con algún hombre que no conocemos y cuando se enteró del compromiso, él... bueno, perdió el control. ¿Entró por la ventana, no es cierto? Eso es lo que me dijo la señorita Bowers. Y bien, eso prueba que no fue la familia.

—El asesino posiblemente salió de la habitación por la ventana. Todavía no sabemos cómo él o ella entraron.

—Seguramente no puede imaginarse a la señora Maxie bajando por esa pared. ¡Ella no podría hacerlo!

—No imagino nada. Había una escalera en el lugar de siempre, a mano,

para cualquiera que quisiera usarla. Pudo haber sido colocada para ser usada aunque el asesino hubiese entrado por la puerta.

—¡Pero Sally hubiera oído algo! Aunque se apoyara la escalera con mucha suavidad. ¡O podía mirar por su ventana y haberla visto!

—Quizá. Si estuviese despierta.

—Inspector, no puedo comprenderlo. Parece decidido a sospechar de la familia. Si sólo supiera lo que han hecho por esa chica.

—Me gustaría que alguien me lo dijera. Y no debe entenderme mal. Sospecho de todos los que conocieron a

Sally Jupp y no tienen una coartada para la hora en que la mataron. Es por eso que estoy aquí ahora.

—Bueno, presumiblemente usted ya sabe acerca de mis movimientos. No tengo ningún deseo de mantenerlos en secreto. El doctor Epps me trajo aquí de vuelta en su coche. Dejamos Martingale alrededor de las diez y media. Estuve un rato corto escribiendo en este cuarto y después di un paseo por el jardín. Me acosté a eso de las once, más tarde de lo que acostumbro. Me enteré de este asunto espantoso mientras terminaba mi desayuno. La señorita Bowers llamó y me preguntó si podía traerme de vuelta a

Jimmy por un tiempo hasta que supieran qué iba a ser de él. Naturalmente, dejé a mi asistente, la señorita Pollack, a cargo de las chicas y fui para allá en seguida. Telefoneé a George Hopgood y le dije que viniera con su taxi.

—Usted dijo un poco antes que pensaba que la noticia del compromiso de la señorita Jupp y el señor Maxie era la razón de su muerte. ¿Se conocía la noticia fuera de la casa? Se me dio a entender que el señor Maxie le propuso matrimonio el sábado por la noche de modo que nadie que no estuviese en Martingale después de esa hora podría haberse enterado.

—El doctor Maxie se le puede haber declarado el sábado, pero no cabe duda de que la chica había decidido atraparle antes de entonces. Algo había estado sucediendo. Estoy segura. La vi en la kermés y estuvo sonrojada por la excitación toda la tarde. ¿Y le dijeron que copió el vestido de la señora Riscoe?

—No me está sugiriendo que eso constituía otro motivo.

—Mostraba en qué estaba pensando. No se equivoque, Sally se estaba buscando lo que le ocurrió. Sólo me apena muchísimo que los Maxie se hayan visto envueltos en todo este

problema a causa de ella.

—Me dijo que se acostó alrededor de las once después de un paseo por el jardín. ¿Hay alguien que pueda confirmar esa afirmación?

—Que yo sepa nadie me vio, inspector. La señorita Pollack y las chicas ya estaban acostadas a las diez. Naturalmente tengo mi propia llave. Fue algo inusual que saliera de nuevo así, pero estaba perturbada. No podía dejar de pensar en Sally y el señor Maxie, y sabía que no podría dormirme si me acostaba demasiado temprano.

—Gracias. Sólo dos preguntas más. ¿En qué lugar de la casa guarda sus

papeles privados? Me refiero a documentos vinculados con la administración de este Hogar. Cartas de la comisión, por ejemplo.

La señorita Liddell fue hasta el escritorio de palo de rosa.

—Se guardan en este cajón, inspector. Naturalmente lo mantengo cerrado con llave, pese a que sólo se permite ocuparse de este cuarto a las chicas de más confianza. La llave está guardada en este pequeño compartimento en la parte superior.

Levantó la tapa del escritorio mientras hablaba e indicó el lugar. Dalglish reflexionó que sólo la más

estúpida o la menos curiosa de las criadas podía no haberla encontrado si se hubiese animado a buscar. Era evidente que la señorita Liddell estaba acostumbrada a tratar con chicas que tenían un temor reverencial tal a los papeles y a los documentos oficiales como para hurgar en ellos voluntariamente. Pero Sally no había sido torpe ni, sospechaba, falta de curiosidad. Se lo sugirió a la señorita Liddell y, tal como esperaba, la imagen de los dedos ágiles de Sally y de sus ojos divertidos e irónicos despertó en ella un resentimiento aún mayor que sus preguntas anteriores acerca de los

Maxie.

—¿Quiere decir que Sally puede haber husmeado entre mis cosas? En un tiempo jamás lo hubiera creído, pero puede que tenga razón. Oh sí, ahora lo veo. Es por eso que le gustaba trabajar aquí dentro. ¡Toda esa docilidad, esa cortesía no eran más que simulación! ¡Y pensar que yo confiaba en ella! Pensaba realmente que sentía afecto por mí, que la estaba ayudando. Se confiaba a mí, sabe. Pero ahora supongo que todas esas historias eran mentiras. Debió haberse reído de mí todo el tiempo. Me imagino que usted también piensa que soy una tonta. Y bien, quizá lo sea, pero no he

hecho nada de qué avergonzarme. ¡Nada! Sin duda le han hablado de esa escena en el comedor de los Maxie. No podía asustarme. Puede haber habido algunos problemas aquí en el pasado. No soy muy diestra con los números y las cuentas. Nunca he pretendido serlo. Pero no he hecho nada de malo. Puede preguntárselo a cualquier miembro de la comisión. Sally Jupp podía husmear todo lo que quisiera. Ya ve de lo que le ha servido.

Estaba temblando de ira y no hizo el menor intento de ocultar la amarga satisfacción que había detrás de sus últimas palabras. Pero Dalglish no

estaba preparado para el efecto de su última pregunta.

—Uno de mis hombres ha ido a ver a los Proctor, los parientes más próximos de Sally. Naturalmente esperábamos que pudieran darnos alguna información sobre su vida que nos fuera útil. La hija menor estaba allí y nos ofreció alguna información. ¿Señorita Liddell, por qué llamó por teléfono al señor Proctor el sábado por la mañana temprano, la mañana de la kermés? La chica dice que ella atendió el teléfono.

La transformación de un resentimiento furioso a la mayor de las

sorpresas fue casi ridículo. La señorita Liddell se quedó mirándolo literalmente boquiabierta.

—¿Yo? ¿Telefonar al señor Proctor? ¡No sé qué quiere decir! No he estado en contacto con los Proctor desde que Sally fue a Martingale. Nunca se interesaron por ella. ¿De qué tendría yo que hablar por teléfono con el señor Proctor?

—Eso —dijo Dalglish— era lo que me había estado preguntando.

—¡Pero es ridículo! Si hubiese llamado al señor Proctor no tendría ningún inconveniente en admitirlo. Pero no lo hice. La chica debe estar

mintiendo.

—Está claro que alguien está mintiendo.

—Bueno, no yo —replicó la señorita Liddell con fuerza aunque incorrectamente desde el punto de vista gramatical.

Dalglish, en esto al menos, estaba dispuesto a creerle. Mientras le acompañaba hasta la puerta, él le preguntó como al pasar:

—¿Cuando volvió a casa le contó a alguien acerca de los acontecimientos en Martingale, señorita Liddell? Si su asistente aún estaba levantada hubiera sido natural hablarle del compromiso de

Sally.

La señorita Liddell vaciló y después dijo a la defensiva:

—Bueno, la noticia se iba a saber inevitablemente, ¿no es cierto? Quiero decir, los Maxie no podían esperar mantenerlo en secreto. De hecho, sí se lo mencioné a la señorita Pollack. También estaba aquí la señora Pullen. Vino de Rose Cottage para devolver algunas cucharillas de té que habíamos prestado para los tés de la kermés. Cuando llegué de Martingale todavía estaba charlando con la señorita Pollack. De modo que la señora Pullen lo sabía, y usted seguramente no estará sugiriendo que

habérselo dicho tuvo algo que ver con la muerte de Sally.

Dalglish contestó evasivamente. No estaba tan seguro.

2

AL llegar la hora de la cena la actividad del día en Martingale parecía estar disminuyendo. Dalglish y el sargento todavía estaban ocupados en el despacho del que cada tanto emergía el sargento para hablar con el agente de servicio en la puerta. Los coches de la policía todavía aparecían misteriosamente, dejaban sus pasajeros uniformados o en gabardina y, después de una corta espera, se los llevaban de

nuevo. Los Maxie y sus huéspedes observaban estas idas y venidas desde las ventanas, pero ninguno de ellos había sido requerido desde última hora de la tarde, y daba la impresión de que por ese día habían terminado los interrogatorios y que el grupo podía pensar en la cena con alguna perspectiva de poder comer sin ser interrumpidos. La casa se había tornado repentinamente muy silenciosa y cuando Martha, nerviosa y con poco entusiasmo, hizo sonar el gong a las siete y media, retumbó como una intromisión vulgar en el silencio de la aflicción, sonando anormalmente fuerte para los nervios

tenso de la familia. La comida misma transcurrió casi en silencio. El fantasma de Sally se movía de la puerta al aparador, y cuando la señora Maxie llamó y la puerta se abrió para dejar pasar a Martha, nadie levantó la vista. Las propias preocupaciones de Martha se hicieron notar en la pobreza de la comida. Nadie tenía nada de hambre y no había nada que incitara al hambre. Después todos se desplazaron como movidos por una llamada muda pero común hacia el salón. Fue un alivio ver al señor Hinks pasar por la ventana y Stephen salió para darle la bienvenida y hacerle entrar. Aquí por lo menos había

un representante del mundo exterior. Nadie podía acusar al vicario del asesinato de Sally Jupp. Probablemente había venido para ofrecer consejo espiritual y consuelo. El único tipo de consuelo que hubiera sido bienvenido por los Maxie era la seguridad de que después de todo Sally no había muerto, de que habían estado viviendo una breve pesadilla de la que ahora podían despertar, un poco cansados y afectados por la falta de sueño, pero alegres por la gloriosa revelación de que nada de eso era verdad. Pero si eso no podía ser, al menos resultaba tranquilizador hablar con alguien que no estaba bajo la

sombra de la sospecha y que podía darle a este día espantoso una apariencia de normalidad. Se dieron cuenta de que hasta habían estado hablando en susurros y que el saludo de Stephen al vicario sonó como un grito. Pronto estuvo con ellos y, cuando entró seguido por Stephen, cuatro pares de ojos se alzaron interrogantes como si estuviesen ansiosos por conocer el veredicto sobre ellos del mundo exterior.

—Pobre chica —dijo—. Pobre pequeña. Y estaba tan contenta ayer por la noche.

—¿Entonces habló con ella después de la kermés? —Stephen no consiguió

ocultar la urgencia que había en su voz.

—No, después de la kermés no. Me hago tantos líos con el tiempo. Estúpido de mí. Ahora que lo menciona no hablé para nada con ella ayer, pese a que, claro, sí la vi en los jardines. Qué vestido blanco tan bonito que llevaba. No, hablé con ella el jueves por la noche. Caminamos juntos por el camino y le pregunté por Jimmy, creo que fue el jueves. Sí, tiene que haber sido el jueves porque el viernes no salí por la noche. El jueves por la noche fue la última vez que hablamos. Estaba tan contenta. Me habló de su casamiento y de que Jimmy iba a tener un padre. Pero ustedes están

enterados de todo eso, me imagino. Fue una sorpresa para mí pero, claro, me alegré por ella. Y ahora esto. ¿La policía tiene alguna novedad?

Miró a su alrededor con aire cortésmente interrogante, sin percatarse al parecer del efecto de sus palabras. Por un momento nadie habló y entonces Stephen dijo:

—Creo que debería saber, vicario, que yo le había pedido a Sally que se casara conmigo. Pero no pudo habérselo contado el jueves. Ella no lo sabía entonces. Nunca le hablé de matrimonio hasta las siete y cuarenta del sábado.

Catherine Bowers rió brevemente y

luego se giró, avergonzada, cuando Deborah se dio la vuelta y la miró. El señor Hinks frunció el entrecejo preocupado pero su suave y vieja voz era firme:

—Es cierto que me confundo con las fechas, lo sé, pero fue con certeza el jueves cuando nos encontramos. Yo salía de la iglesia después de las completas y Sally pasaba con Jimmy en su sillita de paseo. Pero no podría equivocarme sobre la conversación. No hablo de las palabras exactas sino del fondo. Sally dijo que Jimmy iba a tener un padre pronto. Me pidió que no se lo dijera a nadie y dije que no lo haría, pero que me

alegraba mucho por ella. Le pregunté si yo conocía al novio, pero sólo se rió y dijo que preferiría que fuera una sorpresa. Estaba muy excitada y feliz. Sólo caminamos juntos un trecho corto porque la dejé al llegar a la vicaría y supongo que ella siguió hasta aquí. Me temo que di por sentado que ustedes estarían enterados de todo. ¿Es importante?

—Probablemente el inspector Dalglish pensará que sí —dijo Deborah con cansancio—. Supongo que debería ir a contárselo. No hay mucha elección. Ese hombre tiene una extraordinaria facilidad para extraer

verdades incómodas.

El señor Hinks pareció preocupado pero un rápido golpe en la puerta y la aparición de Dalglish lo salvaron de la necesidad de responder. Extendió su mano hacia Stephen. Envuelta flojamente en un pañuelo blanco de hombre había una botella pequeña cubierta de barro.

—¿Reconoce esto? —preguntó.

Stephen se acercó y la observó por un momento pero no trató de tocarla.

—Sí. Es el frasco de Sommeil del botiquín de papá.

—Quedan siete comprimidos de doscientos miligramos. ¿Confirma que faltan tres comprimidos desde que los

colocó en este frasco?

—Naturalmente que sí. Se lo dije. Había diez comprimidos de doscientos miligramos.

—Gracias —dijo Dalglish y se volvió nuevamente hacia la puerta.

Deborah habló justo cuando su mano alcanzaba el picaporte.

—¿Se nos permite preguntar dónde se encontró ese frasco? —preguntó.

Dalglish la miró como si tuviera que estudiar seriamente la pregunta.

—¿Por qué no? Es probable que por lo menos uno de ustedes quiera sinceramente saberlo. Lo encontró uno de los hombres que trabaja conmigo

enterrado en esa parte del parque que se usó para la caza del tesoro. Como saben, el césped está bastante maltratado allí, presumiblemente por participantes esperanzados. Todavía hay varios terrones sobre la superficie. El frasco fue colocado en uno de los agujeros y cubierto con césped. El responsable hasta tuvo la consideración de señalar el lugar con una de las estacas con nombre que estaban desparramadas por allí. Extrañamente era la suya, señora Riscoe. Su taza con el chocolate narcotizado; su estaca señalando el frasco escondido.

—¿Pero por qué? ¿Por qué? —dijo

Deborah.

—Por si alguno de ustedes puede contestar esa pregunta estaré todavía una hora o dos en el despacho —se volvió cortésmente al señor Hinks—. Creo que usted debe ser el señor Hinks, señor. Deseaba verlo. Si no le resulta inconveniente quizá podría concederme ahora unos minutos.

El vicario dirigió una mirada compasiva y perpleja a todos los Maxie. Se detuvo y pareció a punto de hablar. Luego, sin decir una palabra, salió de la habitación detrás de Dalglish.

3

NO fue hasta a las diez cuando el inspector pudo entrevistar al doctor Epps. El doctor había estado afuera casi todo el día viendo casos que podrían o no ser lo suficientemente urgentes como para justificar una visita en domingo, pero que ciertamente le habían proporcionado una excusa para posponer el interrogatorio. Si tenía algo que ocultar, presumiblemente a estas alturas ya había elegido su táctica. No

era un sospechoso obvio. Desde ya, era difícil imaginar un motivo. Pero era el médico de la familia de los Maxie y un amigo íntimo de la familia. No obstruiría por voluntad propia la justicia, pero podría tener ideas poco ortodoxas acerca de qué constituía la justicia y tenía la excusa del secreto profesional si quería evitar preguntas inconvenientes. Dalglish ya había tenido problemas con esa clase de testigos. Pero no tenía por qué haberse preocupado. El doctor Epps, como si le concediera un cierto reconocimiento semi médico a la visita, lo hizo pasar de buena gana a su consultorio de ladrillo

colorado que había sido torpemente añadido a su agradable casa de estilo georgiano, y se introdujo a presión en el sillón giratorio de su escritorio. A Dalglish le señaló con un gesto la silla de los pacientes, una gran Windsor asombrosamente baja en la que era difícil sentirse cómodo de tomar la iniciativa. Casi esperaba que el doctor comenzara con una serie de preguntas personales y embarazosas. Y, de hecho, el doctor Epps obviamente había decidido llevar el peso de la conversación. Esto le convenía a Dalglish que sabía muy bien cuándo podía obtener más información con el

silencio. El doctor encendió una pipa grande y de forma curiosa.

—No le ofreceré de fumar. Tampoco un trago. Sé que generalmente no beben con los sospechosos.

Le echó una rápida mirada perspicaz a Dalglish para ver su reacción pero, al no recibir ningún comentario, dejó bien prendida su pipa con unas pocas chupadas vigorosas y empezó a hablar:

—No le haré perder su tiempo diciendo lo pasmoso que es este caso. Difícil de creer realmente. Pero, alguien la mató. Puso sus manos alrededor de su cuello y la estranguló... Espantoso para la señora Maxie. Para la chica también,

claro, pero naturalmente yo pienso en los vivos. Stephen me llamó para que fuera a eso de las siete y media. Ninguna duda de que la chica estaba muerta, claro. Muerta desde hacía siete horas por lo que pude ver. El médico de la policía sabe más acerca de eso que yo. La chica no estaba embarazada. La traté por un problema y por eso estoy seguro. Una desilusión para el pueblo sin embargo. Les gusta enterarse de lo peor. Y hubiese sido un motivo, me imagino, para alguien.

—Si estamos hablando sobre motivos —contestó Dalglish—, podríamos empezar por este

compromiso con el señor Stephen Maxie.

El doctor se movió incómodamente en su silla:

—Pamplinas. El muchacho es un tonto. No tiene un cobre salvo lo que gana, y Dios sabe que es bastante poco. Claro que algo habrá cuando su padre muera, pero estas viejas familias, viviendo y manteniendo propiedades con el capital, bueno, es un milagro que no hayan tenido que vender. El gobierno está haciendo todo lo posible por eliminarlos a fuerza de impuestos. ¡Y ese tipo Price se rodea de contables y engorda con gastos libres de impuestos!

¡Uno se pregunta si no nos hemos vuelto todos locos! Sin embargo, ése no es su problema. Eso sí, puede creermelo que Maxie en este momento no está en condiciones de casarse con nadie. ¿Y dónde pensó que viviría Sally? ¿Quedarse en Martingale con su suegra? Tonto estúpido, necesita que le revisen la cabeza.

—Todo lo cual deja en claro —dijo Dalglish—, que el proyectado matrimonio hubiera sido calamitoso para los Maxie. Y eso hace que mucha gente tuviera interés en que no se llevara a cabo.

El doctor se inclinó sobre el

escritorio desafiante.

—¿Al precio de matar a la chica?
¿Dejando a ese niño sin madre además
de sin padre? ¿Qué clase de gente cree
que somos?

Dalgliesh no contestó. Los hechos
eran incontrovertibles. Alguien había
matado a Sally Jupp. Alguien a quien ni
la presencia del niño dormido había
detenido. Pero tomó nota de cómo la
exclamación del doctor lo aliaba con los
Maxie. «¿Qué clase de gente cree que
somos?». No cabía duda dónde residía
la lealtad del doctor. La pequeña
habitación se iba oscureciendo.
Gruñendo por el ligero esfuerzo, el

doctor se inclinó a través del escritorio y encendió una lámpara. Era articulada y móvil y la ajustó cuidadosamente para que un haz de luz cayera sobre sus manos pero le dejara la cara en la penumbra. Dalgliesh empezaba a sentirse fatigado, pero había mucho por hacer antes de que su día de trabajo terminara. Introdujo el objeto principal de su visita:

—¿Simon Maxie es su paciente, creo?

—Desde luego. Siempre lo ha sido. No hay mucho que hacer por él ahora, claro. Es sólo una cuestión de tiempo y buena atención. Martha es la que más se

ocupa de eso. Pero, sí, es mi paciente. Completamente incapacitado. Arteriosclerosis avanzada con complicaciones de distinto tipo. Si está pensando que se arrastró por la escalera para liquidar a la criada, bueno, se equivoca. Dudo que haya sabido que ella existía.

—Creo que desde hace un año más o menos le ha estado recetando unos comprimidos especiales para dormir.

—Querría que dejara de decir que cree esto, eso, o aquello. Sabe perfectamente bien que sí. No es ningún secreto. Pero no puedo ver qué tienen que ver con este asunto —de repente se

puso rígido—. ¿No querrá decir que la narcotizaron antes?

—Todavía no tenemos el informe de la autopsia, pero parece muy probable.

El doctor no simuló que no comprendía.

—Eso es grave.

—Reduce un tanto el campo. Y hay otros aspectos inquietantes.

Dalglish le habló entonces al doctor acerca del Sommeil faltante, dónde se suponía que lo había encontrado Sally, lo que hizo Stephen con los diez comprimidos y el hallazgo del frasco en el sitio de la búsqueda del tesoro. Cuando terminó hubo un

momento de silencio. El doctor se hundía en el sillón que al principio parecía demasiado pequeño como para soportar su jovial y agradable redondez. Cuando habló, la voz profunda y grave fue repentinamente una voz vieja y cansada.

—Stephen nunca me lo dijo. Claro que no hubo muchas oportunidades con lo de la kermés. Podría haber cambiado de parecer, sin embargo. Probablemente pensó que yo no sería de mucha ayuda. Yo tendría que haberlo sabido, se da cuenta. Él no habría pasado por alto un descuido así. Su padre... mi paciente. Hace treinta años que conozco a Simon

Maxie. Traje sus hijos al mundo. Uno tendría que conocer a sus pacientes, saber cuándo necesitan ayuda. Simplemente dejaba la receta, semana tras semana. Últimamente ni siquiera subía a verle muy a menudo. No parecía tener mucho sentido. No me imagino qué estaría haciendo Martha, sin embargo. Ella lo cuidaba, hacía todo. Debe haber sabido acerca de esos comprimidos. Es decir, si Sally decía la verdad.

—Es difícil imaginársela inventado toda esa historia. Además, tenía los comprimidos. ¿Me imagino que sólo se pueden conseguir con receta médica?

—Sí. No puede ir sencillamente a

una botica y comprarlos. Oh sí, es cierto. En realidad en ningún momento lo dudé. Me culpo a mí mismo. Tendría que haberme dado cuenta de lo que ocurría en Martingale. No sólo a Simon Maxie. A todos ellos.

«Así que cree que uno de ellos lo hizo», pensó Dalglish. «Puede ver claramente en qué dirección se encaminan las cosas y no le gusta. No es su culpa. Sabe que es un crimen, no hay duda. La cuestión es, ¿está seguro de ello? Y en ese caso, ¿cuál de ellos?».

Preguntó acerca del sábado por la noche en Martingale. El relato del doctor Epps sobre la aparición de Sally

antes de cenar, y la revelación de la propuesta de Stephen fue notablemente menos dramático que el de Catherine Bowers o el de la señorita Liddell, pero las versiones concordaban en lo fundamental. Confirmó que ni él ni la señorita Liddell habían dejado el despacho mientras se contaba el dinero, y que había visto a Sally Jupp subiendo por la escalera principal mientras él y su anfitriona pasaban por el vestíbulo hacia la puerta principal. Le parecía que Sally vestía una bata y llevaba algo, pero no recordaba qué. Podría haber sido una taza y un platillo o quizás un vaso. No le había hablado. Ésa fue la última vez que

la vio con vida. Dalglish preguntó a quién más en el pueblo se le había recetado Sommeil.

—Tendré que mirar en mi archivo si quiere saberlo con exactitud. Puede llevar alrededor de media hora. No era una receta habitual. Recuerdo uno o dos pacientes que lo tomaban. Puede haber otros, claro. Sir Reynold Price y la señorita Pollack del St. Mary lo tomaban, eso lo sé. El señor Maxie, por supuesto. Por cierto, ¿qué sucede con su medicación ahora?

—Estamos reteniendo el Sommeil. Tengo entendido que el doctor Maxie ha recetado un equivalente. Y ahora,

doctor, quizá podría hablar un momento con su ama de llaves antes de irme.

Pasó un minuto entero antes de que el doctor pareciera haberle escuchado. Entonces se levantó con dificultad de su sillón murmurando una disculpa y le guió del consultorio a la casa. Allí Dalglish pudo confirmar, con todo tacto, que el doctor llegó a casa la noche anterior a las diez cuarenta y cinco y había sido llamado para un parto a las once y diez. No esperaba escuchar otra cosa. Tendría que confirmarlo con la familia de la paciente, pero sin duda proporcionarían una coartada para el doctor hasta las tres y media de la

mañana, hora en que finalmente dejó a la señora Baines de Nessingford orgullosa poseedora de su primer hijo. El doctor Epps había estado ocupado la mayor parte de la noche del sábado trayendo vida al mundo, no ahogando la de Sally Jupp.

El doctor murmuró algo sobre una visita tardía y caminó con Dalglish hasta la entrada, protegiéndose antes del aire de la noche con un abrigo opulento y voluminoso, al menos un talle demasiado grande para él. Cuando llegaron a la entrada, el doctor, que había hundido las manos en sus bolsillos, dio un pequeño respingo de

sorpresa y abrió su mano derecha para descubrir una pequeña botella. Estaba casi llena de pequeños comprimidos marrones. Los dos hombres la observaron en silencio por un momento. Entonces el doctor Epps dijo:

—Sommeil.

Dalgliesh cogió un pañuelo, envolvió la botella y se la metió en el bolsillo. Notó con interés el primer movimiento instintivo de resistencia del doctor.

—Esas deben ser de sir Reynold, inspector. Nada que ver con la familia. Este abrigo era de Price —su tono era defensivo.

—¿Cuándo llegó a sus manos el abrigo, doctor? —preguntó Dalglish.

Nuevamente hubo una larga pausa. Luego el doctor pareció recordar que había hechos que no tenía sentido tratar de ocultar.

—Lo compré el sábado. En la kermés de la iglesia. Lo compré más bien como una broma entre yo y... la persona a cargo del puesto.

—Que era... ¿quién? —preguntó Dalglish inexorablemente.

El doctor Epps no le miró a los ojos mientras contestaba lentamente.

—La señora Riscoe.

EL domingo había sido secular e interminable, su legado, una semana tan dislocada que el lunes amaneció sin color ni individualidad algunos, un día que no era más que un limbo. El correo fue más abundante de lo habitual, un tributo a la eficiencia tanto del ubicuo teléfono como de los medios de comunicación más sutiles y menos científicos del campo. Presumiblemente el correo de mañana sería aún más

abundante, cuando la noticia del asesinato de Martingale les llegara a aquéllos que dependían de la imprenta para su información. Deborah había pedido media docena de periódicos. Su madre se preguntaba si esta extravagancia era un gesto de desafío o satisfacía una curiosidad genuina.

La policía seguía usando el despacho, aunque habían informado de su intención de trasladarse al Moonraker's Arms más tarde ese mismo día. Para sus adentros, la señora Maxie les deseó que les aprovechara la comida. La habitación de Sally se mantenía cerrada. Sólo Dalglish tenía

la llave y no daba explicación alguna de sus frecuentes idas allí ni de lo que encontraba o esperaba encontrar.

Lionel Jephson había llegado temprano por la mañana, quisquilloso, escandalizado e ineficaz. La familia sólo deseaba que a la policía le estuviera resultando una molestia tan grande como a ellos. Como predijo Deborah, se encontraba perdido en una situación tan alejada de sus intereses y experiencias normales. Su ansiedad evidente y sus reiteradas advertencias sugerían que, o tenía grandes dudas sobre la inocencia de sus clientes, o tenía poca fe en la eficiencia de la policía. Fue un alivio

para todos los de la casa cuando se escabulló a la ciudad antes del almuerzo para consultar con un colega.

A las doce el teléfono sonó por enésima vez. La voz de sir Reynold Price resonó a través de la línea hasta la señora Maxie.

—Pero es una vergüenza, mi querida señora. ¿Qué está haciendo la policía?

—Creo que en este momento están tratando de rastrear al padre del bebé.

—¡Por Dios! ¿Para qué? Yo pienso que harían mejor en concentrarse en averiguar quién la mató.

—Parecen pensar que podría haber una conexión.

—Malditas ideas estúpidas que se les ocurren. Han estado aquí, sabe. Querían saber acerca de unas pastillas que Epps me recetó. Debe de haber sido hace meses. Sorprendente que se acordara después de todo ese tiempo. ¿Y por qué cree usted que estarán preocupados por ellas? Cosa realmente extraordinaria. «No me va a arrestar todavía, inspector», le dije. Se podía ver que le divertíó.

La risa robusta de sir Reynold crepitó desagradablemente en el oído de la señora Maxie.

—Que molesto para usted —dijo la señora Maxie—. Me temo que este

asunto tan lamentable le está causando muchos problemas a todo el mundo. ¿Se fueron satisfechos?

—¿La policía? Mi querida señora, la policía nunca está satisfecha. Les dije claramente que en esta casa no tiene sentido esperar encontrar algo. Las criadas ordenan todo lo que no se guarda bajo llave. Imagínese buscar un frasco de comprimidos que tenía hace meses. Una idea muy estúpida. El inspector parecía creer que yo tenía que recordar exactamente cuántos tomé y qué pasó con los demás. ¡Fíjese! Le dije que yo era un hombre ocupado con cosas mejores a que dedicar mi tiempo.

También estuvieron preguntando por ese problemita que tuvimos en el St. Mary hace unos dos años. Al inspector parecía interesarle mucho. Quería saber por qué fue que usted renunció a la comisión y demás.

—Me pregunto cómo se enteraron de eso.

—Algún tonto ha estado hablando de más, me imagino. Es curioso cómo la gente no puede mantener la boca cerrada, especialmente con la policía. Este sujeto Dalglish me dijo que era extraño que usted no estuviese en la comisión del St. Mary cuando manejaba prácticamente todo lo demás del pueblo.

Le dije que había renunciado hace dos años cuando tuvimos ese problemita y, naturalmente, quiso saber qué problemita. Preguntó por qué no nos habíamos quitado a la Liddell de encima entonces. Le dije, «Mi querido amigo, usted no puede dejar a una mujer en la calle así sin más después de veinticinco años de servicio. No es como si se tratara de una verdadera deshonestidad». En eso me pongo firme, ya lo sabe. Siempre lo hice. Siempre lo haré. Negligencia y desorden general en las cuentas, puede ser, pero eso está muy lejos de una falta de honradez deliberada. Le dije al hombre que ella

estuvo ante la comisión (todo con mucho sigilo y tacto, naturalmente) y le mandamos una carta confirmando las nuevas medidas financieras de modo que no pudiera haber ningún malentendido. Una carta muy dura, además, si se toma todo en cuenta. Sé que en ese momento usted pensó que deberíamos haber entregado el Hogar a la comisión diocesal de beneficencia o a una de las asociaciones nacionales para madres solteras, en vez de mantenerlo como una institución privada de caridad, y así se lo hice saber al inspector.

—Pensé que era hora de que le entregáramos una tarea tan difícil a gente

preparada y experimentada, sir Reynold.

Mientras hablaba la señora Maxie maldijo la imprudencia que la había entrampado en esta recapitulación de historias pasadas.

—Eso es lo que quiero decir. Le dije a Dalglish: «La señora Maxie bien puede haber tenido razón. No digo que no. Pero lady Price estaba encariñada con el Hogar, de hecho, prácticamente lo fundó, y naturalmente a mí no me agradaba la idea de entregarlo a otras manos. Quedan pocos de estos lugares privados ahora. El toque personal es lo que cuenta. No hay duda, sin embargo, de que la señorita Liddell había hecho

un dislate con las cuentas. Demasiada preocupación para ella. Los números en realidad no son cosa para mujeres». Estuvo de acuerdo, naturalmente. Se rió bastante con el asunto.

La señora Maxie lo podía creer muy bien. La imagen no era agradable. Sin duda esta facilidad para adaptarse a las características de todos los hombres era un requisito previo para tener éxito como detective. La señora Maxie no dudaba de que, una vez terminada la cordial conversación entre los dos hombres, la mente de Dalgliesh elaboraba ya una nueva teoría. ¿Pero cómo era posible? Las tazas para esa

última bebida de la noche con toda seguridad habían quedado dispuestas para las diez. Después de esa hora la señorita Liddell nunca estuvo fuera del alcance de la vista de su anfitriona. Juntas habían estado de pie en el vestíbulo y observado a esa radiante figura triunfal llevándose a la cama la taza de Deborah escaleras arriba. La señorita Liddell podía posiblemente tener un motivo si la burla de Sally tenía algún significado, pero no había ninguna prueba de que tuviese los medios ni, por cierto, tampoco que hubiese tenido la oportunidad. La señora Maxie, a quien la señorita Liddell nunca le había

gustado, todavía podía tener la esperanza de que las humillaciones semi olvidadas de hacía dos años podrían permanecer ocultas, y que Alice Liddell, no muy eficiente, no muy inteligente, pero fundamentalmente buena y bien intencionada sería dejada en paz.

Pero sir Reynold seguía hablando:

—Y dicho sea de paso, yo no les prestaría ninguna atención a esos rumores extraordinarios que andan circulando por el pueblo. La gente siempre habla, ya lo sabe, pero todo se va a terminar en cuanto la policía atrape a su hombre. Esperemos que se apresuren. Y no lo olvide, hágame saber

si hay algo que pueda hacer. Y asegúrese de cerrar bien por las noches. La próxima podría ser Deborah o usted — la voz de sir Reynold adquirió un tono ronco de conspirador y la señora Maxie tuvo que esforzarse para escuchar—. Se trata del niño. Lindo pequeño por lo que pude ver. Le estuve observando en su cochecito en la kermés, sabe. Esta mañana pensé que me gustaría hacer algo al respecto. No es muy divertido perder a una madre. Sin un verdadero hogar. Alguien tendría que cuidarlo. ¿Dónde está ahora? ¿Con usted?

—Jimmy está de regreso en el St. Mary. Pareció mejor así. No sé qué

medidas se tomarán con él. Es muy pronto todavía, claro, y no sé si alguien se ha puesto a pensar seriamente en eso.

—Es hora de que lo hicieran, querida señora. Hora de que lo hicieran. Quizá le den en adopción. Mejor apuntarse en la lista, ¿no? La señorita Liddell sería la persona a quien preguntarle, me imagino.

La señora Maxie no supo qué contestar. Estaba más al tanto de las leyes de adopción que sir Reynold y dudaba de que se le pudiera considerar el aspirante más adecuado para hacerse cargo de un niño. Si Jimmy había de ser adoptado, su situación aseguraría que

habría muchos ofrecimientos. Ella misma ya había pensado en el futuro del niño. Esto no lo mencionó, sin embargo, sino que se contentó con señalar que los parientes de Sally podían todavía aceptar al pequeño y que no podía hacerse nada hasta que no se conociera su parecer. Incluso era posible que se pudiese ubicar al padre. Sir Reynold descartó esta posibilidad con una exclamación de burla, pero prometió no hacer nada con apresuramiento. Se despidió con renovadas advertencias contra maníacos homicidas. La señora Maxie se preguntó si alguien podía ser tan estúpido como aparentaba serlo sir

Reynold, y qué podía haber inspirado su súbito interés por Jimmy.

Colgó el auricular con un suspiro y se dedicó a la correspondencia del día. Una media docena de amigos que, obviamente con cierta turbación social, expresaban su afecto por la familia y su confianza en la inocencia de los Maxie con invitaciones a cenar. La señora Maxie encontró esta demostración de apoyo más divertida que tranquilizadora. Los tres sobres siguientes llevaban caligrafías desconocidas y los abrió a desgana. Quizá fuese mejor destruirlos sin leer, pero uno nunca sabe. Así podría

perderse alguna información de valor. Además, demostraba más valor hacer frente a lo desagradable, y a Eleanor Maxie nunca le había faltado valor. Pero las dos primeras cartas eran menos objetables de lo que había temido. Una, en realidad, quería ser alentadora. Contenía tres pequeños textos impresos con gorriones y rosas en una proximidad absurda y la afirmación de que quien resistiera hasta el fin se salvaría. Solicitaba una contribución para permitir que se divulgara la buena nueva y sugería que se copiaran los textos y se distribuyeran entre los amigos que también tenían problemas. La mayoría

de los amigos de la señora Maxie eran discretos respecto de sus problemas pero, aun así, sintió una pizca de culpa cuando tiró los textos a la papelera. La carta siguiente venía en un sobre color malva perfumado y era de una mujer que afirmaba tener poderes psíquicos y estaba dispuesta, por unos honorarios, a organizar una sesión en la que podía esperarse que apareciera Sally y diera el nombre de su asesino. La presunción de que las revelaciones de Sally resultarían enteramente aceptables para los Maxie sugería, al menos, que la autora les daba el beneficio de la duda. La última comunicación llevaba el

matasellos local y solamente inquiría «¿Por qué no se contentó con matarla a fuerza de trabajo, sucia asesina?». La señora Maxie se fijó en la letra cuidadosamente pero no pudo recordar haberla visto antes. Pero el matasellos era nítido y reconoció un desafío. Decidió ir hasta el pueblo y hacer algunas compras.

La pequeña tienda del pueblo estaba bastante más activa que de costumbre y el zumbido de la conversación que se detuvo en cuanto ella apareció no le dejó ninguna duda en cuanto al tema. Estaban la señora Nelson, la señorita Pollack, el viejo Simon de la cabaña

Weir, de quien se afirmaba que era el habitante más viejo y que parecía pensar que eso le dispensaba de cualquier esfuerzo por su higiene personal, y una o dos mujeres de las nuevas cabañas agrícolas cuyas caras y personalidades, si las tenían, todavía le eran desconocidas. Hubo un murmullo general de «buenos días» en respuesta a su propio saludo, y la señorita Pollack llegó tan lejos como para decir: «Un hermoso día de nuevo, ¿no es cierto?», antes de consultar apresuradamente su lista de la compra y tratar de ocultar su cara ruborizada detrás de las barricadas de cereal para el desayuno. El propio

señor Wilson dejó a un lado las facturas de las que se estaba ocupando entre bastidores y se adelantó, silenciosamente deferente como siempre, para atender a la señora Maxie. Era un hombre alto, flaco, de aire cadavérico y con una cara de una tristeza tan sorprendente que resultaba difícil creer que no estaba al borde de la quiebra sino que era el dueño de un pequeño negocio floreciente. Escuchaba más chismes que casi cualquier otra persona del pueblo, pero él mismo expresaba una opinión tan pocas veces que sus pronunciamientos se escuchaban con gran respeto y eran recordados por

todos. Hasta ahora se había mantenido uniformemente silencioso sobre el tema de Sally Jupp, pero no por eso se pensaba que lo consideraba un tema impropio para el comentario o que se veía constreñido por reverencia alguna frente a la muerte repentina. Tarde o temprano, se presentía, dictaría sentencia, y el pueblo se sentiría muy sorprendido si la sentencia de la justicia misma, emitida más tarde y con más ceremonia, no fuese sustancialmente la misma. Tomó el pedido de la señora Maxie en silencio y se ocupó en persona de atender a su clienta más preciada, mientras una por una, los miembros del

pequeño grupo de mujeres murmuraban sus despedidas y salían sigilosa o majestuosamente de su tienda.

Cuando se hubieren ido, el señor Wilson echó a su alrededor una mirada de conspirador, miró hacia arriba con sus ojos acuosos como si buscara consejo y luego se inclinó a través del mostrador hacia la señora Maxie.

—Derek Pullen —dijo—. Ése es.

—Me temo que no sé que es lo que quiere decir, señor Wilson.

La señora Maxie decía la verdad. Podría haber añadido que no tenía ningún interés especial en saberlo.

—Yo no digo nada, descuide señora.

Dejen que la policía haga su propio trabajo, eso es lo que digo. Pero si la molestan en Martingale, pregúnteles adónde iba Derek Pullen el último sábado por la noche. Pregúnteles eso. Pasó por aquí a las doce más o menos. Lo vi desde la ventana del dormitorio.

El señor Wilson se irguió con el aire de complacencia de un hombre que ha enunciado un argumento definitivo e irrefutable, y retornó, con un cambio completo de talante, a la tarea de sumar la cuenta de la señora Maxie. Ella sintió que debía decir que cualquier evidencia que tuviese o creyese tener debería ser comunicada a la policía, pero no pudo

resignarse a decir las palabras necesarias. Recordaba a Derek Pullen tal como lo había visto por última vez, un joven bajo, con bastantes lunares, que vestía trajes de ciudad de un corte ostentoso y zapatos baratos. Su madre era miembro del Instituto de Mujeres y su padre trabajaba para sir Reynold en la mayor de sus dos granjas. Era demasiado ridículo e injusto. Si Wilson no podía mantener cerrada la boca, la policía estaría en la cabaña de los Pullen antes de que cayera la noche, y era imposible saber qué podían llegar a averiguar. El chico parecía tímido y probablemente se asustaría tanto que

perdería el poco juicio que parecía tener. Entonces, la señora Maxie recordó que alguien había estado en la habitación de Sally Jupp esa noche. Podía haber sido Derek Pullen. Si había que evitarle a Martingale cualquier sufrimiento adicional debía dejar aclarado de qué lado estaba.

—Si tiene información, señor Wilson —dijo—, creo que debería dársela al inspector Dalglish. Sino podría causarle daño a mucha gente inocente haciendo acusaciones de ese tipo.

El señor Wilson recibió este moderado reproche con la más vivaz

satisfacción, como si fuera la única confirmación que necesitaban sus propias teorías. Obviamente, había dicho ya todo lo que se había propuesto decir y el tema estaba acabado. «Cuatro con cinco y diez con nueve y una libra y un chelín hacen una libra dieciséis con dos, si le parece, señora», entonó. La señora Maxie pagó.

MIENTRAS tanto Dalglish entrevistaba a Johnny Wilcox en el despacho, un chico de doce años mugriento y pequeño para su edad. Se había presentado en Martingale con la notificación de que el vicario lo había enviado a ver al inspector y era importante. Dalglish le recibió con solemne cortesía y le invitó a sentarse y contar su historia cómodamente. La contó claramente y bien, y fue el

testimonio más intrigante que Dalglish había escuchado desde hacía un tiempo.

Aparentemente, Johnny, junto con otros miembros de su clase de la escuela dominical, había sido asignado para ayudar con los té s y el lavado de la vajilla. Había surgido cierta susceptibilidad acerca de este arreglo que fue considerado por los chicos como doméstico, degradante, y francamente, no muy divertido. Es cierto que hubo de por medio promesas de festines posteriores con los restos, pero los té s siempre gozaban de popularidad y el año pasado muchos ayudantes habían llegado para echar una mano

tardía y compartir el magro botín con aquéllos que habían soportado la parte más dura del día. Johnny Wilcox no había encontrado ventaja alguna en demorarse más de lo necesario y en cuanto hubieron llegado suficientes chicos como para que su ausencia fuera menos notable se hizo con dos emparedados de pescado, tres bollos de chocolate y un par de pastelillos de mermelada y se los había llevado al establo del señor Bocock confiado en que éste estaba ocupado con los paseos en pony y no ofrecía peligro.

Johnny había estado por algún tiempo sentado tranquilamente en el

establo comiendo y leyendo su revista de historietas (era inútil esperar que pudiera calcular cuánto tiempo, pero sólo quedaba un bollo) cuando escuchó pasos y voces. No había estado solo por un deseo de intimidad y ahora dos personas entraban al establo. No esperó a ver si también pensaban en subir al henil, sino que tomó la precaución sensata de trasladarse con su bollo a un rincón donde se escondió detrás de un gran fardo de heno. Esta acción no le parecía innecesariamente timorata. En el mundo de Johnny, una gran cantidad de disgustos, desde palizas hasta irse a la cama temprano, se evitaban con el

sencillo recurso de saber cuando no ser visto. Esta vez la cautela se vio de nuevo justificada. Las pisadas subieron hasta el henil y escuchó el golpe sordo de la trampilla que volvía a su lugar. Después de eso se vio forzado a permanecer sentado en silencio y un tanto aburrido, mordisqueando quedamente su bollo y tratando de hacerlo durar hasta que se fueran los visitantes. Eran sólo dos, de eso estaba seguro, y uno de ellos era Sally Jupp. Había visto fugazmente su cabello cuando entraba por la trampilla, pero había tenido que retroceder antes de poder verla por entero. Pero no cabía

duda. Johnny conocía a Sally lo suficientemente bien como para estar completamente seguro de que la había visto y oído en el henil el sábado por la tarde. Pero no había visto ni reconocido al hombre que estaba con ella. Una vez que Sally entró al henil hubiera sido arriesgado mirar a hurtadillas por el costado del atado de heno porque hasta el menor movimiento provocaba un crujido inesperadamente fuerte, y Johnny había dedicado todas sus energías a quedarse completa y casi forzadamente inmóvil. En parte quizá porque el pesado atado de heno había amortiguado sus voces, y en parte porque estaba

acostumbrado a encontrar la conversación de la gente mayor a la vez aburrida e incomprensible, no hizo ningún esfuerzo por entender lo que se decía. Todo lo que Dalglish podía considerar como fiable era que los dos visitantes discutían, pero en voz baja, que algo se mencionó sobre cuarenta libras y que Sally Jupp había terminado diciendo algo acerca de que no había ningún riesgo si no perdía la cabeza y esperaba la luz. Johnny dijo que habían hablado mucho, pero la mayor parte en voz baja y rápidamente. Sólo esas pocas frases le quedaban en la memoria. No podía decir cuánto tiempo

permanecieron los tres en el henil. Había parecido un tiempo tremendamente largo y estaba entumecido y completamente aburrido antes de escuchar el golpe de la trampa cuando la chica y su acompañante salieron. Johnny no consideró seguro espiar desde su escondite hasta escuchar el sonido de sus pisadas bajando los escalones. Entonces estuvo a tiempo de ver una mano enguantada marrón que volvía a colocar en su lugar la trampa. Había esperado unos minutos más y después corrió de vuelta a la kermés donde su ausencia había despertado muy poco

interés. Eso, en efecto, era toda la aventura del sábado por la tarde de Johnny Wilcox y era exasperante pensar cómo unas pocas variantes en las circunstancias podrían haber aumentado su valor. Si Johnny hubiese sido un poco más arriesgado podría haber visto al hombre. Si hubiese tenido unos años más o hubiese sido de distinto sexo seguramente hubiese considerado esta entrevista clandestina como algo más intrigante que la mera interrupción de una comida y, ciertamente, habría escuchado y recordado lo más posible de la conversación. Ahora era difícil darle alguna interpretación a los

fragmentos que había oído. Parecía un muchachito honrado y digno de confianza, pero dispuesto a admitir que podía haberse equivocado. Pensó que Sally había hablado acerca de «la luz», pero podía haberlo imaginado. No había estado escuchando realmente y hablaban en voz baja. Por otra parte, no tenía ninguna duda de que era Sally a quien había visto y estaba igualmente seguro de que no era una entrevista amistosa. No podía estar seguro de la hora en que dejó el establo. Los té s empezaron alrededor de las tres y media y continuaron mientras hubo gente que los pidiera y quedase comida. Johnny

pensaba que debía haber sido alrededor de las cuatro y media cuando se escapó de la señora Cope. No podía recordar cuánto tiempo estuvo escondido en el establo. Había parecido un tiempo muy largo. Con eso debía contentarse Dalglish. Todo el asunto se parecía sospechosamente a un caso de chantaje y parecía probable que se hubiera concertado otra entrevista. Pero el hecho de que Johnny no hubiera reconocido la voz del hombre parecía una prueba concluyente de que no se trataba de Stephen Maxie o de un hombre del lugar, a la mayoría de los cuales conocería bien. Eso al menos apoyaba la teoría de

que había otro hombre a considerar. Si Sally estaba chantajeando a ese extraño y éste estaba efectivamente en la kermés, entonces las cosas tomaban mejor color para los Maxie. Mientras le daba las gracias al joven Johnny, le advertía que no hablara con nadie sobre su experiencia y lo dejaba ir hacia el reconfortante placer de contarle todo lo que había sucedido al vicario, la mente de Dalgliesh ya estaba considerando nuevas evidencias.

Capítulo VI

1

LA encuesta se fijó para las tres del martes y los Maxie se dieron cuenta de que casi la esperaban con interés, o por lo menos como una obligación conocida que podría ayudar a acelerar el paso de las horas lentas, incómodas. Había una sensación de desasosiego

constante similar a la tensión de un día con truenos cuando la tormenta es inevitable pero no termina de estallar. La tácita presuposición de que nadie en Martingale podía ser un asesino impedía cualquier discusión realista de la muerte de Sally. Todos tenían miedo de decir demasiado o de decírselo a la persona equivocada. A veces Deborah deseaba que los de la casa pudieran reunirse y por lo menos ponerse de acuerdo sobre alguna base sólida de estrategia. Pero cuando Stephen, vacilante, expresó el mismo deseo ella retrocedió presa de un súbito pánico. Stephen hablando sobre Sally era algo que no se podía soportar.

Felix Hearne era diferente. Con él era posible hablar casi de cualquier cosa. No temía a la muerte propia ni estaba receloso de ella y, aparentemente, no veía infracción alguna al buen gusto en discutir la muerte de Sally Jupp desapasionadamente o aun a la ligera. Al principio Deborah tomó parte en estas conversaciones con una actitud de bravata. Luego comprendió que el humor sólo era una pobre tentativa de denigrar el miedo. Ahora, antes del almuerzo del martes, paseaba entre las rosas junto a Felix mientras él dejaba fluir su torrente de charla felizmente disparatada provocándole un flujo de teorías

igualmente desapasionadas y
entretenidas.

—Hablando en serio, Deborah. Si estuviese escribiendo un libro haría que fuera uno de los muchachos del pueblo. Derek Pullen, por ejemplo.

—Pero él no lo hizo. De todos modos, no tiene un motivo.

—El motivo es lo último que hay que buscar. Siempre se puede encontrar un motivo. Quizás el cadáver lo estaba chantajeando. Quizá lo estaba presionando para que se casara con ella y él no quería. Podía decirle que había otro bebé en camino. No es cierto, claro, pero él no tenía por qué saberlo. Verás,

estaban teniendo el habitual *affaire* apasionado. A él le haría del tipo tranquilo, intenso. Son capaces de cualquier cosa. En la ficción, al menos.

—Pero no quería que él se casara con ella. Tenía a Stephen para casarse. No querría a Derek Pullen si podía tener a Stephen.

—Hablas, si me permites, con la ciega parcialidad de una hermana. Pero que sea como quieras. ¿A quién sugieres?

—Suponte que hagamos que sea papá.

—¿Te refieres al caballero anciano, atado a su cama?

—Sí. Salvo que no lo estaba. Podría ser uno de esos argumentos de Gran Guñol. El caballero anciano no quería que su hijo se casara con la intrigante desvergonzada, de modo que se arrastró escaleras arriba, peldaño a peldaño y la estranguló con su vieja corbata de la escuela.

Felix consideró este producto y lo rechazó.

—Por qué no hacer que sea el visitante misterioso con un nombre como el de un gato del cine. ¿Quién es? ¿De dónde viene? ¿Podría ser el padre del chico?

—Oh, no creo.

—Y bien, lo era. Había conocido al cadáver cuando era una niña inocente en su primer trabajo. Echaré un velo sobre ese penoso episodio pero puedes imaginarte su sorpresa y horror cuando vuelve a encontrarla, la muchacha que ha agraviado, en la casa de su prometida. ¡Y con su hijo además!

—¿Tiene una prometida?

—Claro. Una viuda muy atractiva que está decidido a atrapar. De todos modos, la pobre muchacha agraviada amenaza con contarlo todo, de modo que tiene que hacerla callar. Haría que fuera uno de esos personajes cínicos, desagradables, para que nadie se

preocupara cuando le pescan.

—¿No piensas que eso sería bastante sórdido? Que te parece si hacemos que sea la directora del St. Mary. Podría ser uno de esos *thrillers* psicológicos con citas intelectuales al comienzo de los capítulos y cantidades de Freud.

—Si lo que te gusta es Freud, apostarí al tío del cadáver. Ahora sí que habría una buena excusa para material psicológico profundo. Verás, era un hombre duro, de mente estrecha que la había echado cuando supo lo del bebé. Pero como todos los puritanos de las novelas, él mismo era igualmente

malo. Había andado con una jovencita inocente que conoció cantando en el coro y ella estaba en el mismo Hogar que el cadáver, esperando a su bebé. Así que toda la horrible verdad salió a la luz y, naturalmente, Sally lo estaba chantajeando por treinta chelines a la semana y mantener la boca cerrada. Obviamente no podía arriesgarse a quedar al descubierto. Era demasiado respetable como para eso.

—¿Qué hacía Sally con los treinta chelines?

—Abrió una cuenta de ahorros a nombre del bebé naturalmente. Todo eso se conocerá en su debido momento.

—Sería bonito que fuera así. ¿Pero no te estás olvidando de la futura cuñada del cadáver? Allí no habría problemas con el motivo.

Felix dijo con tranquilidad:

—Pero no era una asesina.

—¡Oh, maldito seas Felix! ¿Tienes que ser tan descaradamente discreto?

—Dado que sé muy bien que no asesinaste a Sally Jupp ¿esperas que me dedique a andar mostrando turbación y sospecha simplemente por divertirme?

—Sí que la odiaba, Felix. Realmente la odiaba.

—Está bien, cielo. Así que realmente la odiabas. Eso está destinado

a ponerte en desventaja contigo misma. Pero no te precipites a confiar tus sentimientos a la policía. Son hombres meritorios, sin duda, y sus modales son hermosos. Sin embargo, pueden tener una imaginación limitada. Después de todo su gran fuerza es su sentido común. Ésa es la base de todo trabajo de detective sólido. Tienen el método y los medios, así que no vayas a entregarles el motivo. Déjalos que hagan algo para ganarse el dinero de los contribuyentes.

—¿Crees que Dalglish descubrirá quién lo hizo? —preguntó Deborah después de una pequeña pausa.

—Creo que ya puede saberlo —

contestó Felix con calma—. Conseguir las pruebas suficientes como para justificar una acusación es un asunto distinto. Esta tarde quizás averigüemos hasta qué punto ha llegado la policía y cuánto están dispuestos a decir. A Dalgliesh podrá divertirle mantenernos en suspenso, pero no tiene más remedio que mostrar sus cartas tarde o temprano.

Pero la encuesta fue a la vez un alivio y una desilusión. El juez de instrucción celebraba la sesión sin jurado. Era un hombre de voz apacible con la cara de un San Bernardo deprimido que daba la

impresión de haberse metido en la sesión por error. Pese a todo, sabía lo que quería y no perdió tiempo. Había menos gente del pueblo de lo que los Maxie habían esperado. Probablemente reservaban tiempo y energías para un mejor entretenimiento, el funeral. Por cierto que los presentes salieron poco más informados que antes. El juez hizo que todo pareciese engañosamente simple. La prueba de la identificación estuvo a cargo de una mujercita nerviosa, insignificante, que resultó ser la tía de Sally. Stephen Maxie dio su testimonio y los detalles fácticos del hallazgo del cadáver fueron brevemente

explicitados. La prueba médica mostró que la muerte fue causada por inhibición del vago durante una estrangulación manual y había sido muy rápida. Había unos setenta y cinco miligramos de derivado del ácido barbitúrico en el estómago. El juez no hizo más preguntas que las necesarias para establecer estos hechos. La policía pidió un aplazamiento y fue concedido. Todo fue muy informal, casi amistoso. Los testigos se encogían en las sillas bajas que usaban los niños de la escuela dominical mientras el juez vigilaba el procedimiento desde el estrado del director. Había frascos de mermelada

con flores de verano en los antepechos de las ventanas y un tapiz en una pared mostraba el camino del cristiano desde el bautismo hasta el entierro con dibujos en lápices de colores. En este ambiente inocente e incongruente, la justicia con formalidad pero sin detenerse en detalles menores, tomó nota de que Sarah Lillian Jupp había sido víctima de una muerte criminal.

2

AHORA había que enfrentar el entierro. Aquí, a diferencia de la encuesta, la asistencia era optativa y la decisión de aparecer o no era una que sólo la señora Maxie encontró fácil. No tenía ningún problema y dejó aclarado que tenía toda la intención de estar presente. Aunque no discutió el asunto, su actitud era obvia. Sally Jupp había muerto en su casa y empleada por ellos. Sus únicos parientes, evidentemente, no

tenían intención de perdonarla por ser tan molesta y heterodoxa en la muerte como lo había sido en vida. No tendrían nada que ver con el entierro, y el cortejo partiría del St. Mary y lo costearía la institución. Pero, aparte de la necesidad de que hubiera alguien allí, los Maxie tenían una responsabilidad. Si la gente se muere en casa de uno, lo menos que puede hacerse es ir a su entierro. La señora Maxie no se expresó con esas palabras, pero a su hijo e hija se les dio a entender inequívocamente que tal asistencia era mera cortesía, y que aquéllos que extendían a otros la hospitalidad de sus hogares debían, si

desgraciadamente resultaba necesario, extender esa hospitalidad a acompañarlos a sus tumbas. En todas sus representaciones privadas de lo que sería la vida en Martingale durante la investigación de un asesinato, Deborah nunca había tomado en cuenta el papel importante que jugarían cuestiones comparativamente menores de gusto o etiqueta. Resultaba extraño que la ansiedad primordial por el futuro fuera, temporalmente al menos, menos apremiante que la preocupación de si la familia debería o no enviar una corona al entierro, y en ese caso, cuál sería la condolencia apropiada a escribir en la

tarjeta. Aquí nuevamente la cuestión no preocupó a la señora Maxie quien, simplemente, preguntó si querían unirse todos o si Deborah enviaría una corona por su cuenta.

Al parecer, Stephen estaba exento de estas exequias. La policía le había autorizado a volver al hospital después de la encuesta y no estaría de vuelta en Martingale hasta el sábado siguiente por la noche, salvo visitas fugaces. Nadie esperaba de él que contribuyera con una casta corona para deleite de los chismosos del pueblo. Tenía todas las excusas como para volver a Londres y proseguir con su trabajo. Ni siquiera

Dalglish podía esperar que merodease indefinidamente por Martingale para conveniencia de la policía.

Si Catherine tenía una excusa igualmente válida para volver a Londres no la aprovechó. Aparentemente todavía le quedaban siete días de su permiso anual y estaba dispuesta y contenta de quedarse en Martingale. Se habló con la matrona y fue comprensiva. No habría absolutamente ningún problema si podía serle de alguna ayuda a la señora Maxie. Indudablemente podía. Todavía había que arreglárselas con la parte pesada del cuidado de Simon Maxie, estaba la interrupción continua de la rutina de la

casa por la investigación de Dalglish, y además, la falta de Sally.

Una vez que quedó establecido que su madre tenía la intención de estar presente en el entierro, Deborah se dedicó a dominar su natural aversión hacia la idea de ir y anunció, abruptamente, que también estaría allí. No se sorprendió cuando Catherine expresó una intención similar, pero fue a la vez inesperado y un alivio encontrarse con que Felix pensaba ir con ellas.

—No es en modo alguno necesario —le dijo con tono de enojo—. No veo por qué tanto barullo. Personalmente

toda la idea me resulta morbosa y desagradable, pero si quieres ir y que te miren con la boca abierta, bueno, es un espectáculo gratis —abandonó el salón rápidamente pero volvió pocos minutos después para decir, con la formalidad desconcertante que resultaba tan cautivadora en ella—. Lamento haber sido tan grosera, Felix. Por favor, ven si quieres. Fue muy gentil de tu parte pensar en ello.

Felix de repente se sintió enojado con Stephen. Era cierto que el muchacho tenía todas las excusas para volver al trabajo, pero sin embargo era típico e irritante que tuviese una excusa tan a

mano y sencilla para evadir responsabilidades y molestias. Ni Deborah ni su madre, claro, lo verían de esa manera, y Catherine Bowers, pobre tonta enamorada, estaba dispuesta a perdonarle todo a Stephen. Ninguna de las mujeres le impondrían a Stephen sus problemas o dificultades. Pero, pensó Felix, si el joven hubiese contenido sus impulsos más quijotesco, nada de esto tendría por qué haber pasado. Felix se preparó para el entierro en un estado de cólera fría y combatió resueltamente la sospecha de que parte de su resentimiento era frustración y parte envidia.

Fue otro día maravilloso. El gentío estaba vestido de verano, algunas de las chicas con ropas que hubieran resultado más apropiadas en una playa que en un cementerio. Un buen número, evidentemente, había estado de picnic y sólo por casualidad se enteraron de que en el cementerio de la iglesia se ofrecía una diversión mejor. Estaban cargadas con los restos de sus festines y algunas se hallaban aún dedicadas a terminar sus emparedados o naranjas. Se comportaban perfectamente bien una vez que se acercaban a la sepultura. La muerte tiene un efecto calmante casi

universal y unas pocas risitas nerviosas fueron rápidamente cortadas por las miradas indignadas de los más ortodoxos. No fue su comportamiento lo que enfureció a Deborah, sino el hecho de que estuvieran allí. Estaba llena de un desdén frío y de una ira que asustaba por su intensidad. Después se alegró de eso, ya que no le dejó lugar para el pesar o la turbación.

Los Maxie, Felix Hearne y Catherine Bowers estaban juntos de pie al lado de la sepultura abierta, y la señorita Liddell y un puñado de chicas del St. Mary amontonadas detrás de ellos. Enfrente se encontraban Dalglish y Martin. La

policía y los sospechosos se enfrentaban a través de la sepultura abierta. Un poco más allá se desarrollaba otro entierro a cargo de algún clérigo ajeno de otra parroquia. El pequeño grupo de dolientes estaban todos de negro y se apiñaban tan cerca de la tumba, en un círculo apretado, que parecían dedicados a algún rito secreto y esotérico que no debía ser contemplado por ojos ajenos. Nadie les prestó atención y la voz de su sacerdote no podía oírse por encima de los ruidos menores del gentío de Sally. Después se fueron silenciosamente. Ellos, pensó Deborah, por lo menos habían enterrado

a su muerto con cierta dignidad. Pero ahora el señor Hinks estaba diciendo sus breves palabras. Sabiamente no mencionó las circunstancias de la muerte de la muchacha, pero dijo suavemente que los caminos de la providencia eran extraños y misteriosos, una afirmación que pocos de sus oyentes estaban capacitados para refutar, pese a que la presencia de la policía sugería que al menos algo de este misterio presente era el resultado del obrar humano.

La señora Maxie tuvo una participación activa en toda la ceremonia; sus «Amén» audibles expresaban una conformidad enfática al

final de cada petición, encontraba la página en el libro de oraciones con dedos capaces y ayudó a dos de las chicas del St. Mary a encontrar el lugar cuando el dolor o la turbación les impidió arreglarse solas con sus libros. Al final del servicio se acercó a la tumba y se quedó por un momento contemplando el ataúd. Deborah sintió más que escuchó su suspiro. Qué significaba nadie podría haberlo leído en la cara tranquila que se volvió nuevamente para enfrentar a la muchedumbre. Se puso los guantes y se inclinó para leer una de las tarjetas de duelo antes de reunirse con su hija.

—Que gentío tan espantoso. Uno pensaría que la gente tiene algo mejor que hacer. Pero, si esa pobre chica Sally era la mitad de exhibicionista de lo que parece haber sido, este entierro recibiría su aprobación. ¿Qué está haciendo ese chico? ¿Es ésta tu madre? Bueno, seguramente su pequeño sabe que no se salta sobre las tumbas. Debe controlarlo mejor si quiere traerlo al cementerio. Ésta es tierra consagrada, no el patio de juego de la escuela. Un entierro no es un entretenimiento apropiado para un niño de todos modos.

La madre y el chico las miraron con la boca abierta mientras se alejaban, dos

caras asombradas con las mismas narices afiladas, el mismo cabello ralo. Luego, la mujer se llevó al chico de un tirón con una mirada temerosa hacia atrás. Ya el brillante despliegue de color se dispersaba, las bicicletas estaban siendo arrastradas de entre los ásteres silvestres junto a la pared del cementerio, los fotógrafos guardaban sus cámaras. Uno o dos pequeños grupos aún se demoraban, cuchicheando y esperando una oportunidad para curiosear entre las coronas. El sacristán ya estaba recogiendo las huellas de cáscaras de naranja y bolsas de papel, mascullando en voz baja. La tumba de

Sally era una sábana de color. Rojos, azules y oro se extendían sobre los terrones de pasto apilados y las tablas de madera como una manta chillona de retazos y el perfume de la tierra rica se mezclaba con el perfume de las flores.

sa no es la tía de Sally? —preguntó

¿E Deborah.

Una mujer delgada, de aspecto nervioso, con un cabello que alguna vez pudo haber sido rojo estaba hablando con la señorita Liddell. Se alejaron juntas hacia la entrada del cementerio.

—Con seguridad es la misma mujer que identificó a Sally en la encuesta. Si es la tía, quizá podríamos llevarla en coche hasta su casa. Los autobuses

pasan muy de vez en cuando a esta hora.

—Podría valer la pena cambiar una palabra con ella —dijo Felix pensándolo.

La sugerencia de Deborah originariamente había sido hecha movida por simple bondad, el deseo de ahorrarle a alguien una larga espera bajo el calor del sol. Pero ahora las consecuencias prácticas de su propuesta se imponían.

—Consigue que la señorita Liddell te presente, Felix. Yo traeré el coche. Podrías averiguar dónde trabajó Sally antes de quedar embarazada, y quién es el padre de Jimmy y si el tío de Sally

realmente la quería.

—¿En dos o tres momentos de una conversación al pasar? No me parece posible.

—Tendríamos todo el viaje para sondearla. Haz la prueba, Felix.

Deborah se apresuró tras su madre y Catherine con toda la velocidad que el decoro permitía, dejando a Felix con su tarea. La mujer y la señorita Liddell ya habían llegado al camino y se demoraban para unas pocas palabras finales. A la distancia, las dos figuras parecían estar ejecutando algún tipo de danza ritual, se acercaron para darse la mano y luego se separaron con una

inclinación. Entonces, la señorita Liddell, que se había alejado, se volvió con alguna nueva observación y las figuras se juntaron de nuevo.

A medida que Felix se acercaba a ellas se volvieron para observarlo y pudo ver que los labios de la señorita Liddell se movían. Se unió a ellas y tuvieron lugar las inevitables presentaciones. Una mano delgada, enguantada en rayón negro barato, tomó la suya tímidamente por un breve segundo y luego se dejó caer. Aun en ese contacto apático y casi imperceptible sintió que estaba temblando. Los ojos grises ansiosos se apartaron de los

suyos cuando habló.

—La señora Riscoe y yo nos preguntábamos si podríamos llevarla en coche hasta su casa —dijo suavemente—. Habrá una larga espera para el autobús y nos agradecería mucho el viaje.

Eso por lo menos era verdad. Ella vaciló. Justo cuando la señorita Liddell aparentemente había decidido que el ofrecimiento, pese a ser inesperado, por decoro no podía ser rechazado y hasta podía ser aceptado sin riesgo y había comenzado a propugnar esta alternativa, Deborah se detuvo junto a ellos en el Renault de Felix y el asunto quedó arreglado. La tía de Sally le fue

presentada como la esposa de Victor Proctor y quedó cómodamente instalada al lado de ella en el asiento delantero antes de que nadie pudiese decir nada. Felix se acomodó detrás, consciente de una cierta aversión por la empresa, pero dispuesto a admirar a Deborah en acción. «Especialista en extracciones sin dolor» pensó cuando el coche se alejaba camino abajo por la colina. Se preguntó a qué distancia tenían que ir y si Deborah se había molestado en decirle a su madre cuánto tardarían en volver.

—Creo que sé aproximadamente dónde vive —le escuchó decir—. Es

justo en las afueras de Canningbury, ¿no es cierto? Lo atravesamos cuando vamos para Londres. Pero tendré que confiar en usted para que me indique el camino. Es muy agradable de su parte que nos permita llevarla a su casa. Los entierros son tan espantosos. Realmente es un alivio alejarse por un rato.

El resultado de esto fue inesperado. De repente la señora Proctor estaba llorando, sin ruido, casi sin mover su cara. Como si le fuera imposible controlar sus lágrimas, las dejó deslizarse a raudales, por sus mejillas, y caer sobre sus manos enlazadas. Cuando habló, su voz era baja pero lo

suficientemente clara como para ser escuchada por encima del ruido del motor.

—En realidad no debí haber venido. Al señor Proctor no le gustaría si supiese que vine. No habrá regresado cuando yo llegue a casa y Beryl está en la escuela, así que no se enterará. Pero no le gustaría. Hizo su propia cama, que duerma en ella. Eso es lo que él dice y no se le puede culpar. No después de lo que hizo por ella. Nunca se marcó ninguna diferencia entre Sally y Beryl. Nunca. Eso lo diré hasta el día de mi muerte. No sé por qué tuvo que ocurrirnos a nosotros.

El eterno lamento de los desafortunados le resultó irrazonable a Felix. No estaba enterado de que los Proctor hubieran asumido ninguna responsabilidad por Sally desde su embarazo y, ciertamente, habían logrado dissociarse de su muerte. Se inclinó hacia adelante para escuchar con más claridad. Deborah quizás emitió algún sonido alentador, no podía estar seguro. Pero no iba a haber ninguna necesidad de sondear a este testigo. Había estado guardándose las cosas demasiado tiempo.

—La criamos decentemente. Nadie puede decir que no. No siempre fue

fácil. Consiguió esa beca, pero igualmente tuvimos que alimentarla. No era una criatura fácil. Yo pensaba que era por el bombardeo, pero el señor Proctor no lo aceptaba. Estaban con nosotros en ese momento, saben. Entonces teníamos una casa en Stoke Newington. No había habido muchos bombardeos y de alguna manera nos sentíamos seguros con el refugio Anderson y todo. Uno de esas bombas VI mató a Lil y George. No recuerdo nada de eso ni de haber sido desenterrada. No me dijeron nada acerca de Lil hasta después de una semana. Nos sacaron a todos, pero Lil

estaba muerta y George murió en el hospital. Nosotros fuimos los que tuvimos suerte. Por lo menos pienso que lo fuimos. El señor Proctor estuvo realmente mal por mucho tiempo y, naturalmente, tiene su pensión por invalidez. Pero dijeron que nosotros éramos los que tuvimos suerte.

«Como yo», pensó Felix amargamente. «Uno de los que tuvo suerte».

—Y entonces se hicieron cargo de Sally y la criaron —apuntó Deborah.

—En realidad no había nadie más. Mamá no podría haberse hecho cargo. No estaba en condiciones para eso.

Traté de pensar que a Lil le hubiera gustado, pero ese tipo de pensamientos no pueden ayudarlo a uno a querer a un niño. No era afectuosa en realidad. No como Beryl. Pero Sally ya tenía diez años cuando llegó Beryl y me imagino que fue duro para ella después de haber sido la única durante tanto tiempo. Pero nunca hicimos ninguna diferencia. Siempre tuvieron lo mismo, lecciones de piano y todo lo demás. Y ahora esto. La policía vino después que murió. No estaban de uniforme ni nada por el estilo, pero uno podía ver quiénes eran. Todo el mundo se enteró. Preguntaron quién era el hombre pero, claro, no

podíamos decirlo.

—¿El hombre que la mató? —
Deborah parecía no creerlo.

—Oh no. El padre del bebé.
Supongo que pensaban que podía
haberlo hecho. Pero no pudimos decirles
nada.

—Supongo que les hicieron muchas
preguntas acerca de dónde estuvieron
por la noche.

Por primera vez la señora Proctor
pareció darse cuenta de sus lágrimas.
Tanteó en su bolso y se las secó. El
interés por su historia parecía haber
calmado cualquier dolor a que se
hubiese entregado. Felix pensó que no

era probable que llorara por Sally. ¿Era el recuerdo reavivado de Lil, de George y de la criatura indefensa que dejaron tras ellos lo que había causado esas lágrimas, o era sólo el cansancio y un sentimiento de fracaso? Casi como si intuyera su pregunta dijo:

—No sé por qué estoy llorando. Llorar no hace que vuelvan los muertos. Supongo que fue el servicio. Tuvimos ese himno para Lil, *El Señor es mi pastor*. No parece adecuado para ninguna de las dos en realidad. Me estaba preguntando por la policía. Supongo que ustedes también han tenido su ración de ellos. Claro que vinieron a

nosotros. Les dije que yo estaba en casa con Beryl. Nos preguntaron si fuimos a la kermés en Chadfleet. Les dije que no sabíamos nada de ella. No es que hubiéramos ido. Nunca veíamos a Sally y no queríamos ir a curiosear donde trabajaba. Recordaba muy bien el día. En realidad fue gracioso. La señorita Liddell llamó por la mañana para hablar con el señor Proctor, lo que no había hecho desde que Sally consiguió su nuevo trabajo. Beryl contestó el teléfono y la hizo sentirse muy rara. Pensó que algo tenía que haberle pasado a Sally para que llamara la señorita Liddell. Pero era sólo para decir que a Sally le

iba muy bien. Pero fue raro. Sabía que no queríamos enterarnos.

También le debió haber parecido extraño a Deborah, porque preguntó:

—¿La señorita Liddell les había llamado antes para decirles cómo le iba a Sally?

—No. No desde que Sally fue a Martingale. Nos llamó para contarnos eso. Por lo menos creo que lo hizo. Tal vez le escribió al señor Proctor, pero no puedo estar segura. Supongo que pensó que deberíamos saber que Sally dejaba el Hogar, como el señor Proctor es su tutor. Al menos lo era, pero desde que cumplió los veintiuno y es independiente

no es cosa nuestra adónde va. Nunca nos quiso, a ninguno de nosotros, ni siquiera a Beryl. Pensé que era mejor ir hoy porque parece raro si no hay nadie de la familia, diga lo que diga el señor Proctor. Pero en realidad tenía razón. No se puede ayudar a los muertos por el hecho de estar allí y sólo le hace sentir mal a uno. Toda esa gente, además. Deberían tener algo mejor que hacer.

—¿Así que el señor Proctor no había visto a Sally desde que dejó la casa de ustedes? —insistió Deborah.

—Oh, no. No hubiera tenido ningún sentido, ¿verdad?

—Me imagino que la policía le

preguntó dónde estuvo la noche en que murió. Siempre lo hacen. Claro que no es más que una formalidad.

Si Deborah había tenido miedo de ofenderla fue una preocupación innecesaria.

—Es curioso cómo insisten. Usted se hubiera imaginado que nosotros sabíamos algo del asunto por la forma en que hablaban. Haciendo preguntas sobre la vida de Sally y si tenía expectativas y quiénes eran sus amigos. Cualquiera creería que era alguien importante. Hicieron venir a Beryl para preguntarle sobre la llamada de la señorita Liddell. Hasta le preguntaron al

señor Proctor qué hizo la noche en que murió Sally. No es que fuéramos a olvidar esa noche. Fue cuando tuvo su accidente con la bicicleta. No volvió hasta las doce, y la verdad es que estaba en mal estado con su labio todo hinchado y la bicicleta torcida. Además perdió su reloj y eso fue un disgusto porque su padre se lo había dejado y era de oro puro. Muy valioso, siempre nos decían. No nos vamos a olvidar en seguida de esa noche, se lo digo.

La señora Proctor ya se había recuperado completamente de los efectos emocionales del entierro y estaba charlando con la avidez de quien

está más acostumbrado a escuchar que a conseguir que lo escuchen. Deborah no estaba teniendo cuidado al conducir. Sus manos se apoyaban suavemente en el volante y sus ojos azules contemplaban fijamente el camino, pero Felix no dudaba que tenía su mente en otras cosas. Emitió sonidos de comprensión en respuesta a la historia de la señora Proctor:

—¡Qué impresión espantosa para ustedes dos! Debió haber estado terriblemente preocupada cuando se le hacía tan tarde. ¿Cómo ocurrió?

—Se cayó al pie de una colina en alguna parte por el lado de Finchworthy.

No sé exactamente dónde. Estaba bajando rápido y alguien había dejado vidrios rotos en el camino. Naturalmente, le desgarraron la rueda de adelante y perdió el control, fue a parar a una zanja. Se podría haber matado, como le dije, o quedar malherido y en ese caso Dios sabe qué hubiera pasado porque esos caminos son muy solitarios. Uno podría quedar tirado horas sin que pase nadie. Al señor Proctor no le gusta andar en bicicleta por caminos de mucho tránsito y no me extraña. No hay paz sino se anda solo.

—¿Le gusta andar en bicicleta? — preguntó Deborah.

—Loco por la bicicleta. Desde siempre. Claro que ahora no se dedica a entrenarse. No desde la guerra y la bomba. De joven sí. Pero todavía le gusta andar por ahí, generalmente los sábados por la tarde casi no lo vemos.

Había un matiz de alivio en la voz de la señora Proctor que ninguno de sus oyentes dejó de percibir. Una bicicleta y un accidente pueden ser una coartada útil, pensó Felix, pero no puede ser un verdadero sospechoso si estaba de vuelta a las doce. Le llevaría por lo menos una hora volver de Martingale, aunque el accidente hubiese sido simulado y hubiese podido usar la

bicicleta todo el camino. También resultaba difícil imaginar un motivo adecuado ya que, obviamente, Proctor no había encontrado razón alguna para asesinar a su sobrina antes de su admisión en el St. Mary y, aparentemente, no había estado en contacto con ella desde entonces. La mente de Felix jugó con la posibilidad de una futura herencia para Sally que, a su muerte, correspondería oportunamente a Beryl Proctor. Pero en el fondo de su corazón sabía que no estaba buscando al asesino de Sally Jupp sino a alguien con motivo y oportunidad suficientes como para

distraer la investigación policial de otros sospechosos más probables. Parecía una esperanza lejana en lo que a los Proctor se refería, pero era evidente que Deborah había decidido que algo se podía obtener de ellos. El factor tiempo aparentemente también la estaba preocupando.

—¿Esperó levantada a su esposo, señora Proctor? Ya debía estar bastante desesperada a medianoche a menos que habitualmente vuelva tarde.

—Bueno, por lo general llegaba un poco tarde y decía siempre que no le esperara levantada, así que no lo hice. La mayoría de los sábados voy al cine

con Beryl. Tenemos la televisión, claro, y a veces nos quedamos viéndola, pero salir de casa una vez a la semana es un cambio.

—¿Así que estaba en cama cuando volvió su esposo? —insistió suavemente Deborah.

—Tenía su propia llave, naturalmente, así que no tenía sentido quedarme levantada. Si hubiese sabido que iba a tardar tanto habría sido diferente. Generalmente subo a acostarme a las diez cuando el señor Proctor ha salido. Cierto es que los domingos por la mañana no hay el mismo apuro, pero nunca fui persona de

trasnochar. Eso es lo que le expliqué a la policía, «Nunca fui persona de trasnochar», dije. Estaban preguntando por el accidente del señor Proctor también. El inspector estuvo muy comprensivo. «No volvió a casa hasta cerca de la medianoche», les dije. Pudieron ver que había sido una noche inquieta sin que a Sally la mataran así.

—Supongo que el señor Proctor la despertó cuando llegó. La debe haber preocupado mucho verlo en esas condiciones.

—¡Oh, claro que sí! Lo oí en el cuarto de baño y cuando lo llamé vino a verme. Tenía la cara hecha un espanto,

un color verde horrible veteado de sangre, y temblaba de arriba abajo. No sé cómo llegó hasta la casa. Me levanté a prepararle una taza de té mientras se bañaba. Recuerdo qué hora era porque me llamó desde arriba para preguntármela. Había perdido el reloj, me comprende, después del accidente, y sólo teníamos el relojito de la cocina y el que está en el salón. Ese decía diez minutos pasada la medianoche y el de la cocina decía lo mismo. Le digo que fue un golpe para mí. Deben haber sido las doce y media para cuando estuvimos de nuevo en cama y no pensé que pudiera levantarse a la mañana siguiente. Pero lo

hizo, lo mismo que siempre. Baja primero y hace el té. Cree que nadie puede prepararlo como él. El golpe aún lo tiene mal. Es por eso que no fue a la encuesta. Y encima la policía llega esa mañana para decirnos lo de Sally. No nos vamos a olvidar pronto de esa noche.

AHORA habían llegado a Canningbury y hubo una larga espera en los semáforos que regulan la marejada de tráfico que se encuentra en la intersección de la carretera con Broadway. Obviamente, era una tarde de compras populares en este suburbio superpoblado del este de Londres. Las aceras estaban rebosantes de masas de casa que, cada tanto, como impulsadas por algún instinto primario, fluían con

exasperante lentitud a través de la senda del tráfico. Los negocios a ambos lados de la carretera habían sido alguna vez una hilera de casas, y sus magníficas vidrieras y fachadas contrastaban incongruentemente con los modestos techados y ventanas de más arriba. El edificio del Ayuntamiento, que daba la impresión de haber sido concebido por una comisión de retardados en un exceso de alcohol y orgullo cívico, se erguía en un aislamiento espléndido entre dos solares bombardeados en los que sólo ahora comenzaba la reconstrucción.

Cerrando sus ojos contra el calor y el ruido, Felix se recordó a sí mismo

severamente que Canningbury era uno de los suburbios más progresistas con un historial envidiable de buenos servicios públicos, y que no todo el mundo quería vivir en una tranquila casa de estilo georgiano en Greenwich donde llegaban del río los dedos blancos de bruma y sólo los amigos más persistentes encontraban el camino hasta su puerta. Se alegró cuando cambiaron las luces del semáforo y, bajo la guía de la señora Proctor, avanzaron en una serie de suaves sacudidas y doblaron a la izquierda saliendo de la carretera principal. Aquí se encontraba la resaca del centro comercial, las mujeres que

van de regreso a sus casas con la canastas cargadas, las pocas tiendas de vestidos y peluquerías más pequeñas con nombres pseudo franceses sobre las ventanas modificadas de los salones. Después de unos pocos minutos doblaron de nuevo por una calle tranquila, donde una hilera de casas idénticas se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Pese a que eran idénticas en cuanto a estructura, sin embargo su aspecto difería mucho porque casi ninguno de los pequeños jardines del frente eran iguales. Todos estaban esmeradamente cultivados y cuidados. Algunos de sus dueños habían

manifestado su personalidad con araucarias, afectados enanos de piedra pescando en pilas o jardines de roca espurios, pero la mayoría se habían contentado con crear una pequeña muestra de color y fragancia que humillaba la aburrida insignificancia de la casa que tenía detrás. Las cortinas mostraban señales de una elección cuidadosa si bien equivocada y de un lavado frecuente, y estaban complementadas con medias cortinas de encaje o tul drapeadas que se veían cuidadosamente corridas contra la curiosidad de un mundo vulgar. Windermere Crescent tenía el aire

respetable de una calle que está un grado por encima de sus vecinas y cuyos habitantes están decididos a mantener esa superioridad.

Éste, entonces, había sido el hogar de Sally Jupp, de cuyo nivel había descendido tan lamentablemente. El coche se arrimó al bordillo frente a la entrada del número diecisiete y la señora Proctor apretó contra su pecho el bolso negro informe y empezó a tantear la puerta.

—Permítame —dijo Deborah, y se inclinó sobre ella para quitar el seguro.

La señora Proctor logró salir y comenzó su copioso agradecimiento que

Deborah interrumpió:

—Por favor no. Nos encantó venir. Me pregunto si podría molestarla por un vaso de agua antes de que nos vayamos. Es una tontería, ya lo sé, pero conducir da tanta sed con este calor. En serio, nada más que agua. Casi nunca bebo otra cosa.

«¡Que no lo haces, por Dios!», pensó Felix mientras las dos mujeres entraban en la casa.

Se preguntó qué se proponía Deborah ahora, con la esperanza de que la espera no fuera muy larga. A la señora Proctor no le había quedado otra alternativa que invitar a su benefactora a

entrar en la casa. Difícilmente podría haber traído un vaso de agua hasta el coche. Sin embargo, Felix estaba seguro de que no había recibido con agrado la intrusión. Había echado una mirada inquieta calle arriba antes de que entraran, y él supuso que se estaba haciendo peligrosamente tarde y deseaba con desesperación que el coche partiera antes de que su esposo regresara. Algo de la ansiedad que demostró cuando se encontraron con ella en el cementerio había vuelto. Sintió un repentino acceso de irritación hacia Deborah. Era improbable que el ejercicio resultara útil y era una

vergüenza preocupar a esa patética mujercita.

Deborah, insensible a tan sutil refinamiento era introducida en salón. Una chica en edad escolar estaba colocando su música en el piano, evidentemente preparándose para practicar, pero fue despedida de prisa con una rápida indicación: «Trae un vaso de agua, querida», dicho en el tono falsamente alegre que usan a menudo los padres en presencia de extraños. La niña se fue sin muchas ganas, pensó Deborah, y no sin antes mirarla larga y deliberadamente. Era una criatura notablemente fea, pero el parecido con

su prima muerta era inconfundible. La señora Proctor no la había presentado y Deborah se preguntó si esto era un olvido debido al nerviosismo o un deseo deliberado de que la niña permaneciera ignorante de las actividades de su madre durante esa tarde. En ese caso, presumiblemente se urdiría alguna historia para explicar la visita, pese a que la señora Proctor no la había impresionado como poseyendo demasiada inventiva.

Se sentaron en sillones enfrentados, cada uno con su funda bordada que mostraba una mujer de miriñaque y toca recogiendo malvas, y almohadones

rechonchos e inmaculados. Era obviamente la mejor habitación, usada sólo para recibir o para la práctica de piano. Tenía un ligero olor a humedad, amalgama de cera, muebles nuevos y ventanas pocas veces abiertas. Sobre el piano había dos fotografías de niñas pequeñas, en traje de ballet, sus cuerpos sin gracia torcidos en poses forzadas y angulosas y sus caras endurecidas en sonrisas decididas bajo las guirnaldas de rosas artificiales. Una de ellas era la niña que acababa de dejar la habitación. La otra era Sally. Era extraño cómo, aun a esa edad, el mismo colorido de familia y una estructura ósea similar pudieron

haber producido una distinción natural en una y en la otra una marcada fealdad que prometía poco para el futuro. La señora Proctor notó la dirección de su mirada.

—Sí —dijo—, hicimos todo por ella. Todo. Nunca se hizo ninguna diferencia. Tuvo lecciones de piano también, igual que Beryl, aunque nunca tuvo la misma aptitud que Beryl. Pero siempre las tratamos del mismo modo. Es algo espantoso que todo haya terminado así. La otra foto es la de conjunto que nos sacamos después del bautismo de Beryl. Ahí estamos yo y el señor Proctor con el bebé y Sally. Era

una ricura entonces, lástima que no haya durado.

Deborah se acercó a la foto. El grupo había sido colocado rígidamente en pose en pesadas sillas talladas y contra un fondo preparado, de cortinas drapeadas, que hacía que la foto pareciera más vieja de lo que era. La señora Proctor, más joven y rolliza, sostenía sin gracia a su hija y parecía incómoda con su ropa nueva.

Sally parecía enfurruñada. El marido estaba colocado detrás de ellas, sus manos enguantadas apoyadas en manifestación de propiedad sobre los respaldos de sus sillas. Había algo

artificial en su postura, pero su cara no delataba nada. Deborah lo miró cuidadosamente. Tenía la seguridad de haber visto esa cara antes en alguna parte, pero el reconocimiento era tenue y poco satisfactorio. Era, después de todo, una cara que no tenía nada de notable y la fotografía tenía más de diez años. Le había dicho muy poco y casi no sabía qué más había esperado sacar de ella.

Beryl Proctor volvió con el vaso de agua, uno de los mejores vasos en una pequeña bandeja de *papier mâché*. No hubo presentaciones y Deborah tuvo conciencia, mientras bebía, de que ambas querían que se fuera. De repente

ella misma no deseó otra cosa que estar fuera de la casa y libre de ellas. Su venida había respondido a un impulso incomprensible. Había sido inducido en parte por el aburrimiento, en parte por la esperanza y en muy gran medida por la curiosidad. Sally muerta se había tornado más interesante que Sally viva, y había querido ver de qué clase de hogar había sido rechazada Sally. Esa curiosidad parecía ahora presunción y su entrada a la casa una intrusión que no quería prolongar. Dijo sus «hasta pronto» y se reunió con Felix. Él tomó el volante y no hablaron hasta que dejaron atrás la ciudad y el coche se estaba

sacudiendo de encima los tentáculos del suburbio y ascendiendo al campo.

—Y bien —dijo por fin Felix—, ¿valió la pena el ejercicio detectivesco? ¿Estás segura de que quieres proseguirlo?

—¿Por qué no?

—Porque podrías encontrar hechos que preferirías no conocer.

—¿Tales como que en mi familia hay un asesino?

—No dije eso.

—Has estado solícitamente cuidadoso de no decirlo, pero yo preferiría la sinceridad al tacto. Eso es lo que crees, ¿no es cierto?

—Hablando yo mismo como asesino, admito que es una posibilidad.

—Estás pensando en la Resistencia. Eso no era asesinato. No mataste mujeres.

—Maté a dos. Admito que fue con disparos, no por estrangulación, y en ese momento me pareció conveniente.

—Esta muerte ciertamente fue conveniente, para alguien —dijo Deborah.

—¿Entonces por qué no dejárselo a la policía? Su dificultad mayor va a ser conseguir pruebas suficientes como para justificar una acusación. Si comenzamos a interferir quizá sólo les

proporcionemos las pruebas que quieren. El caso está completamente abierto. Stephen y yo entramos por la ventana de Sally. También pudo haberlo hecho casi cualquiera. La mayoría de la gente del pueblo debe haber sabido dónde se guardaba la escalera. La evidencia de esa puerta cerrada es incontrovertible. Como quiera que sea que entró el asesino, no salió por la puerta. Lo único que relaciona este crimen con Martingale es el Sommeil y ambos no tienen por qué estar relacionados. Aunque lo estuvieran, otra gente tenía acceso al producto.

—¿No estás confiando demasiado en

la coincidencia? —preguntó Deborah fríamente.

—Todos los días ocurren coincidencias. Un jurado promedio podrá recordar media docena de casos de su propia experiencia. Hasta ahora la interpretación más probable de los hechos es que alguien que Sally conocía entró por su ventana y la mató. Puede o no haber usado la escalera. Hay rayaduras en la pared como si se hubiera deslizado por el caño de la chimenea y perdido asidero cuando casi había llegado al suelo. La policía las debe haber visto, pero no sé cómo pueden probar cuándo fueron hechas. Sally

puede haber hecho entrar visitantes por esa vía en ocasiones anteriores.

—Parece algo extraño de decir pero, por algún motivo, no puedo creerlo. No va con ella. Me gustaría creerlo por el bien de todos nosotros, pero no puedo. Sally nunca me gustó, pero no creo que fuera promiscua. No quiero la seguridad al precio de manchar más aún la reputación de la pobre diabla ahora que no está aquí para defenderse.

—Creo que tienes razón acerca de ella —dijo Felix—. Pero no te aconsejo que le hagas al inspector el regalo de tu opinión. Déjalo que haga su propia evaluación psicológica de Sally. Todo el

caso puede quedar en la nada si mantenemos nuestras cabezas frías y nuestras bocas cerradas. El Sommeil es el peligro mayor. El ocultamiento del frasco hace que las dos cosas parezcan relacionadas. Aun así, la droga fue puesta en tu taza de beber. Cualquiera podría haberla puesto allí.

—Hasta yo.

—Hasta tú. Lo podría haber puesto Sally. Pudo haber cogido la taza para fastidiarte. Creo que lo hizo. Pero puede haber echado la droga en su chocolate por una razón tan poco siniestra como el deseo de pasar una buena noche. No era una dosis letal.

—En cuyo caso, ¿por qué fue escondido el frasco?

—Digamos que fue escondido o por alguien que erróneamente pensó que la droga y el asesinato estaban relacionados y quería ocultar ese hecho, o por alguien que sabía que no lo estaban, pero que quería implicar a la familia. Como tu estaca señalaba el escondite, podemos asumir que tal persona deseaba implicarte a ti específicamente. Ahí tienes una idea agradable para trabajar.

Ahora estaban alcanzando la cima de la colina que dominaba Little Chadfleet. Abajo se extendía el pueblo y tuvieron

una vista fugaz de las altas chimeneas grises de Martingale por encima de los árboles. Con el regreso a casa, la opresión y temor que el viaje había aliviado sólo en parte los envolvió, como una nube negra.

—Si nunca resuelven este crimen —dijo Deborah— ¿puedes realmente imaginarnos viviendo tranquilamente en Martingale? ¿Nunca sientes que debes conocer la verdad? Sinceramente ¿nunca te convences de que lo hizo Stephen, o yo?

—¿Tú? No con esas manos y uñas. ¿No te diste cuenta de que se empleó mucha fuerza y de que su cuello estaba

magullado pero no arañado? Stephen es una posibilidad. También lo son Catherine y tu madre y Martha. También yo. La abundancia de sospechosos es nuestra mayor protección. Deja que Dalglish haga su elección. En cuanto a no seguir viviendo en Martingale con un crimen sin resolver sobre vuestras cabezas me imagino que la casa ha visto ya su cuota de violencia en los últimos trescientos años. No todos tus antepasados vivieron vidas tan bien regladas, aunque hayan muerto asistidos por la Iglesia. Dentro de doscientos años, la muerte de Sally Jupp será una de las leyendas que se contarán en el día

de todos los santos para asustar a tus bisnietos. Y si realmente no puedes soportar a Martingale siempre estará Greenwich. No voy a aburrirte con eso de nuevo, pero sabes lo que siento.

Su voz carecía casi de expresión. Sus manos se apoyaban suavemente en el volante y sus ojos aún miraban el camino que tenían por delante con una concentración natural y distendida. Debió saber lo que ella estaba pensando porque dijo:

—No dejes que te preocupe. Complicaré las cosas lo menos que pueda. Es sólo que no quiero que ninguno de esos tipos musculosos con

los que andas malentiendan mi interés.

—¿Me querrías, Felix, si estuviera huyendo?

—¿No es eso ser melodramática? ¿Qué otra cosa hemos estado haciendo la mayoría de nosotros estos últimos diez años? Pero si quieres el matrimonio para escaparte de Martingale todavía puede ser que ese sacrificio sea innecesario. Cuando dejábamos Canningbury nos cruzamos con Dalglish y uno de sus esbirros que entraban. Mi suposición es que estaban en camino a la misma diligencia. Tu instinto acerca de Proctor puede no haber sido tan erróneo después de todo.

Dejaron el coche en el garaje en silencio y entraron a la frescura del vestíbulo. Catherine Bowers estaba subiendo la escalera. Llevaba una bandeja cubierta con un lienzo y el delantal blanco de nailon que usaba habitualmente cuando hacía de enfermera para Simon Maxie parecía fresco, eficiente y no le sentaba mal. Nunca resultaba agradable ver a otra persona cumplir competente y públicamente tareas que la conciencia sugiere que son las de uno, y Deborah era lo suficientemente honrada como para reconocer el motivo de su repentino acceso de irritación. Trató de

ocultarlo con un desacostumbrado estallido de confianza:

—¿No fue espantoso el entierro, Catherine? Lamento muchísimo que Felix y yo nos hayamos escapado así. Llevamos a la señora Proctor a su casa. Tuve un súbito impulso de cargarle el asesinato al tío malvado.

Eso no impresionó a Catherine.

—Le pregunté al inspector por el tío la segunda vez que me interrogó. Dijo que la policía está convencida de que el señor Proctor no pudo haber matado a Sally. No explicó por qué. Yo le dejaría el trabajo a él. Dios sabe que hay suficiente trabajo que hacer aquí.

Siguió su camino. Mirándola alejarse, Deborah dijo:

—Quizá sea poco caritativa, pero si alguien de Martingale mató a Sally, preferiría que hubiese sido Catherine.

—Es improbable, sin embargo ¿no? —dijo Felix—. No la veo capaz de asesinar.

—¿Y a los demás sí? ¿Hasta a mamá?

—Ella en especial, pienso, si sintiese que era necesario.

—No lo creo —dijo Deborah—. Pero aun si fuese verdad, ¿puedes imaginártela callando mientras la policía invade Martingale y se sospecha

de personas como la señorita Liddell y Derek Pullen?

—No —contestó Felix—. No, no puedo imaginarlo.

Capítulo VII

1

ROSE Cottage en Nessingford Road era una cabaña de labriego de finales del siglo dieciocho con suficiente encanto superficial y antigüedad como para tentar a un automovilista que pasara por allí a pensar que se podía hacer algo con ella.

En manos de los Pullen algo se había hecho, una réplica de un millar de casas de municipios urbanos. Una gran reproducción en yeso de un perro alsaciano ocupaba toda la ventana del salón. Detrás de él, las cortinas de encaje estaban elegantemente drapeadas y sujetas con cinta azul. La puerta delantera se abría directamente a la sala de estar. Aquí el entusiasmo de los Pullen por la decoración moderna le había ganado a la discreción y el resultado era extrañamente irritante y excéntrico. Una pared estaba empapelada con un dibujo de estrellas rosadas contra un fondo azul. La de

enfrente estaba pintada en un rosa haciendo juego. Las sillas estaban tapizadas con una tela azul a rayas elegida obviamente con todo cuidado para entonar con el empapelado. La alfombra de crin era de un rosa pálido y había sufrido las inevitables idas y venidas de pies embarrados. Nada estaba limpio, nada estaba hecho para durar, nada era sencillo o sincero. A Dalglish todo le resultó profundamente deprimente.

Derek Pullen y su madre estaban en casa. La señora Pullen no dio muestras de ninguna de las reacciones normales frente a la llegada de miembros de la

policía dedicados a la investigación de un asesinato, sino que los recibió con un torrente de palabras heterogéneas de bienvenida, como si hubiese permanecido en casa especialmente para recibirlos y esperado largo rato su llegada. Las frases se entrechocaban. Encantada de verlos... su hermano agente de policía... quizá sabían de él... Joe Pullen en Barkinway... siempre es mejor decirle la verdad a la policía... no es que haya nada que decir... pobre señora Maxie... casi no podía creerlo cuando se lo contó la señorita Liddell... volvió a casa y se lo contó a Dereck, y él tampoco lo creyó... no era el tipo de

chica que un hombre decente querría... los Maxie eran muy orgullosos... una chica como esa se buscaba líos. Mientras hablaba, los ojos pálidos oscilaban sobre la cara de Dalglish pero sin mayor comprensión. En la retaguardia estaba su hijo, preparado para lo inevitable.

De modo que Pullen había sabido acerca del compromiso tarde en la noche del sábado, pese a que, como ya había comprobado la policía, había estado por la noche en el Teatro Royal con un grupo de su oficina y no había ido a la kermés.

A Dalglish le resultó difícil

convencer a la verbosa señora Pullen para que se retirara a su cocina y dejara al muchacho a fin de que respondiera por sí mismo, pero el mismo Pullen le ayudó con su irritada insistencia en que debía dejarlos solos. Evidentemente, había estado esperando la visita. Al anunciarse la llegada de Dalglish y Martin se había levantado de su silla y les había hecho frente con el coraje patético de un hombre cuyas escasas reservas apenas le habían permitido soportar el período de espera. Dalglish le trató con suavidad. Podría haber estado hablando con un hijo. Martin había visto poner en práctica esta

técnica antes. Era infalible con los de tipo nervioso, emotivo, especialmente si cargaban con una culpa. La culpa, pensó Martin, era una cosa curiosa. Este muchacho, por ejemplo, probablemente no había hecho nada más grave que encontrarse con Sally Jupp para unos besos y mimos, pero no estaría tranquilo hasta habérselo contado a alguien. Por otra parte, podría ser un asesino. En ese caso, el miedo le mantendría la boca cerrada por un poco más de tiempo. Pero al final se derrumbaría. No tardaría mucho en ver en Dalglish, paciente, tolerante, omnipotente, al padre confesor que su conciencia anhelaba. Entonces le

sería difícil al taquígrafo seguir el ritmo del torrente de autoacusación y culpa. Es la propia mente de un hombre la que al final lo traiciona, y eso Dalgliesh lo sabía mejor que los demás. Había momentos en que el sargento Martin, que no se destacaba por ser el más sensible de los hombres, sentía que el trabajo de un detective no era algo agradable.

Pero, por el momento, Pullen estaba resistiendo bien el interrogatorio. Admitió que el sábado por la noche había salido tarde a caminar y pasó por Martingale. Estaba estudiando para un examen y le gustaba tomar un poco de aire antes de acostarse. A menudo salía

tarde a dar una vuelta. Su madre podía confirmarlo. Tomó el sobre venezolano encontrado en la habitación de Sally, se subió un par de gafas dobladas hasta la frente y observó miopemente las fechas garabateadas. Tranquilamente admitió que era su letra. El sobre provenía de un amigo por correspondencia que tenía en Sudamérica. Lo había usado para anotar los momentos en que podía encontrarse con Sally Jupp. No podía recordar cuándo se lo había dado, pero las fechas se referían a sus encuentros del mes pasado.

—Ella acostumbraba a cerrar con llave su puerta y después bajar por el

caño de la chimenea, ¿no es cierto? — preguntó Dalglish—. No tiene por qué tener miedo de traicionar su secreto. Encontramos las huellas de las palmas de sus manos en el caño. ¿Qué hacían cuando se encontraban?

—Una o dos veces fuimos a caminar por el jardín. Más que nada nos sentábamos en la vieja caballeriza frente a su habitación y hablábamos.

Le debe haber parecido notar cierta incredulidad en la cara de Dalglish porque se ruborizó y dijo a la defensiva:

—No hacíamos el amor, si eso es lo que piensa. Supongo que todos los policías tienen que acostumbrarse a

pensar mal, pero ella no era así.

—¿Cómo era ella? —preguntó Dalglish con suavidad—. ¿De qué hablaban?

—De cualquier cosa. De todo en realidad. Creo que añoraba la compañía de alguien de su edad. No era feliz cuando estaba en el St. Mary, pero estaban las otras chicas con quienes reírse. Era fantástica para la mímica. Era como oír hablar a la propia señorita Liddell. También hablaba de su casa. Sus padres murieron en la guerra. Si hubiesen vivido todo habría sido distinto para ella. Su padre era un profesor universitario y hubiese tenido

un hogar distinto al de su tía. Culto y... bueno, distinto.

Dalglish pensó que Sally Jupp había sido una joven a la que le había gustado usar la imaginación, y en Derek Pullen había encontrado al menos un oyente crédulo. Pero en estos encuentros había más de lo que Pullen estaba eligiendo decir. La chica le había estado usando para algo. Pero ¿para qué?

—¿Usted se ocupó del niño, no es cierto, cuando ella fue a Londres el jueves anterior a su muerte?

Era puramente una conjetura, pero Pullen no pareció siquiera sorprendido de que lo supiera.

—Sí, lo hice. Trabajo en una oficina local del gobierno y cada tanto puedo tomarme un día libre. Sally me dijo que quería ir a la ciudad y yo no veía por qué no habría de hacerlo. Me imagino que quería ir al cine o de compras. Otras madres pueden.

—Parece extraño que Sally no dejara a su hijo en Martingale si quería ir a Londres. La señora Bultitaft probablemente habría estado de acuerdo en hacerse cargo de él ocasionalmente. Todo este sigilo era seguramente bastante innecesario.

—Sally lo quería de esa manera. Le gustaba que las cosas fueran secretas.

Creo que eso era buena parte del atractivo de escabullirse de noche. A veces yo tenía una sensación de que en realidad ella no lo estaba disfrutando. Estaba preocupada por el niño o simplemente tenía sueño. Pero necesitaba venir. Le gustaba saber al día siguiente que lo había hecho y se había salido con la suya.

—¿No le señaló que les traería problemas a los dos si se descubría?

—No veo cómo podría afectarme —dijo Pullen malhumorado.

—Creo que seguramente está fingiendo ser mucho más ingenuo de lo que es. Estoy dispuesto a creer que usted

y la señorita Jupp no eran amantes porque me gusta pensar que sé cuándo la gente me está diciendo la verdad y porque se corresponde con lo que sé hasta ahora de ustedes dos. Pero usted no puede a conciencia creer que otros serían tan complacientes. Los hechos tienen una interpretación obvia y es la que la mayoría de la gente les daría, especialmente dadas las circunstancias.

—Tiene razón. Simplemente porque una chica tuvo un hijo ilegítimo tiene que ser una ninfómana —el muchacho usó esta última palabra con poca naturalidad, como si fuera recién aprendida y no usada antes.

—Le diré, dudo mucho que la mayoría de ellos supieran lo que esa palabra significa. Quizá la gente tenga mentes bastantes sucias, pero es sorprendente la frecuencia con que resultan justificadas. No creo que Sally Jupp fuese muy considerada con usted cuando usaba esos establos para escapar de Martingale. ¿Seguramente usted también habrá pensado eso?

—Sí, me imagino que sí.

El muchacho miró tristemente hacia otro lado y Dalglish aguardó. Sentía que aún había algo que explicar, pero que Pullen estaba enredado en su propia incapacidad para expresarse claramente

y frustrado por la dificultad de explicar a la chica que había conocido viva, alegre y temeraria, a dos policías que ni siquiera la habían visto. La dificultad era fácil de entender. No tenía ninguna duda de lo que le parecería a un jurado la historia de Pullen y se alegraba de que nunca le tocaría convencer a doce hombres capaces y rectos de que Sally Jupp, joven, linda y habiendo ya perdido la gracia, se escapaba de su dormitorio por las noches y dejaba solo a su bebé, aunque por poco tiempo, por el solo placer de una conversación intelectual con Derek Pullen.

—¿La señorita Jupp alguna vez le

dio a entender que temía a alguien o tenía un enemigo? —le preguntó.

—No. No era lo suficientemente importante como para tener enemigos.

«No hasta el sábado por la noche, quizá», pensó Dalglish.

—¿Nunca se confió en usted acerca de su hijo, quién era el padre, por ejemplo?

—No.

El muchacho había dominado algo de su terror y su voz era hosca.

—¿Le dijo por qué quería ir a Londres el jueves pasado por la tarde?

—No. Me dijo que cuidara de Jimmy porque estaba harta de acarrearlo

por el bosque y quería escapar del pueblo. Nos pusimos de acuerdo sobre dónde debía entregármelo en la estación de la calle Liverpool. Trajo el cochecito plegable y lo llevé al parque St. James. Al anoecer se lo devolví y viajamos de vuelta por separado. No les íbamos a dar a las comadres del pueblo más temas para chismorrear.

—¿Nunca pensó que podría estar enamorándose de usted?

—Sabía perfectamente bien que no.

Lanzó a Dalglish una rápida mirada directa y dijo luego, como sorprendido por la confidencia:

—Ni siquiera me dejaba tocarla.

Dalglish esperó un momento y después dijo suavemente:

—Ésas no son sus gafas normales, ¿no es cierto? ¿Qué ocurrió con las que usa habitualmente?

El muchacho casi se las arrancó de la nariz y cerró sus manos sobre las lentes en un gesto patético por lo fútil. Luego, dándose cuenta de la importancia de ese gesto instintivo, hurgó en su bolsillo por un pañuelo e hizo gala de limpiarlas. Las manos le temblaban cuando repuso las gafas sobre su nariz donde descansaron sesgadas, su voz graznó con miedo:

—Las perdí. Es decir, las rompí. Me

las están arreglando.

—¿Las rompió cuando se hizo esa magulladura sobre el ojo?

—Sí. Me golpeé contra un árbol.

—Verdaderamente. Los árboles de por aquí parecen extrañamente peligrosos. El doctor Maxie se raspó su nudillo contra la corteza de uno, me han dicho. ¿Podría haber sido el mismo árbol?

—Los problemas del doctor Maxie no tienen nada que ver conmigo. No sé qué quiere decir.

—Creo que sí lo sabe —dijo Dalglish con suavidad—. Le voy a pedir que piense sobre lo que hemos

hablado y después desearía que haga una declaración y la firme. No hay ninguna prisa. Sabemos dónde encontrarlo si lo necesitamos. Convérsele con su padre cuando vuelva. Si cualquiera de los dos quiere verme, hágamelo saber. Y recuerde esto: alguien mató a Sally. Si no fue usted, entonces no tiene nada que temer. De cualquier modo espero que encuentre el coraje para decirnos lo que sabe.

Esperó por un momento, pero sus ojos sólo encontraron la vidriosa mirada fija de temor y firmeza. Después de un minuto se volvió y le hizo una señal a Martin para que le siguiera.

Media hora más tarde sonó el teléfono en Martingale. Deborah, llevando la bandeja de su padre por el vestíbulo, se detuvo, la sostuvo con su cadera, y levantó el auricular. Un minuto después asomó la cabeza por la puerta del salón.

—Es para ti, Stephen. El teléfono. Derek Pullen, nada menos.

Stephen, inesperadamente en casa sólo por unas horas, no levantó la vista del libro, pero Deborah pudo notar la repentina inmovilidad y el ligero endurecimiento de su espalda.

—Oh, santo cielo, ¿qué quiere?

—Te quiere a ti. Parece bastante

preocupado.

—Dile que estoy ocupado, Deb.

Deborah le dio a este mensaje una apariencia de urbanidad. La voz al otro lado de la línea se volvió incoherente. Alejando el auricular del oído emitió algunos sonidos tranquilizadores y sintió el amago de risa histérica que en estos días nunca estaba muy lejos de manifestarse. Volvió al salón.

—Será mejor que vengas, Stephen. Realmente está mal. ¿En qué demonios andáis? Dice que la policía ha estado con él.

—¿Eso es todo? No es el único. Dile que, entre una cosa y otra, han

estado conmigo alrededor de seis horas. Y todavía no han terminado. Dile que mantenga la boca cerrada y que se deje de hablar tonterías.

—¿No sería mejor que se lo dijeras tú mismo? —sugirió Deborah con dulzura—. No soy tu confidente y, ciertamente, menos aún la suya.

Stephen maldijo en voz baja y fue al teléfono. Deteniéndose en el vestíbulo para equilibrar su bandeja, Deborah pudo escuchar recriminaciones rápidas e impacientes.

—Está bien. Está bien. Díselo si quieres. No te lo voy a impedir. De todos modos probablemente están

escuchando esta conversación... No, de hecho no lo hice, pero no dejes que eso influya en ti... Todo un caballero... Querido, no me interesa un pito lo que les digas, o cuándo o cómo, sólo por amor de Dios, no te pongas tan pesado con eso. Adiós.

Avanzando por el pasillo fuera del alcance de su voz, Deborah pensó tristemente: «Stephen y yo nos hemos apartado tanto qué podría preguntarle a bocajarro si mató a Sally sin estar segura de qué respuesta obtendría».

DALGLIESH y Martin estaban sentados en el pequeño salón del Moonraker's Arms en ese estado de hartazgo insatisfecho que generalmente sucede a una mala comida. Les habían asegurado que la señora Piggott, quien junto con su marido estaba a cargo de la hostería, era conocida por su comida sencilla y abundante. La expresión había sonado ominosamente en los oídos de hombres a quienes sus viajes habían

acostumbrado a los caprichos de la buena y sencilla comida inglesa. Es probable que fuera Martin quien más sufriera. Su servicio durante la guerra en Francia e Italia le había dado un gusto por la comida europea que desde entonces satisfacía durante sus vacaciones en el extranjero. La mayor parte de su tiempo libre y todo su dinero sobrante lo empleaba en eso. Él y su mujer, jovial y emprendedora, eran viajeros entusiastas y sencillos, confiados en su habilidad para ser entendidos, tolerados y bien alimentados en casi cualquier rincón de Europa. Por extraño que parezca, hasta ahora nunca

se habían visto defraudados. Sentado con un profundo malestar abdominal, Martin dejó vagar su mente por la *cassoulet de Toulouse* y recordó con añoranza la *poularde en vessu* que había comido por primera vez en un modesto hotel en la Ardèche. Las necesidades de Dalglish eran a la vez más simples y más exigentes. Sólo ansiaba comida inglesa sencilla y correctamente cocinada.

La señora Piggot tenía fama de preocuparse por sus sopas. Esto era cierto en la medida en que los ingredientes envasados eran lo suficientemente bien mezclados como

para evitar grumos. Hasta había experimentado con sabores y la mezcla de hoy de tomate (anaranjado) y rabo de buey (pardo rojizo), lo bastante espesa como para sostener la cuchara sin ayuda, resultaba tan sorprendente para el paladar como para la vista. Después de la sopa vinieron un par de chuletas de carnero, artísticamente colocadas sobre un montículo de patatas y flanqueadas por guisantes enlatados más grandes y brillantes que cualquier guisante que alguna vez conociera una vaina. Tenían sabor a harina de soja. Rezumaban un colorante verde que tenía poca semejanza con el color de cualquier

vegetal conocido y se mezclaba desagradablemente con el jugo de la carne. A continuación un pastel de manzanas y casis, en la que ninguna de las frutas se habían encontrado, ni entre sí ni con la pasta, hasta haber sido dispuestas sobre el plato por la mano cuidadosa de la señora Piggott y generosamente cubiertas con crema sintética.

Martin arrancó su mente de la contemplación de esos horrores culinarios y la centró en el asunto entre manos.

—Es extraño, señor, que el doctor Maxie haya hecho venir al señor Hearne

para ayudarle con la escalera. Un hombre fuerte puede manejarla solo. El camino más rápido a la vieja cuadra de los establos habría sido por la escalera trasera. En cambio, Maxie va a buscar a Hearne. Parece como si hubiera querido tener un testigo del hallazgo del cadáver.

—Eso es posible, claro. Aunque no haya matado a la chica puede haber querido tener un testigo de lo que fuera a encontrarse en la habitación. Además, estaba en pijama y bata. No diría que es la vestimenta más adecuada para subir escaleras y entrar por ventanas.

—Sam Bocock confirmó hasta cierto punto la historia del doctor Maxie. No

es que signifique mucho hasta que se establezca la hora de la muerte. Sin embargo, sí prueba que sobre una cosa estaba diciendo la verdad.

—Sam Bocock confirmaría cualquier cosa que dijese los Maxie. Ese hombre sería un regalo para el abogado de la defensa. Además de su don natural para decir poco mientras crea una impresión de veracidad absoluta e incorruptible, cree honradamente que los Maxie son inocentes. Usted lo escuchó. «Son buena gente los de la casa». La sencilla afirmación de una verdad. La sostendría contra la evidencia de Dios

Todopoderoso sentado en el mismo trono del Juicio. No es probable que los tribunales de Old Bailey puedan asustarlo.

—Le consideré un testigo sincero, señor.

—Claro que sí, Martin. A mí mismo me hubiera gustado más si no me hubiera mirado con esa expresión extraña, mitad divertida, mitad de lástima, que he observado antes en las caras de la gente vieja de campo. Usted mismo es un hombre de campo. Sin duda puede explicarlo.

Martin sin duda podía, pero la suya era una naturaleza en la que la

discreción se anteponía al valor.

—Parecía un viejo señor muy aficionado a la música. Es un muy buen tocadiscos el que tiene. Resulta curioso ver un aparato de alta fidelidad en una cabaña como ésta.

El tocadiscos, rodeado por anaqueles de discos de larga duración, efectivamente resultaba incongruente en la sala de estar de la cabaña donde casi todos los demás objetos eran un legado del pasado. Resultaba evidente que Bocock compartía el respeto habitual del hombre de campo por el aire fresco. Las dos ventanas estaban cerradas; en verdad, no mostraban señales de haber

sido jamás abiertas. El empapelado mostraba las rosas entrelazadas y descoloridas de otra época. Colgados en caprichosa profusión estaban los trofeos y recuerdos de la Primera Guerra Mundial, un grupo de soldados de caballería a caballo, un pequeño cuadro de medallas con cristal, una estampa chocantemente coloreada del Rey Jorge V y su Reina. Estaban las fotos de familia, parientes que ningún observador casual podría esperar identificar. ¿Ese hombre joven serio de patillas con su novia eduardiana era el padre de Bock o su abuelo? ¿Podía realmente tener un recuerdo personal de esos

grupos color sepia de campesinos con bombín endomingados, con sus esposas e hijas sólidas y de pechos caídos, o se trataba de lealtad familiar? Sobre la repisa del hogar estaban las fotos más nuevas. Stephen Maxie, orgulloso sobre su primer pony peludo con un Bocock inconfundible pero más joven a su lado. Una Deborah Maxie con trenza inclinándose en su silla para recibir su premio. Pese a toda esa aglomeración de lo viejo y lo nuevo, la habitación daba muestras del cuidado ordenado de un viejo soldado por sus objetos personales.

Bocock les había recibido con una

sencilla dignidad. Había estado tomando su té. Pese a vivir solo tenía la costumbre femenina de colocar de una vez sobre la mesa todo lo comestible, quizá para satisfacer cualquier capricho gustativo. Había una hogaza de pan de corteza dura, un bote de mermelada que sostenía su cuchara, un tarro de vidrio tallado con remolacha en rodajas y otro con cebolletas, y un pepino en precario equilibrio en una taza pequeña. En el medio de la mesa disputaban el mejor lugar una fuente de lechuga y un gran pastel obviamente casero. Dalglish recordó que la hija de Bocock estaba casada con un granjero de Nessingford,

y no perdía de vista a su padre. El pastel probablemente era una muestra reciente de deber filial. Además de esta generosidad, la vista y el olfato daban pruebas de que Bocock acababa de terminar una comida de pescado frito y patatas fritas.

Dalgliesh y Martin se acomodaron en los pesados sillones que flanqueaban el hogar (aún en ese cálido día de junio ardía un pequeño fuego, su tenue llama incandescente apenas visible en un rayo de sol que entraba por la ventana oeste) y les fueron ofrecidas tazas de té. Hecho esto, Bocock, evidentemente, consideró cumplidos los deberes de la

hospitalidad y que correspondía a sus huéspedes dar a conocer el motivo de su visita. Prosiguió con su té, arrancando trozos de pan con sus delgadas manos morenas y echándoselos casi al descuido en la boca donde eran masticados y dados vuelta con silenciosa concentración. No ofreció ningún comentario propio, contestó las preguntas de Dalglish con una deliberación que daba la impresión de desinterés antes que una falta de voluntad de colaborar, y observaba a los dos policías con ese aire franco de divertida evaluación que Dalglish con sus muslos pinchados por la crin y la

cara sudando por el calor, encontraba un tanto desconcertante y más que un tanto irritante.

El lento catecismo no había producido nada nuevo, nada inesperado. Stephen Maxie había estado en la cabaña la noche anterior. Llegó cuando pasaban las noticias de las nueve. Bocock no podía afirmar cuándo se fue. Había sido más bien tarde. ¿Muy tarde? «Ajá. Después de las once. Quizá más tarde. Quizá bastante más tarde». Dalglish observó secamente que sin duda el señor Bocock lo recordaría con más precisión cuando hubiese tenido tiempo para pensarlo. Bocock admitió el

peso de esta posibilidad. ¿De qué habían hablado? «Escuchamos a Beethoven más que nada. El señor Stephen no era de hablar mucho». Bocock hablaba como deplorando su propia locuacidad y la lamentable garrulez del mundo en general y de los policías en particular. No surgió nada más. No había visto a Sally en la kermés salvo al final de la tarde, cuando ella le hizo dar una vuelta a caballo con el bebé en sus brazos, y a eso de las seis cuando el globo de uno de los chicos de la escuela dominical se enganchó en un olmo y el señor Stephen trajo la escalera para bajarlo. Sally había estado con él

entonces con su hijo en el cochecito. Bocock recordó que ella sostenía el pie de la escalera. Aparte de eso no la había visto por ahí. Sí, había visto al joven Johnnie Wilcox. Alrededor de las tres y cincuenta más o menos. Escapándose a escondidas de la carpa del té con un bulto de lo más sospechoso. No, no había detenido al chico. El joven Wilcox era bastante buen muchacho. A ninguno de los chicos les gustaba ayudar con el té. En sus días de juventud, a Bocock tampoco le había gustado. Si Wilcox decía que había dejado la carpa a las dos y media estaba un poco confundido, eso es todo. El chico había trabajado

treinta minutos a lo sumo. Si el viejo se preguntaba por qué estaba la policía interesada en Johnnie Wilcox y sus travesuras, no dio señal alguna. Todas las preguntas de Dalglish fueron contestadas con la misma compostura y aparente sinceridad. No sabía nada del compromiso del señor Maxie y no había oído hablar acerca de él en el pueblo, ni antes ni después del asesinato. «Hay gente que dice cualquier cosa. No hay que hacerle caso a las habladurías del pueblo. Son buena gente los de la casa». Ésa había sido su última palabra. Sin duda, cuando hablara con Stephen Maxie y supiese qué se requería, recordaría

con más claridad a qué hora lo había dejado Maxie la noche anterior. Por el momento andaba con cautela. Pero estaba claro hacia dónde se inclinaba su lealtad. Cuando lo dejaron seguía comiendo, sentado con gran pompa y soledad, rodeado de su música y sus recuerdos.

—No —dijo Dalglish—. No es probable que saquemos de Bocock algo que nos sirva sobre los Maxie. Si el joven Maxie buscaba un aliado sabía dónde recurrir. Sin embargo algo hemos obtenido. Si Bocock está en lo cierto sobre las horas, y ciertamente es probable que sea más exacto que

Johnnie Wilcox, el encuentro en el henil probablemente tuvo lugar antes de las cuatro y media. Eso encajaría con lo que sabemos de los movimientos siguientes de Jupp, incluida la escena en la carpa del té cuando apareció con un duplicado del vestido de la señora Riscoe. A Jupp no la habían visto con él antes de las cuatro cuarenta y cinco, así que se debe haber cambiado después de la entrevista en el henil.

—Fue una cosa rara de hacer, señor.
¿Y por qué esperar hasta entonces?

—Puede haber comprado el vestido con la idea de usarlo públicamente en una ocasión u otra. Quizás algo ocurrió

en esa entrevista que la liberó de cualquier dependencia futura de Martingale. Podía darse el lujo de un último gesto. Por otra parte, si sabía antes del sábado que iba a casarse con Maxie, presumiblemente estaba en libertad de tener ese gesto cuando le viniera en gana. Hay un extraño conflicto de evidencias acerca de esa propuesta de matrimonio. Si hemos de creer al señor Hinks, ¿y por qué no?, Saily Jupp ciertamente sabía que iba a casarse con alguien cuando lo encontró el jueves anterior. Me parece difícil de creer que tuviese dos futuros maridos en perspectiva, y no hay un exceso de

candidatos obvios. Y ya que estamos tratando la vida amorosa del joven Maxie, aquí hay algo que usted no ha visto.

Le entregó una hoja delgada de papel de carta de aspecto formal. Llevaba el membrete de un pequeño hotel de la costa.

Estimado señor:

Pese a que debo pensar en mi reputación y no tengo ningún interés especial en verme mezclada en cuestiones policiales, creo que es mi deber informarle que un señor Maxie

estuvo en este hotel el veinticuatro de mayo pasado con una mujer por la que firmó como su esposa. He visto una fotografía en el Evening Clarion del doctor Maxie que está envuelto en el caso de asesinato de Chadfleet y del que los periódicos dicen que es soltero, y es el mismo. No he visto retratos de la chica muerta de modo que no podría jurar nada acerca de ella, pero pensé que era mi deber llevar esto a su conocimiento. Claro que puede no significar nada y no quiero

verme mezclada en nada desagradable, de modo que agradecería que mi nombre no se mencionara. También el nombre de mi hotel que siempre ha tenido una clientela de categoría. El señor Maxie sólo se quedó por una noche y eran una pareja muy tranquila, pero mi marido piensa que es nuestro deber hacerle llegar esta información. Naturalmente, lo hacemos por completo sin prejuicio.

Le saluda atentamente,

—La dama parece extrañamente preocupada por su deber —dijo Dalglish—, y es un poco difícil ver qué quiere decir con «sin prejuicio». Me parece que su marido tiene mucho que ver con esta carta, incluida la fraseología, pero no ha conseguido decidirse a firmarla. De todos modos, envié a ese joven novato impaciente, Robson, a que investigara, y no tengo dudas de que se divirtió muchísimo. Consiguí convencerlos de que la noche en cuestión no tiene nada que ver con el asesinato y que lo más conveniente para

los intereses del hotel será olvidarlo todo. No es tan sencillo como todo eso, sin embargo. Robson llevó algunas fotos, una o dos de ellas tomadas en la kermés, y confirmaron una pequeña teoría bastante interesante. ¿Tiene alguna idea de quién era la compañera en el pecado del joven Maxie?

—¿No sería la señorita Bowers, señor?

—Lo era. Esperaba poder sorprenderlo.

—Bueno, señor, si tenía que ser alguien de aquí, ella era la única. No hay prueba alguna de que el doctor Maxie y Sally Jupp hubieran estado

andando juntos. Y esto fue hace casi un año.

—¿Así que no se siente dispuesto a darle mucha importancia?

—Bueno, a los jóvenes de hoy no parece preocuparles tanto como me enseñaron a mí.

—No es que pequen menos, sino que se toman sus pecados más a la ligera. Pero no tenemos ninguna prueba de que ése sea el caso de la señorita Bowers. Es fácil que lo que ocurrió la haya afectado mucho. No me impresiona como una persona poco convencional, está muy enamorada y no se destaca por su habilidad para ocultarlo. Pienso que

está desesperadamente ansiosa por casarse con el doctor Maxie y, a fin de cuentas, sus probabilidades han aumentado a partir del sábado por la noche. Estaba presente durante la escena en el salón. Era consciente de lo que podía perder.

—¿Piensa que el asunto todavía sigue, señor?

El sargento Martín nunca conseguía ser más explícito respecto de estos pecados de la carne. Había visto y oído lo suficiente en treinta años de labor policial como para haber destrozado las ilusiones de la mayoría de los hombres, sin embargo era de un carácter duro

pero bondadoso y nunca podía creer que los hombres fuesen tan malos o tan débiles como lo demostraban conscientemente las evidencias.

—Me parecería muy poco probable. Es factible que, ese fin de semana, haya sido su única excursión por la pasión. Quizá no fue particularmente exitosa. Tal vez fue, como usted tan poco generosamente sugiere, una mera fruslería. Pese a todo es una complicación. El amor, esa clase de amor, siempre es una complicación. Catherine Bowers es el tipo de mujer que le dice a su hombre que hará cualquier cosa por él, y a veces lo hace.

—Sin embargo, ¿podría haber sabido acerca de los comprimidos, señor?

—Nadie admite habérselo dicho y creo que decía la verdad cuando expresó que no sabía nada. Sally Jupp pudo habérselo dicho pero no se trataban demasiado, en realidad no se trataban para nada, por lo que veo, y parece improbable. Pero eso no prueba nada. La señorita Bowers debe haber sabido que había pastillas para dormir de alguna clase en la casa y dónde era probable que las guardaran, y lo mismo puede decirse del señor Hearne.

—Parece raro que pueda quedarse

por aquí.

—Eso probablemente significa que cree que uno de los de la familia lo hizo y quiere estar cerca para evitar que pensemos lo mismo. Puede saber realmente quién lo hizo. Si es así, no es probable que se le escape, me temo. Hice que Robson lo investigara también. Su informe, quitándole la jerga psicológica sobre todos los que entrevistó, es en buena medida lo que yo esperaba. Aquí está. Todos los detalles acerca de Felix Georges Mortimer Hearne. Tiene un muy buen historial de guerra, claro. Dios sabe cómo lo hizo o qué le hizo a él. A partir de 1945 parece

haber revoloteado por ahí escribiendo un poco y sin hacer mucho más. Es socio en Hearne & Illingworth, la editorial. Su bisabuelo era el viejo Mortimer Hearne que fundó la firma. Su padre se casó con una francesa, *mademoiselle* Annette D'Apprius, en 1919. El matrimonio aportó más dinero a la familia. Felix nació en 1921. Se educó en los colegios habituales y caros. Conoció a la señora Riscoe a través de su esposo que estaba en su mismo colegio, aunque era bastante menor, y por lo que pudo averiguar Robson, nunca vio a Sally Jupp hasta que la conoció en esta casa. Tiene una casita muy agradable en

Greenwich, fiel a su tipo como ve, y un ex ordenanza del ejército a su servicio. Los rumores dicen que él y la señora Riscoe son amantes, pero no hay pruebas, y Robson dice que por el lado de su criado no se podría averiguar nada. Dudo que haya algo que averiguar. Es seguro que la señora Riscoe mentía cuando dijo que pasaron juntos toda la noche del sábado. Supongo que Felix Hearne pudo haber asesinado a Sally Jupp para evitarle una vergüenza a la señora Riscoe, pero un jurado no lo creería y yo tampoco.

—¿No hay ninguna mención de que tuviera la droga en su poder?

—Ninguna en absoluto. No creo que haya muchas dudas de que la droga usada para narcotizar a Sally Jupp vino del frasco que se sacó del botiquín del señor Maxie. Sin embargo, hay otros que también la tuvieron. El frasco de Martingale pudo haber sido escondido de esa forma melodramática como una pantalla. Según el doctor Epps, le recetó Sommeil al señor Maxie, a sir Reynold Price y a la señorita Pollack del St. Mary. Ninguno de estos insomnes puede dar cuenta de la dosis correcta. No me sorprende. La gente es muy descuidada con las medicinas. ¿Dónde está ese informe? Sí, aquí estamos. Del señor

Maxie ya sabemos todo. Sir Reynold Price. Su Sommeil fue recetado en enero de este año y despachado por Goodliffes de la City el catorce de enero. Tenía veintitrés comprimidos de doscientos miligramos, y dice que tomó alrededor de la mitad y se olvidó del resto. Aparentemente su insomnio se curó pronto. El sentido común indicaría que era de él el frasco con nueve comprimidos que estaba en su abrigo y encontró el doctor Epps. Sir Reynold está dispuesto a reconocerlos como suyos sin poder recordar habérselos echado al bolsillo. No es un sitio muy común donde guardar pastillas para

dormir, pero a veces pasa la noche fuera de casa y dice que probablemente las cogió apurado. Lo sabemos todo acerca de sir Reynold Price, nuestro hombre de negocios y granjero local, con pérdidas calculadas en esa segunda actividad para compensar sus ganancias en la primera. Echa pestes sobre lo que él llama la profanación de Chardfleet New Town desde un seudocastillo victoriano tan feo que me sorprende que nadie haya formado un fideicomiso para preservarlo. Sir Reynold sin duda es un filisteo pero, creo yo, no un asesino. No cabe duda de que no tiene ninguna coartada para el sábado pasado por la

noche y todo lo que sabemos por su personal es que dejó su casa alrededor de las diez y no volvió hasta el domingo por la mañana temprano. Sir Reynold se siente tan culpable y turbado por esta ausencia, está tratando de un modo tan patente de conservar una reticencia caballeresca, que creo que podemos suponer que hay de por medio una «mujercita». Cuando realmente lo presionemos y comprenda que hay en juego una acusación de asesinato, creo que tendremos el nombre de la dama. Estas excursiones de una sola noche son bastante habituales en él y no creo que tuvieran nada que ver con Jupp.

Difícilmente se pondría en evidencia llevando su Daimler en una visita subrepticia a Martingale.

»Sabemos acerca de la señorita Pollack. Parece haber considerado las pastillas como debería un cocainómano considerar la cocaína pero muy pocas veces lo hace. Luchó mucho tiempo con los males gemelos de la tentación y el insomnio y terminó tratando de tirar el Sommeil por el inodoro. La señorita Liddell la disuade y las devuelve al doctor Epps. El doctor Epps, de acuerdo nuevamente con Robson, piensa que se las pueden haber devuelto, pero no está seguro. No había suficiente cantidad

como para constituir una dosis realmente peligrosa, y tenían su etiqueta. Horriblemente descuidado por parte de alguien, pero después de todo la gente es descuidada. Y el Sommeil, claro, no está en el D.D.A.^[2]. Además, sólo se necesitaron tres comprimidos para narcotizar a Sally Jupp, y el sentido común indicaría que provenían del frasco de Martingale.

—Lo que nos lleva de vuelta a los Maxie y sus invitados.

—Naturalmente. Y no es un crimen tan estúpido como parece. A menos que podamos encontrar esas pastillas y alguna prueba de que uno de los Maxie

las administró, no hay esperanza de conseguir una condena. Es fácil ver cómo sería la cosa. Sally Jupp sabía acerca de las pastillas. Las pudo haber tomado ella misma. Fueron puestas en la taza de la señora Riscoe. No hay pruebas de que estaban destinadas a Sally Jupp. Cualquiera pudo haber entrado en la casa durante la kermés y quedarse al acecho de la chica. Ningún motivo adecuado. Otros tenían acceso al Sommeil. Por lo que sé hasta el momento, él podría tener razón.

—Pero si el asesino hubiese usado más pastillas y matado a la chica de esa manera, entonces podría no haber

habido sospecha de asesinato.

—No podría hacerse. Esos barbitúricos son de una acción muy lenta si se quiere matar. La chica podría haber estado en coma durante días y luego recuperarse. Cualquier médico lo sabría. Por otra parte, sería difícil asfixiar a una chica joven y sana, o hasta entrar en su habitación inadvertido, a menos que estuviese narcotizada. La combinación era arriesgada para el asesino, pero no tanto como uno de los métodos por sí solo. Además, dudo que alguien pudiese tragarse una dosis fatal sin sospechar algo. El Sommeil se supone que es menos amargo que la

mayoría de estas píldoras para dormir, pero no carece de sabor. Es por eso, probablemente, que Sally Jupp dejó la mayor parte de su chocolate. Difícilmente pudo haberse sentido soñolienta habiendo tomado una dosis tan pequeña, y sin embargo murió sin luchar. Eso es lo curioso. Quienquiera que entró en ese dormitorio debió haber sido aguardado por Jupp o al menos no temido. Y si eso fuera así, ¿por qué narcotizarla? Puede no haber conexión, pero realmente es demasiada casualidad que alguien colocara en su bebida una dosis peligrosa de barbitúrico la misma noche en que alguien más decide

estrangularla. Además, está la extraña distribución de las huellas dactilares. Alguien bajó por ese caño de la chimenea, pero las únicas huellas son las de la misma Jupp y posiblemente no sean recientes. La lata de chocolate apareció vacía en el cubo de basura y sin su forro de papel. La lata tenía las huellas de Jupp y Bultitaft. La cerradura del dormitorio sólo tiene una huella de Jupp, aunque está muy emborronada. Hearne dice que protegió la cerradura con su pañuelo cuando abrió la puerta lo que, dadas las circunstancias, muestra cierta presencia de ánimo. Quizá demasiada presencia de ánimo. De todas

esas personas, Hearne es el que menos probablemente perdería la cabeza o pasaría por alto cualquier punto esencial.

—Algo le había alterado bastante para el momento del interrogatorio.

—En efecto, sargento. Yo podría haber reaccionado de un modo más positivo ante su comportamiento ofensivo si no hubiera sabido que no era más que miedo. A algunos les afecta así. El pobre diablo casi daba lástima. Viniendo de él, fue una exhibición sorprendente. Hasta Proctor se comportó mejor y Dios sabe que estaba bastante asustado.

—Sabemos que Proctor no pudo haberlo hecho.

—Presumiblemente también Proctor lo sabe. Sin embargo, mentía sobre unas cuantas cosas y cuando llegue el momento lo quebraremos. Creo que decía la verdad sobre esa llamada de teléfono, o al menos parte de la verdad. Tuvo mala suerte en que su hija atendiera la llamada. Si él hubiera contestado el teléfono, dudo que nos hubieran hablado de ella. Aún afirma que la llamada fue de la señorita Liddell, y Beryl Proctor confirma que quien llamó dio ese nombre. Primero Proctor nos dice a su mujer y a nosotros

que simplemente le llamaba para darle noticias de Sally. Cuando le interrogamos de nuevo y le decimos que Liddell niega haber hecho esa llamada, aún persiste en que la llamada era de ella o de alguien que se hacía pasar por ella, pero admite que le dijo que Sally estaba comprometida con Stephen Maxie. Ése sí hubiese sido un motivo más razonable para la llamada que un informe general sobre cómo andaba su sobrina.

—Es interesante cuánta gente afirma haber sabido de este compromiso antes de que efectivamente tuviese lugar.

—O antes del momento en que

Maxie admite que tuvo lugar. Aún insiste en que se le declaró como resultado de un impulso cuando se encontraron en el jardín a eso de las siete y cuarenta del sábado por la noche, y que nunca antes había pensado en pedirle que se casara con él. Eso no significa que ella no lo hubiese pensado. Hasta podría haberlo esperado. Pero con seguridad era buscarse problemas difundir las buenas noticias por adelantado. ¿Y qué motivo posible tenía para decírselo a su tío como no fuera un deseo comprensible de regocijarse de él o desconcertarlo? Y aun así, ¿por qué simular ser la señorita Liddell?

—¿Entonces está convencido de que Sally Jupp hizo esa llamada, señor?

—Bueno... ¿se nos ha dicho, no es cierto, qué buena imitadora era? Creo que podemos tener la certeza de que Jupp hizo esa llamada y es importante que Proctor todavía no esté dispuesto a admitirlo. Otro misterio menor, que muy probablemente nunca aclararemos, es dónde pasó las horas Sally Jupp entre el momento en que acostó a su hijo el sábado por la noche y su aparición final en la escalera principal de Martingale. Nadie admite haberla visto.

—¿No es probable, por eso, que se quedara en su cuarto con Jimmy y luego

bajara para buscar su última bebida de la noche cuando sabía que Martha se había acostado y no habría moros en la costa?

—Por cierto que es la explicación más probable. Difícilmente hubiera resultado bienvenida en el salón o en la cocina. Quizá quería estar sola. ¡Sabe Dios que debe haber tenido bastante en que pensar!

Permanecieron sentados en silencio por un momento. Dalglish reflexionó sobre la extraña diversidad de claves que le resultaban destacadas en el caso. Estaba la renuencia de Martha a extenderse sobre los defectos de Sally.

Estaba el frasco de Sommeil enterrado apresuradamente en la tierra. Había una lata vacía de chocolate, una chica de pelo dorado riendo hacia Stephen Maxie mientras él recuperaba el globo de un chico enredado en un olmo de Martingale, una llamada telefónica anónima y una mano enguantada brevemente entrevista cuando cerraba la trampilla del henil de Bocock. Y en el corazón del misterio, la clave que podía aclarar todo, estaba la personalidad compleja de Sally Jupp.

Capítulo VIII

1

LA lista del jueves por la mañana en el St. Luke había sido pesada y no fue hasta sentarse a almorzar que Stephen Maxie se acordó de Sally. Entonces, como siempre, el recuerdo cayó como un cuchillo, cortando el apetito, aislándolo del placer

despreocupado y poco exigente de la vida de todos los días. La conversación en la mesa sonaba falsa; una andanada de trivialidades destinadas a encubrir la incomodidad de sus colegas ante su presencia. Los periódicos estaban demasiado cuidadosamente plegados para evitar que un titular fortuito llamara la atención sobre la presencia entre ellos de un sospechoso de asesinato. Lo incluían con mucho cuidado en su conversación. No demasiado, para que no pensara que le tenían lástima. No demasiado poco, para que no pensara que le evitaban. La carne en su plato era tan insulsa como el cartón. Hizo un

esfuerzo y tragó unos pocos bocados más (no sería conveniente que el sospechoso rechazara la comida) y desdeñó ostentosamente el budín. Sentía la necesidad de acción. Si la policía no podía forzar el desenlace de este asunto, quizás él pudiese. Murmuró una disculpa y dejó a los residentes con sus especulaciones. ¿Y por qué no? ¿Era tan sorprendente que quisieran hacerle la pregunta crucial? Su madre, la mano sobre la suya en el teléfono, la cara devastada vuelta hacia él en desesperada indagación, había querido preguntarle lo mismo. Y él había contestado: «No necesitas preguntar. No

tengo nada que ver. Lo juro».

Tenía una hora libre y sabía lo que quería hacer. El secreto de la muerte de Sally debía encontrarse en su vida, y probablemente en su vida anterior a la llegada a Martingale. Stephen estaba convencido de que la clave estaría en el padre del bebé, si tan sólo se le pudiera encontrar. No analizó sus motivos: si su impulso por encontrar a un desconocido tenía sus raíces en la lógica, la curiosidad o los celos. Bastaba con hallar alivio en la acción, no importaba lo estériles que fueran sus resultados.

Recordaba el nombre del tío de Sally pero no su dirección completa y le

llevó un tiempo recorrer los Proctor en busca de un número de Canningbury. Una mujer contestó con la voz tiesa, artificial de quien no está acostumbrado al teléfono. Cuando se dio a conocer hubo un silencio tan largo que pensó que debían haber cortado. Sintió su desconfianza como un impulso físico a través del cable y trató de calmarla. Como aún vacilaba, le sugirió que quizás ella preferiría que llamara más tarde y hablara con su esposo. La propuesta no había querido ser una amenaza. Sólo había imaginado que era una de esas mujeres incapaces de realizar por sí misma hasta las acciones

más simples. Pero el resultado de su sugerencia fue sorprendente. Dijo rápidamente, «¡Oh! ¡No! ¡No!». Eso no era necesario. El señor Proctor no quería hablar sobre Sally. No serviría de nada llamarlo. Después de todo no podía haber ningún daño en decirle al señor Maxie lo que quería saber. Sólo que sería mejor que el señor Proctor no supusiese que había telefoneado. Entonces le dio la dirección que Stephen quería. Cuando se quedó embarazada, Sally estaba trabajando para el Club del Libro Escogido, en Falconer's Yard, en la City.

El Club del Libro Escogido tenía sus

oficinas en un patio cerca de la catedral de St. Paul. Se llegaba a través de un pasillo estrecho, oscuro y difícil de encontrar, pero el patio mismo estaba lleno de luz y era tan tranquilo como el recinto de una catedral de provincia. El machacante *crescendo* del tráfico de la ciudad se reducía a un suave quejido como el sonido lejano del mar. El aire estaba lleno del olor del río. No había ninguna dificultad para encontrar la casa buscada. Del lado soleado del patio en un pequeño mirador, contra el fondo de una tela drapeada de un púrpura violáceo estaban dispuestas, con una estudiada informalidad, las selecciones

del Club del Libro Escogido. El nombre del club había sido cuidadosamente elegido. Libros Escogidos surtía a esa clase de lector a quien le gusta una buena historia sin preocuparse demasiado por quién la escribe, prefiere que se le evite la fatiga de elegir personalmente, y cree que una biblioteca de volúmenes de igual tamaño y encuadernados exactamente del mismo color le da tono a cualquier habitación. Libros Escogidos prefería ver recompensada la virtud y el vicio debidamente castigado. Se alejaban de la lujuria, evitaban la controversia y no se arriesgaban con escritores que no

fueran de nombre. No era sorprendente que con frecuencia tuviesen que buscar muy atrás en los catálogos de las editoriales para presentar su última selección. Stephen observó que sólo unos pocos de los libros elegidos habían llevado originariamente el sello de Hearne & Illingworth; le sorprendió que hubiera alguno.

Los escalones de la puerta de entrada estaban recién lavados y la puerta abierta llevaba a una oficina pequeña obviamente amueblada para aquellos clientes que preferían retirar personalmente su libro mensual.

Cuando Stephen entró, un clérigo

anciano estaba sufriendo la prolongada y vivaz despedida de la mujer a cargo que estaba decidida a que no se escaparía hasta que se le explicaran en detalle los méritos de la última selección, incluidos los detalles de la trama y el final sorpresa realmente asombroso. Hecho esto, estaban los miembros de su familia por los que preguntar y solicitarle su opinión sobre la selección del mes pasado. Stephen esperó con paciencia que esto terminara y que la mujer estuviera en libertad para volver a él su mirada decidida y brillante. Una pequeña tarjeta enmarcada sobre el escritorio la señalaba como la señorita

Titley.

—Lamento tanto haberle hecho esperar. ¿Usted es un cliente nuevo, no es cierto? ¿No creo haber tenido antes el placer? Con el tiempo llego a conocerlos a todos y todos me conocen. Ése era el canónigo Tatlock. Un cliente muy querido. Pero no se le puede apresurar, sabe. No se le puede apresurar.

Stephen puso en juego todo su encanto y explicó que quería ver a quien estuviera al frente. El asunto era personal y muy importante. No estaba tratando de vender nada y realmente no iba a tomar mucho tiempo. Lamentaba no

poder ser más explícito, pero era realmente importante. «Para mí, al menos», agregó con una sonrisa.

La sonrisa tuvo éxito. Siempre lo tenía. La señorita Titley, vuelta aturdidamente a la normalidad por lo insólito, se retiró a la parte trasera de su oficina e hizo una llamada telefónica disimulada. Fue un poco prolongada. Le echó varias miradas durante la conversación como para asegurarse de su respetabilidad. Finalmente colgó y regresó con la noticia de que la señorita Molpas estaba dispuesta a recibirlo.

La señorita Molpas tenía su oficina en el tercer piso. La escalera cubierta de

droguete era empinada y angosta, y Stephen y la señorita Titley tenían que hacerse a un lado en los descansillos mientras pasaban a su lado las empleadas. No se veían hombres. Cuando finalmente fue introducido en la habitación de la señorita Molpas vio que ésta había elegido bien. Tres tramos de escalera empinados eran un precio bajo a pagar por esta vista por encima de los techos de la ciudad, esa vislumbre de una cinta de plata abriéndose paso desde Westminster. La señorita Titley susurró una presentación tan reverente como inarticulada y se esfumó. Detrás de su escritorio, la

robusta señorita Molpas se puso de pie y con la mano le indicó una silla. Era una mujer baja, morena, de una notable fealdad. Su cara era grande y redonda, el pelo cortado en un flequillo grueso y recto sobre las cejas. Usaba gafas de carey tan grandes y pesadas que parecían una ayuda obvia para la caricatura. Estaba vestida con una falda corta de *tweed* y camisa blanca de hombre con una corbata tejida amarilla y verde que a Stephen le recordó desagradablemente una oruga aplastada. Pero al hablar tenía una de las voces más agradables que jamás había escuchado en una mujer, y la mano que

le tendió era fresca y firme.

—¿Usted es Stephen Maxie, no es cierto? Vi su foto en el *Echo*. La gente anda diciendo que mató a Sally Jupp. ¿Lo hizo?

—No —dijo Stephen—. Y tampoco lo hizo ningún miembro de mi familia. No vine para discutir eso. La gente puede creer lo que quiera. Quería saber algo más sobre Sally. Pensé que usted podría ayudar. Es el bebé lo que realmente me preocupa. Ahora que no tiene madre parece importante tratar de encontrar a su padre. Nadie se ha presentado, pero se me ocurrió que el hombre puede no estar enterado. Sally

era muy independiente. Si él no lo sabe y quisiera hacer algo por Jimmy, bueno, creo que habría que darle la oportunidad.

La señorita Molpas le empujó una cajetilla de cigarrillos a través de la mesa.

—¿Fuma? ¿No? Bueno, yo sí. ¿Se está entrometiendo un poquito, no es cierto? Mejor aclare sus propios motivos. No puedo creer que el hombre no lo supiese. ¿Por qué no habría de saberlo? De todos modos ahora ya debe estar enterado. Ha habido suficiente publicidad. La policía estuvo aquí siguiendo el mismo rumbo pero no creo

que estén interesados en el bienestar de la criatura. Más probablemente busquen un motivo. Son muy concienzudos. Haría mejor en dejar que se ocupen ellos.

Así que la policía había estado allí. Era estúpido e irracional suponer lo contrario, pero la noticia le resultó deprimente. Siempre estarían un paso más adelante. Resultaba presuntuoso suponer que había algo importante por descubrir acerca de Sally que la policía, experimentada, perseverante e infinitamente paciente, no hubiese ya encontrado. Se le debe haber notado la decepción en la cara porque la señorita Molpas lanzó una carcajada.

—¡Arriba ese ánimo! Todavía puede ganarles de mano. No es que yo pueda ayudarle mucho. A la policía le conté todo lo que sabía y lo anotaron muy cuidadosamente, pero me di cuenta de que no les estaba llevando a ninguna parte.

—Excepto a asentar la culpa más firmemente donde ya creen que se encuentra, en alguien de mi familia.

—Bueno, ciertamente no se encuentra en nadie de aquí. Ni siquiera puedo pensar un posible padre para el chico. Aquí no tenemos ni un solo hombre. Es cierto que quedó embarazada mientras trabajaba aquí,

pero no me pregunte cómo.

—¿Cómo era realmente, señorita Molpas? —preguntó Stephen.

Le costó hacer la pregunta, ya que se daba cuenta de lo absurda que era. Todos preguntaban lo mismo. Era como si, en el corazón de este laberinto de pruebas y dudas, al fin se encontraría a alguien que pudiese decir «Ésta era Sally».

La señorita Molpas le miró con curiosidad.

—Usted debería saber cómo era. Estaba enamorado de ella.

—De estarlo hubiese sido la última persona en saberlo.

—Pero no lo estaba.

Fue una afirmación, no una pregunta impertinente, y Stephen la enfrentó con una franqueza que le sorprendió.

—La admiraba y quería acostarme con ella. Supongo que no llamaría amor a eso. Al no haber sentido nada más que eso por ninguna mujer, no sabría decirle.

La señorita Molpas se volvió y miró por la ventana al río.

—Yo me conformaría con eso. Dudo que alguna vez llegue a sentir algo más. A los de su tipo no les ocurre.

Se volvió nuevamente hacia él y habló más energicamente:

—Pero usted me preguntaba qué

pensaba de ella. También la policía. La respuesta es la misma. Sally Jupp era linda, inteligente, ambiciosa, taimada e insegura.

—Parece haberla conocido muy bien —dijo Stephen suavemente.

—En realidad no. No era fácil de conocer. Trabajó aquí durante tres años y cuando se fue no sabía más sobre las circunstancias de su hogar que el día en que la contraté. Contratarla fue un experimento. Probablemente haya notado que aquí no tenemos gente joven. Son difíciles de conseguir salvo si se les paga el doble de lo que valen y no se concentran en su trabajo. No las culpo.

Sólo tienen unos pocos años para encontrar marido y éste no es un terreno de caza prometedor. También pueden ser crueles, si se las pone a trabajar con una mujer mayor. ¿Alguna vez ha visto a gallinas jóvenes picoteando un pájaro herido? Y bien, aquí sólo empleamos pájaros viejos. Pueden ser un poco lentas, pero son metódicas y fiables. El trabajo no requiere mucha inteligencia. Sally era demasiado buena para el puesto. Nunca comprendí por qué se quedó. Trabajaba para una agencia de secretarias después de haber terminado su aprendizaje y vino aquí como una ayuda temporal cuando nos quedamos

cortas de personal durante una epidemia de gripe. Le gustó el trabajo y pidió quedarse. El Club crecía y el trabajo justificaba otra taquígrafa. De modo que la contraté. Como le dije, fue un experimento. Era la única integrante del personal menor de cuarenta y cinco años.

—Quedarse en este trabajo a mí no me sugiere ambición —dijo Stephen—. ¿Por qué piensa que era taimada?

—La observaba y la escuchaba. Somos más bien una colección de venidas a menos aquí y ella debe haberlo sabido. Pero era astuta, sí que lo era nuestra Sally. «Sí, señorita Titley.

Por cierto, señorita Croome. ¿Puedo alcanzárselo, señorita Melling?». Recatada como una monja y respetuosa como una criada victoriana. Naturalmente las tenía a las pobres tontas haciendo lo que ella quería. Decían qué agradable que era tener alguien joven en la oficina. Le compraban regalos de aniversario y de Navidad. Le hablaban sobre su carrera. ¡Hasta le pedían consejos acerca de su ropa! ¡Como si le importara un pepino lo que nos poníamos o lo que pensábamos! La hubiera considerado una tonta si lo hubiera hecho. Era una buena actuación. No fue del todo

sorprendente que al cabo de unos pocos meses de Sally tuviésemos una mala atmósfera en la oficina. Posiblemente no se trate de un fenómeno que usted haya experimentado. Puede creerme que no es nada cómodo. Hay tensiones, confidencias susurradas, comentarios con púas, enemistades carentes de explicación. Viejos aliados que ya no se hablan. Surgen amistades incongruentes. Hace estragos en el trabajo, naturalmente, pese a que hay gente que parece prosperar en medio de eso. No es mi caso. Comprendí cuál era el problema. Las había metido a todas en una confusión de celos, y las pobres

tontas no se daban cuenta. La querían realmente. Creo que la señorita Melling la amaba. Si Sally confió en alguien lo de su embarazo habría sido en Beatrice Melling.

—¿Podría hablar con la señorita Melling? —preguntó Stephen.

—No a menos que sea vidente. Beatrice Melling murió tras una operación sencilla de apendicitis la semana después de que se fuera Sally. Se fue, de paso, sin siquiera decirle «adiós». ¿Usted cree que se puede llegar a morir de un corazón partido, doctor Maxie? No, claro que no.

—¿Qué ocurrió cuando Sally quedó

embarazada?

—Nada. Nadie lo supo. Difícilmente constituyamos la comunidad más adecuada para percibir ese tipo de problemas. ¡Y Sally! ¡La sumisa, virtuosa, silenciosa pequeña Sally! Noté que por unas semanas pareció pálida y hasta más delgada que de costumbre. Después estaba más linda que nunca. Tenía una especie de resplandor. Debía llevar unos cuatro meses de embarazo cuando se fue. Me dio su semana de preaviso y me pidió que no se lo dijera a nadie. No me dio razones y no se las pedí. Francamente, fue un alivio, no tenía ninguna excusa tangible para

deshacerme de ella, pero desde hacía algún tiempo sabía que el experimento había sido un fracaso. Se fue a su casa un viernes y el lunes le dije al resto del personal que se había ido. Sacaron sus propias conclusiones pero nadie, que yo sepa, sacó la correcta. Tuvimos una trifulca espléndida. La señorita Croome acusó a la señorita Melling de haber alejado a la chica por ser demasiado posesiva y por su afecto anormal. Para ser justa con la señorita Croome, creo que no quería decir nada más siniestro que Jupp se veía obligada a comer su almuerzo de emparedados en compañía de Melling cuando en realidad hubiera

preferido ir al Lyon's más próximo con Croome.

—¿De modo que no tiene ninguna idea de quién era el hombre ni dónde podría haberlo conocido?

—Ninguna en absoluto. Salvo que se encontraban los sábados por la mañana. Me enteré de eso por la policía. Aquí trabajamos una semana de cinco días y la oficina nunca está abierta los sábados. Aparentemente, Sally les dijo a su tío y su tía que sí. Venía a la ciudad casi todos los sábados por la mañana como para trabajar. Fue un engaño hábil. Al parecer, no se tomaban ningún interés en su trabajo y, aunque hubiesen querido

llamarla un sábado por la mañana, la presunción hubiera sido que no había quedado nadie para atender el teléfono. Sally era una pequeña mentirosa astuta.

La antipatía en su voz era seguramente demasiado amarga como para no ser el resultado de una herida personal. Stephen se preguntó qué más podía decirse de la vida de oficina de Sally.

—¿Le sorprendió enterarse de su muerte? —preguntó.

—Tan sorprendida y conmovida como uno se siente usualmente cuando algo tan horrible e irreal como el asesinato alcanza a su propio mundo.

Cuando me puse a pensarlo me resultó menos sorprendente. En cierta manera parecía una candidata natural para el asesinato. Lo que sí me asombró fue la noticia de que era una madre soltera. Me impresionaba como demasiado cuidadosa, demasiado maquinadora para tener ese tipo de problema. Habría dicho también que era sexualmente fría antes que lo opuesto. Tuvimos un incidente curioso cuando llevaba aquí unas semanas. Entonces el empaquetado se hacía en el sótano y el empaquetador era un hombre. Se trataba de un hombrecillo tranquilo, maduro, pequeño, con unos seis hijos. No lo veíamos

mucho, pero a Sally se la envió con un mensaje a la sala de empaquetado. Aparentemente le hizo algún tipo de propuesta sexual. No puede haber sido nada serio. El hombre estaba sinceramente sorprendido cuando se le despidió por eso. A lo mejor simplemente trató de besarla. Nunca supe la historia completa. Pero por el lío que armó se podía pensar que le había arrancado la ropa y la había violado. Era muy meritorio de su parte estar tan escandalizada, pero la mayoría de las chicas de hoy parecen capaces de enfrentar una situación así sin volverse histéricas. Y esa vez no estaba actuando.

Era real, en serio. No se puede confundir el temor y la repugnancia verdaderos. Sentí algo de lástima por Jelks. Por suerte un hermano mío tiene un negocio en Glasgow, la ciudad natal de este hombre, y pude conseguirle algo allí. Le va bien y sin duda, aprendió su lección. Pero, créame, Sally Jupp no era ninguna ninfómana.

Eso Stephen ya lo sabía por experiencia propia. No había más que averiguar de la señorita Molpas. Ya llevaba más de una hora fuera del hospital y Standen se estaría poniendo impaciente. Se despidió y se arregló solo para llegar hasta la oficina de la

planta baja. La señorita Titley seguía en su puesto y acababa de tranquilizar a un suscriptor quejoso cuyos últimos tres libros no le habían satisfecho. Stephen esperó un momento mientras terminaban su conversación. Las prolijas hileras de volúmenes de lomo oscuro despertaron algo en su memoria. Alguien a quien conocía estaba suscripto a Libros Escogidos. No era nadie del hospital. Metódicamente dejó que su mente recorriera las bibliotecas de sus amigos y conocidos y con el tiempo tuvo la respuesta.

—Me temo que no tengo mucho tiempo para leer —le dijo a la señorita

Titley—. Pero los libros parecen tener mucho valor. Creo que uno de mis amigos es miembro. ¿Alguna vez ve a sir Reynold Price?

Efectivamente la señorita Titley veía a sir Reynold. Sir Reynold era un miembro muy estimado. Venía en persona a buscar sus libros mensuales y sostenían unas conversaciones tan interesantes; un hombre encantador, en todo sentido, sir Reynold Price.

—Me pregunto si alguna vez se encontró aquí con la señorita Sally Jupp —preguntó Stephen tímidamente.

Supuso que causaría cierta sorpresa, pero la reacción de la señorita Titley fue

inesperada. Estaba afrentada. Con infinita gentileza pero gran firmeza explicó que la señorita Jupp no podía haberse encontrado con sir Reynold Price en Libros Escogidos. Ella, la señorita Titley, estaba a cargo de la oficina de atención al público. Tenía ese puesto desde hacía ya más de diez años. Todos los clientes conocían a la señorita Titley y la señorita Titley los conocía a ellos. Tratar personalmente con los clientes era un trabajo que requería tacto y experiencia. La señorita Molpas confiaba completamente en la señorita Titley y jamás soñaría en poner a otra persona en la oficina para el público. La

señorita Jupp, concluyó la señorita Titley, sólo había sido la menor de la oficina. No era más que una chica sin experiencia.

Y Stephen tuvo que contentarse con esta despedida irónica.

Eran casi las cuatro cuando Stephen volvió al hospital. Al pasar por el cuarto del conserje, Colley le llamó y se inclinó sobre el mostrador con la cautela de un conspirador. Sus viejos ojos bondadosos se veían preocupados. Stephen recordó que la policía había estado en el hospital. Seguramente hablaron con Colley. Se preguntó cuánto daño podría haber hecho el viejo por

una determinación demasiado leal de no revelar nada. Y no había nada que revelar. Sally había estado en el hospital una sola vez. Colley sólo podía haber confirmado lo que la policía ya sabía. Pero el conserje estaba hablando.

—Hubo una llamada para usted, señor. Era de Martingale. La señorita Bowers dijo si por favor podía llamar en cuanto llegara. Es urgente, señor.

Stephen reprimió el pánico y se obligó a recorrer con la vista el estante de las cartas como si esperase una antes de replicar:

—¿La señorita Bowers dejó un mensaje, Colley?

—No, señor. Ningún mensaje.

Decidió hablar desde la cabina del teléfono público del vestíbulo. Allí tenía mayor posibilidad de intimidad si bien estaba completamente a la vista de Colley. Contó las monedas necesarias con deliberación antes de entrar en la cabina. Como siempre, hubo una ligera demora en conseguir hablar con la centralita de Chadfleet, pero en Martingale, Catherine debía estar sentada al lado del teléfono. Contestó casi antes de que hubiera sonado la campanilla.

—¿Stephen? Gracias a Dios que has vuelto. Mira, puedes venir a casa en

seguida. Alguien ha tratado de matar a Deborah.

2

MIENTRAS tanto, en el saloncito del 17 de Windermere Crescent, el inspector Dalglish enfrentaba a su hombre y se acercaba implacablemente al momento de la verdad. En la cara de Victor Proctor se veía la mirada del animal atrapado que sabe que tiene cerrada su última salida, pero aún no puede volverse y enfrentar el fin. Sus ojitos oscuros se movían inquietos de un lugar a otro. Habían desaparecido la

mirada y sonrisa propiciatorias. Ya no quedaba más que miedo. En los últimos minutos los surcos que iban de la nariz a la boca parecían haberse profundizado. En su cuello colorado, flaco como el de un pollo, la nuez de Adán se agitaba convulsivamente.

Dalglish lo apremiaba implacablemente:

—¿De modo que admite que era falsa la declaración que hizo a la Asociación de Ayuda a los Huérfanos de Guerra en la que afirmaba que su sobrina era una huérfana de guerra carente de medios?

—Supongo que debía de haber

mentonado las dos mil libras pero se trataba de capital y no de renta.

—¿Capital que usted había consumido?

—Tenía que criarla. Puede que me lo hayan dejado en fideicomiso para ella pero tenía que alimentarla, ¿no es cierto? Nunca tuvimos mucho dinero con que manejarnos. Consiguió la beca, pero todavía quedaba la ropa. Déjeme decirle que no me ha resultado fácil.

—¿Todavía insiste en que la señorita Jupp ignoraba que su padre había dejado esa cantidad?

—Entonces no era más que un bebé. Después pareció que no tenía sentido

decírselo.

—¿Porque para entonces usted ya había usado el dinero del fideicomiso en su propio provecho?

—Lo usé para ayudar a mantenerla, le digo. Tenía derecho a usarlo. Mi mujer y yo éramos los fideicomisarios e hicimos todo lo que pudimos por la chica. ¿Cuánto hubiese durado si lo hubiera recibido cuando cumplió los veintiuno? Le dimos de comer todos esos años sin otro centavo.

—Salvo las tres subvenciones de la Asociación de Ayuda a los Huérfanos de Guerra.

—Y bueno, ¿acaso no era una

huérfana de guerra? No nos dieron mucho. Sirvió para la ropa escolar, nada más.

—¿Y todavía niega haber estado en Martingale el sábado pasado?

—Ya se lo dije. ¿Por qué sigue atormentándome? No fui a la kermés. ¿Por qué habría de ir?

—Podría haber querido felicitar a su sobrina por su compromiso. Dice que la señorita Liddell llamó el sábado por la mañana temprano para contárselo. La señorita Liddell sigue negando haber hecho semejante cosa.

—¿Y qué le voy a hacer? Si no fue la Liddell, era alguien que se hizo pasar

por ella. ¿Cómo puedo saber quién era?

—¿Está bien seguro de que no era su sobrina?

—Le digo que era la señorita Liddell.

—¿Fue a ver a la señorita Jupp a Martingale como resultado de la conversación telefónica?

—No. Le insisto que no. Estuve todo el día montando en bicicleta.

Pausadamente Dalglish sacó dos fotografías de su cartera y las desplegó sobre la mesa. En cada una se veía un grupo de chicos entrando por los pesados portalones de hierro forjado de Martingale, sus caras desfiguradas por

amplias sonrisas falsas en un esfuerzo por convencer al fotógrafo oculto que allí estaba «el chico más feliz que entró a la kermés». A sus espaldas, algunos adultos entraban de forma menos espectacular. La figura furtiva, de impermeable y con las manos en los bolsillos, que se volvía hacia la taquilla, no estaba muy enfocada pero, sin embargo, resultaba inconfundible. Proctor adelantó a medias su mano izquierda como para romper en dos la foto y luego se hundió en su silla.

—Está bien —dijo—. Va a ser mejor que se lo diga. Estuve allí.

3

LLEVÓ un poco de tiempo arreglar que otros se ocuparan de su trabajo. No era la primera vez que Stephen envidiaba a aquellos cuyos problemas personales no siempre ocupaban un lugar secundario respecto de sus obligaciones profesionales. Para cuando los arreglos estuvieron terminados y hubo conseguido un coche prestado, sentía algo así como odio hacia el hospital y cada uno de sus exigentes e

insaciables pacientes. Todo hubiera sido más sencillo si hubiese podido haber hablado abiertamente de lo que ocurría, pero algo se lo impedía. Probablemente pensaban que la policía enviaba por él, que un arresto era inminente. Bueno, allá ellos. Que pensaran lo que maldita sea les viniera en gana. ¡Dios, le hacía feliz alejarse de un lugar donde a los vivos se los sacrifica permanentemente para mantener con vida a los medio muertos!

Más tarde no pudo recordar nada del viaje de vuelta a casa. Catherine le había dicho que Deborah estaba bien, que el intento había fallado, pero Catherine era una tonta. ¿Qué habían

estado haciendo todos para permitir que sucediera? Catherine había estado muy tranquila por teléfono, pero los detalles que dio, aunque claros, no explicaron nada. Alguien había entrado en la habitación de Deborah temprano por la mañana y tratado de estrangularla. Consiguió zafarse y gritó pidiendo ayuda. Martha llegó primero y Felix un segundo después. Para ese entonces, Deborah se había recuperado lo suficiente como para simular que se había despertado de una pesadilla. Pero era evidente que algo la había aterrorizado y pasó el resto de la noche en la habitación de Martha sentada junto

al fuego, con ventanas y puertas cerradas y su bata con el cuello levantado y cerrado fuertemente. Bajó a desayunar con un pañuelo de gasa al cuello pero, fuera de parecer pálida y cansada, estaba completamente serena. Fue Felix Hearne quien, sentado junto a Deborah durante el almuerzo, observó el borde de la magulladura por encima del pañuelo y luego consiguió que le dijera la verdad. Consultó con Catherine. Deborah les había rogado que no preocuparan a su madre y Felix estaba dispuesto a complacerla, pero Catherine insistió en enviar por la policía. Dalglish no estaba en el pueblo. Uno de

los agentes pensaba que él y el sargento Martin estaban en Canningbury. Felix no dejó más mensaje que pedir que Dalgliesh fuera a Martingale en cuanto le resultara conveniente. No le habían dicho nada a la señora Maxie. El señor Maxie ahora estaba demasiado enfermo como para dejarle solo mucho rato y tenían la esperanza de que la magulladura en el cuello de Deborah desapareciera antes de que su madre sospechara algo. Deborah, explicó Catherine, parecía más aterrada de perturbar a su madre que de ser atacada una segunda vez. Ahora estaban esperando a Dalgliesh, pero Catherine

pensaba que Stephen debía saber qué había ocurrido. No había consultado con Felix antes de llamarlo. Probablemente Felix no hubiera estado de acuerdo con que hiciera venir a Stephen. Pero era hora de que alguien se pusiera fuerte. Martha no sabía nada. Deborah estaba espantada de que pudiera negarse a permanecer en Martingale al conocer la verdad. Catherine no simpatizaba con esa actitud. Si es que andaba por ahí un asesino, Martha tenía derecho a protegerse. Era ridículo por parte de Deborah pensar que el ataque podía mantenerse en secreto por mucho más tiempo. Pero había amenazado con

negarlo todo si la policía se lo contaba a Martha o a su madre. Así que, por favor, podría Stephen venir en seguida y ver qué podía hacer. Catherine realmente no podía asumir ella misma más responsabilidad. Stephen no se sorprendió. Entre ambos, Hearne y Catherine parecían ya haber asumido demasiada responsabilidad. Deborah debía estar loca al tratar de ocultar una cosa así. A menos que tuviera sus propias razones. A menos que hasta el temor de una segunda tentativa fuera mejor que conocer la verdad. Mientras que sus manos y pies conducían con coordinación automática volante y

palanca de cambios, freno y acelerador, su mente, aguzada por la aprensión, formulaba sus preguntas. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde el grito de Deborah hasta la llegada de Martha... y de Felix? Martha dormía pared por medio. Era natural que se hubiera despertado primero. ¿Pero Felix? ¿Por qué estuvo de acuerdo en mantenerlo en secreto? Era una locura pensar que el asesinato y la tentativa de asesinato podían ser tratados como una de sus aventuras durante la guerra. Todos sabían que Felix era un maldito héroe, pero su tipo de heroísmo no era lo que se necesitaba en Martingale. A fin de

cuentas, ¿cuánto sabían acerca de él? Deborah se había comportado de una manera extraña. Gritar pidiendo ayuda no se correspondía con la Deborah que él conocía. En un tiempo se hubiera defendido con más furia que miedo. Pero recordó su cara afectada cuando se descubrió el cadáver de Sally, las súbitas arcadas, el tambalearse medio a ciegas hacia la puerta. Uno no podía adivinar cómo se comportaría la gente bajo tensión. Catherine se había comportado bien, Deborah mal. Pero Catherine estaba más familiarizada con la muerte violenta. ¿Y una conciencia más tranquila?

La pesada puerta principal de Martingale estaba abierta. La casa parecía extrañamente silenciosa. Sólo se escuchaba un murmullo de voces provenientes del salón. Cuando entró, cuatro pares de ojos se levantaron para mirarlo y escuchó el rápido suspiro de alivio de Catherine. Deborah estaba sentada en uno de los sillones de orejas frente al hogar. Catherine y Felix de pie detrás de ella. Felix erguido y vigilante, Catherine con sus brazos extendidos sobre el respaldo y las manos descansando sobre los hombros de Deborah en una actitud mitad protectora, mitad alentadora. Deborah no parecía

darse cuenta. Tenía la cabeza echada hacia atrás. Su camisa de cuello alto estaba abierta y un pañuelo de cuello de gasa amarilla le colgaba de la mano. Ya desde la puerta Stephen pudo ver la magulladura morada por encima de los delgados omóplatos. Dalglish estaba sentado frente a ella, apoyado sobre el borde de su silla, pero con ojos vigilantes. Él y Felix Hearne se enfrentaban el uno al otro como gatos a través de una habitación. Stephen era consciente de que en algún lugar del trasfondo se encontraba el ubicuo sargento Martin con su libreta. En el segundo antes de que nadie hablara o se

moviera, el pequeño reloj dorado hizo sonar las menos cuarto, dejando caer cada hermosa nota en el silencio como un guijarro de cristal. Stephen se acercó rápidamente a su hermana e inclinó la cabeza para besarla. La tersa mejilla bajo sus labios estaba helada. Cuando se alejó, los ojos de ella se encontraron con los suyos en una mirada difícil de interpretar. ¿Un ruego, o una advertencia? Miró a Felix.

—¿Qué ocurrió? —preguntó—. ¿Dónde está mi madre?

—Arriba, con el señor Maxie. Ahora pasa la mayor parte del día con él. Le dijimos que el inspector Dalgliesh

estaba haciendo una visita de rutina. No hay necesidad de sumarle una preocupación más. Ni a Martha. Si Martha se asusta o decide irse habrá que hacer venir otra enfermera profesional y justo en este momento no podemos hacer frente a eso. Aunque pudiéramos encontrar una dispuesta a venir.

—¿No estás olvidando algo? —dijo Stephen bruscamente—. ¿Qué hay de Deborah? ¿Nos quedamos todos sentados esperando otra tentativa?

Le molestaba tanto la tranquila asunción de responsabilidades por parte de Felix en lo que concernía a los asuntos de familia, como el hecho de

que alguien tuviera que hacerse cargo de esas cuestiones mientras el vástago de la familia anteponía sus responsabilidades profesionales a la atención de los suyos. Fue Dalglish quien contestó.

—Doctor, yo me estoy haciendo cargo de la seguridad de la señora Riscoe. ¿Quisiera por favor examinar su cuello y darme su parecer?

Stephen se volvió hacia él.

—Prefiero no hacerlo. El doctor Epps es nuestro médico de cabecera. ¿Por qué no hacerlo venir?

—Le estoy pidiendo que examine el cuello, no que lo trate. No es el momento de ceder a falsos escrúpulos

profesionales. Haga lo que le digo, por favor.

Stephen nuevamente inclinó su cabeza. Un momento después se enderezó y dijo:

—Tomó el cuello con ambas manos justo por encima y por detrás de los omóplatos. Hay bastantes magulladuras, pero no hay rastros de arañazos ni huellas de pulgares. Podría haberla tomado con la base de los pulgares delante y los dedos detrás. Casi con seguridad la laringe está intacta. Pienso que las magulladuras desaparecerán en un día o dos. No hay ninguna lesión seria —agregó—. Al menos en cuanto a

lo físico.

—En otras palabras —dijo Dalglish— ¿fue más bien un trabajo de aficionado?

—¡Si prefiere llamarlo así!

—Lo prefiero. ¿No le sugiere que este agresor conocía su trabajo bastante bien? ¿Que sabía dónde presionar y en qué medida sin causar daño? ¿Hemos de suponer que la persona que mató a la señorita Jupp con tanta pericia no pudo desempeñarse mejor esta vez? ¿Qué opina, señora Riscoe?

Deborah estaba abotonando su camisa. Se liberó de las manos posesivas de Catherine y volvió a atar el

pañuelo de gasa alrededor de su cuello.

—Lamento que esté desilusionado, inspector. Quizá la próxima vez él tenga éxito. Para mi gusto parecía bastante experto, gracias.

—Debo decir que parece estar tomándolo con mucha tranquilidad — exclamó indignada Catherine—. Si la señora Riscoe no hubiese conseguido zafarse y gritar no estaría viva ahora. Obviamente la tomó lo mejor que pudo en la oscuridad, pero cuando ella gritó, se asustó. Y ésta puede no haber sido la primera tentativa. No olvide que el narcótico fue puesto en la taza de Deborah.

—No lo he olvidado, señorita Bowers. Tampoco que el frasco faltante se encontró bajo la estaca con su nombre. ¿Dónde estuvo anoche?

—Ayudando a atender al señor Maxie. La señora Maxie y yo pasamos toda la noche juntas, salvo cuando fuimos al baño. Ciertamente estuvimos juntas de la medianoche en adelante.

—Y el doctor Maxie estaba en Londres. Esta agresión ciertamente ocurrió en un momento muy conveniente para todos ustedes. ¿Pudo ver a este estrangulador misterioso, señora Riscoe? ¿O reconocerlo?

—No. No estaba profundamente

dormida. Creo que tenía una pesadilla. Desperté cuando sentí el primer contacto de sus dedos con mi garganta. Pude sentir su aliento sobre mi cara pero no pude reconocerlo. Cuando grité y busqué el interruptor de la luz, escapó por la puerta. Encendí la luz y grité. Estaba aterrorizada. Ni siquiera era un miedo racional. De algún modo mi sueño y la agresión se habían fundido. No podía saber dónde terminaba un espanto y comenzaba el otro.

—Y sin embargo, cuando llegó la señora Bultitaft, usted no dijo nada.

—No quise asustarla. Todos sabemos que por ahí anda un

estrangulador, pero tenemos que seguir adelante con nuestras cosas. Enterarse no le hubiera servido de nada.

—Eso muestra una encomiable preocupación por su tranquilidad de ánimo, pero no tanto por su seguridad. Debo felicitarlos a todos por su tranquilidad ante la presencia de este maníaco homicida. Porque evidentemente eso es lo que es. ¿Seguramente ustedes no están tratando de decirme que la señorita Jupp fue asesinada por error, que la confundieron con la señora Riscoe?

Por primera vez, Felix habló:

—No estamos tratando de decirle

nada. A usted le corresponde informarnos a nosotros. Sólo sabemos lo que ocurrió. Estoy de acuerdo con la señorita Bowers en que la señora Riscoe está en peligro. Presumiblemente usted está en condiciones de ofrecerle la protección a la que tiene derecho.

Dalgliesh le miró.

—¿A qué hora llegó a la habitación de la señora Riscoe esta mañana?

—Medio minuto después que la señora Bultitaft, me imagino. Salté de la cama en cuanto la señora Riscoe gritó.

—¿Y ni usted ni la señora Bultitaft vieron al intruso?

—No. Supongo que para cuando

dejamos nuestras habitaciones ya había bajado la escalera. Naturalmente no emprendí ningún tipo de búsqueda porque hasta esta tarde no se me informó acerca de lo que había pasado. He estado buscando desde entonces, pero no hay rastro de nadie.

—¿Tiene alguna idea de cómo entró esta persona, señora Riscoe?

—Pudo haber sido por una de las puertas ventana del salón. Anoche salimos al jardín y debemos haber olvidado cerrarla con llave. Martha dijo que esta mañana la encontró abierta.

—¿Al decir «salimos» se refiere a usted y al señor Hearne?

—Sí.

—¿Tenía puesta su bata para cuando su criada llegó a su habitación?

—Sí, acababa de ponérmela.

—¿Y la señora Bultitaft aceptó su historia de una pesadilla y sugirió que pasara el resto de la noche junto a la estufa eléctrica en la habitación de ella?

—Sí. Ella misma no quería volver a acostarse, pero la convencí. Primero tomarnos té junto a su estufa.

—De modo que, en resumidas cuentas, la cosa es así —dijo Dalglish—. Usted y el señor Hearne salen a dar un paseo nocturno por el jardín de una casa en la que recientemente se ha

cometido un asesinato y dejan una puerta ventana abierta cuando regresan. Durante la noche, un hombre desconocido entra en su habitación e intenta torpemente estrangularla por un motivo que ni usted ni nadie pueden imaginarse y luego desaparece, sin dejar rastro. Su garganta está tan poco afectada que puede gritar lo suficientemente fuerte como para llamar la atención de la gente que duerme en habitaciones cercanas y sin embargo, cuando unos pocos minutos después llegan, se ha recuperado lo suficiente de su susto como para mentir sobre lo que ha ocurrido, una mentira que resulta más

efectiva en la medida en que se ha tomado el trabajo de dejar la cama y ponerse la bata. Señora Riscoe, ¿a usted le parece que ése es un comportamiento racional?

—Claro que no —dijo Felix bruscamente—. Nada de lo que ha ocurrido en esta casa a partir del sábado pasado resulta racional. Pero ni siquiera usted puede suponer que la señora Riscoe intentó estrangularse. Ella misma no pudo haberse hecho esas magulladuras, y si no fue ella, ¿quién las hizo? ¿Piensa seriamente que un jurado no creería que los dos crímenes están vinculados?

—No creo que a un jurado se le pida que considere esa posibilidad —dijo Dalglish con tranquilidad—. Casi he terminado mi investigación de la muerte de la señorita Jupp. Es poco probable que lo que ocurrió anoche afecte mis conclusiones. Sí ha hecho una diferencia. Creo que es hora de que el asunto quede concluido y me propongo tomar un atajo. Si la señora Maxie no tiene ninguna objeción, me gustaría reunirme con todos ustedes en la casa esta noche a las ocho.

—¿Me necesitaba para algo, inspector?

Se volvieron hacia la puerta.

Eleanor Maxie había entrado tan silenciosamente que sólo Dalglish la había visto. No esperó su respuesta sino que se acercó rápidamente a su hijo.

—Me alegra que estés aquí, Stephen. ¿Te llamó Deborah? Tenía la intención de hacerlo yo misma si él no mejoraba. Es difícil de decir, pero me parece que hay un cambio. ¿Podrías hacer venir al señor Hinks? Y a Charles, claro.

Era natural en ella, pensó Stephen, que pidiera por el sacerdote antes que por el médico.

—Yo mismo subiré antes —dijo—. Si es que el inspector me lo permite. Creo que no hay nada más de utilidad

sobre lo que podemos hablar.

—No hasta las ocho, doctor.

Picado por su tono, Stephen quiso, y no por primera vez, señalarle que a los cirujanos se les llama «señor». El darse cuenta de la inutilidad de esta minucia pedante y de la necesidad de su madre lo salvó de cometer una tontería. Llevaba días sin pensar casi en su padre. Ahora había que compensar ese olvido. Por un segundo Dalglish y su investigación, todo el horror del asesinato de Sally, se desvanecieron frente a este requerimiento nuevo y más inmediato. En esto, al menos, podía actuar como un hijo.

Pero de repente allí estaba Martha en la puerta, cerrando el paso. De pie, pálida y temblorosa, abriendo y cerrando la boca sin emitir sonido. El hombre joven y alto detrás de ella pasó a su lado y entró en la habitación. Con una mirada espantada a su ama y un pequeño gesto tieso de su brazo con el que más que hacer entrar al joven lo dejaba en manos de los presentes, Martha dio un gemido animal y desapareció. El hombre la miró irse con aire divertido y se volvió hacia ellos. Era muy alto, más de un metro ochenta, y su pelo rubio y corto estaba descolorido por el sol. Vestía pantalones castaños de

pana y una chaqueta de piel. Del cuello abierto surgía una garganta gruesa y tostada por el sol, que sostenía una cabeza que llamaba la atención por su vigor animal y su virilidad. Era de piernas y brazos largos, y sobre un hombro cargaba una mochila. En la mano derecha llevaba un bolso de avión, flamante, con sus alas doradas. En su enorme puño moreno parecía tan fuera de lugar como una chuchería de mujer. Junto a él, la gallardía de Stephen se transformaba en una elegancia vulgar, y todo el hastío e inutilidad que Felix había conocido durante quince años parecieron en un instante esculpidos en

su rostro. Cuando habló, su voz, con la confianza que da la felicidad, no tenía traza alguna de timidez. Era una voz suave, con un tono ligeramente americano, y sin embargo no podía haber duda de que era inglesa.

—Parece que he perturbado un tanto a su criada. Lamento entrometerme así pero supongo que Sally nunca les habló de mí. Me llamo James Ritchie. Sin duda me está esperando. Soy su marido —se volvió hacia la señora Maxie—. Nunca me contó exactamente qué tipo de trabajo hace aquí y no quiero causar molestias, pero he venido para llevármela conmigo.

EN los años siguientes, cuando Eleanor Maxie se sentaba tranquila en su salón, a menudo veía en su memoria ese fantasma del pasado, larguirucho y confiado, que la confrontaba desde la puerta, y sentía de nuevo el silencio conmocionado que siguió a sus palabras. Ese silencio no pudo durar más que segundos y, sin embargo, al recordarlo, le parecía como si hubieran pasado minutos mientras los

miraba tranquilo y confiado y ellos a su vez lo miraban incrédulos y horrorizados. La señora Maxie tuvo tiempo para pensar que era como un cuadro, la personificación misma de la sorpresa. Ella no sintió ninguna sorpresa. Los últimos días la habían vaciado de tanta emoción que esta revelación final le cayó como un martillo sobre lana. No quedaba nada por descubrir acerca de Sally Jupp que fuera capaz de sorprenderla ya. Era sorprendente que Sally hubiese muerto, sorprendente que hubiese estado comprometida con Stephen, sorprendente que hubiera tanta gente

implicada en su vida y en su muerte. Enterarse ahora de que Sally había sido esposa a la vez que madre era interesante, pero no impactante. Desligada de la emoción general, no se le escapó la mirada rápida que Felix Hearne dirigió a Deborah. Había recibido un impacto, sin duda, pero esa apreciación rápida encerraba algo, también, de diversión y triunfo. Stephen parecía simplemente aturdido. Catherine Bowers se había ruborizado profundamente y había quedado literalmente boquiabierta, la imagen clásica de la sorpresa. Luego se volvió hacia Stephen como pasándole el papel

de portavoz de todos ellos. Por fin, la señora Maxie miró a Dalglish y por un segundo los dos sostuvieron la mirada. En ellos ella leyó una conmiseración pasajera pero inconfundible. Tuvo conciencia de estar pensando, sin sentido, «Sally Ritchie. Jimmie Ritchie. Es por eso que le puso el nombre de Jimmy como su padre. Nunca comprendí por qué había tenido que ser Jimmy Jupp. ¿Por qué le miran de esa manera? Alguien debería decir algo». Alguien lo hizo. Deborah, pálida hasta los labios, habló como en un sueño:

—Sally murió. ¿No se lo dijeron? Murió y está enterrada. Dicen que uno

de nosotros la mató.

Entonces se puso a temblar de forma incontrolable. Catherine, que llegó a ella antes que Stephen, la sostuvo antes de que cayera y la llevó a una silla. El cuadro se deshizo. Hubo un repentino torrente de palabras. Stephen y Dalglish se acercaron a Ritchie. Hubo un murmullo de «mejor en el despacho» y los tres desaparecieron rápidamente. Deborah quedó recostada en su silla, los ojos cerrados. La señora Maxie pudo ser testigo de su angustia sin sentir más que una leve irritación y una curiosidad pasiva acerca de lo que había detrás de todo esto. Sus propias preocupaciones

eran más urgentes. Habló con Catherine:

—Ahora tengo que volver con mi marido. Quizá tú podrías venir a ayudarme. El señor Hinks llegará pronto y no creo que Martha sirva de mucho por ahora. Esta llegada parece haberla alterado.

Catherine pudo haber respondido que Martha no era la única alterada, pero murmuró un asentimiento y fue en seguida. Su utilidad real y la verdadera atención que le prestaba al inválido no cegaba a la señora Maxie el papel que su huésped se había impuesto, el de la pequeña y jovial compañera eficaz en todas las emergencias. Esta última

emergencia podría colmar el vaso, pero Catherine tenía mucha fibra y cuanto más se debilitaba Deborah, más crecía en fuerza Catherine. Al llegar a la puerta, la señora Maxie se volvió hacia Felix Hearne.

—Cuando Stephen termine de hablar con Ritchie, creo que debería ir con su padre. Está totalmente inconsciente, claro, pero creo que Stephen debería estar con él. Deborah también debería venir, cuando se haya recuperado. Quizá usted podría decírselo —en respuesta al comentario que él no había expresado, agregó—. No es necesario decírselo a Dalglish. Su plan para esta noche sigue

en pie. Todo habrá terminado antes de las ocho.

Deborah estaba recostada en la silla, con los ojos cerrados. El pañuelo de gasa se había aflojado alrededor del cuello.

—¿Qué pasa con el cuello de Deborah? —la señora Maxie pareció interesarse sólo vagamente.

—Me temo que alguna broma pesada —contestó Felix—. Con muy poco éxito.

Sin volver a mirar a su hija, Eleanor Maxie los dejó juntos.

5

SIMON Maxie murió media hora después. Los largos años de vivir a medias habían terminado por fin. Emocional e intelectualmente llevaba tres años muerto. Su último aliento fue el mero tecnicismo que final y oficialmente lo alejó de un mundo que una vez conoció y amó. No estaba dentro de sus posibilidades enfrentar la muerte con coraje o con dignidad, pero murió sin alharaca. Su esposa y sus hijos

estuvieron con él y el pastor de la parroquia dijo las oraciones prescritas como si la figura tiesa y grotesca que yacía en la cama pudiese oírlas. Martha no estuvo allí. Luego la familia diría que no tenía sentido hacerla venir. En ese momento sabían que su llanto sentimental hubiera sido más de lo que podían tolerar. Este lecho de muerte fue tan sólo la culminación de un lento proceso de muerte. Aunque estaban pálidos cuando rodearon la cama y trataron de evocar recuerdos y dolor, sus pensamientos se centraban en aquella otra muerte y sus mentes en las ocho horas.

Más tarde todos se reunieron en el salón, salvo la señora Maxie, que o no sentía curiosidad por el marido de Sally o había decidido desentenderse por el momento del crimen y todas sus ramificaciones. Simplemente dijo a la familia que no hiciera saber a Dalgliesh que su marido había muerto, y luego acompañó al señor Hinks de vuelta a la vicaría.

En el salón Stephen sirvió bebidas y contó su historia:

—En realidad es muy simple. Por supuesto que sólo tuve tiempo para escasos detalles. Quería subir a ver a papá. Dalgliesh se quedó con Ritchie

cuando yo me fui y supongo que consiguió toda la información que necesitaba. Es cierto que estaban casados. Se conocieron cuando Sally trabajaba en Londres y se casaron allí en secreto alrededor de un mes antes de que él se fuera a Venezuela a trabajar en una obra de ingeniería.

—¿Pero por qué no lo dijo? —preguntó Catherine—. ¿Por qué todo ese misterio?

—Al parecer él no habría conseguido el trabajo en el extranjero si la empresa lo sabía. Querían un hombre soltero. El sueldo era bueno y les hubiera dado la oportunidad de formar

su hogar. Sally estaba entusiasmadísima por casarse antes de que él se fuera. Ritchie piensa que le encantaba la idea de pavonearse delante de la tía y el tío. Nunca fue feliz con ellos. La idea era que se quedara con ellos y conservara su empleo. Planeaba ahorrar cincuenta libras antes de que Ritchie volviera. Luego, cuando descubrió que iba a tener un bebé, decidió cumplir con su parte del trato. Sólo Dios sabe por qué. Pero esa parte no sorprendió a Ritchie. Dijo que eso era justo lo que una chica como Sally haría.

—Es una lástima que no se haya asegurado de que no estaba encinta antes

de irse —dijo Felix secamente.

—Quizá lo hizo —dijo Stephen cortante—. Quizá se lo preguntó y ella le mintió. No le interrogué sobre sus relaciones sexuales. ¿Qué me importa? Me enfrentaba con un marido que vuelve para encontrar a su mujer asesinada en esta casa, y a una criatura que ni siquiera sabía que existía. No quisiera volver a vivir una media hora semejante. No era el momento adecuado para sugerir que debió haber sido más cuidadoso. ¡También debimos serlo nosotros, por Dios!

Se tragó de un golpe su whisky. La mano que sostenía el vaso temblaba. Sin

esperar que hablaran continuó:

—Dalglish estuvo maravilloso con él. A partir de esta noche podría serme simpático si estuviera aquí por otro motivo. Se llevó a Ritchie consigo. Van a pasar por el St. Mary para ver a la criatura y luego esperan conseguir una habitación para Ritchie en el Moonraker's Arms. Al parecer no tiene familia con quien quedarse.

Hizo una pausa para volver a llenar su copa. Luego siguió:

—Esto explica muchas cosas, claro. La conversación de Sally con el vicario el jueves, cuando le dijo que Jimmy iba a tener un padre.

—¡Pero estaba comprometida contigo! —gritó Catherine—. Te aceptó.

—En realidad nunca dijo que se iba a casar conmigo. A Sally realmente le gustaba un misterio y éste fue a mi costa. No creo que le dijera a nadie que estaba comprometida conmigo. Todos lo dimos por sentado. Estuvo enamorada de Ritchie todo el tiempo. Sabía que volvería pronto. Estaba patéticamente ansioso por hacerme saber cuánto se amaban. No dejaba de llorar y de tratar de obligarme a leer algunas de las cartas de ella. Yo no quería leerlas. Dios sabe que ya me odiaba lo bastante a mí mismo sin sumarle eso. ¡Dios, fue

espantoso! Pero una vez que empecé a leer tuve que seguir. Insistía en sacarlas de esa bolsa que tenía y ponérmelas en las manos, mientras las lágrimas le corrían por la cara. Eran patéticas, sentimentales, ingenuas. Pero eran reales, la emoción era genuina.

«No es de extrañar que estés trastornado entonces», pensó Felix. «Jamás sentiste una emoción genuina en tu vida».

Catherine Bowers dijo
razonablemente:

—No debes culparte. Nada de esto habría pasado si Sally hubiese dicho la verdad sobre su casamiento. Mentir

sobre esas cosas es jugar con fuego. Supongo que le escribía a través de un intermediario.

—Sí. Le escribía por medio de Derek Pullen. Las cartas iban en un sobre metido en otro dirigido a Pullen. Se las hacía llegar a Sally en encuentros previamente concertados. Ella nunca le dijo que fueran de su marido. No sé qué historia había inventado, pero debe de haber sido buena. Pullen se había comprometido a guardar el secreto y, por lo que sé, nunca la delató. Sally sabía cómo elegir sus víctimas.

—Le gustaba jugar con la gente —dijo Felix—. Pueden ser juguetes

peligrosos. Es obvio que una de sus víctimas encontró que la broma había ido demasiado lejos. ¿No fuiste tú, por casualidad, Maxie?

El tono fue deliberadamente ofensivo, y Stephen dio un rápido paso hacia él. Pero antes de que pudiera contestar oyeron la campanilla de la puerta principal y el reloj sobre la chimenea dio las ocho.

Capítulo IX

1

DE común acuerdo se reunieron en el despacho. Alguien había dispuesto las sillas en semicírculo alrededor de la pesada mesa, alguien había llenado con agua la jarra que estaba a la derecha de Dalglish. Sentado solo a la mesa con Martin a sus

espaldas, Dalgliesh observó a sus sospechosos a medida que entraban. Eleanor Maxie era la más serena. Tomó una silla frente a la luz y se sentó indiferente y tranquila, contemplando el prado y los árboles más alejados. Era como si su suplicio hubiera terminado ya. Stephen Maxie entró a grandes pasos, lanzó una mirada a Dalgliesh en la que se mezclaban el desprecio y el desafío, y se sentó al lado de su madre. Felix Hearne y Deborah Riscoe llegaron juntos, pero no se miraron y se sentaron separados. Dalgliesh sintió que la relación entre ellos se había alterado sutilmente desde la comedia fracasada

de la noche anterior. Se preguntaba por qué Hearne se habría prestado a un engaño tan obvio. Mientras miraba el cardenal que se iba oscureciendo en el cuello de la joven, apenas disimulado con el chal anudado, se maravillaba más de la fuerza que Hearne al parecer había juzgado necesario usar. Catherine Bowers fue la última en entrar. Se ruborizó al notar que la miraban y se deslizó hasta la única silla vacía como una estudiante ansiosa que llega tarde a una clase. Cuando Dalglish abrió el expediente, oyó las primeras notas lentas de la campana de la iglesia. Las campanas habían sonado la primera vez

que entró en Martingale. Habían sonado a menudo como telón de fondo para su investigación, la música adecuada a un crimen. Ahora tañían a muerto y se preguntó, sin que tuviera nada que ver, quién habría muerto en el pueblo; alguien para quien las campanas tañían como no lo habían hecho para Sally.

Levantó la vista de los papeles y comenzó a hablar con su voz calma y profunda:

—Uno de los rasgos más inusuales de este crimen es el contraste entre la aparente premeditación y su ejecución. Toda la evidencia médica indica un crimen impulsivo. Esto no fue una

estrangulación lenta. Había pocos de los signos clásicos de la asfixia. Se había usado una fuerza considerable y había una fractura del asta superior del cartílago tiroides en su base. Sin embargo, la muerte se debió a la inhibición del vago y fue muy súbita. Hubiera podido muy bien ocurrir aun si el estrangulador hubiese usado muchísima menos fuerza. A primera vista era un cuadro de un único ataque hecho sin premeditación. Esto queda confirmado además por el uso de las manos. Si un asesino tiene la intención de matar por estrangulación, generalmente lo hace con una cuerda, o

un chal, o quizás una media. Esto no ocurre siempre pero es fácil ver la razón. Pocas personas pueden confiar en su capacidad para matar sólo con las manos. Hay una persona en esta habitación que podría confiar en esa capacidad, pero no creo que hubiera usado ese método. Hay maneras más efectivas de matar sin un arma y él las conocería.

Felix Hearne masculló entre dientes, «Pero eso fue en otro país y además, la muchacha murió». Si Dalglish oyó la cita o percibió la leve tensión de los músculos mientras su público controlaba el impulso de mirar a Hearne, no lo dejó

traslucir y continuó con tranquilidad:

—En contraste con este aparente impulso, en el hecho nos enfrentamos con el intento de drogar a la víctima, cumplido parcialmente, que sin duda prueba la intención de dejar inconsciente a la joven. Esto pudo deberse a la necesidad de facilitar la entrada a su habitación sin despertarla o para asesinarla mientras dormía. Deseché la teoría de dos intentos de asesinato por separado y distintos en la misma noche. Nadie en esta habitación tenía motivos para sentir simpatía por Sally y algunos entre ustedes quizá tuvieran motivos para odiarla. Pero

sería forzar demasiado la incredulidad pensar que dos personas eligieron la misma noche para intentar matarla.

—Si es que la odiábamos —dijo Deborah suavemente—, no éramos los únicos.

—Estaba ese muchacho Pullen —dijo Catherine—. No me van a decir que entre ellos no había nada.

Vio que Deborah hacía un gesto de disgusto ante la vulgaridad y siguió en son de lucha:

—¿Y qué hay de la señorita Liddell? Todo el pueblo habla de que Sally había descubierto algo deshonesto acerca de ella y amenazaba decirlo. Si era capaz

de chantajear a una persona, podía chantajear a otra.

Stephen Maxie dijo cansado:

—No puedo imaginar a la pobre vieja Liddell trepando caños o escurriéndose por la puerta trasera para enfrentar a Sally a solas. No tendría el coraje. Y es imposible imaginarla intentado seriamente matar a Sally con sus manos.

—Hubiera podido —dijo Catherine—, si hubiese sabido que Sally estaba drogada.

—Pero no podía saberlo —señaló Deborah—. Y tampoco pudo haber puesto la droga en la taza de Sally. Ella

y Epps se iban cuando Sally se llevó la taza a la cama. Y recuerden que se llevó mi taza. Antes de eso los dos estaban en esta habitación con mamá.

—Cogió tu taza de la misma manera que copió tu vestido —dijo Catherine— pero alguien debió agregarle el Sommeil más tarde. Nadie podría querer drogarte a ti.

—No se pudo poner más tarde —dijo Deborah secamente—. ¿Cuándo pudo haber oportunidad de hacerlo? Supongo que uno de nosotros entró de puntillas con el frasco de comprimidos de papá, le hizo creer a Sally que se trataba de una visita amistosa, y luego

esperó a que Sally se inclinara sobre el bebé y dejó caer uno o dos comprimidos en su chocolate. No tiene sentido.

La voz tranquila de Dalgliesh interrumpió:

—Nada de todo eso tiene sentido si el intento de drogarla y la estrangulación están relacionados. Sin embargo, como he dicho, fue demasiada coincidencia que alguien intentara estrangular a Sally Jupp la misma noche en que otra persona intentó envenenarla. Pero podría haber otra explicación. ¿Y si la droga no fuera un incidente aislado? Supongamos que alguien la haya puesto regularmente en la bebida nocturna de Sally. Alguien que

supiera que sólo Sally tomaba chocolate, de modo que el Sommeil se podía poner con toda impunidad en la lata de chocolate. Alguien que supiera dónde se guardaba la droga y tuviera la experiencia necesaria como para saber cuál era la dosis conveniente. Alguien que quería desacreditar a Sally y que la echaran, y que pudiese quejarse si Sally se quedaba dormida repetidamente. Alguien que probablemente hubiera sufrido más por culpa de Sally de lo que el resto de la gente se imaginaba, y se sentía satisfecha de hacer algo, aunque en apariencia inútil, que le diese una sensación de poder sobre la joven. En

un sentido, comprenden, remplazaba al asesinato.

—Martha —dijo Catherine sin querer.

Los Maxie se quedaron callados. Si lo sabían o lo habían supuesto, no lo dejaron traslucir. Eleanor Maxie pensó con tristeza en la mujer que había dejado en la cocina llorando por el amo muerto. Martha se había puesto de pie al entrar ella, las manos gruesas y ásperas cruzadas sobre el delantal. No había hecho ningún gesto cuando la señora Maxie se lo dijo. Las lágrimas dolían más, por lo silenciosas. Cuando habló, había controlado la voz perfectamente,

aunque todavía le corrían lágrimas por la cara y caían sobre las manos inmóviles. Sin barullo y sin dar explicaciones le había dicho que dejaba la casa. Le gustaría irse al finalizar la semana. Tenía una amiga en Herefordshire que la recibiría por un tiempo. La señora Maxie ni había discutido ni había intentado persuadirla. No era su estilo. Pero ahora, mientras dirigía una mirada cortés y atenta a Dalglish, su mente honesta investigaba los motivos que la habían inducido a excluir a Martha del lecho de muerte y le interesaba esta revelación de que una lealtad que la familia toda había dado

por sentada, había sido más complicada, menos condescendiente de lo que ninguno de ellos había sospechado, y por fin había sido llevada demasiado lejos.

Catherine estaba hablando. Al parecer no tenía ninguna aprensión y seguía la explicación de Dalglish como si estuviera explicando un caso atípico e interesante.

—Está claro que Martha siempre podía coger el Sommeil. La familia era asombrosamente descuidada en lo que concierne a los remedios del señor Maxie. ¿Pero por qué habría de querer drogar a Sally esa noche en especial?

Después de la escena durante la cena, la señora tenía cosas más importantes por qué preocuparse que el hecho de que Sally no se levantara a su hora. Era demasiado tarde para echarla por ese motivo. ¿Y por qué Martha ocultó el frasco bajo la estaca con el nombre de Deborah? Siempre creí que adoraba a la familia.

—También lo creyó la familia —dijo Deborah secamente.

—Drogó el chocolate otra vez esa noche porque no sabía nada del supuesto compromiso —dijo Dalglish—. En ese momento no estaba en el comedor y nadie se lo dijo. Fue a la habitación del

señor Maxie y cogió el Sommeil, y lo escondió presa del pánico porque creyó que había matado a Sally con la droga. Si recuerdan ese momento, se darán cuenta de que la señora Bultitaft fue la única persona de la casa que en realidad no entró en la habitación de Sally. Mientras todos ustedes rodeaban la cama, su única preocupación fue esconder el frasco. No fue una cosa razonable de hacer, pero ella estaba más allá de una conducta razonable. Corrió al jardín con él y lo escondió en la primera tierra blanda que encontró. Pienso que no iba a ser sino un escondite temporal. Es por eso que lo

marcó en un apuro con la primera maderita que encontró. Resultó ser la suya por casualidad, señora Riscoe. Luego volvió a la cocina, tiró el resto del chocolate en polvo y el papel que forraba la lata en la cocina, lavó la lata y la dejó en el cubo de basura. Fue la única persona que tuvo la oportunidad de hacer estas cosas. Luego, el señor Hearne fue a la cocina para ver si la señora Bultitaft estaba bien y para ofrecer su ayuda. Esto es lo que el señor Hearne me contó.

Dalglish dio la vuelta a una página de su expediente y leyó:

—«Parecía atontada y no dejaba de

repetir que Sally debía haberse suicidado. Le señalé que eso era anatómicamente imposible y esto pareció alterarla aún más. Me dirigió una mirada extraña... y estalló en fuertes sollozos».

Dalglish miró a su público.

—Creo que podemos aceptar que la emoción de la señora Bultitaft fue una reacción de alivio. También sospecho que antes de que la señorita Bowers llegara para alimentar a la criatura, el señor Hearne debe haber preparado a la señora Bultitaft para el inevitable interrogatorio de la policía. La señora Bultitaft dice que no le confesó a él ni a

ninguno de ustedes que era responsable de haberle dado la droga a Sally. Eso puede ser cierto. No quiere decir que el señor Hearne no lo haya adivinado. Estaba muy dispuesto, como lo ha estado durante todo el caso, a callar si así despistaba a la policía. Hacia el final de esta investigación, con el fingido ataque a la señora Riscoe, adoptó una conducta más positiva al tratar de engañar.

—La idea fue mía —dijo Deborah con tranquilidad—. Se lo pedí. Le obligué a hacerlo.

Hearne hizo caso omiso de la interrupción y dijo simplemente:

—Quizás adiviné lo de Martha. Pero

ella fue totalmente sincera. No me lo dijo y yo no se lo pregunté. No era asunto mío.

—No —dijo Dalglish con amargura—. No era asunto suyo —su voz había perdido su neutralidad controlada y todos lo miraron sorprendidos por su repentina vehemencia—. Ésa ha sido su actitud todo el tiempo, ¿no es así? No nos metamos en los asuntos de los demás. No cometamos la vulgaridad de interesarnos. Si es que hemos de tener un asesinato, que sea manejado con buen gusto. Hasta sus esfuerzos por estorbar a la policía habrían sido más efectivos si se hubieran preocupado por saber un

poco más de los demás. La señora Riscoe no hubiese necesitado montar ese ataque contra ella mientras su hermano estaba seguro en Londres, si ese hermano le hubiera dicho que tenía una coartada para la hora de la muerte de Sally Jupp. Derek Pullen no se habría torturado preguntándose si debía proteger a un asesino si el señor Stephen Maxie se hubiese tomado el trabajo de explicarle qué hacía con una escalera en el jardín el sábado por la noche. Al final le arrancamos la verdad a Pullen, pero no fue fácil.

—Pullen no tenía interés en protegerme —dijo Stephen con

indiferencia—. ¡Pero no podía dejar de comportarse como un caballerito! Tendría que haberle oído cuando me llamó por teléfono para explicarme hasta qué punto iba a portarse como un viejo compañero de colegio. «Tu secreto está a salvo conmigo, Maxie, ¿pero por qué no haces lo que corresponde?». ¡Maldita insolencia!

—¿Supongo que nada se opone a que sepamos qué hacías con una escalera? —preguntó Deborah.

—¿Qué podría oponerse? La traía de vuelta de la casa de Bocock. La usamos esa tarde para recuperar uno de los globos que se enganchó en su olmo. Ya

saben cómo es Bocock. La habría arrastrado hasta aquí a primera hora de la mañana y es demasiado pesada para él. Supongo que estaba con ánimo para un poco de masoquismo de modo que me la eché al hombro. No podía imaginarme que me iba a encontrar con Pullen oculto en los viejos establos. Al parecer tiene la costumbre de hacerlo. Tampoco podía saber que Sally sería asesinada y que Pullen usaría su gran cerebro para atar cabos y suponer que había usado la escalera para trepar a su habitación y matarla. ¿Por qué trepar, por otra parte? Podía haber entrado por la puerta. Y ni siquiera llevaba la escalera en esa

dirección.

—Es probable que haya pensado que estabas tratando de hacer recaer sospechas sobre una persona de afuera —sugirió Deborah—. El mismo, por ejemplo.

La voz perezosa de Felix interrumpió:

—¿No se te ocurrió, Maxie, que el muchacho estuviera sinceramente preocupado e indeciso?

Stephen se movió en la silla incómodo.

—No perdí mi sueño por él. No tenía derecho a estar en nuestra propiedad y se lo dije. No sé cuánto

tiempo habrá estado esperando ahí, pero debe haberme visto cuando dejaba la escalera. Luego salió desde las sombras como una furia vengadora y me acusó de engañar a Sally. Parece tener ideas curiosas sobre la diferencia de clases. Cualquiera hubiera pensado que yo había estado haciendo uso del *droit de seigneur*. Le dije que se ocupara de sus propios asuntos, sólo que con menos cortesía, y se volvió contra mí. Ya había soportado todo lo que podía aguantar de manera que le pegué y le di en un ojo, haciéndole caer las gafas. Todo fue muy vulgar y estúpido. Estábamos demasiado cerca de la casa como para estar

seguros, de modo que no nos atrevíamos a hacer mucho ruido. Nos quedamos ahí susurrando insultos y tanteando en el suelo para encontrar sus gafas. Casi no ve sin ellas, así que pensé que sería mejor acompañarlo hasta la esquina de Nessingford Road. Interpretó que lo estaba echando de la propiedad; de cualquier manera su orgullo habría quedado herido de manera que no importó mucho. Para cuando nos dimos las buenas noches se había persuadido a sí mismo de adoptar lo que imaginaba era el estado de ánimo apropiado. ¡Hasta quería que nos estrecháramos la mano! Yo no sabía si reírme o tirarlo al

suelo de nuevo. Lo siento, Deb, pero es ese tipo de persona.

Eleanor Maxie habló por primera vez:

—Es una lástima que no nos hubieras contado esto antes. Le habría ahorrado mucha inquietud al pobre muchacho.

Parecían haber olvidado la presencia de Dalgliesh, pero ahora éste habló:

—El señor Maxie tenía un motivo para no hablar. Comprendía que para todos ustedes era importante que la policía pensara que había habido una escalera a mano para subir hasta la

ventana de Sally. Sabía la hora aproximada de su muerte y prefería que la policía no supiera que la escalera no había sido devuelta al viejo establo antes de las doce y veinte. Con suerte supondríamos que había estado allí toda la noche. Por una razón muy similar fue impreciso acerca de la hora en que dejó la cabaña de Bocock y mintió sobre la hora en que se acostó. Si Sally había sido asesinada a medianoche por alguien que vive bajo este techo, prefería que hubiese muchos sospechosos. Comprendía que la mayoría de los crímenes se resuelven por un proceso de eliminación. Por otra parte creo que

decía la verdad sobre la hora en que cerró la puerta sur. Fue alrededor de las doce treinta y tres, y ahora sabemos que a las doce y treinta y tres hacía más de media hora que Sally Jupp había muerto. Murió antes de que el señor Maxie dejara la cabaña de Bocock y más o menos al mismo tiempo que el señor Wilson de la tienda del pueblo se levantó de la cama para cerrar una ventana que crujía y vio a Derek Pullen pasando ligero delante de su casa, con la cabeza gacha, hacia Martingale. Pullen esperaba, quizá, ver a Sally y escuchar sus explicaciones. Pero sólo llegó al refugio de los viejos establos antes de

que llegara el señor Maxie, llevando la escalera. Y para entonces Sally Jupp había muerto.

—¿De modo que no fue Pullen? —dijo Catherine.

—¿Cómo podía haber sido él? —dijo Stephen bruscamente—. No la había matado cuando habló conmigo y no estaba en condiciones de volver y matarla cuando le dejé. Apenas podía ver el camino a su propia puerta.

—Y si Sally había muerto antes de que Stephen volviera de su visita a Bocock, tampoco pudo ser él —señaló Catherine.

Fue, observó Dalglish, la primera

vez que alguno de ellos se refería específicamente a la posible culpabilidad o inocencia de un miembro de la familia.

Stephen Maxie preguntó:

—¿Cómo sabe que ya había muerto entonces? Estaba viva a las diez y media y muerta por la mañana. Eso es todo lo que se sabe.

—En realidad, no —contestó Dalglish—. Dos personas pueden ubicar el momento de la muerte con más exactitud que eso. Uno es el asesino, pero hay otra persona que también puede ayudar.

GOLPEARON la puerta y apareció Martha, con cofia y delantal, impasible como siempre. Llevaba el pelo tirante hacia atrás bajo la cofia antigua curiosamente alta; los tobillos se veían hinchados por encima de los zapatos negros a rayas. Si los Maxie vieron en su mente a una mujer desesperada que aferraba ese frasco incriminatorio buscando el refugio de su cocina familiar como un animal

asustado, no dieron ninguna señal de ello. Tenía el aspecto de siempre y si se había convertido en una extraña no lo era tanto como se habían vuelto ahora ellos, los unos para los otros. No dio ninguna explicación de su presencia, salvo anunciar: «El señor Proctor para el inspector». En seguida desapareció y la figura en sombras a sus espaldas se adelantó a la luz. Proctor estaba demasiado enojado para desconcertarse al verse introducido tan de repente en una habitación llena de gente que, obviamente, estaba hablando de asuntos privados. No pareció tomar nota de ninguno, excepto Dalglish, y avanzó

hacia él en son de guerra.

—Vea, inspector, necesito protección. Esto no está bien. Intenté verlo en la comisaría. No quisieron decirme dónde estaba, por favor, pero a mí no me iban a engañar con ese sargento de guardia. Supuse que lo encontraría aquí. Hay que tomar alguna medida.

Dalglish le observó en silencio durante un minuto.

—¿Qué es lo que no está bien, señor Proctor? —inquirió.

—Ese jovencito. El esposo de Sally. Ha andado por casa amenazándome. Estaba borracho, si me preguntan mi

opinión. No es culpa mía si ella se hizo matar y así se lo dije. No voy a permitirle que perturbe a mi mujer. Y además están los vecinos. Lo hubiera oído insultándome a gritos que se oían en toda la avenida. Mi hija también estaba ahí. No está bien hacer eso delante de una criatura; soy inocente de este crimen como usted sabe muy bien, y quiero protección.

En realidad tenía aspecto de que le vendría bien que lo protegieran de mucho más que de James Ritchie. Era un hombrecito flaco de cara rojiza que parecía una gallina enojada, y con un tic que le hacía mover la cabeza cuando

hablaba. Estaba cuidadosamente vestido pero con ropa barata. El impermeable gris estaba limpio y el sombrero de paño que sostenía rígido con la mano enguantada, tenía una cinta recién comprada. Catherine dijo de pronto:

—Usted estuvo en esta casa el día del crimen, ¿no es cierto? Lo vimos en la escalera. Debía venir de la habitación de Sally.

Stephen miró a su madre y dijo:

—Será mejor que entre y se sume al grupo de oración, señor Proctor. Se dice que las confesiones públicas son buenas para el alma. En realidad, calculó su entrada bastante bien. Supongo que tiene

interés en saber quién mató a su sobrina.

—¡No! —dijo Hearne súbita y violentamente—. No seas tonto, Maxie. No le metas en esto.

Su voz recordó a Proctor en qué ambiente estaba. Dirigió su atención a Felix y lo que vio no pareció gustarle.

—¡De modo que no puedo quedarme! Y qué pasa si decido quedarme. Tengo derecho a saber qué está pasando —lanzó una mirada furiosa a las caras que lo observaban sin acogerlo—. Les gustaría que hubiese sido yo, ¿verdad? Todos ustedes. No crean que no lo sé. Querrían poder acusarme a mí. Me vería mal si la

hubieran envenenado o golpeado en la cabeza ¿no es así? Qué lástima que uno de ustedes no pudo contenerse de ponerle las manos encima ¿no? Pero si hay algo de lo que no me pueden acusar es de estrangular a alguien. ¿Por qué? ¡Por esto!

Tuvo un movimiento convulsivo repentino, se oyó un ruidito y hubo un momento increíble de pura comedia cuando su mano derecha artificial cayó con un golpe seco sobre el escritorio, delante de Dalglish. La miraron fijamente como fascinados, tirada ahí como una reliquia obscena, con los dedos de goma curvados en una súplica

impotente. Respirando pesadamente, Proctor se encajó una silla debajo con un diestro movimiento de la mano izquierda y se sentó en ella triunfante, mientras Catherine volvía a él sus ojos claros en señal de reproche como si fuera un paciente difícil que se había comportado con más malhumor de lo usual.

Dalglish tomó la palabra:

—Ya lo sabíamos, por cierto, aunque me alegra decir que lo supe de una manera mucho menos espectacular. El señor Proctor perdió la mano derecha en un bombardeo. Este sustituto ingenioso ha sido hecho con lino y

pegamento. Es liviano y fuerte y tiene tres dedos articulados con nudillos como una mano verdadera. Moviendo el hombro izquierdo y alejando levemente el brazo del cuerpo, quien lo lleva ajusta una cuerda de control que va del hombro hasta el pulgar. Esto abre el pulgar contra la presión de un elástico. Cuando se relaja la tensión del hombro, el elástico cierra automáticamente el pulgar contra el índice inmóvil. Como ven, es un aparato ingenioso, y el señor Proctor puede hacer muchas cosas con él. Puede trabajar, montar en bicicleta y ofrecer un aspecto casi normal al mundo. Pero hay una cosa que no puede

hacer, no puede matar por estrangulación manual.

—Podría ser zurdo.

—Podría serlo, señorita Bowers, pero no lo es, y la evidencia demuestra que a Sally la mató un fuerte apretón con la mano derecha.

Dio la vuelta a la mano y la empujó sobre la mesa hacia Proctor.

—Ésta, está claro, es la mano que cierto muchachito vio abrir la trampilla de los establos de Bocock. Sólo podía haber una persona relacionada con este caso que llevaría guantes de cuero en un día cálido de verano y en una fiesta al aire libre. Ésta fue una clave para

conocer su identidad y hubo otras. La señorita Bowers tiene mucha razón. El señor Proctor estuvo en Martingale esa tarde.

—¿Y qué hay con eso? Sally me invitó a venir. Era mi sobrina ¿no es así?

—Bueno, vamos, Proctor —dijo Felix—. No nos va a decir que se trató de una visita de cortesía, ¡que fue sólo para preguntar por la salud del bebé! ¿Cuánto le estaba pidiendo?

—Treinta libras —dijo Proctor—. Andaba detrás de treinta libras y de mucho le servirían ahora.

—Y como necesitaba treinta libras —siguió Felix implacable—, es natural

que pensara en su pariente más próximo de quien se esperaba que la ayudara. Es una historia conmovedora.

Antes de que Proctor pudiese contestar, Dalglish interrumpió:

—Pedía treinta libras porque quería tener dinero cuando volviera el marido. Habían arreglado que ella seguiría trabajando y ahorrando todo lo que pudiera. Sally tenía la intención de cumplir con ese trato, bebé o no bebé. Tenía el propósito de conseguir este dinero de su tío por un método bastante común. Le dijo que se iba a casar sin decirle con quién, y que ella y su marido harían conocer la manera en que él la

había tratado a menos que le pagara por su silencio. Amenazó con contarle todo a sus empleadores y a los vecinos respetables de Canningbury. Habló de haber sido privada de sus derechos. Por otra parte, si él optaba por pagar, ni ella ni su marido volverían a ver o a molestar a los Proctor.

—Pero eso fue un chantaje —gritó Catherine—. Le debió decir que dijera lo que quisiera. Nadie le habría creído. ¡A mí no me habría sacado ni un penique!

Proctor se quedó callado. Los otros parecían haber olvidado su presencia. Dalgliesh continuó:

—Pienso que el señor Proctor hubiera estado muy satisfecho de seguir su consejo, señorita Bowers, si su sobrina no hubiese usado cierta frase. Habló de haber sido privada de sus derechos. Es probable que no haya querido decir nada más que no la habían tratado como a su prima, aunque la señora Proctor lo negaría. Tal vez haya sabido más de lo que pensamos. Pero por razones que no es del caso comentar aquí, esa frase resultó incómoda a oídos de su tío. Su reacción debió de ser interesante y Sally fue lo bastante inteligente como para aprovechar la ocasión. El señor Proctor no es un actor.

Trató de descubrir cuánto sabía su sobrina y sus sondeos lo delataron. Cuando se separaron, Sally sabía que esas treinta libras, y quizá más, ya estaban aseguradas.

La voz áspera de Proctor interrumpió:

—Pero le dije que me tendría que dar un recibo. Sabía cuáles eran sus intenciones. Dije que estaba dispuesto a ayudarla esta vez ya que se iba a casar y no podía menos que tener gastos. Pero sería la última. Si lo intentaba otra vez, iría a la policía y tendría el recibo como prueba.

—No lo hubiera intentado otra vez

—dijo Deborah tranquilamente. Los ojos de los hombres se volvieron hacia ella—. Sally no lo hubiera hecho. Sólo jugaba con usted, moviendo los hilos para divertirse viéndole bailar. Si podía conseguir treinta libras y divertirse además, mucho mejor, pero lo que más la atrajo fue verle sudar. Pero no se habría tomado el trabajo de seguir con eso. La diversión la aburrió al cabo de un rato. A Sally le gustaba comerse a sus víctimas frescas.

—Oh, no, no —Eleanor Maxie abrió sus manos con un gesto de protesta—. No era así, en realidad. Nunca la conocimos realmente.

Proctor no le hizo caso y de pronto y sorpresivamente sonrió a Deborah como aceptando una aliada.

—Es muy cierto. Usted sabe cómo era. Me manejaba con un hilo. Lo tenía todo planeado. Tenía que conseguir las treinta libras esa noche y llevárselas. Hizo que la siguiera dentro de la casa y me llevó a su habitación. Eso fue bastante feo, escabullirme para entrar y para salir. Fue entonces cuando las encontré en la escalera. Me mostró la puerta trasera y dijo que me la abriría a medianoche. Me tenía que quedar entre los árboles, al fondo del prado, hasta que encendiera la luz del dormitorio y la

apagara. Ésa sería la señal.

Felix lanzó una carcajada.

—Pobre Sally. ¡Qué exhibicionista! Tenía que haber teatro aunque la matara.

—Al final lo hizo —dijo Dalglish—. Si Sally no hubiese jugado con la gente, hoy viviría.

—Ese día estaba en un estado de ánimo extraño —recordó Deborah—. Había una especie de locura en ella. No me refiero sólo a que me copiara el vestido o que simulara aceptar a Stephen. Estaba tan traviesa como una criatura. Supongo que podía haber sido su particular forma de felicidad.

—Se fue a la cama contenta —dijo

Stephen.

Y de pronto todos se quedaron callados, recordando. En alguna parte dio la hora suave y claramente, pero no hubo ningún otro sonido salvo el leve roce del papel cuando Dalglish dio la vuelta a una página. Afuera, subiendo hacia el fresco y el silencio, estaba la escalera por la que Sally había subido aquella última bebida nocturna. Mientras escuchaban, casi fue posible imaginar el sonido de una pisada leve, el roce de la lana sobre los escalones, el eco de una risa. Afuera en la oscuridad, el borde del prado era una mancha borrosa y la luz del escritorio se

reflejaba sobre ella como una hilera de farolillos chinos colgados en la noche perfumada. ¿Se vislumbraba un vestido blanco flotando entre ellos y un remolino de cabellos? En algún lugar, por encima de ellos, estaba el cuarto de los niños, vacío ahora, blanco y aséptico como una morgue. ¿Podría alguno de ellos enfrentar esa escalera y abrir la puerta del cuarto de los niños sin el temor de que la cama no estuviese vacía? Deborah se estremeció y habló por todos:

—Por favor —dijo—. ¡Por favor díganos qué ocurrió!

Dalglish levantó los ojos y la miró.

Luego la voz uniforme y profunda continuó.

3

CREO que el asesino fue a la habitación de la señorita Jupp llevado por el impulso incontrolable de averiguar exactamente lo que la chica sentía, cuáles eran sus intenciones y hasta dónde constituía un peligro. Quizá tenía algún propósito de persuadirla, aunque no lo creo muy posible. Es más probable que la intención fuera convenir algún arreglo. El visitante fue hasta la habitación de Sally y o bien entró

directamente o llamó y ella le hizo entrar. Era una persona, comprenden, de la que no podía temer nada. Sally estaría desvestida y en la cama. Debió estar adormilada pero sólo había alcanzado a tomar un poco del chocolate y no estaba drogada, sólo demasiado cansada para pensar en sutilezas o argumentos racionales. No se tomó el trabajo de levantarse de la cama ni de ponerse la bata. Quizá piensen, por lo que hemos llegado a saber de su carácter, que lo hubiese hecho de tratarse de un hombre. Pero ése es el tipo de evidencia que vale muy poco. Todavía no sabemos qué ocurrió entre Sally y esa persona. Sólo

sabemos que, cuando ese visitante salió y cerró la puerta, Sally había muerto. Si suponemos que se trató de un asesinato no premeditado podemos arriesgar una suposición. Ahora sabemos que Sally estaba casada, que estaba enamorada de su marido, que lo esperaba para irse con él, hasta que lo estaba esperando cualquier día. Podemos adivinar, dado su comportamiento con Derek Pullen y el cuidado con que mantuvo su secreto, que gozaba con la sensación de poder que este secreto le daba. Pullen ha dicho, «Le gustaba mantener las cosas en secreto». Una mujer que entrevisté, para la que Sally había trabajado, dijo:

«Era una pequeña reservada. Estuvo tres años conmigo y al final no sabía de ella más que el primer día que vino». Sally Jupp mantuvo la noticia de su casamiento en secreto en circunstancias muy difíciles. Su conducta no fue razonable. Su esposo estaba en el extranjero y le iba muy bien. La firma no le hubiera mandado de vuelta. La firma ni siquiera tenía por qué saberlo. Si Sally hubiese dicho la verdad, alguien la habría ayudado. Creo que mantuvo el secreto en parte porque quería probar su lealtad y su confiabilidad y en parte porque era de esas personas que se sienten atraídas por el secreto. Le daba

la oportunidad de herir a su tío por quien no sentía ningún afecto, y le proporcionaba considerable diversión. Además le ofrecía una casa gratis durante siete meses. Su marido me ha dicho: «Sally siempre dijo que las madres solteras se llevaban la mejor parte». No creo que ninguno de los presentes esté de acuerdo con esto. Pero Sally Ritchie obviamente creía que vivimos en una sociedad que prefiere calmar su conciencia ayudando a los desgraciados interesantes antes que a los aburridos meritorios, y se encontró en una situación en la que pudo poner a prueba su teoría. Pienso que gozó en el

St. Mary. Pienso que saber que era distinta de las demás le daba ánimos. Pienso que saboreaba por adelantado la expresión de la señorita Liddell cuando conociera la verdad, cómo se divertiría parodiando a las internas de St. Mary a su marido. Las cosas de siempre. «Que Sally les cuente la temporada en que fue una madre soltera». También yo pienso que gozaba con la sensación de poder que le daba su secreto. Gozó con la consternación de los Maxie ante un peligro que sólo ella sabía que no existía.

Deborah se movió incómoda en su silla.

—Parece conocerla muy bien. Si sabía que el compromiso no tenía realidad, por qué lo aceptó. Hubiera evitado preocupaciones a muchos diciéndole la verdad a Stephen.

Dalgliesh la miró.

—Estaría con vida. ¿Pero estaba en su carácter decirlo? No tendría que esperar mucho tiempo. Su marido llegaría en un vuelo, quizá dentro de uno o dos días. La declaración del doctor Maxie no fue sino una complicación adicional que agregaba su propio estímulo de emoción y diversión a la situación general. Recuerden que nunca aceptó la propuesta abiertamente. No, yo

hubiera esperado que actuara como lo hizo. Es obvio que la señora Riscoe no le caía bien y lo iba mostrando con más audacia a medida que se aproximaba el retorno del marido. La declaración le ofreció más oportunidades para divertirse en privado. Creo que cuando le llegó la visita estaba acostada en la cama adormilada, feliz y divertida en su seguridad, sintiendo, quizá, que tenía en sus manos a la familia Maxie, toda la situación, el mundo mismo. Ni una sola de las docenas de personas que entrevisté la describió como buena. No creo que haya sido agradable con su visita. Menospreció la fuerza del enojo

y la desesperación que la confrontaban. Quizá se rió. Y cuando lo hizo, esos dedos fuertes se cerraron alrededor de su garganta.

Se hizo un silencio. Felix Hearne interrumpió para decir rudamente:

—Ha equivocado su profesión, inspector. Ese histrionismo dramático merecía un público más numeroso.

—No seas tonto, Hearne —Stephen Maxie levantó una cara pálida y marcada por el cansancio—. ¿No ves que ya está bastante satisfecho con las reacciones que le estamos ofreciendo? —se volvió hacia Dalglish con un repentino estallido de furia—. ¿Las

manos de quién? —preguntó—. ¿Por qué sigue con esta farsa? ¿Las manos de quién?

Dalgliesh no le hizo caso.

—Nuestro asesino va hacia la puerta y apaga la luz. Éste es el momento de escapar. Y entonces, quizá, tiene una duda. Puede ser la necesidad de asegurarse una vez más que Sally Jupp está muerta. Puede ser que la criatura se mueve en el sueño y tiene el deseo natural y humano de no dejarlo llorando y solo con la madre muerta. Puede ser la preocupación más egoísta de que sus gritos despertaran a la casa antes de que el asesino logre escapar. Sea cual fuere

la razón, la luz se vuelve a encender por un instante. Se enciende y se apaga. A la espera en el extremo del prado y al abrigo de los árboles, Sydney Proctor ve lo que considera la señal esperada. No tiene reloj. Depende de la luz que se enciende. Avanza por el borde del prado hacia la casa siempre protegido por los árboles y los matorrales.

Cuando Dalgliesh hizo una pausa, su público miró a Proctor. Ahora estaba más sereno y parecía, en realidad, haber perdido a la vez su nerviosismo y agresividad defensiva iniciales. Prosiguió la historia con sencillez y tranquilidad como si el recuerdo de esa

noche espantosa y el interés intenso y concentrado de su público lo hubieran liberado de la inhibición y de la culpa. Ahora que había superado la necesidad de justificarse ruidosamente, lo encontraban más fácil de tolerar. En cierto sentido había sido, como ellos, víctima de Sally. Escuchándolo, compartieron la desesperación y el miedo que lo habían impelido hasta su puerta.

—Pensé que debía haber perdido el primer destello. Había dicho dos destellos, de modo que esperé un poco y vigilé. Luego pensé que era mejor correr el albur. No tenía sentido seguir

demorándome. Ya que había llegado tan lejos lo mismo podía terminarlo. Por otra parte, ella me obligaría. No había sido fácil conseguir las treinta libras. Había sacado todo lo posible de mi cuenta en la oficina de Correos, pero no eran más que diez. En casa no tenía mucho, sólo lo que había apartado para las cuotas del televisor. Lo cogí y empeñé mi reloj en un negocio de Canningbury. Supongo que el tipo se dio cuenta de que estaba desesperado y no me dio lo que valía. De todos modos tenía lo suficiente como para que se quedara tranquila. También había redactado un recibo para que lo firmara.

No iba a correr ningún riesgo con ella después de esa escena en los establos. Pensé que no haría más que entregarle el dinero, hacerle firmar los recibos y volver a casa. Si intentaba alguna otra cosa rara, podía amenazarla con una acusación por chantaje. En ese caso el recibo sería útil, pero no creía que se llegaría a eso. Ella sólo quería el dinero y después me dejaría en paz. Bueno, no tendría mayor sentido intentarlo de nuevo ¿no les parece? No puedo conseguir dinero por encargo y Sally lo sabía muy bien. Nuestra Sally no era ninguna tonta, no señor. La pesada puerta exterior estaba abierta, cómo me

había dicho. Yo tenía mi linterna y fue fácil encontrar la escalera y subir a su cuarto. Esa tarde me había enseñado el camino. Fue muy fácil. La casa estaba totalmente en silencio. Parecía vacía. La puerta de Sally estaba cerrada y por el ojo de la cerradura no se veía luz ni tampoco por debajo de la puerta. Eso me pareció extraño. Me pregunté si debía golpear, pero no tenía interés en hacer ruido. La casa estaba en un silencio tal que daba miedo. Por fin abrí la puerta y la llamé en voz baja. No contestó. Enfoqué la luz de la linterna a través de la habitación y sobre la cama. Estaba acostada allí. Al principio pensé

que dormía y... bueno, fue como un alivio. Me pregunté si debería dejar el dinero sobre su almohada y luego pensé, «¿Por qué demonios habría de hacerlo?». Ella me había pedido que viniera. Le correspondía estar despierta. Además, quería irme de la casa. No sé cuándo comprendí que no estaba dormida. Me acerqué a la cama. Fue entonces cuando supe que estaba muerta. Es curioso que uno no pueda equivocarse con eso. Supe que no estaba enferma ni inconsciente. Sally estaba muerta. Tenía un ojo cerrado y el otro medio abierto. Parecía que me miraba, entonces extendí la mano izquierda y

bajé el párpado. No sé qué me hizo tocarla. En realidad fue una maldita idiotez. Sólo que sentí que tenía que cerrar ese ojo que miraba fijamente. Tenía la sábana doblada bajo el mentón como si alguien la hubiese acomodado. La bajé y entonces vi el moretón en el cuello. Hasta entonces creo que la palabra «asesinato» no se me había ocurrido. Cuando lo pensé, bueno, supongo que perdí la cabeza. Debí haber sabido que había sido hecho con la mano derecha y que nadie podría sospechar de mí, pero cuando uno está asustado no piensa bien. Todavía tenía la linterna en la mano y temblaba tanto

que hacía pequeños círculos alrededor de su cabeza. No la podía mantener quieta. Traté de pensar bien, preguntándome qué debía hacer. Entonces me di cuenta de que estaba muerta y yo estaba en su habitación con ese dinero encima. Era evidente lo que la gente pensaría. Supe que tenía que escaparme. No recuerdo haber llegado a la puerta, pero era demasiado tarde. Oí pisadas que se acercaban por el pasillo. Eran muy débiles. Supongo que en otro momento no las hubiese oído. Pero estaba tan excitado que podía oír los latidos de mi corazón. En un segundo corrí el cerrojo de la puerta y me apoyé

contra ella, reteniendo la respiración. Al otro lado de la puerta había una mujer. Golpeó muy suavemente y dijo «Sally. ¿Estás dormida, Sally?» Llamó muy bajito. No veo cómo creía que la iba a oír. Quizás en realidad no le importaba. Lo he pensado mucho desde entonces pero, en el momento, no esperé a ver qué hacía. Pudo haber golpeado más fuerte y entonces el niño se habría echado a llorar a gritos o haber llamado a la familia al comprender que pasaba algo. Tenía que escaparme. Por suerte me mantengo en buen estado físico y la altura no me afecta. No es que fuera muy alto. Salí por la ventana del lado que

está protegida por los árboles y el caño de desagüe estaba muy a mano. No podía lastimarme las manos y mis zapatos blandos de ciclismo me permitieron aferrarme bien. Caí en el último trecho y me torcí el tobillo, pero en el momento no lo sentí. Corrí hasta el abrigo de los árboles antes de mirar hacia atrás. La habitación de Sally seguía a oscuras y comencé a sentirme a salvo. Había escondido la bicicleta en el cerco al lado del sendero, y les puedo decir que me sentí contento al verla. Sólo cuando me subí a ella me di cuenta de lo que había pasado con mi pie. No pude apretar el pedal con él. Pese a

todo, salí adelante. Además, empecé a pensar un plan. Necesitaba una coartada. Cuando llegué a Finchworthy monté mi accidente. No fue difícil. Es un camino tranquilo con un muro alto a la izquierda. Lo embestí fuertemente con la bicicleta hasta que la rueda delantera se dobló. Luego corté el neumático con mi navaja. De mí no tuve que ocuparme. Desempeñaba el papel de accidentado muy bien. Ya entonces el tobillo se me había hinchado y me sentía mal. En algún momento de la noche debió empezar a llover porque estaba mojado y sentía frío, aunque no recuerdo la lluvia. Me costó mucho arrastrarme a mí

y a la bicicleta hasta Canningbury, y llegué a casa bien pasada la una. No tenía que hacer nada de ruido de modo que dejé la bicicleta en el jardín del frente y entré. Era importante no despertar a la señora Proctor antes de que yo tuviera la oportunidad de atrasar los dos relojes de abajo. En el dormitorio no tenemos ningún tipo de reloj. Solía dar cuerda al de oro todas las noches y tenerlo al lado de la cama. Si tan sólo podía acostarme sin despertar a mi mujer, calculaba que todo iría bien. Pensé que tendría mala suerte. Debió estar despierta y atenta a la puerta porque vino a lo alto de la

escalera y me llamó. A esas alturas ya no tenía ánimo para aguantar nada más, así que le grité que volviera a la cama que ya subía. Hizo lo que le dije (generalmente lo hace) pero yo sabía que al cabo de un rato bajaría. Pero eso me daba mi oportunidad. Para cuando se puso la bata y bajó la escalera como un gato, yo ya había atrasado los relojes a medianoche. Insistió en hacerme una taza de té. Yo sudaba tratando de que volviera a la cama antes de que alguno de los relojes de la ciudad diera las dos. Era el tipo de cosa que ella suele recordar. Finalmente conseguí que subiera y se quedó dormida muy rápido.

Les digo que conmigo fue muy distinto. Dios mío. ¡No querría volver a pasar una noche como esa! Se podrá decir lo que quieran de nosotros y de la manera en que tratamos a Sally. Pienso que se aprovechó bastante de nosotros. Pero si se sentía maltratada, bueno, la pequeña perra se desquitó esa noche.

Les escupió la escandalosa palabra y luego, en el silencio, masculló algo que pudo ser una disculpa y se cubrió la cara con esa grotesca mano derecha. Nadie habló por un momento y luego Catherine dijo:

—Usted no vino a la indagatoria ¿no? Nos extrañó entonces, pero algo se

habló de que estaba enfermo. ¿Fue porque tenía miedo de que le reconocieran? Pero para entonces ya debía saber cómo había muerto Sally y que nadie podía sospechar de usted.

Bajo la presión de la emoción, Proctor había relatado su historia con una fluidez desinhibida. Ahora se reafirmó la necesidad de justificarse y volvió a su belicosidad anterior:

—¿Por qué había de ir? No estaba en condiciones de hacer nada. Claro que sabía cómo había muerto. La policía nos lo dijo cuando mandaron a uno el domingo por la mañana. No se tomó mucho tiempo para preguntarme cuándo

la había visto por última vez, pero yo tenía mi historia lista. Supongo que todos ustedes piensan que debí haberle contado lo que sabía. ¡Y bien, no lo hice! Sally había traído bastantes problemas en vida y no iba a agregar otros ya muerta si yo podía evitarlo. No veía por qué mis asuntos personales tenían que salir a relucir en el tribunal. Estas cosas no son fáciles de explicar. La gente puede interpretarlo mal.

—Peor aún, podrían comprender demasiado bien —dijo Felix secamente.

La cara delgada de Proctor enrojeció. Se puso de pie y dándole la espalda a Felix se dirigió a Eleanor

Maxie:

—Si me disculpa me iré ahora. No quise entrometerme. Fue sólo porque tenía que ver al inspector. Deseo de veras que todo esto salga bien, pero ustedes no me necesitan aquí.

«Habla como si fuera a dar a luz», pensó Stephen. El deseo de afirmar su independencia de Dalglish y de mostrar que por lo menos un miembro de la familia todavía se consideraba dueño de sus actos lo llevó a preguntar:

—¿Puedo llevarlo a su casa? El último autobús salió a las ocho.

Proctor hizo un gesto negativo pero no lo miró.

—No. No, gracias. Tengo la bicicleta fuera. La arreglaron bien, considerando cómo estaba. Por favor, no se tome el trabajo de acompañarme.

Estaba ahí de pie, la mano enguantada caía suelta, una figura patética y poco simpática pero no falta de dignidad. «Por lo menos», pensó Felix, «tiene la discreción de comprender cuando está de más». De pronto, y con un pequeño gesto rígido, Proctor tendió su mano izquierda a Eleanor Maxie y ella se la estrechó.

Stephen le acompañó hasta la puerta. Mientras él estuvo fuera, nadie habló. Felix sintió que la tensión aumentaba y

experimentó una crispación en las aletas de la nariz al recordar el olor del miedo. Ahora iban a saberlo. Se les había dicho todo salvo el nombre. ¿Pero hasta qué punto se estaban dejando llevar a aceptar la verdad? Los observó con los párpados bajos. Deborah estaba curiosamente tranquila, como si el fin de la mentira y el engaño hubiese traído su propia paz. No creía que Deborah supiera lo que se avecinaba. La cara de Eleanor Maxie estaba gris, pero las manos cruzadas se apoyaban flojas sobre el regazo. Casi podía creerse que estaba pensando en otra cosa. Catherine Bowers estaba sentada tiesa, los labios

apretados como desaprobando. Al principio, Felix había pensado que lo estaba pasando bien. Ahora, no estaba tan seguro. Observó con satisfacción sardónica sus manos apretadas, el rictus nervioso en el rabillo de sus ojos.

De pronto Stephen estuvo de vuelta con ellos y Felix habló:

—¿Esto no ha durado demasiado? Hemos oído la evidencia. Esa puerta trasera estuvo abierta hasta que Maxie la cerró a las doce y treinta y tres. Algún tiempo antes alguien entró y mató a Sally. La policía no ha descubierto quién fue y no parece que lo vaya a descubrir. Pudo haber sido cualquiera. Sugiero que

ninguno de nosotros diga nada más.

Los miró a todos. La advertencia fue evidente. Dalglish dijo suavemente:

—¿Usted sugiere que un desconocido total entró en la casa, no intentó robar nada, se dirigió sin ninguna duda a la habitación de la señorita Jupp y la estranguló mientras, sin intentar ningún pedido de auxilio, ella se acostaba cortésmente en la cama?

—Pudo haberle invitado a entrar, quienquiera que fuese —dijo Catherine.

Dalglish se volvió hacia ella.

—Pero estaba esperando a Proctor. No podemos suponer que quisiera convertir esa pequeña transacción en

una reunión. ¿Y a quién podía invitar? Hemos interrogado a todos los que la conocían.

—Por amor de Dios dejen de comentarlo —gritó Felix—. ¡No se dan cuenta de que están haciendo lo que él quiere! ¡No hay ninguna prueba!

—¿No la hay? —dijo Dalglish en voz baja—. Me lo pregunto.

—Por lo menos sabemos quién no lo hizo —dijo Catherine—. No fue Stephen ni Derek Pullen porque tienen coartadas, y no fue el señor Proctor por su mano. No puede ser que a Sally la haya matado su tío.

—No —dijo Dalglish—. Ni Martha

Bultitaft que no supo cómo había muerto hasta que se lo dijo el señor Hearne. Ni usted, señorita Bowers, que golpeó su puerta y trató de hablar con ella cuando ya estaba muerta. Ni la señora Riscoe, cuyas uñas inevitablemente habrían dejado arañazos. Nadie puede hacer crecer sus uñas de ese modo en una noche y el asesino no tenía guantes. Ni el señor Hearne, pese a que quiera hacérmelo creer. El señor Hearne no sabía en qué cuarto dormía Sally. Le tuvo que preguntar al señor Maxie adónde debía llevar la escalera.

—Sólo un tonto hubiese demostrado que lo sabía. Pude haber mentido.

—Sólo que no mentiste —dijo Stephen con rudeza—. Puedes guardarte tu maldita actitud protectora para ti. Eres la última persona que hubiese querido ver muerta a Sally. Una vez Sally instalada aquí, Deborah quizá se habría casado contigo. Créeme que no la habrías conseguido en ninguna otra situación. Ahora nunca se casará contigo y tú lo sabes.

Eleanor Maxie levantó la vista y dijo con calma:

—Fui a su habitación para hablar con ella. Me pareció que el casamiento no sería tan malo si realmente quería a mi hijo. Quería saber qué sentía. Estaba

cansada y debí haber esperado a la mañana siguiente. Allí estaba ella echada en su cama y canturreando sola. Todo habría estado bien sino hubiese hecho dos cosas. Se rió de mí. Y me dijo, Stephen, que iba a tener un hijo tuyo. Fue tan rápido. Un segundo estaba viva y riéndose. Al otro fue una cosa muerta en mis manos.

—¡Así que fue usted! —dijo Catherine en un susurro—. Fue usted.

—Está claro —dijo Eleanor Maxie suavemente—. Piénsalo bien. ¿Quién podía haberlo hecho si no?

4

LOS Maxie pensaban que ir a la cárcel debía ser bastante parecido a ir al hospital, salvo que era aún más involuntario. Dos experiencias anormales y bastante aterradoras ante las cuales la víctima reacciona con una objetividad clínica y los espectadores con una jovialidad decidida que tiene como propósito crear confianza sin dar la impresión de insensibilidad. Eleanor Maxie, acompañada por una oficial de

policía, fue a gozar de la comodidad de un último baño en su propia casa. Había insistido en esto y, como con los preparativos finales para ir al hospital, nadie quiso advertirle que el baño era el primer procedimiento obligado al entrar. ¿O quizás hubiera una diferencia entre un detenido en custodia y los ya condenados? Felix lo debía saber, pero nadie se molestó en preguntarle. El chófer del coche de la policía esperó por ahí, vigilante y disimulado como el ayudante de una ambulancia. Se dieron las últimas instrucciones, los mensajes para amigos, las llamadas telefónicas y la preparación apresurada del equipaje.

El señor Hinks llegó de la vicaría, sin aliento y sorprendido, preparándose para dar consejo y consuelo, pero con tal aspecto de necesitarlos desesperadamente él mismo, que Felix le tomó del brazo con firmeza y le acompañó de vuelta a la vicaría. Desde una ventana, Deborah observó cómo se alejaban conversando y se preguntó por un instante qué estarían diciendo. Mientras ella subía la escalera para ir donde estaba su madre, Dalglish hablaba por teléfono en el vestíbulo. Sus ojos se encontraron y sostuvieron la mirada. Por un segundo ella creyó que él iba a hablar, pero inclinó de nuevo la

cabeza sobre el teléfono y ella siguió su camino, admitiendo de pronto y sin sorpresa que, si las cosas hubiesen sido diferentes, éste era el hombre al que se hubiera dirigido instintivamente para pedir seguridad y consejo.

Stephen, que se había quedado solo, reconoció su sufrimiento por lo que era, un dolor abrumador que no tenía nada en común con la insatisfacción y tedio que antes tomaba por infelicidad. Había bebido dos copas pero comprendió a tiempo que la bebida no le ayudaba. Lo que necesitaba era que alguien se ocupara de su dolor y le convenciera de que era esencialmente injusto. Fue en

busca de Catherine. La encontró arrodillada delante de una cajita en la habitación de su madre envolviendo tarros y frascos con papel de seda. Cuando le miró, se dio cuenta de que había estado llorando. Estaba impresionado e irritado. En la casa no había lugar para un dolor menor. Catherine nunca había dominado el arte de llorar de manera atractiva. Quizá fuera por eso que había aprendido pronto a ser estoica en el dolor como en otras cosas.

Stephen decidió pasar por alto esta intrusión en su propio dolor.

—Cathy —dijo—. ¿Por qué

demonios confesó? Hearne estaba en lo cierto. Nunca lo habrían podido probar si tan sólo no hubiera hablado.

Sólo la había llamado Cathy una vez antes y entonces, también, había necesitado algo de ella. Aun en el momento del amor físico la había impresionado como una afectación. Lo miró.

—No la conoces muy bien, ¿no? Sólo esperaba que tu padre muriera para confesar. No quería dejarlo y le había prometido que no le sacarían de la casa. Ésa fue la única razón por la que no dijo nada. Le contó lo de Sally al señor Hinks cuando le acompañó a la vicaría

esa noche temprano.

—¡Pero se mantuvo tan serena durante todas las revelaciones!

—Supongo que quería saber exactamente lo que había ocurrido. Ninguno de vosotros le contó nada. Creo que lo que más le preocupaba era que hubieses sido tú quien visitó a Sally y cerró la puerta.

—Lo sé. Intentó preguntármelo. Creí que me preguntaba si yo había sido el asesino. Tendrán que reducir la acusación. Después de todo no fue premeditado. Por qué Jephson no se da prisa en venir. Le llamamos por teléfono.

Catherine estaba revisando unos libros que había sacado de la mesita de noche para decidir si empacarlos o no. Stephen continuó:

—De cualquier manera la mandarán a la cárcel. ¿Mamá en la cárcel? ¡No creo que pueda aguantarlo!

Y Catherine que había llegado a querer y respetar mucho a Eleanor Maxie tampoco estuvo segura de poder aguantarlo y perdió la paciencia.

—¡No puedes aguantarlo! ¡Qué gracioso! Tú no tendrás que aguantarlo. Ella sí. Y recuerda que fuiste tú quien la puso allí.

A Catherine, una vez que empezó, le

resultó difícil detenerse y su irritación encontró una expresión más personal.

—Y hay otra cosa, Stephen. No sé qué piensas de nosotros... de mí si prefieres. No quiero volver a hablar de esto de modo que te lo digo ahora que todo terminó. ¡Oh, por Dios, saca los pies de encima del papel de seda! Estoy tratando de empacar —ahora lloraba en serio como un animal o una criatura. Las palabras salían empastadas de modo que él apenas las oía—. Estaba enamorada de ti, pero ya no. No sé qué esperas ahora, pero no importa. Todo acabó.

Y Stephen, que ni por un momento había tenido la intención de que eso

siguiera adelante, miró la cara manchada, los ojos hinchados y protuberantes, y sintió, fuera de toda razón, un espasmo de pena y remordimiento.

5

UN mes después de que Eleanor fuera declarada culpable por la acusación menor de homicidio sin premeditación, Dalglish, en uno de sus raros días libres, pasó en coche por Chadfleet camino de vuelta a Londres del estuario del Essex donde había dejado su velero de 30 pies. No le desviaba demasiado de su camino, pero prefirió no analizar en detalle los motivos que le habían inducido a hacer

estos cinco kilómetros adicionales de caminos sinuosos sombreados por árboles. Pasó delante de la casa de los Pullen. Había una luz en el salón y el perro alsaciano de yeso se destacaba en un perfil oscuro detrás de las cortinas. Y después pasó por el Hogar St. Mary. La casa parecía vacía con sólo un cochecito solitario en los escalones del frente para sugerir que adentro había vida. El pueblo mismo estaba desierto, soñoliento en la calma del té de las cinco de la tarde. Cuando pasó delante de la tienda de Wilson estaban corriendo las cortinas y salía la última clienta. Era Deborah Riscoe. Llevaba una cesta de la

compra que parecía pesada colgada del brazo y él detuvo el coche instintivamente. No hubo tiempo para la indecisión o la torpeza, y él le había tomado la cesta y ella se había sentado al lado de él antes de que pudiera maravillarse de su atrevimiento y de la sumisión de ella. Dirigió una rápida mirada a su perfil calmo y respingón y vio que la expresión tensa había desaparecido. No había perdido nada de su belleza, pero se le notaba una serenidad que le recordó a la madre.

Cuando el coche dobló en la entrada a Martingale él vaciló, pero ella hizo un movimiento casi imperceptible con la

cabeza y él siguió. Las hayas estaban doradas ahora, pero el crepúsculo les iba apagando el color. Las primeras hojas caídas crujían en la tierra bajo los neumáticos. La casa emergió tal como la había visto la primera vez, pero ahora más gris y levemente siniestra en la luz que se iba yendo. En el vestíbulo, Deborah se quitó la chaqueta de cuero y soltó la bufanda.

—Gracias. Me vino muy bien. Stephen tiene el coche en la ciudad esta semana y Wilson sólo lleva a domicilio los miércoles. Siempre me hacen falta cosas de las que me he olvidado. ¿Tomaría una copa, o té o algo? —le

dirigió una rápida sonrisa burlona—. Ahora no está trabajando. ¿O me equivoco?

—No —dijo él—. Ahora no estoy trabajando. Sólo mimándome.

Ella no le pidió una explicación y él la siguió al salón. Había más polvo de lo que recordaba, y de alguna manera estaba más desnudo, pero su ojo entrenado vio que no había ningún cambio real, sólo el aspecto desnudo de una habitación privada de los hechos menudos de la vida.

Como si adivinara lo que estaba pensando, ella dijo:

—La mayor parte del tiempo estoy

sólo yo. Martha se fue y la he remplazado con un par de empleadas por día de la ciudad nueva. Por lo menos dicen que son por día, pero nunca sé si vendrán o no. Agrega sabor a nuestra relación. Stephen está en casa la mayoría de los fines de semana, por supuesto, y eso ayuda. Ya habrá tiempo para una buena limpieza antes de que mamá vuelva a casa. Por ahora casi todo es papeleo, el testamento de papá y el impuesto sucesorio y ese eterno ir y venir legal.

—¿Debía quedarse sola aquí? — preguntó Dalglish.

—Oh, no me importa. Alguien de la

familia tiene que quedarse. Sir Reynold, por cierto, me ofreció uno de sus perros, pero son un tanto rápidos para morder para mi gusto. Por otra parte, no han sido educados para exorcizar fantasmas.

Dalgliesh tomó la copa que le ofrecía y preguntó por Catherine Bowers. Le pareció la persona más inocua para mencionar. Stephen Maxie le interesaba poco y Felix Hearne demasiado. Preguntar por el niño era evocar el fantasma de cabellos dorados cuya sombra ya se interponía entre ellos.

—A Catherine la veo algunas veces. Jimmy por ahora sigue en St. Mary y Catherine va con el padre a menudo para

sacarlo a pasear. Me parece que ella y James Ritchie se van a casar.

—Un tanto repentino, ¿no?

Ella rió.

—Oh, no creo que Ritchie lo sepa todavía. Será una suerte en realidad. Ella ama a esa criatura, realmente le importa, y creo que Ritchie tendrá suerte. No creo que haya nadie más para darle noticias. Mamá está bastante bien en realidad y no es demasiado desgraciada. Felix Hearne está en Canadá. Mi hermano pasa la mayor parte del tiempo en el hospital y está terriblemente ocupado. Todos han sido muy buenos, sin embargo, dice él.

«No cabe duda», pensó Dalglish. Su madre estaba cumpliendo condena y su hermana se enfrentaba sin ayuda con el impuesto sucesorio, el trabajo de la casa y la hostilidad o (cosa que dolería más) la compasión del pueblo. Pero Stephen Maxie estaba de vuelta en el hospital y todos eran muy buenos con él. Algo de lo que sentía debió reflejarse en su cara porque ella dijo rápidamente:

—Me alegra que esté ocupado. Fue peor para él que para mí.

Se quedaron callados un rato. A pesar de la aparente camaradería fácil, Dalglish estaba morbosamente sensible a cada palabra. Anhelaba decir una

palabra de consuelo o confianza pero rechazó cada frase formulada a medias antes de que llegara a sus labios.

—Siento que me tocara a mí hacerlo.

Sólo que no lo lamentaba y ella era lo bastante inteligente y sincera como para saberlo. Hasta hoy no se había disculpado por su trabajo y no la iba a insultar intentando hacerlo ahora. «Sé que debo serle antipático por lo que tuve que hacer». Empalagoso, sentimental, insincero y con la arrogante presunción de que ella pudiera sentir algo por él en un sentido u otro. Caminaron hasta la puerta en silencio y ella se quedó para verlo desaparecer. Cuando él volvió la

cabeza, vio la figura solitaria, delineada por un momento a la luz del vestíbulo, y supo con una seguridad repentina y alentadora que se volverían a encontrar. Y cuando eso ocurriera se encontrarían las palabras justas.



P. D. JAMES (Oxford, Reino Unido, 3 de agosto de 1920 -). Su verdadero nombre es **Phillis Dorothy James**.

Considerada una de las grandes Damas del crimen, **P. D. James** ha dedicado su carrera literaria, con más de veinte novelas, a la novela policial. Su

creación más famosa es la del detective y poeta Adam Dalgliesh, protagonista de varios de sus libros. **P. D. James** recrea a la perfección los ambientes urbanos y la maquinaria del estado, sobre todo la relacionada con la investigación criminal, ya que estuvo treinta años trabajando para el Servicio Civil Británico.

La primera novela de **P. D. James**, **Cubridle el rostro**, se publicó en 1962. Varias de sus novelas, por no decir todas, han sido adaptadas para la televisión, destacando las realizadas para la televisión británica BBC. *Hijos de los hombres* (1992), una incursión

dentro del campo de la ciencia ficción distópica, fue llevada al cine con gran éxito por el director Alfonso Cuarón.

P. D. James es miembro de honor en el International Crime Writing Hall of Fame y ha recibido el *Diamond Dagger* y el *Grand Master A*.

Notas

[¹] Ovaltine: preparado de cereales para mezclar con la leche. (*N. de la T.*) <<

[2] D.D.A. o *Dangerous Drugs Act* es una ley que recoge el listado de drogas consideradas peligrosas. <<